

# La gran transformación de la sociología

Esteban Torres



UNC

Universidad  
Nacional  
de Córdoba



facultad de ciencias  
**sociales**



**CLACSO**



# **La gran transformación de la sociología**

Torres, Esteban. *La gran transformación de la sociología* /  
1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad  
de Ciencias Sociales; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Con-  
sejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1607-8

1. Sociología. 2. Política. 3. Ciencias Sociales y Humanidades.

I. Título.

CDD 301.01

Corrección: Rubino Vidal Andrés / Nodo Ediciones

Diseño de colección: Eleonora Silva

Diagramación: Ramia Maximiliano / Nodo ediciones

Arte de tapa: Ramia Maximiliano / Nodo ediciones

# La gran transformación de la sociología

Esteban Torres



Universidad  
Nacional  
de Córdoba



facultad de ciencias  
**sociales**





**CLACSO**

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales  
Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

### **CLACSO Secretaría Ejecutiva**

**Karina Batthyány** - Secretaria Ejecutiva  
**María Fernanda Pampín** - Directora de Publicaciones

### **Equipo Editorial**

**Lucas Sablich** - Coordinador Editorial  
**Solange Victory** - Gestión Editorial  
**Nicolás Sticotti** - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES  
**CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE**

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a [www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana](http://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana)

*La gran transformación de la sociología* (1ª ed. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Ciencias Sociales; Buenos Aires: CLACSO, marzo de 2021).

ISBN 978-950-33-1607-8

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

### **CLACSO**

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <[clacso@clacsoinst.edu.ar](mailto:clacso@clacsoinst.edu.ar)> | <[www.clacso.org](http://www.clacso.org)>



**UNC**

Universidad  
Nacional  
de Córdoba



Facultad de ciencias  
**sociales**

### **Autoridades Facultad de Ciencias Sociales:**

**María Inés Peralta** - Decana  
**Jacinta Burijovich** - Vicedecana  
**Patricia Acevedo** - Secretaria Académica  
**Liliana Córdoba** - Secretaria de Investigación  
**Guadalupe Molina** - Secretaria de Posgrado  
**Alejandro González** - Secretario de Coordinación  
**Miguel Tomaino** - Secretario de Administración  
**Erika Giovana** - Secretaria de Asuntos Estudiantiles  
**María Teresa Piñero** - Subsecretaria de Relaciones

# Índice

Prólogo.....	11
<i>Álvaro García Linera</i>	
Introducción. ¡Otra sociología es necesaria!.....	13

## **Sociología y cambio social en América Latina. El compromiso con la transformación de las sociedades**

La gran transformación de la sociología en América Latina, 1950-2020 [2020].....	29
El proyecto intelectual. Hacia un nuevo programa para las ciencias sociales en América Latina [2017] .....	67
La agenda democrática y el compromiso sociológico en América Latina. El código Delich [2018] .....	89
Los proyectos intelectuales de izquierdas en América Latina. ¿Hay futuro para un nuevo racionalismo? [2018].....	129
Las sociologías críticas, el movimiento feminista y el reconocimiento de la sociedad mundial [2020].....	165
La conexión latinoamericana. Pasado, presente y futuro de la sociología en Córdoba [2017] .....	175

## **El imperativo de la creación teórica.**

### **Viejas deudas, extravíos presentes y nuevos desafíos**

Creación zombi y creación autonomista [2020] .....	189
El declive del enfoque narrativo en la sociología histórica. Hacia la restauración de un proyecto intelectual [2018] .....	197
La producción de teoría social como horizonte de expectativas para las ciencias sociales en América Latina [2016] .....	241
El momento de la teoría (y la teoría como momento) [2016] .....	311
El intelectual de la cultura y la sociología en la Argentina [2018] .....	321

## **Marx y las izquierdas frente al futuro regional.**

### **El eterno retorno, los grandes desconciertos y la necesidad de reinención instrumental**

El nuevo espíritu de la mundialización [2020] .....	349
Marx, el eurocentrismo y el cambio estructural en América Latina [2020] .....	363
Hacia una inversión autonomista de la teoría marxista del imperialismo [2020] .....	371
Los tres motores de la teoría social de Marx [2018] .....	377
La unidad entre teoría y praxis. Nuevas consideraciones [2019] .....	395

## **Apuntes para la práctica sociológica**

La teoría social como caja de herramientas y dispositivo de poder [2019] .....	405
¿Cómo escribir lo social? [2015] .....	409
Lo político, lo histórico y lo científico. Desafíos de reconexión para las ciencias sociales en el siglo XXI [2018] .....	411



Repensar el imperialismo. Un desafío para las ciencias  
sociales [2019] ..... 417

**Epílogo.**

Hacia una revolución de la sociología en América Latina.  
El nuevo paradigma mundialista [2020] ..... 421

*Sobre el autor*..... 463



## Prólogo

¿Cuál es el papel de la sociología en el mundo actual? La obligación de explicar los hechos sociales por las condiciones que los produjeron, propio de una explicación científica, obliga a que la sociología tenga que exponer los acontecimientos una vez que sucedieron. Pero esto no significa que tenga que convertirse en un aparato intelectual de legitimación de injusticias y dominaciones que caracterizan la realidad; ni tampoco puede ser una coartada para el refugio en microcosmos y especializaciones complacientes con las abusivas jerarquías que ordenan el planeta.

La sociología, y en general las ciencias sociales, solo pueden comprender con rigurosidad la realidad, y ser herramientas de su transformación, si son capaces de hacerse las preguntas pertinentes que develen las tramas concretas de la dominación, la explotación y las resistencias que organizan milimétricamente el espacio social; y de hallar allí, en la objetividad de las cosas tal como son, la fuerza real de las cosas que podrían ser distintas a lo que hoy son. La científicidad no es pues solo un método ni un algoritmo; es una manera de ubicarse críticamente en el mundo, de interpelar implacablemente las regularidades del orden mundano que, siempre son, arbitrariedades solidificadas.

El libro de Esteban Torres que tenemos a la mano es precisamente un esfuerzo por hacer las preguntas necesarias que empujen a la sociología a sacudirse de una decadente complicidad con las cosas tal como son, y recuperar, una vez más, su papel crítico, universalizante y comprometido con lo que potencialmente el mundo puede ser.

Álvaro García Linera  
Bolivia, diciembre de 2020

# Introducción.

## ¡Otra sociología es necesaria!<sup>1</sup>

### I

Todas las alertas rojas del planeta se encendieron hace tiempo y hoy son destellos más o menos digeribles del paisaje cada vez más unificado del malestar contemporáneo. Las cosas están mal en América Latina y en el conjunto de la sociedad mundial. Desde hace cuatro décadas se viene insistiendo con vehemencia en la idea de que el mundo está crecientemente desbocado, fuera del control de las mayorías, y que los grandes males, como la miseria, las desigualdades sociales y la degradación ecológica, con su marcada variación entre países, no dejan de progresar a un ritmo vertiginoso. A la velocidad actual de destrucción social y natural del planeta, nadie logra imaginar, aun recurriendo al pensamiento mágico más encapsulado, cómo se podría garantizar la reproducción de la vida humana en los próximos 100 años. Pero detengámonos aquí. No deseo invitarlos/

<sup>1</sup> Esta introducción se ha beneficiado de la lectura atenta y los comentarios de Carina Borrastero, Juan Pablo Gonnet y Jacinta Gorriti. Las deficiencias que aún subsisten en el texto son de mi exclusiva responsabilidad.

as a leer un puñado de especulaciones y de proyecciones abstractas sobre las grandes catástrofes contemporáneas. Estos registros alarmistas, que se evocan con facilidad y a la velocidad de un rayo, hoy abundan y agobian en igual proporción. Lo que sí me interesa, en cambio, es llamar la atención con la siguiente afirmación: las formas que adquieren las múltiples crisis que hoy azotan a la región y al Globo en plena pandemia no pueden dissociarse de la descomposición que viene experimentando la sociología en América Latina desde principios de la década del 80. Dado su grado de generalidad, la correspondencia que postula esta aseveración es fácil y cómoda de aceptar a priori; pero luego, por la diferencia de ámbitos y de escalas que involucra, es extremadamente difícil de precisar y de corroborar. Lo cierto es que hasta ahora no sabíamos qué tipo de relación guardaban entre sí los grandes procesos de transformación social de las últimas décadas en la región y el devenir de la sociología como práctica y como campo. ¿Acaso contendrá este libro algunas de las preguntas y de las respuestas que esta disciplina protagonista de la historia regional nunca pudo formular hasta hoy? Me adelanto a responder que sí, pero vayamos de a poco.

El esfuerzo de investigación contenido en este libro nace de un profundo malestar con el estado de la sociología y de las ciencias sociales en América Latina. Me resulta casi imposible identificar la génesis de esta experiencia de insatisfacción personal que se fue agudizando con el paso de los años. Pero es probable que los primeros gérmenes se remonten a mis años de estudiante en plena década del 90. De lo que sí tengo clara conciencia es que tuvieron que pasar casi dos décadas y algunos extravíos personales para que mi experiencia de ceguera intelectual, sujeta a formas de alienación y de despojo existencial, en su momento indetectables, finalmente se pudiera convertir en un conjunto de problemas posibles de ser formulados desde una ciencia social progresista. Esto es, que se pudieran traducir en una preocupación a la vez científica, crítica y con pretensión de cambiar la realidad social. Se trata de problemas que remiten a hechos de profundo impacto, ocultos o silenciados en su mayoría,

difíciles de identificar para cualquiera, productores de temores colectivos y de dolores persistentes, y que remiten a una historia trágica, o quizás mejor dicho, al desenlace trágico de una de las oleadas de cambio social más esperanzadoras de la historia de América Latina. Se trata de una historia que involucra mi pasado familiar, a la vez que lo trasciende, pero que en cualquier caso me venía produciendo como individuo de un modo silencioso, con toda la densidad activa de los hechos consumados y la fuerza de un sentido común pernicioso, instalado y generalizado a gran escala.

De este modo, en su aspecto más personal, este libro da cuenta de un proceso de autoconciencia histórica, de una experiencia de renovada localización intelectual en la historia nacional y regional, que es a la vez la historia de una deriva colectiva accidentada en las extremidades periféricas de la sociedad mundial. Lo cierto es que si no logramos descubrir y dimensionar el daño que nos han hecho, si no conseguimos identificar el núcleo central de afectación de la sociología a partir de los múltiples golpes que le han asestado, es imposible escapar de sus efectos y comenzar a reconocer aquello que necesitamos reconstruir en primera instancia, y lo que podemos hacer de aquí en adelante con esa pesada herencia, convertida en un presente amnésico que talla en la mayoría de los estilos y las empresas de investigación sociológicas. Luego de varias décadas de inercia generalizada necesitamos pasar la página de la historia reciente de la sociología. No es cualquier proceso histórico-intelectual el que debemos superar. Posiblemente se trate del peor y más tenebroso de todos ellos. Remite a una historia prácticamente determinada por las derrotas políticas de las izquierdas en la década del 70, por la experiencia de destrucción estructural de las dictaduras militares –con epicentro en la Operación Cóndor– y por la neoliberalización del universo occidental de la sociedad mundial, que se precipitó y expandió a partir del golpe de estado desde arriba a Salvador Allende. En relación a este último proceso se fue desplegando un capitalismo académico mundializado que desde entonces se viene expandiendo a un ritmo vertiginoso. Tales fueron los factores principales que

generaron el escenario social, psicológico, anímico e intelectual para la “gran transformación de la sociología” en América Latina. En el marco de ese paisaje de devastación se inicia la tercera y última etapa de la sociología regional. Se trata del último punto de inflexión de la sociología continental –principalmente producido por los tres factores mencionados– y que hasta la fecha se constituye en el punto de quiebre más pronunciado y determinante de la historia de las ciencias sociales en América Latina. A falta de una nomenclatura mejor, denomino a este período, que aún no toca a su fin, el de la “modernidad impugnada”. Esta gran transformación da cuenta de un proceso de descomposición inédito, masivo y disruptivo de los proyectos intelectuales modernos en la región. Pocos/as estarían dispuestos a reconocer que las luces de la agenda democrática de las ciencias sociales, que se conforma en esa precisa coyuntura y que se van extinguiendo con el cambio de siglo, fueron al mismo tiempo, desde el primer momento, una densa pantalla que no dejó ver la magnitud de esta deriva anómica de la sociología.

La “gran transformación” es la dolorosa constatación de un derrumbamiento general y generacional, de una magnitud inédita y de una duración inusitadamente extensa. Es a partir de reconocer el poder descomunal que tuvo este acontecimiento, que permitió la creación de una nueva trayectoria evolutiva de la sociología radicalmente distinta a la anterior, que decidí convertirlo en el título del presente libro. Una vez instalados en el clima posdictatorial de la década del 80, la sociología realmente existente apenas logró reproducirse como un conjunto retraído de corrientes intelectuales conformistas, dóciles y sin pretensiones serias de proyección social por fuera de la academia. Tal como señalo en el libro, el núcleo persistente de esta transformación sociológica posdictatorial es la reducción generalizada de los impulsos de cambio estructural a partir del conocimiento científico. Lo cierto y lo dramático es que desde aquellos años titubeantes de retorno democrático en el Cono Sur no se ha logrado recomponer una identidad y una conciencia colectiva en condiciones de volver a empujar a los/as sociólogos/as a asumir un compromiso



militante y creativo –científico y político– con el estado de deterioro general del mundo y con la idea siempre esquiva de transformar las estructuras de las sociedades. Dicha realidad sociológica prácticamente se impuso hasta los primeros años del Siglo XXI, como una de las tantas manifestaciones del proceso más amplio de retracción estructural de América Latina en las últimas cuatro décadas.

## II

Una de las ideas centrales que alimenta el conjunto de los textos que componen este libro, anticipada en el punto anterior, es que la sociología en América Latina se encuentra inmersa en una crisis profunda y persistente de mediana duración, desatada a principios de la década del 80. No resulta sencillo poder dimensionar el peso aproximado que adquieren los diferentes elementos y factores que van ganando protagonismo a partir de este tercer período de la sociología regional, marcado por la “gran transformación”. Pero es probable que el fenómeno más determinante se asocie con el advenimiento de un nuevo capitalismo académico mundializado, centrado en el éxito individual, que con sus marchas y contramarchas fue subsumiendo y condicionando los diferentes impulsos sociológicos en la región. En lo personal me cuesta asimilar que la sociología, por la función histórica que cumplió desde su origen hasta la década del 70, no haya conseguido abstraerse –al menos eso– de un proceso de creciente mercantilización y privatización. Pero esa parece ser la triste realidad, aquí, en los sistemas académicos de América Latina y en buena parte de la sociedad mundial. Mal que nos pese, la sociología como práctica y como campo viene experimentando desde hace décadas un doble proceso de privatización y de mercantilización creciente.<sup>2</sup> El aspecto más problemático se asocia con la privatización de

<sup>2</sup> No se trata de un movimiento que determina las formas y los contenidos de la investigación, pero sí que establece el marco a partir del cual se despliegan las diferentes propuestas sociológicas.

su compromiso intelectual, que históricamente ha sido –en todas sus variedades– un compromiso científico, público y político trascendental y universalista. Junto a ello, o quizás producto de la privatización indicada, vemos avanzar la mercantilización de un conjunto de prácticas que llevan adelante los/as sociólogos/as en su vida académica cotidiana.

Las nuevas sociologías que proliferan a partir de la década del 80 en la región, bajo las nuevas reglas de producción hiperespecializada del capitalismo académico, se realizan como efecto de una despolitización y una deshistorización radical, que se traslada a la fundamentación de sus proyectos. Estas perspectivas contemporáneas a su vez fueron impactadas por una retracción brutal de los encuadres sociológicos, fueron portadoras de inclinaciones anticientíficas modernas y, finalmente, se entregaron sin mayores resistencias a los viejos ejercicios de imitación teórica. Es en este escenario que también avanzan algunas visiones sociológicas dispuestas a reconocer la primacía de las emociones.<sup>3</sup> Ahora bien, sobre todas las cosas, lo que vino con esta nueva etapa de mercantilización fue una descolectivización creciente de las identidades y de los proyectos sociológicos, así como la práctica desaparición del compromiso de la sociología con una política realista de cambio social. Lo que genéricamente llamamos “Sociología” se fue transmutando en un cúmulo de impulsos microsociológicos desconectados entre sí a un grado extremo. De ese modo, a partir de ese escenario de cohabitación de micropartículas, se fue recreando un campo regional imaginario, sin núcleos identitarios y temáticos que los aglutine, y menos aún que los conecte con los grandes problemas de su propia sociedad. Esta fragmentación sociológica catapultó un desconcierto generalizado, que se fue alimentando de una infinidad de esquivas

<sup>3</sup> Si bien las emociones siempre fueron centrales para la progresión del pensamiento y para la acción, cabe preguntarse porqué justamente ahora se convierten en un tema central de estudio. El mismo interrogante se podría trasladar a las visiones sociológicas centradas en las prácticas sociales, mayoritariamente importadas desde Francia, que ignoran por completo la dimensión macro-estructural de las sociedades.

teóricas y de fragmentos de viejos sistemas de referencia. Este mundo sociológico, estallado en mil pedazos, ofreció la base intelectual y material para la profundización de los escepticismos –políticos y científicos–, para sellar la salida a los extravíos intelectuales y para profundizar la crisis masiva de identidades individuales y colectivas. Fue este mundo deshecho de las mil sociologías, del Yo sociológico, el que empujó a los/as sociólogos/as a una experiencia de miniaturización existencial sin precedentes. Además, estas nuevas microsociologías desacopladas de su propia historia tuvieron que lidiar sin mayores herramientas con la masificación del nuevo ecosistema de comunicación social, con la sobresaturación de información y de producción de contenidos, y con la apertura mundial de las fuentes documentales. Junto con un número considerable de ventajas impensadas, este ecosistema mediático novedoso trajo consigo una creciente dificultad para distinguir entre lo imprescindible, lo importante, lo accesorio y lo descartable.

Todo indica que si en los próximos años poco o nada cambia en la sociología académica, si las inclinaciones privadas, despolitizadas o micropolitizadas, siguen progresando sin mayores remordimientos, si continúan avanzando las motivaciones centradas en la competencia y la acreditación individual, así como la adaptación acrítica a los nuevos dispositivos de *marketing* personal, pronto no habrá energías ni justificaciones posibles para sostener la existencia de este campo de conocimientos. Tampoco habrá pueblos dispuestos a reconocer experiencias tan extemporáneas, ajenas y abstraídas del mundo de todos/as. No es ninguna novedad que esta multitud amorfa de sociologías habla y trabaja cada vez más para sí misma y cada vez menos para su sociedad, se moviliza cada vez más a partir de las preferencias privadas de los/as sociólogos/as y cada vez menos a partir de los apremios que generan las grandes tragedias colectivas que están trastocando las estructuras sociales de las que cada uno/a de nosotros/as forma parte, aunque no tomemos suficiente conciencia de ello y de las implicancias que tal pertenencia conlleva.

Cada vez resulta más evidente, para una mayor cantidad de sujetos, que la constelación singular que desde hace más de un siglo llamamos “sociología”, y que nació y progresó como un proyecto intelectual para el cambio estructural de la sociedad, necesita ser transformada, una vez más, para lograr derribar el muro invisible de su jaula contemporánea, y poder estar en condiciones de asumir los grandes retos colectivos que se avizoran en el horizonte nebuloso de nuestro presente histórico.

### III

Si algo nos enseñó la sociología clásica es que las crisis son recurrentes y que suelen traer consigo nuevas oportunidades para la acción colectiva. Luego de largas décadas de retroceso pareciera que la galaxia sociológica en América Latina finalmente está arribando a una instancia crítica. Este momento podría anticipar un nuevo punto de inflexión en la historia de las ciencias sociales. La fuente de este posible trastocamiento no remite a una reacción de las múltiples sociologías al deterioro de la dinámica de su propio campo, sino a los grandes cambios sociales en curso en los últimos tiempos en las sociedades históricas. Aquí cobran particular relevancia tres macroprocesos que se fueron enlazando causalmente: la crisis financiera mundial de 2008, la última ola de integración desde abajo de la región (2003-2015) y la actual crisis del Covid-19. En algún grado, estos procesos impactaron en la sociología como práctica y como campo. De esta manera, podemos suponer que el arribo a un momento crítico se define por la incapacidad de reacción de la sociología realmente existente a las presiones –más o menos coactivas– que ejercen estas grandes transformaciones sociales sobre el propio campo de la sociología. Esta es precisamente la coyuntura en la cual nos encontramos inmersos en la actualidad, sin saber a ciencia cierta cuál será su desenlace sociológico.

Cualquiera sea la situación que se presente, la posibilidad de la sociología de sobrevivir como empresa científica comprometida con el futuro de su sociedad depende de que pueda reconectarse en nuevos términos con los grandes problemas de su espacio y de su tiempo histórico. Tal como lo veo, resulta imperioso recuperar un proyecto intelectual de base moderno y luego reorientarlo hacia la creación de un nuevo programa posmoderno, que incluya el establecimiento de mediaciones novedosas con la política popular y estatal. La supervivencia de la sociología como ciencia de y para las sociedades no dependerá en primera instancia de obtener una mayor financiación sino de su capacidad para renovar el estudio de los procesos de cambio social en América Latina, en sus diferentes esferas nacionales. Dicha renovación exigirá la reconfiguración y la ampliación de su campo de intelección, para así poder reconocer, entre otros aspectos, su pertenencia cada vez más evidente y más íntima a una sociedad mundial que hasta hoy permanece oculta al conocimiento humano. Si no logramos progresar en el estudio de los procesos de cambio social mundial, y si no conseguimos transitar hacia un nuevo paradigma que aporte una concepción distinta de las sociedades históricas, del conocimiento sociológico, de la función de la sociología, de la política nacional y mundial, y del modo en que estos aspectos se vinculan entre sí, no habrá oportunidades reales para incidir de modo indirecto o directo en el curso de los acontecimientos, y por tanto para producir y llevar adelante alternativas efectivas orientadas a superar los grandes problemas que hoy están arrasando con el conjunto de la vida social y natural. A este nuevo programa sociológico en construcción, que reclama su lugar en América Latina, lo denominó *paradigma mundialista*.<sup>4</sup> Por un lado, necesitamos comprender de una forma más acabada cómo es que cada nación en América Latina logró arribar a este presente preocupante y hacia donde está evolucionando la sociedad mundial. Por otro lado, necesitamos imaginar desde un registro realista y estratégico cómo se

<sup>4</sup> Para una exposición de esta propuesta, consultar en el libro el texto “Hacia la revolución de la sociología en América Latina: el nuevo paradigma mundialista”, p. 425.

puede reconectar en la actualidad la sociología con la política en un triple plano: como política en la teoría y en la investigación, como política en el campo sociológico mundial y como sociología para una política general del cambio social. Para avanzar en la realización de esta nueva politicidad del conocimiento necesitamos reasumir o potenciar un compromiso personal, grupal y generacional con la creación de nuevos horizontes de superación societales para nuestro continente. En resumidas cuentas, es hora de volver a ser artífices de la historia y no meros espectadores que avanzan y retroceden en las redes del capitalismo académico.

## IV

El libro que tienen en sus manos reúne 20 trabajos, escritos y publicados en los últimos cuatro años, más un epílogo. Si bien cada texto es una pieza relativamente autónoma, que puede leerse por separado, al reunirlos y colocarlos en un orden, se ha generado un efecto de conjunto que colabora en la resolución de un rompecabezas que hasta hoy permanecía desarmado en la galaxia regional de la sociología y de las ciencias sociales. Que este efecto se pueda producir no es accidental. Lo que simplemente hago con este libro, al reunir estos trabajos, es devolver cada texto al proceso unificado de búsqueda y de investigación que le dio origen.

Los contenidos de este libro se van definiendo a partir de una serie de interrogantes elementales. Le atribuyo el rasgo de “elementales” porque apuntan a delimitar un marco de orientación general para la definición de los proyectos intelectuales de la sociología, abriendo la discusión respecto a las identidades y los fundamentos de las prácticas de investigación social en América Latina. Junto a ello, los interrogantes en cuestión resultan elementales en la medida que colaboran en la identificación de los desafíos centrales que se presentan a los estudios sociológicos propiamente dichos. Algunas de estas preguntas serían:

- A) ¿Cuáles son los cambios principales experimentados por la sociología y buena parte de las ciencias sociales en América Latina en el último medio siglo? ¿Cómo afectaron los cambios sociológicos posdictatoriales a los impulsos de autonomización y de mundialización de la sociología regional, que venían progresando a gran velocidad desde la década del 60? ¿Cuánto y cómo incidió la identidad latinoamericana en el despliegue de dichos impulsos y cómo evoluciona este marco de identificación a partir de la gran transformación de la sociología? ¿Cómo y en qué dirección van cambiando los intereses y las preguntas de investigación de la sociología a partir de la década del 80? ¿Cómo y en qué medida se asocian tales cambios a la transformación de la política y de las sociedades de la región? ¿Cómo va evolucionando la relación real e imaginada entre las prácticas sociológicas y las prácticas políticas? ¿Cuáles fueron los efectos principales de la instalación y el sostenimiento de la agenda democrática en las ciencias sociales latinoamericanas y qué factores explicarían su posterior descentramiento? ¿Qué explica la pervivencia del posmodernismo de izquierdas en la región luego de la crisis global de 2008 y de la última ola de integración desde abajo que culmina en 2015? ¿En qué medida los diferentes cambios de la sociología regional a partir de 1980 se corresponden con cambios más generales, producidos en la galaxia global de la sociología?
- B) ¿En qué estado actual se encuentra la producción sociológica en América Latina? ¿Cómo se desenvuelven las prácticas teóricas en las ciencias sociales? ¿Cuáles son las corrientes dominantes que progresan en la región y qué coordenadas y presuposiciones asumen? ¿Qué alcances tiene la penetración del liberalismo en la sociología actual? ¿Cuáles son las figuras intelectuales que progresan y cuáles las que se desvanecen? ¿Cómo inciden las agendas feministas en la conformación de las nuevas sociologías críticas? ¿Qué está vivo y que está

muerto en Marx y en el marxismo académico? ¿Cuáles son las carencias centrales que exhiben las empresas sociológicas en relación a los procesos actuales de cambio social en las diferentes esferas de la sociedad mundial?

- C) ¿Por dónde habría que comenzar la actualización de la sociología hoy? ¿Qué elementos habría que recuperar del pasado y cuales habría que desechar? ¿Cuáles son los límites que encierra la recuperación de determinadas identidades, proyectos y perspectivas modernas? ¿Cuáles son los desafíos teóricos principales de la sociología? ¿Qué nuevas oportunidades para la sociología abre la actual crisis mundial del Covid-19?
- D) Una vez definida la forma que podría asumir la reapropiación de un determinado legado sociológico, ¿cuáles serían los siguientes pasos que habría que dar? ¿Por dónde y de qué modo habría que seguir avanzando para poder recrear una sociología relevante, de propensión científica y con capacidad de incidencia real en los procesos de cambio social en los diferentes países de América Latina? ¿Por qué resulta imprescindible promover un cambio de paradigma, con y más allá de la sociología moderna?

Estos bloques de interrogantes constituyen una muestra de los aspectos que abordo en los cuatro apartados que componen este libro. El primero de ellos, que lleva por título “Sociología y cambio social en América Latina: el compromiso con la transformación de las sociedades”, es el más general y heterogéneo del libro. En los seis textos que lo componen avanzo desde diferentes puntos de aproximación sobre los grupos de preguntas A, B y C, con particular énfasis en el primer conjunto. En el segundo eje del libro, “El imperativo de la creación teórica: viejas deudas, extravíos presentes y nuevos desafíos”, me ocupo de algunos de los interrogantes formulados en los bloques B y C. Me detengo sobre todo en los aspectos críticos que encierra la producción de teoría social en la región. El tercer apartado, que agrupa cinco textos, da cuenta de un diálogo sin prejuicios con Marx y con el marxismo, motorizado por la inquietud respecto al



futuro de las sociedades y de las izquierdas. Opté por llamarlo “Marx, las izquierdas y el futuro regional: el eterno retorno, los grandes desconciertos y la necesidad de reinención instrumental”. El cuarto apartado, “Apuntes para la práctica sociológica”, reúne trabajos cortos, bien sintéticos, que nos devuelven a un registro más general. Al igual que en el primer apartado, los cuatro textos de este eje involucran de forma directa e indirecta a los bloques de preguntas A, B y C. Finalmente, el libro concluye con un epílogo, titulado “Hacia una revolución de la sociología”, al que le adjudico un valor considerable. Es principalmente aquí que intento responder al bloque de preguntas D, a partir de esbozar una propuesta de cambio paradigmático.

Como siempre sucede, serán los/as lectores/as de esta obra quienes decidirán hasta qué punto logro avanzar de forma satisfactoria sobre estos asuntos y, sobre todo, en qué medida logro cumplir con el propósito central del libro. Tal objetivo no es más ni menos que intentar convencerlos/as de que la sociología realmente existente está “fuera” de la historia, perdida y sin rumbo, y que otra sociología es necesaria. A su vez, quisiera poder demostrarles que se están abriendo nuevas oportunidades para llevar adelante una revolución socio-científica que permita rearmar a los actores universitarios, para así poder dar la batalla por el futuro de los países latinoamericanos y del conjunto de la sociedad mundial.

Cierro esta introducción con un agradecimiento profundo a la decana de la Facultad de Ciencias Sociales (FCS) de la Universidad Nacional de Córdoba, María Inés Peralta, a la secretaria de investigación de la FCS, Liliana Córdoba, a la secretaria ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Karina Battayány, y al director de Investigación de CLACSO, Pablo Vommaro. Dichas autoridades han brindado un apoyo inestimable para concretar la publicación del presente libro. Se trata del primer libro en coedición entre la FCS-UNC y CLACSO, lo cual constituye sin dudas un motivo para celebrar.

Esteban Torres  
Ciudad de Córdoba, diciembre de 2020



# **Sociología y cambio social en América Latina**

El compromiso con la transformación  
de las sociedades



# La gran transformación de la sociología en América Latina, 1950-2020<sup>1</sup>

## 1. Introducción

En el presente trabajo ofrezco un nuevo esquema de clasificación para analizar la evolución de la sociología regional desde 1950 hasta la actualidad, y en concreto el modo en que se ocupa de conceptualizar la relación entre capitalismo y estado en América latina.<sup>2</sup> Dicho vínculo se convierte en el núcleo central de la sociología en tanto encierra la promesa de comprender los procesos de cambio social regional, con el propósito de controlarlos y reconducirlos hacia alguna dirección. Según mi apreciación, desde su génesis hasta hoy, la sociología en América Latina se despliega en tres momentos: la modernidad incipiente (1900-1950), la modernidad compacta (1950-1979) y

<sup>1</sup> La tipología contenida en este trabajo fue presentada inicialmente por el autor en una conferencia dictada en el Departamento de Sociología de la Universidad de Cambridge, Reino Unido, el 1 de octubre de 2019 (Torres, 2019). Luego, una versión preliminar del texto fue publicada en inglés en *The Oxford Handbook of The Sociology of Latin America*. New York: Oxford University Press, 2020 (Torres y Borrastero, 2020).

<sup>2</sup> El presente texto ha recibido lecturas y comentarios de Carina Borrastero, Viviane Brachet Márquez, Manuel Antonio Garretón, Fernando Calderón, Ángel Flisfisch, Ernesto Ottone, Julio César Neffa, Gabriel Abend, Juan Pablo Gonnet, Sergio Pignuoli Ocampo, Jacinta Gorriti y Marcelo Nazareno, a quienes agradezco sinceramente. Las ideas presentadas son de mi exclusiva responsabilidad.

la modernidad impugnada (1980-). A lo largo del segundo período el campo se estructura a partir de la disputa entre dos corrientes intelectuales: la corriente autonomista (CA) y la corriente norcéntrica (CNC). A partir de la década del 80, con el retorno de las democracias formales, se inicia el tercer período de la sociología, que trae consigo una novedad determinante: la iniciación y el despliegue de una nueva corriente que denomino negacionista (CN). Este impulso intelectual pasa a ser hegemónico en menos de una década. De este modo, desde la década del 80 hasta hoy, el campo de la sociología se va conformando a partir de las disputas entre las tres corrientes mencionadas. La tipología que ofrezco permite superar los esquemas de clasificación dominantes de la historia de la sociología y las ciencias sociales continentales. En su momento, aquellos resultaron productivos para nutrir los imaginarios y orientar las prácticas intelectual-políticas, pero desde hace tiempo se han convertido en obstáculos epistemológicos. Me refiero a esquemas que típicamente se orientan en dos direcciones. Una primera fracción de estos ordenamientos se inclina hacia una caracterización temática, siendo algunas de las claves resaltadas la dependencia, el desarrollo, el estado, la modernización, la democracia, etc. (Casanova, 1985; Dos Santos, 2002; Beigel, 2006; Svampa, 2016; y Roitman, 2008). Luego, un segundo grupo añade a la selección temática una visión etapista de la progresión general de las visiones sociológicas regionales. Esta última opción se expresa en términos paradigmáticos a partir del pasaje del desarrollo a la revolución y de la revolución a la democracia (Lechner, 1990; Portantiero, 1989; Garretón, 2014). La principal limitación del conjunto de estos esquemas es que se sujetan a un aspecto exclusivamente fenoménico y descriptivo del movimiento intelectual, como son los tópicos principales a partir de los cuales se organizaron las agendas de los campos de la sociología y las ciencias sociales en cada momento. Un segundo inconveniente que acarrear es que, incluso validando esa misma lógica, están desactualizados.

Un aspecto central de esta propuesta consiste en dimensionar cómo van progresando las tres corrientes mencionadas. La corriente

norcéntrica (CNC) inicia su derrotero como disposición intelectual en nuestro continente a partir de la conquista española, pero asume una identidad sociológica explícita recién a principios del siglo XX.<sup>3</sup> En tanto disposición, tiende a concretizarse a partir de dos variantes: una colonialista y otra moderna. Recién a mitad del siglo XX la disposición norcéntrica se convierte en una corriente, bajo el comando de su forma moderna. En el trabajo analizo las dos subcorrientes dominantes de la CNC moderna que se extienden desde entonces: la reformista y la marxista. Por su parte, la corriente autonomista (CA) se va configurando a lo largo del siglo XX asociada a un espectro de ideologías progresistas y de izquierda modernas, no eurocéntricas, dispuestas a incidir en la liberación regional y en la transformación estructural de las sociedades latinoamericanas. Si bien la disposición autonomista está presente desde la génesis de la sociología regional, al igual que la CNC recién se transforma en corriente a partir de 1950. Tal reescalamiento se visibiliza a partir de la institucionalización de la sociología científica. Entre las décadas del 60 y 70 la CA se convierte en la corriente sociológica dominante en América Latina, de la mano de la expansión del desarrollismo crítico de la CEPAL y de las visiones heterodoxas de la dependencia. Finalmente, la corriente negacionista (CN) se despliega como corriente intelectual a partir de principios de la década del 80 del siglo XX. Se trata de un conjunto de disposiciones que se presenta a sí mismo como una superación rupturista del pensamiento moderno, en particular del marxismo. Lo que en este trabajo denominé “gran transformación” de la sociología regional es el inicio accidentado del tercer período, de impugnación de la modernidad, a partir del avance acelerado del negacionismo como corriente sociológica. Tal como veremos, si en la superficie de la CN afloran los destellos libertarios del Mayo Francés, en su raíz se condensa el escepticismo provocado por las derrotas

<sup>3</sup> En el presente trabajo distingo entre “disposición” y “corriente”. Tal como lo entiendo, una disposición es un modo de subjetivación teórica, que remite a un desempeño individual, mientras que una corriente es una colectividad en movimiento conformada a partir de múltiples disposiciones.

políticas de los 70 y por el terror sembrado por las dictaduras militares, a partir de una devastación generacional sin precedentes. Desde la década del 90 es posible observar que la CN acelera su movimiento expansivo, convirtiéndose en la visión dominante en la sociología de la región. Por su parte, la CA experimenta cierta recuperación en la primera década del siglo XXI. Entre los factores que inciden en la reactivación de la CA se destacan el despliegue de la segunda ola de integración desde debajo de la historia continental (Torres, 2020) y la crisis económica global de 2008 (Torres, 2017). En cuanto a la CNC, en la actualidad a duras penas llega a sostenerse como una corriente sociológica. Se trata más bien de un conjunto reducido de disposiciones, que no avanza ni retrocede, y que continúa sujeto a las soluciones sociológicas modernas de las décadas del 60 y 70. En el siguiente cuadro se sintetizan los registros básicos del desarrollo de dichas corrientes, así como las ideologías asociadas a cada una.

*Cuadro 1. Marco evolutivo e ideologías de las corrientes sociológicas*

CORRIENTES INTELLECTUALES	AUTONOMISTA	NEGACIONISTA	NORCÉNTRICA	
			Reformista	Marxista
Periodo de consolidación y expansión	60 -70	90 en adelante	50 - 70	60 - 70
Ideologías asociadas	Izquierdas modernas, progresismo, reformismo nacional y popular	Izquierdas ex-marxistas, neo-anarquistas y posmodernas	Reformismo liberal	Izquierdas marxistas
	No eurocéntricas		Eurocéntricas	
Momento actual	Recuperación	Desaceleración	Declive	Decadencia

Fuente: elaboración propia

El movimiento de expansión y retracción de cada una de las corrientes y disposiciones en el campo de la sociología no se puede dimensionar sin atender al movimiento de las demás y sin contemplar su inscripción más general en los procesos de cambio social de América Latina. No obstante, la explicación en detalle de las trayectorias



históricas de cada una excede el propósito y el alcance de este trabajo. Tampoco me ocuparé de resaltar las diferencias al interior de cada corriente. Aquí mi interés radica en la identificación de aquel núcleo de elementos comunes que guardan las diferentes disposiciones en el campo, y que permiten la identificación y eventual progresión de una corriente sociológica.

A lo largo del texto presento el modo en que cada corriente conceptualiza la relación entre economía y política y, más en concreto, entre capitalismo y estado. Junto a ello, analizo la forma en que cada una procesa tres tendencias sociales expansivas en la actualidad: la concentración de poder, la desigualdad social y el deterioro ecológico.<sup>4</sup> Se presta atención a tales procesos porque resultan cada vez más gravitantes en la actualidad en la conformación de la sociedad mundial. Finalmente, en las conclusiones, ofrezco un esquema conceptual y sociohistórico integrador que permite precisar los componentes críticos de cada corriente, así como esbozar su progresión futura.

## **2. La corriente autonomista: capitalismo periférico, desarrollo y autonomía estatal-nacional**

La corriente autonomista (CA) inicia su expansión a partir de 1950, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, y conserva su movimiento ascendente hasta fines de la década del 70. Durante esas tres décadas se consolidan sus coordenadas identitarias y teóricas nucleares. La CA se nutre de la retroalimentación entre un espíritu científico moderno y un espíritu autonomista de base anticolonial o antiimperial, y no antieuropeo o anticapitalista. El supuesto central de la CA es que las posibilidades de liberación social del continente

<sup>4</sup> Dadas las restricciones de espacio, dejo para futuros trabajos el análisis de tres aspectos sustantivos que procesa cada corriente: I) el dualismo democracia/autoritarismo; y II) el papel de los movimientos sociales; así como III) la cuestión racial-étnica.

dependen de un desarrollo económico traccionado por un estado soberano, así como del despliegue de una cientificidad propia edificada en un diálogo crítico con las ideas del Norte Global. Tal intercambio incluye el procesamiento crítico de las teorías económicas marxistas. Apelar a la autonomía científica implica para esta corriente el desarrollo de una racionalidad sociológica instrumental orientada al conocimiento y la superación de la condición social periférica de los países de la región. A partir de tal compromiso, la CA encarna un movimiento de conocimiento, identificación y reconocimiento de lo latinoamericano en lo global y de lo global en lo latinoamericano.

En su período expansivo la CA propicia una innovación teórica fundamental que revoluciona el modo previo de entender la relación entre estado y economía en América Latina y a nivel planetario. Me refiero a la relación de diferenciación global centro-periferia, inventada por Raúl Prebisch en la década del 50 y luego enriquecida principalmente por Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto a fines de la década siguiente.<sup>5</sup> Para Prebisch, así como para Cardoso y Faletto, la constatación central que permite entender la especificidad que adquieren el estado y la economía capitalista en la región es que las relaciones con los centros se desenvuelven bajo la hegemonía de estos (Prebisch, 1981 y 1989; Cardoso y Faletto, 1969). A partir de Prebisch la CA asumirá una visión mundialista dispuesta a reconocer que la hegemonía de los centros, y especialmente del centro dinámico principal, se asentó I) en su superioridad económica, financiera y tecnológica, II) en la fragmentación de la periferia, así como III) en la tendencia al desequilibrio del intercambio comercial entre ambos bloques. Tales

<sup>5</sup> Prebisch será el único autor latinoamericano, radicado en la región, que a partir de su teoría del capitalismo periférico logró un reconocimiento como referente de la sociología y las ciencias sociales a nivel global. Su ingreso en la lista corta que efectuó el sociólogo norteamericano Daniel Bell de las innovaciones básicas en el campo de las ciencias sociales desde la segunda guerra mundial en cierto modo lo confirma (ver Bell, 1982). La incidencia protagónica de Prebisch en la sociología dominante de la época también se puede corroborar, por ejemplo, a partir del modo en que influye en la obra de Immanuel Wallerstein desde sus primeras formulaciones (ver en particular Wallerstein, 1984).

hechos sociales se desenvuelven para esta corriente en el marco de un proceso de dependencia histórica de larga duración. De este modo, la CA promueve un tipo de universalismo localizado que concibe como superador del universalismo abstracto de la teoría social moderna eurocéntrica (Cardoso, 1965).

Ahora bien, la fórmula centro-periferia no guarda como propósito principal llamar la atención sobre la supeditación social histórica de América Latina al Norte Global. Se trata más bien de una ecuación sociológica orientada al esclarecimiento de aquella diferenciación que permitiría observar el modo en que el continente podría participar como polo activo y no exógenamente determinado en la conformación de las relaciones de apropiación a nivel global. El desarrollo teórico de la dualidad centro-periferia desde la CA permitió observar en nuevos términos dos cuestiones claves: I) el peso de las asimetrías de poder que se van actualizando a nivel global, y II) las desestabilizaciones potenciales, tanto internas y externas, que se van configurando en el proceso de estructuración de la sociedad mundial. El *locus* del cambio social en la CA se distribuye entre los planos interno y externo de la relación centro-periferia. La pretensión de autonomía que encierra esta disposición no es una inclinación autárquica sino un impulso expansivo nacional-regional.

La CA se edifica a partir del reconocimiento científico de la dinámica económica capitalista, de la formación estatal moderna, así como de la forma entrelazada que adquiere y debe adquirir la relación entre ambas instituciones para el desenvolvimiento de América Latina. A diferencia del marxismo ortodoxo, la CA parte del reconocimiento y no de la negación absoluta de la apropiación privada del excedente económico (Prebisch, 1981 y 1989; Furtado, 1964; García Linera, 2017). Para los teóricos autonomistas los dos problemas económicos principales en la región son la insuficiencia dinámica de la acumulación de capital y la dificultad de sostener en el tiempo, simultáneamente, un proyecto de justicia distributiva y un proceso de crecimiento macroeconómico.

La desactivación de la crítica anticapitalista por parte de la CA se explica por el simple hecho de que el desafío número uno de esta corriente es la superación de la condición de dependencia de América Latina a partir de una integración autónoma en el mundo (Darcy Ribeiro, 1967; Fernandes, 1970; Calderón, 2016). Dicha prioridad descentra la voluntad de subvertir en el presente toda racionalidad económica capitalista, descartando así la idea de una socialización de la propiedad en cualquier circunstancia. La CA asume que la conversión de América Latina en una sociedad posperiférica es el primer paso para la emancipación social (Torres-Rivas, 1981). En el marco de esta visión mundialista, la teoría económica se concretiza como una teoría de la especificidad periférica del desarrollo económico. En su afán industrialista, las teorías del capitalismo periférico se edifican en buena medida a partir la búsqueda de superación de la *división céntrica* del trabajo global, lo cual exige la adopción de una visión de rechazo –al menos parcial– de las imposiciones de los grandes jugadores del capitalismo extranjero (Prebisch, 1981 y 1989; Pinto, 1972 y 1978). La CA reconoce la posibilidad de modificar la posición que ocupa cada país/región en la red mundial de la división del trabajo, intentando promover un núcleo directivo regional para organizar los intercambios económicos globales, pero no concibe la posibilidad de salirse de aquella (García Linera, 2017).

En la CA, el estado aparece en el centro de la búsqueda de una mayor expansividad social *en y desde* la periferia latinoamericana. Tal opción se fundamenta principalmente en dos supuestos: el del relativo predominio del estado sobre la sociedad civil pese al reconocimiento de la gravitación de las fuerzas sociales de abajo; y el de la primacía de las funciones económicas del estado sobre sus funciones sociales, políticas y culturales. Para la primera premisa, la CA se apoya en un registro histórico y en otro sionormativo. El aspecto histórico permite señalar que en América Latina le correspondieron al estado –en primer lugar– las tareas de modernización industrial, a falta de la presencia de otras fuerzas económicas (Torres-Rivas, 1981; Faletto, 1989). Respecto al elemento sionormativo, hay cierta predilección por el

estado en la medida en que se reconoce que los grandes problemas sociales (pobreza, desigualdad y destrucción ecológica) son mucho más acuciantes en la periferia que en el centro y que su solución demanda en todos los casos una presencia más activa del estado.

Por su parte, la primacía de las funciones económicas del estado queda sujeta a la evidencia de que el primer paso para la conquista de una mayor autonomía nacional es la creación de una nueva base material bajo control y dirección de las sociedades del sur global. Las funciones políticas y culturales del estado moderno, asociadas al fortalecimiento de la democracia liberal, quedan en buena medida supeditadas al expansionismo mencionado. De este modo, para los autores autonomistas, la relación entre estado y economía se dirime centralmente en la búsqueda del mayor grado de autonomía posible para la formulación de políticas macroeconómicas orientadas al desarrollo económico industrial/informacional. Entre las nociones que expresan esta preocupación estratégica destacan las de “margen de maniobra estatal” (Prebisch, 1981 y 1985, Cardoso, 1965 y 1974; Cardoso y Faletto, 1969; Pinto, 1978); “autodeterminación económica del Estado” (García Linera, 2008) y “densidad nacional” (Ferrer, 2001 y 2007). La CA asume que el margen de maniobra de la política económica es mucho más estrecho en la periferia que en los centros (principalmente Prebisch, 1981). Junto a ello, tiende a reconocer que el estado no puede reemplazar al mercado capitalista como régimen de organización económica y que el mecanismo del mercado, a su vez, es impotente para resolver los problemas que acarrear las desigualdades sociales, la concentración de poder económico y el deterioro del medio ambiente. Para esta corriente, no existe en principio una racionalidad económica y un modo de producción propiamente estatal. La acción económica del estado sería más bien un tipo de coacción extraeconómica (García Linera, 2017).

En resumidas cuentas, la sensibilidad analítica de la CA pasa por fijar para cada momento el modo óptimo de combinación entre política estatal y economía de mercado, evitando tanto los excesos del estatismo como los del libre mercado (Pinto, 1978; García Linera,

2017). Desde la visión de Prebisch en adelante, será la relación contradictoria e irreductible entre los procesos de acumulación del capital y las políticas de distribución del excedente la que define “en la teoría” la tensión central de las dinámicas y las crisis económicas de las sociedades latinoamericanas. En cualquier caso, para la CA, los desenlaces de las crisis económicas son políticos. El estado periférico es el actor reformista central, mientras que los actores económicos y políticos de los países centrales, conjuntamente con los estratos superiores de las sociedades periféricas, suelen asociarse para conformar un bloque de oposición orientado a obstaculizar los procesos de desarrollo económico autónomo (Prebisch, 1981; Ferrer, 2001).

Ahora bien, antes que una ideología desarrollista, la CA ofrece una explicación social de los procesos de desarrollo económico en la periferia, identificando los mecanismos que activan las dinámicas económicas y extraeconómicas, así como las posibilidades y limitaciones que encierran las dinámicas industriales en la región. La principal contradicción detectada por los autonomistas es que el avance en la industrialización de los países latinoamericanos no trajo consigo una mayor autonomía económica y política sino una renovada dependencia respecto a los países centrales. Ello ocurrió a partir de la acentuación de tres restricciones estructurales: I) la necesidad de contar con una mayor financiación externa, II) la dependencia de la importación de bienes de capital localmente indisponibles, y III) la imposibilidad de prescindir del involucramiento de grandes empresas transnacionales extranjeras para apalancar el desarrollo industrial en sectores estratégicos de la economía (Jaguaribe, 1964 y 1968; Cardoso y Faletto, 1969; Fernandes, 1970; Cardoso, 1974). Las vicisitudes de la relación con las empresas multinacionales y la inversión extranjera, junto a la orientación de la producción hacia los bienes de consumo, son los factores críticos que explican a la vez las posibilidades y los fracasos de las experiencias de industrialización periférica. El incremento de la extranjerización que trae consigo el proceso de industrialización termina atentando contra el bloque de intereses construido por las alianzas desarrollistas (Cardoso, 1974;

Torres-Rivas, 1981; Prebisch, 1988; Faletto, 1989), debilitando así el control de los estados latinoamericanos sobre las operaciones de las empresas internacionales (Pinto, 1978).

Los elementos expuestos hasta aquí permiten dimensionar el modo en que la CA procesa las tres tendencias sugeridas en la introducción: la mayor desigualdad social, la creciente concentración de poder y el incremento del deterioro ecológico. La CA se enfoca en dos tipos de desigualdad social. La primera apunta al corazón de la ecuación global: tiene que ver con la desigualdad económica entre países periféricos y centrales, y más en concreto con la agudización de las desigualdades económicas entre ambos polos a partir de la expansión crecientemente polarizada del sistema global. En este plano “externo” se hace hincapié en la creciente desigualdad de crecimiento y magnitud del producto por persona en los respectivos polos, de participación en el comercio mundial, de representación en las exportaciones industriales, de captación de las inversiones de capital privado y de complejidad tecnológica de la producción (Pinto, 1972). Por su parte, el segundo registro de desigualdad se localiza en el plano interno de las sociedades latinoamericanas, y se asocia principalmente a la desigualdad en la apropiación social del excedente y a la distribución del excedente por parte del estado (Pinto, 1970; Prebisch, 1981 y 1985). Respecto a este punto de observación cobra relevancia el reconocimiento de la heterogeneidad estructural de las sociedades latinoamericanas (Pinto, 1970) y la formación de “islotos de modernidad” (Medina Echavarría, 1969), determinados por la dinámica de la difusión del cambio técnico del centro hacia la periferia.

En cuanto a la concentración de poder, la CA tiende a distinguir igualmente entre un plano interno y uno global, siendo éste último predominante. Hacia el interior de las sociedades latinoamericanas se prioriza la atención en la concentración de la propiedad de la tierra, y en cómo dicho fenómeno tiende a obstaculizar el proceso de industrialización y de acumulación capitalista (Prebisch, 1981; Fajnzylber, 1992). En un plano global, la CA distingue principalmente tres procesos de concentración de poder: I) la concentración del poder de

decisión macroeconómica sobre las economías periféricas por parte de las empresas privadas transnacionales y de los estados del centro (Pinto, 1972; Delich, 2004); II) la concentración del poder de producción industrial en los países del centro, producto de haber sido los precursores de la industrialización moderna<sup>6</sup> (Darcy Ribeiro, 1967; Cardoso y Faletto, 1969; Fernandes, 1970; Prebisch, 1981 y 1985; Delich, 2004); III) el tercer y último registro se asocia con la concentración del ingreso a nivel mundial a partir de la globalización de las actividades productivas y financieras (Furtado, 1998).

Finalmente, respecto al problema del deterioro ecológico, si bien el autonomismo tiende a priorizar una agenda industrialista, a partir de la década del 80 la sostenibilidad ambiental del desarrollo se convierte en un tema y en una contradicción a resolver (Prebisch, 1980; Cardoso, 1980; Sunkel, 1980). La evolución hacia una concepción de desarrollo humano y/o sustentable da cuenta del avance de la sensibilidad ecológica de la CA (Calderón, 2016; Calderón y Castells, 2019; García Linera, 2013).

A partir de 1990, la CA identifica al menos cuatro macroprocesos que se fueron consolidando en América Latina. El primero de ellos –y posiblemente el más gravitante– tiene que ver con la creciente supe-ditación del estado a la economía global, con la consiguiente pérdida tendencial de poder soberano del estado-nación (Faletto, 1989; Torres Rivas, 2001; Calderón, 2016; Garretón, 2014). Ahora bien, la CA invita a observar tal proceso partiendo de registrar que en la periferia la soberanía nacional reclamada por el estado ha resultado una función históricamente fallida a partir de un doble condicionamiento: el estado latinoamericano nunca ha sido soberano hacia afuera, y hacia adentro nunca ha podido terminar de organizar una sociedad nacional (Torres-Rivas, 1981). El segundo proceso general es una concreción del primero. Me refiero al incremento tendencial del poder

<sup>6</sup> Para la CA el ingreso subordinado y tardío de las economías periféricas en el flujo de industrialización global se convierte en el hecho condicionante central del fracaso del desarrollo económico latinoamericano.



de las corporaciones internacionales a nivel regional y global, así como la creciente extranjerización/privatización de las economías latinoamericanas. La extranjerización ha pasado a ser un componente decisivo de la privatización (Pinto, 1972; 1978; 1987). Para la CA, ambas tendencias tienden a limitar en mayor medida la posibilidad de los estados latinoamericanos de interferir en los procesos macroeconómicos (Furtado, 1998), provocando en algunos casos el “desfondamiento del pacto socialdemócrata” (Torres-Rivas, 2001). El tercer macroproceso identificado en los últimos años por la CA es la creciente financierización de la economía capitalista a nivel regional y global, y la mayor supeditación del modo de desarrollo industrial al modo de desarrollo informacional. Las nociones de “desarrollo humano informacional” (Calderón, 2016) y de “financierización periférica” (Abeles, 2018) intentan dar cuenta del modo en que este proceso reestructura actualmente la economía y la sociedad en América Latina. La última gran tendencia destacada por los autores de la CA tiene que ver con el avance de los procesos de individuación y de fragmentación social como factor de erosión general del estado-nación y del orden social en general en el continente (Garretón, 2014; Calderón, 2016).

### **3. La corriente negacionista: determinismo ecológico, anticapitalismo y visión antiestatal**

La corriente negacionista (CN) es portadora de una serie de ideologías de izquierda exmarxistas y/o neoanarquistas que se activan principalmente a partir de dos fuentes de afectación. La primera, tal como indiqué, combina la experiencia de derrota de los movimientos políticos de izquierdas en la década del 70 con los efectos de destrucción generacional de las dictaduras militares, ligados a la experiencia de reescalamiento regional de la política terrorista en el marco de la Operación Cóndor. La segunda es la asimilación tardía del Mayo Francés, que ingresa inicialmente en la CN a partir

del exilio político de una fracción de la intelectualidad regional en el país galo. Si la aniquilación de las dictaduras sienta las bases para la primera reacción micropolítica de la CN, la experiencia libertaria del Mayo Francés genera a posteriori una segunda, que refuerza a la primera al mismo tiempo que la deshistoriza. El supuesto central que asume esta corriente es que no hay posibilidades de revisión y de reapropiación de aquellos proyectos intelectuales modernos que se agrietan en la izquierda regional a partir del período señalado. La CN procesa la crisis del marxismo asumiendo una identidad antimoderna que incluye una inclinación a la vez antimarxista y antidictatorial. La ruptura con el marxismo se presenta como una ruptura con la modernidad desde el Sur. Los autores de referencia de la CN son Aníbal Quijano, Boaventura de Sousa Santos y Enrique Dussel.<sup>7</sup> La CN tiende a rechazar en bloque las tres instituciones centrales de la modernidad: la economía capitalista, el estado nacional y el sistema de conocimiento científico. El rechazo a los estados de la región que anida en la CN se alimenta de la lucha contra la forma dictatorial y luego del antiestatismo de los intelectuales del Mayo Francés. La negación de la base moderna de las sociedades realmente existentes en el sur global se efectúa en nombre del rechazo al mundo occidental, y en particular al eurocentrismo. El propósito compartido por los autores de la CN es el de promover una crítica a toda dominación social, con el objetivo declarado de romper con la modernidad occidental para poder construir una nueva sociedad desde el sur global.

Entre las tres instituciones modernas mencionadas, el rechazo a la razón instrumental del sistema-ciencia es el más gravitante. Desde esta visión colectiva es necesario demoler la ciencia moderna

<sup>7</sup> Si bien Enrique Dussel se autodefine como filósofo y se propone abonar el campo de los estudios filosóficos, aquí me tomo la licencia de integrarlo dentro de una corriente sociológica por las similitudes que asume su visión del cambio social respecto a las de los demás autores, y por el modo en que Dussel ha logrado penetrar en el campo de la sociología. A su vez, la integración del filósofo argentino permite observar el modo en que esta corriente sociológica se aproxima a los subjetivismos habituales de las empresas filosóficas.

como un todo, en particular la sociología, por dos motivos centrales. El primero y más general, porque la sociología moderna sería la punta de lanza de la dominación del Norte sobre América Latina. Y el segundo, más concreto, porque sus principios generales anteponen a la acción política el conocimiento del funcionamiento de las relaciones de poder y de las dinámicas de cambio social que configuran la región. El primer principio de la ciencia social moderna que rechaza el negacionismo es el principio relacional. La negación de la naturaleza relacional de la realidad regional se concreta en primera instancia como una negación del componente material de las relaciones de poder, en sus múltiples dimensiones (cognoscitiva, económica y política). Dicha negación permite postular, en primer lugar, un “principio de exterioridad” latinoamericana respecto a las tres instituciones de la modernidad. A modo de ejemplo, para Dussel dicha exterioridad será “la alteridad de las víctimas y los excluidos en posición crítica y deconstructiva” (Dussel, 1996 y 1998), para De Sousa Santos “el otro lado de la línea” (De Sousa Santos, 2010), para Svampa “la irreductibilidad de lo subalterno” (Svampa, 2017a) y para Mignolo la “exterioridad epistemológica” (Mignolo, 2009). Para esta corriente intelectual el polo real y potencial de resistencia al poder se ubicaría paradójicamente en una posición de exterioridad respecto a las relaciones de poder productoras de tal subalternidad. Este principio opera en la práctica a partir de la máxima posestructuralista de que todo lo social es discursivo. De este modo, y en resumidas cuentas, lo exterior sería para la CN aquello que se encuentra invisibilizado en el discurso del dominador. Si la observación de las grandes desigualdades sociales materiales a nivel global conlleva el reconocimiento de una relación de asimetría estructural entre las periferias y los centros, la exclusiva concentración en las capacidades de deconstrucción de los actores en el estrato discursivo de lo social permite fantasear con la igualdad en el presente entre ambos polos y la ruptura de la ecuación desigual de poder a partir de imponerse en una pugna discursiva. Si el lenguaje tiene la potestad de abrir y cerrar mundos, como estaría

dispuesta a reconocer la CN, entonces, por ejemplo, la restauración del lenguaje aborígen en posición de “exterioridad” podría clausurar el mundo capitalista. La ansiada ruptura con el colonialismo occidental se convierte para la CN en una operación de deconstrucción en el marco de la globalización discursiva comentada. Tal maniobra decolonial permite sobredimensionar al extremo el poder de transformación sociocognoscitiva y socioestructural de los movimientos sociales alternativos desplegados en el Sur Global<sup>8</sup>.

La negación de la materialidad relacional del poder, de su composición objetiva, trae consigo la negación de la positividad material de la economía capitalista y del estado moderno, así como la negación del carácter sociogenerativo que encierra la interacción entre estado y economía. La visión anticapitalista de la CN no se limita a la crítica a un sistema económico determinado sino que se extiende al rechazo de toda forma macroeconómica pasada y presente, negando con ello las bases materiales y productivas de la sociedad mundial. Para esta corriente se trata de rechazar los modos de producción capitalistas, como si la economía fuese simplemente un discurso dominante, en vez de comprender el modo de funcionamiento del sistema económico para luego intentar modificarlo en algún grado y dirección. Se trata de una operación intelectual mayúscula en la medida en que se impugna en bloque la única lógica de integración material generalizada de las sociedades en América Latina. A su vez, la crítica de los autores a la forma macroeconómica se concentra casi exclusivamente en la impugnación del modelo desarrollista. Identifico cinco puntos a partir de los cuales se edifica dicha crítica: I) la consideración de la lógica de desarrollo económico como una ideología colonialista del progreso

<sup>8</sup> Los saberes de la exterioridad alternativa, nunca alcanzada por la modernidad como discurso, llevan diferentes nombres en la CN pero dan cuenta de la misma ecuación. Me refiero aquí, por ejemplo, al “racionalismo andino” de Quijano (Quijano, 1998) y a la cosmovisión indígena del “Buen-vivir” que promocionan De Sousa Santos, Acosta y Gudynas, entre otros (De Sousa Santos, 2010, Acosta, 2015; Gudynas y Acosta, 2011).

y una “lógica productivista”, orientada a promover la monocultura del crecimiento económico lineal y acumulativo (Quijano, 2000; De Sousa Santos, 2010: 24; Acosta, 2015; Svampa, 2017b); II) el rechazo de las experiencias de sustitución de importaciones por ser la concreción paradigmática del punto anterior (Quijano, 2000); III) la subsunción del desarrollo económico capitalista a una lógica extractivista destructora del medioambiente (Svampa, 2017a y 2017b; Acosta, 2015); IV) la reducción del desarrollo económico a un proceso de dominación social (Quijano, 2000; Dussel, 1996 y 1998), y, en un grado menor, IV) la promoción de una equivalencia entre el capitalismo como un todo y el neoliberalismo económico (Acosta, 2015 y Gudynas & Acosta, 2011).

Finalmente, la negación del estado como institución moderna apunta en el caso de la CN a dos aspectos que se entrelazan y concretizan de diferentes modos: a la funcionalidad del estado para la acumulación capitalista y luego a la concentración de poder político como forma de dominación y control social. La primera crítica se concentra en remarcar que la subsunción del estado a la dinámica capitalista, y, más en concreto, la formación de un estado desarrollista o neokeynesiano, es en gran medida producto del bloqueo mental y de la falta de voluntad anticapitalista de los gobiernos progresistas del ciclo 2000-2015 en América Latina (De Sousa Santos, 2010; Svampa, 2017a; Acosta, 2015). Se trata de una actualización micropolítica de la vieja crítica marxista al reformismo. Por su parte, el rechazo a todo poder político del estado se concretiza a partir de la crítica a tres cuestiones: al autoritarismo y la coerción que le sería inherente a la forma-estado; a la propia lógica de representación; y a la apropiación privada del aparato estatal (Quijano, 1981 y 1988; Svampa, 2017a).

En cualquier caso, orientada por un imperativo de conservación ecológica y de liberación social, la narrativa posmoderna de la CN postula la posibilidad de activar un proceso de cambio socio-histórico a partir de promocionar todos o algunos de los siguientes tránsitos societales: I) de lo precapitalista, preextractivista o

comunitario-indígena a lo poscapitalista, posextractivista o posdesarrollista (Acosta, 2015; Gudynas y Acosta, 2011; Svampa, 2017a y 2017b); II) de lo preestatal a lo posestatal (Quijano, 1988; 2007); III) de lo microcomunitario, o movimientista residual, a lo macrosocial o global (De Sousa Santos, 2018; Acosta, 2015; Acosta y Gudynas, 2011); y IV) de la vida urbana moderna a la vida rural-comunitaria no occidental (Acosta, 2015; Acosta y Gudynas, 2011). El primer movimiento se efectuaría sin transitar por el capitalismo, el segundo sin reconocer el modo de estructuración estatal de las sociedades latinoamericanas, el tercero obviando los efectos sociales de las asimetrías estructurales –y las lógicas de imposición del poder social–, y el cuarto pasando por alto la tendencia a la creciente urbanización de la población planetaria.

Se trata de una propuesta de “negación histórica” en tanto se propone desandar el devenir tecnoeconómico y político general de América Latina, a partir de una agenda ecológica de decrecimiento económico abstracto. Las modalidades políticas, económicas y culturales premodernas imaginadas por la CN como vías de superación social nunca existieron en América Latina. No al menos como modalidades predominantes y extendidas. La CN no ofrece una explicación de cómo estas propuestas podrían generalizarse al conjunto de la sociedad atendiendo a un principio de realidad. Y ello no es un dato menor. Lo cierto es que la CN se despliega simultáneamente como una narrativa de denuncia y como un dispositivo de agitación política desde la academia efectuada en nombre de la renovación de la sociología, y no como un espíritu sociológico crítico al servicio del conocimiento y del cambio estructural del mundo realmente existente.

#### **4. La corriente norcéntrica: sistema económico y estado sin América Latina**

La disposición norcéntrica se despliega en la sociología regional, tal como ya señalé, a partir de dos inclinaciones dominantes: una colonialista y otra moderna. Ambas modalidades se fueron combinando de modo variable a lo largo del siglo XX. En el momento de primacía colonialista, dicha disposición se expresó paradigmáticamente en América Latina a partir del dualismo civilización / barbarie. A mediados del siglo XX se convierte en corriente sociológica a partir de una marcada primacía de su forma moderna.

El centralismo nórdico de esta corriente integra y eventualmente combina un registro de europeización y de norteamericanización. El núcleo epistémico de la CNC se puede representar a partir de un triple movimiento de I) desconocimiento de la especificidad latinoamericana en la sociedad mundial, II) reconocimiento de lo global en lo latinoamericano, y de III) identificación con el Norte Global. La CNC se inspira a grandes rasgos en la idea y en el sentimiento de que la fuente de civilización superior se localiza en el Norte Global. En tanto patrón de civilización, se trataría de una expresión de superioridad humana que correspondería interiorizar, imitar y/o expandir por la región. El propósito más sustantivo que acompaña la práctica intelectual desplegada desde la CNC es el de “civilizar”, imponiendo un patrón de reproducción noratlántico. Históricamente, la CNC se ha dirimido en América Latina entre lo civilizable, lo no civilizable y lo ya civilizado. De este modo, la lógica de imposición y de conquista de la acción intelectual civilizadora se edifica a partir de un ímpetu de *inferiorización* de las creaciones intelectuales y sociohistóricas latinoamericanas no ajustadas a ese patrón reproductivo.

A los fines del presente texto, es importante indicar que desde la década del 60 del siglo pasado en adelante se despliegan dos vertientes dominantes de la CNC moderna en la sociología regional:

una reformista y otra marxista. La sumatoria de ambas permite dibujar un arco ideológico amplio, que desborda una identidad de izquierdas. En cualquier caso, uno de los atributos centrales de la CNC moderna, en ambas vertientes, es la adopción de un tipo de *holismo uniformizante* basado en el no reconocimiento de la diferenciación centro-periferia como ambivalencia nuclear de la modernidad. Tal desconocimiento lleva a proyectar para el conjunto de las formaciones sociales un concepto de sociedad, una forma capitalista y una forma estatal aparentemente genérica, así como un modo y una dinámica de articulación entre economía y política igualmente desdiferenciada. Señalo que se trata de un modo aparentemente genérico en tanto lo que se proyecta sobre América Latina son las ecuaciones societales nórdicas estructuradas a partir de un nacionalismo metodológico revestido de universalismo.

#### **4.1. La CNC reformista**

Respecto a la CNC moderna de corte reformista, desde la década del 50 del siglo XX hasta la actualidad, destaco las figuras de José Medina Echavarría, de Gino Germani y de José Nun. El universalismo abstracto que promueve este conjunto disposicional se realiza a partir de la supeditación de América Latina a un principio de generalidad social deslocalizada. Ello se evidencia, por ejemplo, a partir I) del señalamiento de que los problemas latinoamericanos son de carácter general y se los encuentra en todas las sociedades modernas –avanzadas o no– (Germani, 1979); II) de la negación de la “europeización” en el continente en nombre de una pertenencia “desde fechas lejanas, por derecho propio, a la variada configuración de la cultura occidental” (Medina Echavarría, 1972); así como a partir de III) asumir que el devenir de América Latina “se ajusta a las tensiones estructurales implícitas en la forma de integración de la sociedad moderna, como tipo general de sociedad” (Germani, 1962 y 1979).



El holismo uniformizante de esta corriente específica, que inspira su visión del vínculo entre economía y estado en América Latina, se realiza a partir de promocionar una “doble desconexión” socio-causal: I) desconexión de las sociedades periféricas respecto a las del centro y II) desconexión de lo político-estatal y lo cultural-nacional respecto a lo económico-global. De este modo, el desconocimiento de las asimetrías estructurales entre el centro y la periferia, de la macroafectación de la periferia por el centro, se manifiesta a partir de una lógica divisionista. Germani establece una diferenciación entre la creciente interdependencia internacional, con la consiguiente unificación espacial del mundo –en lo económico, lo social, lo político y lo militar– y la creciente concentración del poder, que se genera y manifiesta al interior de las sociedades nacionales (Germani, 1979). En un registro más sutil, Medina Echavarría reconoce la existencia de una doble estratificación (tanto interna como entre países), pero bajo el supuesto de que cada espacio de estratificación es un campo distinto y que por lo tanto no hay un principio de unidad que sujete a ambos en términos causales (Medina Echavarría, 1969b; 1976). Del mismo modo, Medina sostiene que el sistema económico capitalista fue tomando un carácter cada vez más autónomo dentro del todo social (Medina Echavarría, 1976), pero en ningún momento alude a la creciente polarización entre los bloques económicos del centro y de la periferia. En resumidas cuentas, la CNC reformista provoca una completa escisión entre los factores “internos” y “externos” de las relaciones de poder, tomando distancia explícita de toda adjudicación causal “externa” (Medina Echavarría, 1969b; Germani, 1979).

Por su parte, la desconexión de lo político-estatal y lo cultural-nacional respecto a lo económico-global es la operación que permite sobreponderar el efecto de los factores culturales y políticos internos en la reproducción de la condición periférica de las sociedades latinoamericanas. Para Germani, la evolución de las sociedades latinoamericanas, las crisis periódicas que las afecten, así como la manera en que estas últimas se afrontan, dependen en

primera instancia de la especificidad sociocultural interna –y luego recién internacional– de esas mismas sociedades (Germani, 1979). Nun asumirá una suposición semejante al sostener que el cemento de la sociedad –y por lo tanto el cemento de las sociedades latinoamericanas– es el sentido común (Nun, 2014). Desde la CNC reformista, la persistencia de los grandes problemas sociales de América Latina se explicaría principalmente por los resabios premodernos, arcaicos y atrasados de la cultura y de la política nacional latinoamericana. En comparación con las experiencias nórdicas, nuestras poblaciones serían portadoras de mayores deficiencias culturales. Ese déficit comparativo remite en algunas visiones a una desjerarquización racial. Tanto para Germani como para Nun las culturas latinoamericanas exhiben un déficit democrático superior que se traduce, por ejemplo, en una mayor dificultad para construir y reconstruir las bases del consenso social, evitar la fragmentación social y lograr una participación democrática (Germani, 1962, 1979; Nun, 2015a).

Los problemas económicos de América Latina también estarían determinados en primera instancia para la CNC reformista por el déficit de su cultura económica. Para Medina Echavarría la imposibilidad de crear un capitalismo nacional autónomo en América Latina se debe principalmente a la incapacidad de la burguesía latinoamericana para reproducir el proyecto económico de la burguesía liberal europea (Medina Echavarría, 1972). En cuanto a los efectos políticos de la cultura económica, tanto Medina como Germani suscriben a la idea de que el retardo de América Latina en resolver a tiempo la mudanza necesaria de su estructura agraria condenó al continente a la imposibilidad de una auténtica democracia (Medina Echavarría, 1969a; 1972; Germani, 1962). La crítica del déficit cultural de la CNC reformista apunta directamente a la clase política. La democracia representativa y el desarrollo económico tienden a malograrse en buena medida por la improvisación, la corrupción y la incapacidad general de los sectores políticos gobernantes en las sociedades latinoamericanas (Medina Echavarría,

1972; Nun, 2015a). Esta disposición opera “como si” el incremento de las capacidades intelectuales, técnicas y morales de los actores regionales garantizase un mayor desarrollo socioeconómico del continente. Y lo cierto es que a lo largo de la historia del siglo XX las experiencias políticas que propiciaron la expansión de tales capacidades fueron en su mayoría barridas por golpes militares comandados desde el Norte global.

La cuestión del estado y su relación con el desarrollo económico está igualmente sometida para los autores norcéntricos a la doble desconexión mencionada, así como al diagnóstico general insinuado. Tal opción se proyecta a partir de tres operaciones centrales: I) la inversión de la secuencia de acoplamiento entre economía y política; II) la adjudicación de márgenes de autonomía idénticos a los estados latinoamericanos –periféricos– y a los estados céntricos y III) y la circunscripción de la función del estado a la dimensión nacional/interna de las relaciones de poder. Respecto a la primera, las visiones de Germani y de Nun asumen un patrón secuencial europeo, al considerar el desarrollo económico capitalista como condición material del desarrollo político, y –más en concreto– del desarrollo de la democracia moderna. Desde este registro procesual, el gobierno peronista argentino, por ejemplo, pasa a ser visto como una desviación política antidemocrática que altera en cierta medida la sucesión causal moderna (Germani, 1962; Nun, 2015a) y no como el factor precipitante de un proceso de desarrollo económico nacional promocionado desde el estado. De este modo, la CNC reformista desconoce que en América Latina los gobiernos nacionales y populares fueron los primeros actores económicos modernos. El segundo aspecto se observa cuando esta corriente pretende subsumir la forma-estado en América Latina a una idea tecnocrática de planificación estatal “hacia adentro” de la democracia y del desarrollo económico (Medina Echavarría, 1969b; 1976; Nun, 2015b), como si el gobierno contase con el poder y la autonomía suficiente para una realización social de tal naturaleza. El tercer aspecto se registra cuando la CNC reformista evita considerar las funciones

estatales de expansión y defensa de la soberanía nacional contra las injerencias y desestabilizaciones externas, así como las funciones políticas supranacionales, como podría ser la construcción de un bloque de poder regional.

Es desde las coordenadas mencionadas que la CNC reformista procesa las tres tendencias que propongo analizar en este trabajo. La concentración de poder se presenta principalmente como un proceso antidemocrático en el ámbito político-estatal interno, tendiente a acaparar la toma de decisiones públicas (Germani, 1962; 1979). Del mismo modo se observan las desigualdades sociales, económicas, de género y raciales. Se las circunscribe al plano interno de las sociedades periféricas (Medina Echavarría, 1976; Nun, 1994; 2015b). De esta manera, entre otros aspectos, se invisibiliza la desigualdad estructural entre los centros y las periferias. Finalmente, el problema del deterioro ecológico se encuentra prácticamente ausente de las preocupaciones sociales admitidas por la CNC reformista.

#### **4.2. La CNC marxista**

La CNC moderna de tipo marxista en América Latina se identifica centralmente con las llamadas teorías marxistas de la dependencia (TMD). Estas se desarrollan entre las décadas del 60 y 70 del siglo pasado, siendo sus referentes principales André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini y Theotonio dos Santos. A tales autores se suma Agustín Cueva desde una posición de diálogo más distanciada.<sup>9</sup> Desde fines de los 70, en adelante, tal corriente ingresa en una fase de pronunciado declive y descomposición, siendo particularmente afectada por la última crisis del marxismo a nivel global en la

<sup>9</sup> Si bien Agustín Cueva establece diferencias con las TMD, su crítica sustantiva apunta contra la corriente autonomista, a la que subsume junto a las primeras en una misma nomenclatura: la de “teorías de la dependencia” (ver Cueva, 1974). En cualquier caso, los registros que le adjudico a las TMD valen igualmente para el texto clásico de Cueva que cito en el cuerpo del texto.

década del 80. En la actualidad, las expresiones que sobreviven no llegan a conformar una corriente, son muy marginales, y están orientadas al rescate y la reproducción de las ideas de los autores mencionados (Dos Santos, 2003). En su momento de expansión, la CNC marxista se desarrolló en la academia ligada a una red política comunista de carácter global, cuyos nodos dominantes se encontraban en el Norte global. Esta modalidad marxista adopta una visión anticapitalista, antiimperialista y antiestatal, al mismo tiempo que opta por una forma científica pasiva, centrada en la reproducción teórica.

Si la CNC reformista promueve un holismo uniformizante a partir de una teoría general de la sociedad moderna en transición, la CNC marxista hace lo mismo a partir de una teoría general de la economía capitalista internacional autopropulsada. Esta visión promueve un doble determinismo motorizado por una dinámica de imposición unidireccional: I) un determinismo “externo” del espacio-tiempo latinoamericano y II) un determinismo económico del campo político y social, tanto global como regional. En la CNC marxista la noción de “dependencia” opera como una forma de denuncia que conduce en todos los casos al rechazo total de la economía capitalista (más o menos imperialista), de toda forma-estado (por ser capitalista) y de cualquier modo de articulación entre ambas instituciones. Se trata de un rechazo total y deslatinoamericanizado de la sociedad moderna. El componente norcéntrico de este anticapitalismo total se evidencia al registrar la apreciación aún más negativa que reciben las estructuras económicas precapitalistas de las sociedades latinoamericanas, sujetas al atraso, la debilidad y la decadencia (Gunder Frank, 1965; Ruy Marini, 1973).

El doble determinismo de la CNC marxista se puede observar a partir de la explicación que los autores mencionados ofrecen sobre el carácter subdesarrollado y satelital de América Latina. Gunder Frank afirma, por ejemplo, que “desarrollo y subdesarrollo

representan *lo mismo*,<sup>10</sup> porque son producidos por una sola estructura económica y un mismo proceso capitalista” (Gunder Frank, 1965). El carácter autopropulsado de la dinámica capitalista global se evidencia cuando el mismo autor sostiene que “tan pronto como un país o un pueblo es convertido en satélite de una metrópoli capitalista externa, la expoliadora estructura metrópoli-satélite organiza y domina rápidamente la vida económica, política y social de ese pueblo” (Gunder Frank, 1965). La operación teórica más relevante efectuada a partir de la CNC marxista es la supeditación de lo político-periférico a lo político-imperialista y de lo político-imperialista a la lógica de acumulación e imposición capitalista mundial. Aquí el imperialismo se consolida como forma dominante del capitalismo internacional (Marini, 1969, Cueva, 1979; Gonzáles Casanova, 2006), y por tanto no es un componente político diferenciado de lo económico-capitalista. Ello distingue a esta corriente de la CA, que se estructura a partir de la separación analítica entre lo político y lo económico, recreando una identidad antiimperialista pero no anticapitalista. La CNC marxista se enfrentó abiertamente con la CA, señalando el carácter ilusorio y contraproducente que representa toda búsqueda de expandir la autonomía económica y política nacional/latinoamericana sin antes abolir el sistema capitalista. Se referirán a las experiencias autonomistas como “ilusiones populistas y nacionalistas”, “el mito de la burguesía nacional”, “la imposibilidad fáctica de una burguesía nacional progresista”, etcétera (Gunder Frank, 1965; Marini, 1969; Dos Santos, 1978; Bambirra, 1977; Cueva, 1979; Gonzáles Casanova, 2006). Un rasgo distintivo de la CNC marxista es su marcada dependencia de las perspectivas marxistas exportadas desde las sedes dominantes del partido comunista, en la URSS y en Europa, en particular de la teoría leninista del cambio político y social.

Respecto al modo de procesamiento teórico de las tres tendencias bajo observación, la CNC marxista opera en un sentido inverso

<sup>10</sup> Cursivas mías.

a la CNC reformista. Si esta última se circunscribe a los factores internos, la corriente marxista absolutiza los elementos externos. De este modo, la concentración de poder se concibe como un proceso de creciente acumulación de riquezas y de monopolización de la economía a nivel mundial –y nacional–, propulsado por leyes sociales impersonales y autónomas de la dinámica global de acumulación capitalista. Junto a ello, para esta corriente, las desigualdades sociales se entienden centralmente como desigualdades en la apropiación del excedente económico. Y serán las contradicciones estructurales del capitalismo internacional las que determinan tales asimetrías sociales. Finalmente, al igual que sucede con la CNC reformista, para la CNC marxista el deterioro ecológico está prácticamente ausente como problema social.

## **5. Reflexiones finales: hacia la renovación de la sociología latinoamericana**

En el artículo analizo los componentes principales de las tres corrientes que van configurando el campo de la sociología en América Latina desde mitad del siglo pasado, en particular a partir de la década del 80. El siguiente cuadro permite observar, desde un registro sintético, unificado y comparativo, las dimensiones de análisis empleadas, así como las nociones de referencia que remiten a los componentes señalados.

**Cuadro 2. Componentes principales de las corrientes sociológicas**

CORRIENTES COMPONENTES	AUTONOMISTA	NEGACIONISTA	NORCÉNTRICA	
			Reformista	Marxista
<b>Actitud hacia la ciencia</b>	Pro-científica activa	Anti-científica	Pro-científica pasiva	
	Creación de teoría social	Anti-racionalista/ Pro-saberes ancestrales y/o no-occidentales	Reproducción de teoría social importada	
<b>Esquema causal</b>	Mundialismo metodológico/ Interacción diferenciada centro/periferia.	Globalismo discursivo /Diferenciación simbólica Norte-Sur	Nacionalismo metodológico/ Desdiferenciación centro-periferia	
	Articulación economía/política/cultura	Desconexión cultura/ economía/política		Articulación economía/política/cultura
	Primacía político-económica	Determinismo ecológico	Determinismo político-cultural	Determinismo económico
<b>Actitud hacia el capitalismo</b>	Anti-capitalismo extranjero/ Capitalista no dependiente	Anti-capitalista	Capitalista	Anti-capitalista
<b>Actitud hacia del estado</b>	Pro-estado autonomista	Anti-estatal	Pro-estado céntrico; Anti-estado autonomista	Anti-estatal
	Primacía de funciones de desarrollo económico	Primacía de funciones políticas autoritarias	Primacía de funciones de desarrollo cultural	Primacía de funciones de explotación económica
<b>Actitud universalista</b>	Universalismo concreto o localizado		Universalismo abstracto o uniformizante	
<b>Proyección normativa</b>	Horizonte moderno pos-periférico	Horizonte anti-moderno o pre-moderno	Horizonte moderno capitalista	Horizonte moderno pos-capitalista
	Visión progresiva	Visión regresiva	Visión progresiva	Visión regresiva
	Soberanía estatal-popular y desarrollo económico autónomo	Sociedad comunal/ indigenismo	Democracia liberal	Socialismo / Comunismo

Fuente: Elaboración propia

La gran transformación de la sociología se produce con el inicio de su tercera y última etapa, en la década del 80 del siglo XX. Atendiendo a un principio de novedad ahistórico, dicho momento de trastocamiento podría concebirse como el de la creación de la corriente



negacionista y su posterior hegemonía. En cambio, al priorizar un registro de continuidades y rupturas, la gran transformación de la sociología se asociaría en primera instancia a la descomposición de los proyectos intelectuales modernos. Como vimos, el compromiso moderno de la sociología se expresa tanto en la corriente autonomista como en la norcéntrica (esta última tanto en sus versiones marxista como reformista). Pero también está presente en la génesis de la corriente negacionista. La CN tiene una base moderna compacta que abandona y a la cual combate en la década del 80. Ello se observa con nitidez al revisar las trayectorias de sus referentes, que no se inician asumiendo inclinaciones negacionistas. Lo que se suele llamar exmarxismo o postmarxismo no es una superación epistemológica y autocrítica efectuada por marxistas, tomando como base dicha tradición, sino principalmente una nueva empresa micropolítica que, a partir de reconvertir su radicalismo marxista al interior del sistema académico, emprende una ruptura radical con la teoría moderna del cambio social, lo cual conlleva un rechazo absoluto de su propio pasado.

Siempre ha resultado difícil establecer una relación causal entre el escepticismo científico y el escepticismo político. En cualquier caso, el debilitamiento del compromiso moderno de la sociología desactivó las expectativas racionalistas de cambio societal. Esta reducción generalizada de los impulsos de transformación estructural a partir del conocimiento científico es el núcleo persistente de la gran transformación que se inicia en la década del 80 y que perdura hasta hoy. Y la historia que precipita la gran transformación sociológica remite en primera instancia, como ya mencioné, a los efectos traumáticos y estructurales producidos por el dispositivo de aniquilación política y psicológica que ponen en funcionamiento a nivel regional las dictaduras militares en la década del 70. De este modo, a partir de los 80, la sociología se desentendió de un proyecto de cambio continental, que se referencia en América Latina como objeto central (Garretón, 2020). Lo que denomino “modernidad impugnada”, en referencia al tercer momento de la sociología continental, es

más bien la impugnación de una “modernidad regional”, que hace estallar en mil pedazos la idea de América Latina como objeto científico para la sociología.

Así, a partir de los 80 se inicia el último y más gravitante punto de inflexión (*turning point*) de la historia de la sociología regional. Este proceso de miniaturización, reconvertido en corriente sociológica, se concreta en primer lugar como un escepticismo intelectual, que trajo como consecuencia la desactivación del motor científico de la sociología (Torres, 2017, 2018 y 2020). De este modo, antes que una deslatinoamericanización absoluta de la sociología, la gran transformación produjo la desaparición de América Latina como objeto teórico y científico.

Como vengo insistiendo, los protagonistas de la gran transformación de los 80 fueron los sociólogos e intelectuales negacionistas, los cuales fueron portadores de proyectos intelectuales modernos. Se trata de una ruptura intrageneracional, efectuada casi exclusivamente desde la corriente marxista norcéntrica. De este modo, fue una fracción del radicalismo revolucionario del marxismo norcéntrico, de tipo colectivista, el que se reconvierte en un radicalismo rupturista profrancés, de tipo liberal y micropolítico, a partir de la década del 80. Y aquellos que no se reconvirtieron quedaron confinados en la academia a la reproducción de visiones marxistas del cambio social crecientemente hipertrofiadas. Los intelectuales autonomistas, por su parte, pese a que fueron igualmente perseguidos por las dictaduras militares, en su mayoría siguieron siendo autonomistas durante y después del período de devastación del terrorismo de estado, aunque su compromiso sociológico se debilitó.

Si el marxismo norcéntrico fue un proyecto de minorías a la vez en la política y en la academia en América Latina en los 70, la CN se reproduce como proyecto de “mayorías” al interior de la galaxia académica a partir de la década del 90. Y en ese recorrido se enlaza el criticismo marxista de la corriente moderna norcéntrica, que subsiste hasta hoy en una escala residual, con el criticismo antimoderno de la corriente negacionista como corriente sociológica aún

dominante. La CN se reproduce de modo expansivo hasta principios del siglo XXI a partir de la transmisión intergeneracional exitosa de la ruptura escéptica de los 80. Las segundas y terceras generaciones de sociólogos negacionistas integraron de modo acrítico dicha ruptura, como un nuevo sentido común. Y esa transmisión resultó exitosa porque se produjo a partir de una dinámica intraacadémica, y por tanto desconectada de la política de masas en la región. A partir de ese modo de transmisión no solo se reproduce y se expande el rechazo al marxismo en la sociología, sino al conjunto de las corrientes modernas y sus respectivos horizontes de expectativas. La llamada crisis del marxismo fue un modo de manifestación específica de una impugnación más generalizada del compromiso de la sociología regional con el cambio estructural, lo cual incluye el compromiso con la construcción de un futuro integrado y superador para América Latina.

A lo largo de la historia, fueron los grandes cambios sociales extraacadémicos los que propiciaron los puntos de inflexión de la sociología regional. Como ya sugerí parcialmente, serán un proceso y un acontecimiento los que precipitan una crisis de hegemonía de la CN en el siglo XXI. El proceso remite a la ola de integración política regional desde abajo que se inicia en 2003 (Torres, 2020), y el acontecimiento a la crisis económica global de 2008 (Torres, 2017). Ambos registros impactan en el campo de la sociología regional, aunque sus efectos son moderados. Tal efecto es acotado por el grado de desacople estructural existente entre el campo sociológico y el campo político, y luego por la desactivación de dicha ola en diciembre de 2015. Pero sin dudas estos hechos alcanzaron para reactivar las corrientes modernas, en particular la autonomista, a partir de un movimiento mayoritariamente empujado desde abajo por las nuevas generaciones politizadas en el campo sociológico. A estos eventos se suma en la actualidad la crisis mundial del Covid-19, que está reforzando como nunca antes la necesidad de atender a los grandes cambios sociales de la región en el marco de un escenario de disputas y de transformaciones mundiales. Pese a la primacía aún persistente de la CN, la

futura renovación de la sociología parece inclinarse hacia una actualización de la CA. Y para poder avanzar en tal dirección será necesario revisar el proyecto intelectual autonomista en su conjunto. Ello exige analizar la validez de cada uno de los componentes mencionados en el trabajo, actualizarlo a partir de las novedades estructurales más contemporáneas, así como desechar las ecuaciones obsoletas. La renovación de la CA requiere prestar una mayor atención a los ingredientes históricamente subvalorados por esta corriente, como la cuestión ecológica, y tomarse muy en serio el principal proceso contestatario expansivo en la actualidad en la sociedad mundial, como es la revolución feminista.

## 6. Bibliografía

Abeles, Martín; Pérez Caldente, Esteban & Valdecantos, Sebastián. (eds.).(2018). *Estudios sobre financierización en América Latina*. Libros de la CEPAL, N° 152. Santiago de Chile: CEPAL.

Acosta, Alberto. (2015). El Buen Vivir como alternativa al desarrollo. Algunas reflexiones económicas y no económicas. *Política y Sociedad*. Vol. 52, Núm. 2, 2015, p. 299-330

Bambirra, Vania. (1977). *El capitalismo dependiente latinoamericano*. México D. F: Siglo XXI.

Bell, Daniel. (1982). *The Social Sciences since The Second World War*. New Jersey: Transaction-Rutgers University.

Calderón, Fernando. (2016). Navegar contra el viento o las perspectivas de América Latina en la Era de la información. En: *La construcción social de los derechos y la cuestión del desarrollo. Antología*. Buenos Aires: CLACSO, 2017, p. 23-67.

- Calderón, Fernando & Castells, Manuel. (2019). *La nueva América Latina*. México D. F.: FCE.
- Cardoso, Fernando Henrique. (1965). Análisis sociológicos del desarrollo económico. *Revista Latinoamericana de Sociología*, n° 71, vol. 2., p. 178-199.
- Cardoso, Fernando Henrique & Faletto, Enzo. (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cardoso, Fernando Henrique. (1974). Las contradicciones del desarrollo asociado. *Desarrollo Económico*, Vol. XIV, N° 53, p. 3-32.
- Cardoso, Fernando Henrique. (1980). Development and environment: the Brazilian case. *CEPAL Review*, N° 12, p. 111-128.
- Cueva, Agustín. (1974). Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia. En: Moreano, Alejandro. (2008). *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana. Fundamentos conceptuales Agustín Cueva*. Bogotá: Siglo del Hombre - CLACSO.
- Cueva, Agustín. (1979). El desarrollo del capitalismo en América Latina y la cuestión del Estado. *Problemas del Desarrollo*, UNAM, N° 42, mayo-julio.
- Dos Santos, Theotonio. (1978). *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*. México: Edicol.
- Dos Santos, Theotonio. (2003). *Teoría de la Dependencia: Balance y Perspectivas*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Dussel, Enrique. (1996). Introducción. En: *Filosofía de la liberación*. Bogotá: Nueva América, p. 4-12.
- Dussel, Enrique. (1998). *Ética de la Liberación en la Edad de la Globalización y la Exclusión*. Madrid: Trotta.
- Faletto, Enzo. (1989). La especificidad del Estado en América Latina. *Revista de la CEPAL*, N° 38, agosto, p. 69-87.
- Fajnzylber, Fernando. (1992). De la “caja negra” al “casillero vacío”. *Nueva Sociedad*, n° 118, marzo-abril 1992, pp. 21-28.
- Fernandes, Florestan. (1970). Patrones de dominación externa en América Latina. En: (2008). *Dominación y desigualdad: el dilema social latinoamericano. Antología*. Bogotá: Siglo del Hombre y CLACSO.

Ferrer, Aldo. (2001). *Vivir con lo nuestro. Nosotros y la globalización*. Buenos Aires: FCE.

Ferrer, Aldo. (2007). *Globalización, desarrollo y densidad nacional*. En: Vidal, Gregorio & Guillén, Arturo. (comp.). *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización. Homenaje a Celso Furtado*. Buenos Aires: CLACSO.

Furtado, Celso. (1964). *Desarrollo y subdesarrollo*. Buenos Aires: Eudeba.

Furtado, Celso. (1968). *Teoría y política del desarrollo económico*. México: Siglo XXI.

Furtado, Celso. (1998). El nuevo capitalismo. *Revista de la CEPAL*, Número extraordinario, octubre, p. 17-20.

García Linera, Álvaro. (2008). El Estado en transición. Bloque de poder y punto de bifurcación. En: *La potencia plebeya*. Buenos Aires: CLACSO, p. 501-526.

García Linera, Álvaro. (2013). *Geopolítica de la Amazonia. Poder hacendal-patromonial y acumulación capitalista*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

García Linera, Álvaro. (2017). *¿Qué es una revolución? De la revolución de 1917 a la revolución de nuestro tiempo*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Garretón, Manuel. (2014). *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Garretón, Manuel. (2020). Cambio social y procesos políticos en América Latina: De la transición democrática a la crisis del COVID-19. Conferencia online. URL: <https://elaboraciones.sociales.unc.edu.ar/conversacion-con-manuel-antonio-garreton/>

Germani, Gino. (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Paidós: Buenos Aires.

Germani, Gino. (1979). Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna. En: *La sociedad en cuestión. Antología*. Buenos Aires: CLACSO, 2010, p. 652-695.

- Gonzales Casanova, Pablo. (2006). *Sociología de la explotación* (Nueva edición, corregida). Buenos Aires: CLACSO.
- Gudynas, Eduardo & Acosta, Alberto. (2011). La renovación de la crítica al desarrollo y el Buen Vivir como alternativa. *Utopía y praxis latinoamericana*, N° 53, abril-junio, p. 71-83.
- Gunder Frank, Andre. (1967). *Capitalism and underdevelopment in Latin America*. New York: New York University Press.
- Jaguaribe, Helio. (1964). *Desarrollo económico y desarrollo político*. Buenos Aires: Eudeba.
- Jaguaribe, Helio. (1968). *Dependencia y autonomía en América Latina*. Mexico: Siglo XXI.
- Marini, Ruy Mauro. (1969). *Subdesarrollo y revolución*. México: Siglo XXI.
- Marini, Ruy Mauro. (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: Era.
- Medina Echavarría, José. (1969a). *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Medina Echavarría, José. (1969b). Los supuestos políticos de una crítica económica. En: *Dos polémicas sobre el desarrollo de América Latina*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, p. 195-206.
- Medina Echavarría, José. (1972). *Discurso sobre política y planeación*. México: Siglo XXI.
- Medina Echavarría, Jose. (1976). Las propuestas de un nuevo orden económico internacional en perspectiva. CEPAL. División de Desarrollo Social, Noviembre.
- Mignolo, Walter. (2009). La idea de América Latina (la derecha, la izquierda y la opción decolonial). *Crítica y Emancipación*, (2): primer semestre, p. 251-276.
- Nun, José. (1994). La democracia y la modernización, treinta años después. *América Latina Hoy*. Vol.7, pp. 7-16.
- Nun, José (2014). El sentido común y la construcción discursiva de lo social. En: Grimson, Alejandro (comp.). *Culturas políticas y políticas culturales*. Buenos Aires: UNSAM, p. 15-26.

- Nun, José (2015a). *El sentido común y la política. Escritos teóricos y prácticos*. Buenos Aires: FCE.
- Nun, José (2015b). *Democracia ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Pinto, Aníbal. (1970). Naturaleza e implicaciones de la “heterogeneidad estructural” de la América Latina. *El Trimestre Económico*, Vol. 37, N° 145(1). Enero-Marzo, p. 83-100.
- Pinto, Aníbal; Kñakal, Jan. (1972). El sistema centro-periferia 20 años después. ILPES, Documento DE/17. Santiago de Chile: CEPAL.
- Pinto, Aníbal. (1978). Falsos dilemas y opciones reales en la discusión latinoamericana actual. *Revista de la CEPAL*, Segundo semestre, p. 27-46.
- Pinto, Aníbal. (1987). La ofensiva contra el estado económico. *El Trimestre Económico*, julio-septiembre, p. 683-693.
- Prebisch, Raúl. (1980). Biosphere and development. *CEPAL Review*, N° 12, p. 69-84.
- Prebisch, Raúl. (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México: FCE.
- Prebisch, Raúl. (1985). La periferia latinoamericana en la crisis global del capitalismo. *Revista de la CEPAL*, N°26, Santiago de Chile, Agosto de 1985
- Prebisch, Raúl. (1988). Dependencia, interdependencia y desarrollo. *Revista de la CEPAL*, N°34, p. 205-212.
- Quijano, Aníbal. (1981). Poder y democracia en el socialismo. *Sociedad y política*, Lima, Año 3, N° 12, agosto, p. 33-50.
- Quijano, Aníbal. (1988). Modernidad, identidad y utopía en América Latina. En: Calderón, Fernando (comp.). *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada posmoderna*. Buenos Aires: CLACSO, p. 29-46.
- Quijano, Aníbal. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En: Lander, Edgardo. (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, p. 201-246.



- Ribeiro, Darcy. (1968). *El proceso civilizatorio*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca.
- Sunkel, Osvaldo. (1980). The interaction between styles of development and the environment in Latin America. *CEPAL Review*, N° 12, p. 15-50.
- Svampa, Maristella. (2017a). *Del cambio de época al fin de ciclo. Gobiernos progresistas, extractivismo y movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires: Edhasa.
- Svampa, Maristella. (2017b). Cuatro claves para leer América Latina. *Nueva Sociedad*, N° 268, marzo-abril, p. 50-64.
- Torres, Esteban. (2017). El proyecto intelectual: hacia la reconstrucción de un programa teórico para las ciencias sociales en América Latina. *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, CLACSO. Segunda Época, N° 48, agosto.
- Torres, Esteban. (2018). The Three Engines in Marx's Social Theory: Towards a Renewal of the Left. *Critique*. Vol. 46. Issue 4. Routledge. Taylor & Francis, UK., p. 529-540.
- Torres, Esteban. (2019). The Great Transformation of Latin American Sociology, 1950-2019: from Modern Autonomy to Posmodern Denial. Conferencia dictada en el Departamento de Sociología de la Universidad de Cambridge, Reino Unido, el 1 de octubre.
- Torres, Esteban. (2020). Hacia una nueva teoría del cambio social en América Latina: esquemas y elementos preliminares. En: Torres, Esteban (eds). *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO, p. 23-56.
- Torres, Esteban & Borrastero, Carina. (2020). Capitalism and the State in Latin América: Concentration of Power, Social Inequality and Environmental Depletion. En: Bada, Xóchitl & Ribera Sanchez, Liliana; (eds). *The Oxford Handbook of The Sociology of Latin American*. New York: Oxford University Press, p. 1-17.
- Torres-Rivas, Edelberto. (1981). La nación: problemas teóricos e históricos. En: Lechner, Norbert (comp.). *Estado y política en América Latina*. México: Siglo XXI, p. 87-132.

Torres-Rivas, Edelberto. (2001). Contrapunto entre Reforma y Revolución: la democracia en Costa Rica y Guatemala. En: Torres-Rivas, E. (2008). *Centroamérica: entre revoluciones y democracia*. Bogotá-Buenos Aires: Siglo del Hombre Editores-CLACSO, p. 249-282.

Wallerstein, Immanuel. (1984). *El moderno sistema mundial II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*. México: Siglo XXI.

## El proyecto intelectual

### Hacia un nuevo programa para las ciencias sociales en América Latina<sup>1</sup>

Uno de los grandes desafíos que hoy tenemos por delante pasa por la necesidad de volver a orientar la investigación científico-social a partir de un proyecto intelectual. Entiendo que no falla el sentido común cuando se considera que un proyecto intelectual tiene que ver con una política o una politicidad del saber. Hasta donde conozco, la idea de proyecto intelectual, que anida en la mayoría de los grandes teóricos, no adquiere entidad conceptual en ninguno de ellos. Incluso en autores como Max Weber, José Medina Echavarría o Pierre Bourdieu, que se distinguen por el volumen de introspección socio-analítica y metodológica que inyectan en sus trabajos, el empleo de la noción de proyecto intelectual no pasa de ser un registro precategorial. El objetivo del presente texto consiste en introducir algunos elementos centrales del concepto de proyecto intelectual, que anticipadamente definiré como un *modo de compromiso con los grandes problemas de nuestro espacio-y-tiempo*. Este concepto no planea en abstracto sobre la realidad académica y general de América Latina, sino que hunden sus raíces en los movimientos contemporáneos centrales de nuestra

<sup>1</sup> Este texto se publicó en el número 48 de la colección *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Segunda Época, agosto de 2017. Título original: *El proyecto intelectual: hacia la reconstrucción de un programa teórico para las ciencias sociales en América Latina*.

región. Al apelar a la noción de proyecto intelectual pretendo contribuir a la dificultosa reconstrucción de un programa público y común de investigación para las ciencias sociales regionales, a partir de la cual se pueda reconsiderar desde un necesario registro de unidad el vínculo entre la construcción de los objetos de investigación, los diferentes compromisos teórico-políticos que fueron avanzando y retrocediendo en las últimas décadas, y las grandes problemáticas sociohistóricas que marcaron el devenir de nuestro continente.

Si algo creo que caracteriza en términos generales el desenvolvimiento de las ciencias sociales y la sociología en América Latina en la actualidad es una profunda irreflexibilidad identitaria –antes que una crisis identitaria– que se precipita a partir de un hecho constatable: la creciente desarticulación entre proyectos de identidad, prácticas de investigación social, competencias teóricas y reflexión metodológica. Tal desacople ha permitido el avance de un “irracionalismo” diversificado de nuevo cuño en la construcción de los objetos de investigación social. El proyecto intelectual no define ni demanda el advenimiento de una perspectiva teórica específica sino una serie de coordenadas metodológicas que haga posible la restitución y actualización de un programa teórico a la vez crítico y moderno. Al concebir el proyecto intelectual como un programa doy por supuesto que no es el único. Ahora bien, lo que este tendría de singular y que lo inscribe en la historia grande de América Latina es su preocupación clásica por el vínculo entre la sociología, las ciencias sociales y el destino colectivo de las sociedades, en este caso de las sociedades latinoamericanas. En su núcleo identitario aparece la interrogación por los avatares de la humanidad latinoamericana como comunidad de destino en un mundo crecientemente planetarizado. El racionalismo crítico que demanda los desafíos investigativos de nuestro tiempo tendrá por primera tarea agrandar nuestra razón y no achicarla. En eso consistió siempre el desafío de la intelección humana y no tendría por qué cambiar en el futuro: pensar un objeto en relación a un método.

## **1. La contextualización del proyecto intelectual: el devenir contemporáneo de las ciencias sociales en América Latina**

Todo lo que son y lo que no llegaron a ser las ciencias sociales en la actualidad tiene algo que ver con el devenir de los proyectos intelectuales. Aquí parto del supuesto histórico-general de que con la precipitación del ciclo neoliberal a fines de los años 70 se inicia en Argentina y en América Latina un proceso de creciente debilitamiento de los proyectos intelectuales en las ciencias sociales. Tal retroceso llevó en muchos casos al directo abandono de dichos proyectos. Me inclino por destacar tres grandes ámbitos de actuación, íntimamente relacionados entre sí, que inciden principalmente en la configuración del mundo en el cual los proyectos intelectuales en las ciencias sociales entran en crisis y en ciclo de descenso en el continente. Me refiero a una serie de procesos políticos, teóricos e institucional-académicos, cada uno de los cuales resultaron portadores de una fuerza de erosión indeterminable.

### **1.1. El devenir político**

Los procesos políticos que merecen consideración en este punto están directamente relacionados, por un lado, con los avatares de la izquierda y del progresismo político, y por el otro, con el devenir de los modos de vinculación entre práctica teórica y práctica política, cuyas formas materiales y cuyos contratos normativos se han ido modificando a lo largo de las últimas décadas. Respecto al primer punto, las diferentes fuerzas progresistas y de izquierdas que se despliegan en las ciencias sociales en la región, dependiendo el punto de inicio que se establezca y la extracción de tales fuerzas, tentativamente acumulan hasta la fecha tres derrotas: la interrupción de la experiencia revolucionaria de la década del 70, la democratización socialdemócrata fallida de los 80 (en Argentina con Alfonsín) y finalmente el declive –digamos parcial– del progresismo neodesarrollista

a partir de fines de 2015. Desde las ciencias sociales solo hubo capacidad de reacción a la primera derrota, si bien se trató de un débil movimiento culturalista.

Si las dos primeras derrotas achicaron drásticamente el encuadre de intelección sociológica del período, las experiencias progresistas de estos últimos años en América Latina no alcanzaron a recomponerla. La primera derrota erosionó las posibilidades de avance o de reproducción de los proyectos intelectuales principalmente a partir de dos modos de sustracción: el exilio sin retornos y la desaparición física de los intelectuales políticamente comprometidos, y luego la precariedad anímica y material de los exiliados que regresaron a sus respectivos países una vez finalizadas las dictaduras militares. Tal situación recién experimenta una discreta mejoría con el advenimiento del nuevo siglo. Ahora bien, si la repolitización del campo político en los últimos años en América Latina condujo a una repolitización relativa de la investigación social, no produjo en cambio una “recientificación” de tales prácticas. Menos aún precipitó el advenimiento generalizado de proyectos y procesos en los cuales pudiesen confluír la repolitización y la recientificación de la investigación social.

## ***1.2. El devenir teórico***

En cuanto al proceso teórico, entiendo que lo más acertado es subsumir la diversidad de registros, en gran medida compleja y contradictoria, en dos momentos generales consecutivos. El primero, que precisamente se instala desde fines de la década del 70, tiene que ver con el “declive general de la cuestión económica”. El segundo momento que destaco es el de la “relativa recomposición de lo económico”, que se precipita a partir de la crisis económica mundial de 2008 y que se proyecta a partir de entonces de un modo incierto y con una fuerza difícil de dimensionar.

### 1.2.1. *El declive de lo económico*

Este primer movimiento se extiende a lo largo de aproximadamente 30 años, desde fines de los 70 hasta 2008. Una manifestación relevante de tal retracción temática se asocia con el procesamiento que suscitó la llamada “crisis del marxismo” en América Latina, que tuvo su punto de condensación central en la crítica a la tesis de la determinación económica en última instancia. Muchas de las perspectivas críticas que se presentaron como un marxismo heterodoxo o un posmarxismo se edificaron sobre un procesamiento reduccionista de dicha crisis. Se ajustan a dicha descripción las obras tardías de Norbert Lechner, Ernesto Laclau, José Arico, Juan Carlos Portantiero y José Nun, entre otros. A mi entender el efecto más perjudicial de este nuevo pensamiento crítico tuvo que ver con el abandono de toda teoría económica en nombre de la crítica al economicismo. Tal desplazamiento se produjo a partir de la adopción masiva de una teoría culturalista de la democracia como proyecto de renovación y adaptación del socialismo y de otras fracciones del progresismo a los nuevos gobiernos posdictatoriales.

El giro cultural se impuso en detrimento de una teoría multidimensional de la revolución que se presentaba completamente obsoleta. De este modo, junto con el abandono de la búsqueda y de la pregunta por la revolución se abandona por completo la pregunta por la cuestión económica. Si la otrora preocupación por la revolución política concentraba su atención central en la vinculación entre política y economía, la pregunta por la democracia, tal como se llevó adelante, condujo a la totalización de lo político-cultural, principalmente de la mano de una relectura en extremo reduccionista de Gramsci. Todo indicaría que para conservar su histórica posición radical y no burguesa a principios de los 80, en un momento de fuerte restricción estructural de las alternativas de cambio económico, la teoría social de la nueva izquierda tuvo que recurrir a dos maniobras. La primera consistió en negar una revisión de la teoría económica marxista, dado que ello podría desembocar en el reconocimiento de

un programa económico keynesiano, siendo éste último un patrimonio de la socialdemocracia.

La segunda operación consistió en extender el manto de su preciosa teoría de la cultura al todo social, omitiendo toda conexión con los procesos económicos. A favor de esta segunda hipótesis valdría la pena preguntarse por qué en este período de apertura ideológica el gran libro de Raúl Prebisch *El capitalismo periférico*, publicado en 1981, no recibió atención alguna (Prebisch, 1981). En cualquier caso, lo concreto es que la nueva izquierda intelectual argentina y latinoamericana se quedó sin una teoría social del capitalismo, ocultamiento que no le impidió seguir adelante con la crítica al marxismo y con la edificación de una nueva identidad teórica para la izquierda.

Ahora bien, el declive general de la cuestión económica no se puede reducir en este período a una explicación política al interior o en relación con la tradición marxista. Tal declive en las ciencias sociales regionales se asoció también, directamente, a tres aspectos relacionados entre sí que se resienten conjuntamente: el declive de la construcción de teoría social, la casi extinción de la agenda de investigación macrosociológica y el abandono de la reflexión en torno al problema de la temporalidad y en particular del tiempo futuro. El primer aspecto se asocia, desde un registro estrictamente teórico, con la desvalorización de lo propiamente científico de la investigación en las ciencias sociales. La minimización de la pregunta por el carácter científico del conocimiento social remite al avance de al menos cuatro expresiones que tienen una penetración significativa y una aceptación ubicua en el conjunto de las ciencias sociales regionales hasta la actualidad. La primera expresión agrupa el abandono de un principio de objetividad no constructivista, la sobreacentuación del giro lingüístico y del relativismo, y de modo accesorio la extensión del deconstruccionismo. Estas manifestaciones teóricas trajeron consigo el avance de un escepticismo científico no desconectado de un escepticismo político. En segundo lugar, ligado a lo anterior, merece considerarse el abandono de una lógica de explicación social a favor del empleo de la descripción y la interpretación como modos



analíticos excluyentes. El avance de la estrategia interpretativa sugerida por Zygmunt Bauman corre en esta dirección. Un tercer elemento que atenta contra la construcción de teoría social es el avance de la ilusión científica del empirismo, que ideológicamente promueve el acceso al conocimiento riguroso de lo social prescindiendo de un proceso de conceptualización y de construcción teórica. Finalmente, la cuarta expresión se contrapone parcialmente a alguno de los registros expuestos y tiene que ver con el *ethos* militante del activismo, que suele sobrepolitizar y sobrenormativizar la tarea del investigador en desmedro de cualquier búsqueda de científicidad.

Tal como mencioné, el segundo aspecto relacionado con el momento de declive de lo económico se asocia con la pérdida de visión *macrosociológica* de las ciencias sociales regionales. El aumento de las investigaciones micro y mesosocial en detrimento de las perspectivas macrosociales guarda relación con el debilitamiento geopolítico y geoeconómico de la región en este período y –junto a ello– al interior de las ciencias sociales, con la creciente desatención respecto a las dinámicas macroeconómicas al momento de construir los objetos de investigación. La relativa exclusión de los problemas económicos es el factor central que precipita el achicamiento de los marcos de intelección en las ciencias sociales contemporáneas. Lo verdaderamente llamativo en este caso es que mientras más se extendían las racionalidades económicas mercantiles en las sociedades latinoamericanas, bajo una lógica de programación neoliberal, más se reducía la importancia que tal hecho adquiriría como problema de investigación social. El práctico abandono de la escala macro de análisis social, sustentada en sus versiones más robustas a partir de una crítica reduccionista a la idea de totalidad social, significó en primera instancia el abandono de un enfoque sociorelacional para la investigación social. Descartados o minimizados los enfoques globales, las soluciones pasaron principalmente por la reclusión en una teoría no relacional de la acción que tuvo su expresión central en la proliferación de una literatura alienada metodológicamente y proclive a la exaltación de los llamados nuevos movimientos sociales.

Si el agotamiento de lo económico guarda relación con las erosiones de lo macrosocial y de la espacialidad social como un todo, algo similar ocurrió con la temporalidad y con la visión histórico-epocal. Si bien la obliteración de la temporalidad como problema para las ciencias sociales se conecta con elementos diversos, me inclino a señalar que el punto más sensible tuvo que ver con la completa desacreditación de los principios de necesidad y de condición a favor del principio de contingencia. En la actualidad se registra una tendencia de hondo calado a la *creciente supremacía de la contingencia en detrimento del principio de necesidad*, tanto en la filosofía como en las ciencias sociales. Tal movimiento no solo ha desplazado el variado campo semántico de la determinación sino que ha reducido el interés por la propia explicación causal sin el necesario abandono de una lógica causal de conocimiento. El nuevo protagonismo de la contingencia suele ir acompañado de la pérdida de la sistematicidad relacional que acompaña a la noción en sus formulaciones clásicas. Bajo el ropaje de la crítica a la “teleología marxista” se terminó por desechar las teorías del cambio social y el problema de la temporalidad sociohistórica como un todo. Este punto se conecta centralmente con lo económico en tanto es la temporalidad económica la que principalmente trae consigo –como registro dominante– una temporalidad no coyuntural, un principio de necesidad y un punto de apoyo más estable para la especulación sobre el futuro.

Creo no equivocarme al señalar que el problema principal que trajo aparejado el movimiento teórico general de declive de lo económico en las ciencias sociales latinoamericanas tuvo que ver con la *pérdida de una visión estratégica general*. Por falta de voluntad, por incapacidad y/o por imposibilidad, desaparecieron los experimentos teóricos más ambiciosos orientados a proyectar un esquema abstracto y concreto de modificación de las relaciones de poder existentes y de direccionamiento general de los procesos sociohistóricos. A partir de la limitación de tal horizonte de visibilidad no es de extrañar que no se hayan presentado, no al menos en una escala y una frecuencia

aceptable, situaciones propicias para investigar sobre posibles vías de superación a los grandes problemas de la región.

### *1.2.2. La recomposición de lo económico*

El segundo momento teórico de las ciencias sociales en América Latina, precipitado en gran medida a partir de la crisis económica norteamericana y global de 2008, lo caracterizo como de un incipiente retorno de lo económico a las discusiones contemporáneas. No se trata de una recuperación general de la cuestión sino apenas de una reinstalación de la temática en ciertos espacios y disciplinas, con altibajos importantes.

Vinculado a este contramovimiento identifico tres elementos centrales: a) la proclamación –ciertamente predecible– por parte de los marxistas de un nuevo retorno a Marx y a la cuestión económica, cuya forma de reinstalación ha resultado en algunos casos irreflexiva y desprovista de autocrítica; b) un mayor reconocimiento del capitalismo como racionalidad económica dominante por parte de los máximos exponentes de la teoría social contemporánea no marxista; c) El procesamiento al interior del campo de las ciencias sociales de las discusiones extraacadémicas que se suscitaban en torno a la realidad geoeconómica y geopolítica posneoliberal en subregiones importantes de América Latina en la primera década y media del siglo XXI, cuyo anclaje empírico central se asoció a la recuperación de capacidades estatales para la formulación autónoma de políticas económicas. Como es evidente, este último aspecto se agota parcialmente a fines de 2015, con el avance de los procesos de programación neoliberal en Brasil y Argentina.

En síntesis, si bien es constatable cierto retorno de la cuestión económica a las ciencias sociales y a la teoría social en América Latina, y con ello la recuperación del interés por la articulación entre economía y política, no debería llevarse tal afirmación demasiado lejos. Los problemas históricos que fundamentaron el giro culturalista de la teoría social de izquierda dominante en el continente

persisten en buena medida. Aquello que persiste y que incluso se profundiza es la imposibilidad de habilitar en términos realistas, *en la teoría*, la proyección imaginaria de una racionalidad económica no capitalista con posibilidades de expansión nacional, regional o global. Lo que positivamente se desvaneció es la creencia en la posibilidad de avanzar en un proceso de democratización cultural y social sin avanzar simultáneamente en un proceso de reforma económica estructural. Para ser exactos, la salida ideada entonces por los posmarxistas no fue una adscripción sustantiva a las perspectivas socialdemócratas sino un reduccionismo culturalista basado en el desconocimiento “teórico” del proyecto de reforma económico al cual suscribieron por defecto.

El punto crítico de la reconstrucción identitaria de la izquierda contemporánea, sin la cual no puede precipitarse un nuevo proceso de reconstrucción teórica, sigue pasando por el posicionamiento en torno a la identidad anticapitalista, y luego por el modo de procesamiento teórico del imaginario asumido. Si el atributo identitario fundacional e innegociable para la nueva teoría social de izquierdas continua siendo un principio de negación de lo capitalista como un todo, el remedio seguirá siendo el desconocimiento de lo económico como un todo. El culturalismo y/o la absoluta marginalidad política es el precio que se continúa pagando por intentar conservar una identidad política anticapitalista. Promocionar un retorno a la explicación de los procesos económicos en la actualidad conlleva la incomodidad existencial de tener que repensar drásticamente el vínculo entre la identidad de izquierdas y su programación política.

En cualquier caso, me da la impresión que este contramovimiento de reinstalación de lo económico no tiene por el momento la fuerza suficiente para detener el avance de los movimientos teóricos mencionados que se precipitan a partir de fines de los 70. El giro lingüístico, el relativismo, el descrédito de la explicación causal y el achicamiento del encuadre de intelección sociológica, por mencionar a alguno de ellos, parecen seguir adelante pase al nuevo escenario. Merece tomarse muy en serio a Emir Sader cuando advertía en

2009 que América Latina continuaba careciendo de pensamientos estratégicos que puedan orientar procesos políticos diversificados a la altura de los desafíos que la realidad social demanda (Sader, 2009).

### **1.3. El devenir institucional-académico**

Los movimientos teóricos y políticos contemporáneos en América Latina se despliegan con cierta independencia respecto a las dinámicas propiamente institucionales del campo académico. Estas últimas parecen seguir una dinámica tendencial, signadas por un nivel de contingencia ciertamente reducido, y en la cual se observa la movilización simultánea de dinámicas de supeditación y de autonomización. Entre los procesos generales involucrados en el devenir institucional de las ciencias sociales del continente merecen destacarse principalmente cinco. En primer lugar, registro la supeditación de las instituciones académicas nacionales a un proceso de globalización (I). Junto a ello, advierto la autonomización creciente de las ciencias sociales institucionalizadas respecto a cuatro aspectos: a las prácticas y los proyectos políticos no académicos (II), a las problemáticas sociales concretas (III), a los actores involucrados en éstas últimas (IV), y finalmente respecto a los horizontes de intelección general (V). Propongo que nos detengamos brevemente en cada uno de los procesos mencionados.

Respecto a la supeditación al proceso de globalización, distingo entre aquellos fenómenos asociados a lógicas económico-instrumentales y aquellos cuya lógica expresa una racionalidad diferente o más difusa. El primer registro de supeditación tiene que ver con el proceso de mercantilización de la educación superior y, por lo tanto, con la retracción de la universidad entendida como bien público. Si desde inicios de la década del 80 hasta mediados de los 90 se expande y se consolida en América Latina el mercado nacional universitario, de allí en adelante tal campo queda expuesto a un proceso de creciente globalización neoliberal que evoluciona a gran velocidad bajo la influencia de las líneas directrices de organismos internacionales

como el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio. Si bien en la última década mejoró sensiblemente la financiación estatal de la educación superior y del sistema científico-técnico en general en buena parte del continente, tal fortalecimiento estatal no logró revertir un proceso de creciente supeditación a parámetros de valorización global neoliberal. Un fenómeno no supeditado a lo económico tiene que ver con la internacionalización de las redes académicas, que se inicia en América Latina a mediados de la década del 70, con la circulación de intelectuales en la región (alimentado por el exilio político), y con la potenciación de instituciones regionales tales como CLACSO y FLACSO. Dicho salto de escala espacial tiene un punto de apoyo importante en el avance desigual aunque constante de la profesionalización de las ciencias sociales. Finalmente, un fenómeno aún difícil de dimensionar tiene que ver con la relación que fija la institución académica con el proceso de globalización comunicacional. Si bien puede ser un acierto atender en este punto a la popular tesis pesimista del avance de la cultura audiovisual en aras de la cultura letrada, habría que ser cautos a la hora de proponer una ecuación de suma cero que responsabilice al nuevo ecosistema mediático de una supuesta pérdida de poder simbólico de la producción científica. En cualquier caso, la institución-ciencia social se encuentra inmersa en un proceso general aunque variable de globalización, con preeminencias económicas, que guarda algún tipo de relación con los movimientos políticos y teóricos ya comentados.

En cuanto a los procesos de autonomización institucional de las ciencias sociales, el primer registro que merece considerarse es el que atañe al vínculo con el poder político. En líneas generales se registra una tendencia a la mayor diferenciación entre la esfera de las ciencias sociales y la esfera de la política estatal. La cuestión central pasa por cómo considerar tal distanciamiento. A mi entender aquí prevalece la tesis de Bauman sobre la de Lechner. El primero dirá que dicha autonomía, en cierto punto positiva, no se explica sin considerar la creciente impotencia política del sector intelectual, lo cual resultaría en gran medida negativo. Lechner, en cambio, se restringe

a rescatar la apertura intelectual que tal autonomía trajo aparejado en América Latina, al menos para la izquierda. Bauman sostiene que luego de haber alcanzado el punto más bajo de su relevancia política, los intelectuales disfrutaron de una libertad de pensamiento y de expresión imposible de soñar en los tiempos en que las palabras valían políticamente. Para Bauman se trata de una autonomía sin consecuencias prácticas fuera del mundo autoclausurado de la vida académica. El sociológico polaco dirá que la desposesión política de los intelectuales no ha sido un completo desastre en tanto permitió a los intelectuales darse sus propias reglas y liberarse del control político. Tal liberación, según Bauman, se produce en el marco del creciente desinterés del Estado respecto a las discusiones de la comunidad académica.

Se trataría de una frontera a la vez más modesta y más libre para la práctica intelectual, siendo una situación social no creada por decisión de los propios intelectuales. Aquí el intelectual se conforma en una cultura autorreferencial desligada del teatro de operaciones del poder político. Un elemento clave que merece retenerse es precisamente el de la desposesión política. No alcanza con señalar que no hay autonomía intelectual sin impotencia política en el mundo académico. Lo que me interesa destacar es que en América Latina se observa una correlación positiva entre la autonomización institucional de las ciencias sociales y la desvinculación de la práctica científico-social respecto al poder político en la propia construcción de los objetos de investigación social. Una de las consecuencias que ello produjo fue la proliferación en estos últimos años de un tipo de investigador social que experimenta una completa escisión entre su compromiso político y su práctica intelectual, en tanto desarrolla un trabajo de investigación social alienado que no guarda relación con sus identificaciones políticas, o incluso que resulta contrario a estas últimas.

La autonomía en cuestión no crece exclusivamente respecto a las relaciones y los procesos políticos sino también en relación con las propias problemáticas sociales que exceden en todo momento tanto

a los mecanismos de representación política como a los dispositivos de procesamiento analítico de las ciencias sociales, pero que en cualquier caso ponen en cuestión la existencia de un sentido de representación más general. Junto con la extensión de la lógica intracomunal de las ciencias sociales se tiende a agudizar el histórico problema de para quién se investiga. ¿Llegamos al punto de que somos el fin último de nuestras propias investigaciones sociales? ¿O el fundamento individual toma en consideración y eventualmente se supedita a un principio supraindividual de maximización colectiva? La autonomía mencionada se suele expresar en la preeminencia de objetos teóricos edificados a partir de intereses exclusivamente individuales, desconectados de los grandes problemas sociales de la región, y en muchos casos desprovistos de un proyecto intelectual que contemple un horizonte histórico-social latinoamericano. Es necesario señalar que uno de los factores que inciden con fuerza en la conformación de las dos líneas de autonomización comentadas es la creciente *profesionalización* de la actividad académica de los intelectuales, que se hace posible a partir de la ampliación y la modernización de la universidad, a partir del financiamiento estatal generalizado de la investigación social, y más en general a partir de la industrialización del sistema científico-técnico bajo lógicas de competitividad. Como correctamente advierte Lechner desde fines de la década del 80, la profesionalización acelera un proceso de especialización –que describiré en el punto siguiente– que también trae aparejado una nueva cultura del trabajo científico-social.

El tercer proceso institucional mencionado se vincula con la creciente autonomización respecto a las visiones general de las ciencias sociales y de la sociedad. Esta autonomización es causada por la profundización de las lógicas disciplinarias en las ciencias sociales, que se sostienen en términos materiales a partir de las dos autonomías previamente comentadas. Una expresión paradigmática de dicho proceso es la *hiperespecialización*, inducida por las propias reglas académicas antes que por la demanda de los actores económicos empresariales. La hiperespecialización, en tanto práctica autonomizada,



ha llegado al punto de desconectarse de los discursos integracionistas de sus propias tradiciones disciplinarias, generando subáreas disciplinarias que se validan a sí mismas. Si en el umbral del siglo XX el pensamiento clásico se encontró envuelto en el torbellino de la creación de las ciencias particulares, intentando que la nueva particularidad no pierda el registro de lo general, en este momento experimentamos la construcción de lo subparticular al interior de lo particular. En este mundo atomístico lo general se percibe como una opción fantasmática, obsoleta, incongruente, y por tanto con exiguas posibilidades de realización imaginaria y práctica. Hago hincapié en que la hiperespecialización es un proceso institucional dado que los propios investigadores que intentan desarrollar sus investigaciones atendiendo a un registro holístico se ven compelidos a adaptarse a los mecanismos de diferenciación imperantes en cada espacio disciplinario.

En cualquier caso, todo indica que hay que estar cada vez más atento al devenir propio de la institución académica para así poder registrar los puntos de apoyo para un proyecto de renovación que pueda proyectarse desde y más allá de sus lógicas endógenas. Es precisamente a partir de la reintegración de lo académico y lo extraacadémico que se puede constituir un espacio de experiencias concretas que faculte el desarrollo de nuevos proyectos intelectuales. La idea de proyecto intelectual pone en cuestión las prácticas de investigación social que solo reconocen como formas de validación las reglas intracomunitarias e intradisciplinarias. En síntesis, en la actualidad la urgencia pasa por recuperar en primera instancia un horizonte histórico-epocal para una investigación social disminuida sociológicamente, mayormente alienada en términos geopolíticos y geoeconómicos, y fuertemente autorreferencial. La dependencia de las ciencias sociales regionales respecto a las teorías sociológicas elaboradas principalmente en Europa y EE.UU. de ningún modo se ha revertido en esta última década y media de avances sociales. La recuperación de cierta soberanía político-estatal no tuvo su correlato en un proceso de construcción teórico-social autónoma en el plano

regional. No se trata de un hecho menor. El desafío central podría resumirse a partir de la siguiente ecuación: mientras más necesitemos actualizar la explicación de los procesos sociohistóricos contemporáneos de América Latina, más necesitamos priorizar la reconstrucción de un método y un programa teórico de investigación social. Ahora bien, la investigación social regional no demanda la construcción de cualquier programa teórico, sino aquel que se fundamenta en un proyecto intelectual.

## **2. El proyecto intelectual: elementos fundamentales**

No encuentro mejor forma de definir el proyecto intelectual que como *un modo de compromiso con los grandes problemas (o problemas críticos) de nuestro espacio-y-tiempo*. El proyecto intelectual es una forma abstracta de parametrización de las prácticas de investigación orientada a concretizarlas en una dirección específica. No se trata de una fórmula acabada sino de una serie de principios en construcción que actúan en conjunto, permitiendo orientar la formulación de problemas y la construcción sistemática de objetos de investigación. La propuesta toma en consideración los aciertos metodológicos de las perspectivas clásicas y contemporáneas que procesaron analíticamente los grandes problemas sociales y que marcaron los puntos más altos del desarrollo de las ciencias sociales en América Latina.

Como toda apuesta crítica, los principios del proyecto intelectual son sensibles al registro de las iniciativas metodológicas y teóricas que fracasaron en la región o bien que han sido superadas por las nuevas circunstancias.

En su actual estado de desarrollo el proyecto intelectual se compone de *nueve principios*, actualizando en nuevos términos coordinadas metodológicas clásicas. Dada la falta de espacio para introducir cada uno, aquí simplemente optaré por mencionarlos.

<b>Principios</b>	
1. Holístico	6. Identitario
2. Relacional	7. Normativo
3. Multidimensional	8. Realista
4. Procesual	9. Estratégico
5. Situacional	

La consideración de los principios mencionados se convierte en una condición *sine qua non* para poder reasumir en las ciencias sociales una actitud racionalista, científica y con pretensión de incidencia social estructural. Probablemente nadie definió mejor tal actitud que Medina Echavarría, cuando afirmó que se trata de una “conciencia reflexiva de propensión científica” (Medina Echavarría, 1939). Al pretender recuperar una fórmula sistemática para la elaboración de objetos teóricos en las ciencias sociales regionales estamos alimentando un proceso de investigación que incluye la construcción de una teoría sociológica mundialista.

Los principios abstractos mencionados en el punto anterior componen de modo variable y desigual los tres núcleos centrales de dicha definición: a) *el modo de compromiso*; b) los *grandes problemas o problemas críticos*; y c) la noción de “*nuestro*” *espacio-y-tiempo*. El modo de compromiso invoca un sentido de responsabilidad respecto a dos aspectos que se imbrican mutuamente: la dimensión del problema en cuestión y un registro de apropiación colectiva históricamente situado. El primero tiene que ver con “lo grande” o “lo crítico” del problema. “Lo grande” deviene en el vector científico por excelencia del compromiso en tanto proyecta una episteme para la aprehensión analítica de los procesos sociohistóricos.

La segunda expresión de compromiso tiene que ver con la inscripción en un arreglo espacio-temporal específico, que es precisamente un espacio-y-tiempo que llamare “propio”. Lo propio sería aquí algo indeterminado que conlleva en primera instancia, tal como mencioné, un registro de apropiación colectiva. La noción de compromiso

así formulada inscribe al proyecto intelectual en un tipo particular de pensamiento crítico. La habilitación de una idea de crítica asociado a tal noción de compromiso demanda una revisión sustantiva respecto a lo que comúnmente se entiende como “crítica”. Aquí diré que el proyecto intelectual, y el modo de compromiso que le es inherente, involucra dos modos eventualmente articulados de pensar en abstracto lo propiamente crítico del conocimiento. Me refiero –a grandes rasgos– a 1) Lo crítico como crítica de la dominación, y 2) Lo crítico como registro de relevancia. El registro del “gran problema” o del “problema crítico” involucra un modo de procesamiento específico basado en un criterio clásico de *relevancia causal*. No todo objeto construido que permite ser explicado ofrece las condiciones para el despliegue de una explicación social que tome en consideración una escala atenta al devenir de las grandes mayorías de la población. “Lo nuestro” en tanto registro de identificación colectiva no responde en primera instancia a una demarcación grupal, microcomunitaria o sociomovimientista sino a un registro identitario más extendido, como podría ser lo nuestro-nacional o bien lo nuestro-regional.

### **3. Relaciones de poder, conflictos y procesos sociales**

El criterio de relevancia causal al que me vengo refiriendo adquiere centralidad desde el momento que las ciencias sociales modernas ponen a disposición de la investigación social una serie limitada y fundamental de “objetos-marco” al interior de los cuales se hace posible capturar los puntos críticos de condensación de las fuerzas de causación intervinientes en la constitución social de un espacio-y-tiempo determinado.

Antes que proponer la creación de nuevos modos de demarcación, considero necesario la recuperación, en nuevos términos, de aquellos objetos-marco desdibujados a partir de la captura posmoderna y neoliberal de la agenda de investigación en las ciencias sociales. Tal movimiento de descomposición se expresa con particular

dramatismo en América Latina a lo largo de las últimas tres décadas. En su expresión más abstracta, estos elementos u objetos-marco son: a) las relaciones de poder, b) el proceso sociohistórico, y c) el conflicto. No hay posibilidad de ofrecer una explicación causal de los problemas críticos nacionales y regionales sin considerar la interacción de los tres objetos-marcos mencionados. Si las relaciones de poder expresan la ecuación socio-causal en el plano sincrónico, el proceso sociohistórico la expresa en el plano diacrónico.

Luego el conflicto se constituye en el principio de detección, de activación y de dinamización principal de la ecuación socio-causal. Cada objeto-marco abstracto habilita una doble función: 1) la definición de problemas de primer orden, proceso que se activa a partir de una delimitación específica y concreta en algún punto al interior de los objetos-marco; 2) la definición de objetos sociales estructurantes de segundo orden, y a partir de ello la definición de los problemas concretos de investigación.

Finalmente, la inscripción del problema de investigación en “nuestro” espacio-y-tiempo (o nuestro tiempo-y-espacio) implica un sentido de responsabilidad en primera instancia identitaria. Respecto a la dimensión espacial, lo que presiona la conversión del espacio nacional y/o regional en “nuestro espacio” es la primera modalidad de compromiso ya mencionada, esto es, la relevancia socio-causal. No hay “problema crítico” sin tomar como referencia lo nacional y lo regional, así como no hay “nuestro espacio” en un sentido amplio sin atender a los grandes problemas. Desde la pregunta por la ecuación socio-causal y el esquema de interinfluencias asociado a un gran problema, tanto el espacio-nacional como el espacio-regional remite actualmente a un espacio global. Podría postular que mientras más necesitamos entender las relaciones y los procesos económicos, políticos y culturales en América Latina, más necesitamos entender los procesos y las relaciones sociales ancladas o bien precipitadas desde la sociedad mundial. De este modo, la tensión espacial principal del proyecto intelectual se presenta entre “nuestro espacio” (nacional

y/o latinoamericano) y el espacio social dominante que remite a un marco mundial.

#### **4. El proyecto intelectual y las formas intelectuales en América Latina**

La recuperación de un proyecto intelectual para la investigación social regional exige tomar en consideración los tipos de investigación social que se fueron conformando históricamente, así como sus modos variables de relacionamiento con la práctica política. El esquema general que propongo a tal fin, y que aquí simplemente menciono, se compone de un campo de intersección entre tres esferas: la investigación social (IS); el proyecto intelectual (PI) y la práctica política (PP). A partir del entrecruzamiento de las esferas IS y PI se establecen tres tipos de investigación social. Cada tipo se define en función del vínculo que establece con PI. De este modo, desde un registro procesual, las alternativas que se presentan son las siguientes: a) Una investigación social *inspirada en* un proyecto intelectual; b) una investigación social *basada en* un proyecto intelectual; y finalmente c) una investigación social *desprovista de* un proyecto intelectual. Tomando en consideración la tipología propuesta, señalo que la investigación social puede adquirir modalidades efectivas o fallidas. En el esquema que menciono, el tipo fallido de investigación en todos los casos es aquel que ni se basa ni se inspira en un proyecto intelectual. De este modo, lo efectivo y lo fallido del vínculo se asocia a la consideración o no de los principios constitutivos del proyecto intelectual, mencionado en el apartado anterior.

La investigación social en los tres tipos mencionados se vincula en la actualidad –y lo ha hecho históricamente en América Latina– de tres modos diferentes con la práctica política (PP): de un modo directo, de un modo indirecto y de un modo ausente: llamaré al primero

tipo *vinculación directa*, al segundo *vinculación mediatizada*<sup>2</sup> y al tercero *desvinculación relativa*. Al interior de cada una de estas modalidades vinculares se presentan entonces tipos de investigación efectivos o fallidos. Es importante añadir que cada una de tales tipologías vinculares abstractas se concretiza en una serie de figuras y subfiguras intelectuales, que aquí no podré mencionar por falta de espacio.

La concreción de los diferentes modos de relación, así como de las tipologías y las figuras correspondientes, se desenvuelve en el marco de las tendencias sociales regionales expuestas en el primer punto del trabajo. Tal inscripción socio-tendencial se efectúa sin poder indicar por el momento en qué medida el contexto incide en la conformación de cada una de las modalidades relacionales. En cualquier caso, este modelo analítico, regulado a partir del concepto de proyecto intelectual, abre un campo novedoso de observación. Una innovación central reside en el abandono del supuesto de que existe tan solo una figura intelectual ideal y tan solo un tipo de articulación ideal entre teoría social y praxis política. Hoy la cuestión clave pasa por registrar qué disponibilidad de voluntades, de capacidades y de posibilidades de investigación existen para lograr restituir un programa teórico en el cual queden recentradas y procesadas en nuevos términos las grandes problemáticas sociales del continente. Se trata de intentar crear y potenciar, a partir del reconocimiento de la diversidad de prácticas y de instituciones realmente existentes en América Latina, procesos de investigación social basados en un proyecto intelectual.

<sup>2</sup> Para un análisis de las formas mediatizadas de investigación social, consultar el texto "Los proyectos intelectuales de la izquierda en América Latina: ¿hay futuro para un nuevo racionalismo?", integrado en este mismo libro (ver p. 129).

## 5. Bibliografía

Medina Echavarría, José. (1939). ¿Es la sociología simple manifestación de una época crítica? *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. I, n° 2, pp. 17-39.

Prebisch, Raúl. (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México: FCE.

Sader, Emir. (2009). *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: Siglo XXI.



# La agenda democrática y el compromiso sociológico en América Latina

El código Delich<sup>1</sup>

## 1. El Código Delich: memoria y superación

La idea más inquietante que ofrece Karl Mannheim en *El problema de las generaciones* es que para la continuación de la vida de las sociedades el recuerdo es exactamente tan necesario como el olvido (Mannheim, 1928/1993: 193-242). Esta afirmación, que se proyecta desde su vivencia personal a un registro socioevolutivo general, encierra un valor añadido. Mannheim fue un perseguido del nazismo. Y creo que el modo en que su sociología histórica logró procesar la destrucción de su mundo de vida y proyectarse hacia el futuro hizo de ella la fuente de inspiración central de la sociología moderna en América Latina en su momento fundacional. Visto desde mi generación, no es accidental que el principal aporte de Francisco Delich sea su *modo de procesar lo nuevo* en el mundo, de arrojarse emocional y analíticamente, lo cual sería una valoración con primacía

<sup>1</sup> Publicado en: Torres, Esteban & Russo, Juan. (2018). (eds.) *Francisco Delich y América Latina*. Córdoba - Buenos Aires: UNC-Clacso-Flacso Argentina, pp.21-64. Título original: "Francisco Delich, la cuestión generacional y el devenir de las ciencias sociales en América Latina".

retrospectiva. Francisco fue un sociólogo moderno comprometido con el escudriñamiento del devenir sociohistórico de América Latina y con la prefiguración de su porvenir.

Creo que valorar hoy el clásico postulado de Delich de la democracia *como necesidad y como condición* implica establecer una ponderación retrospectiva de su producción intelectual y no un registro más integral. Tomándome una licencia dialéctica, creo que tal postulado es una manifestación fenoménica de una *ecuación de memoria y superación* donde no solo la memoria es una necesidad y una condición sino también lo es el movimiento de “dejar atrás”. Y porque Francisco estuvo dispuesto y en condiciones de alivianar el pesado lastre del pasado es que pudo mantener hasta el final un compromiso con el tiempo sociológico moderno por excelencia, que a su vez es la temporalidad más relevante políticamente. Me refiero al tiempo futuro. Fue el compromiso con tal ecuación el que le permitió a Delich años más tarde sumarse a las voces que declararon abiertamente la crisis de la democracia como condición, siendo este cambio de registro un atentado contra su postulado previo. La pretensión de superación arraigada en una historia que trasciende lo biográfico fue igualmente la fórmula moderna que puso en marcha el sociólogo cordobés para luchar contra el escepticismo. Francisco interpeló a su generación con la idea de que, si no nos disponemos a recordar con la voluntad de intentar olvidar aquello que nos ancla al pasado, entonces no habrá disponibilidad de fuerzas proyectivas para las sociedades venideras y para la propia ciencia social. Al quedar prisioneros de un *pasado hecho cuerpo* tampoco habría modo de ser lo suficientemente contemporáneos como para involucrarse con el marco de sentido de las nuevas generaciones.

A mi entender, el compromiso vital e intelectual con esa ecuación de memoria-y-superación, ambas como necesidad y como condición, fue el “código fuente” que distinguió a Delich de la mayoría de los intelectuales y científicos sociales de su tiempo. Creo que tal disposición lo diferenció del núcleo duro del grupo de *Pasado y Presente* a partir de los años 80, indispuestos o imposibilitados de

olvidar lo necesario para seguir adelante. También lo diferenció, aunque en un sentido contrario, del devenir cultural de la Unión Cívica Radical –su partido político de pertenencia tardía–, orientado a no recordar lo imprescindible. El apego de Francisco a una memoria histórica representó en todo momento una incomodidad para aquellos militantes dispuestos a rechazar la autocrítica respecto a las opciones mayoritariamente conservadoras asumidas por la UCR en la historia política contemporánea de la provincia de Córdoba y de la Argentina. De este modo, el reconocimiento de la necesidad de emprender una penetrante historización personal, generacional y social orientada hacia el porvenir le permitió a Delich afrontar dos problemas sustantivos que marcaron su generación: el del conjuro amnésico y el del encapsulamiento retrospectivo. Si el conjuro amnésico sobreviene cuando desaparece la memoria histórica de los proyectos intelectuales y cuando se disuelven las huellas persistentes de las vicisitudes colectivas al momento de edificar lo nuevo, la existencia retrospectiva sobreviene cuando el presente se vivencia como una eterna imposición del pasado, desactivando con ello la apreciación del marco de contingencia que posibilita el cambio en las sociedades. Dicha existencia retrospectiva puede asumir tres modalidades principales que aquí simplemente menciono: la disposición nostálgica, la disposición melancólica y la disposición atormentada.

En cualquier caso, la crítica central que recibió Delich desde las izquierdas académicas en la Argentina resultó injusta, en la medida en que se interpretó su compromiso con el futuro como un modo de darle la espalda a la memoria y a las experiencias de lucha y de pérdidas dolorosas que marcaron su generación. En vez de entender su ímpetu como una disposición inconformista, luminosa y revitalizante hacia el porvenir, este fue interpretado mayoritariamente como una inclinación adaptativa y acrítica a las nuevas circunstancias. En una ocasión escuché decir a Francisco, asumiendo una actitud empática en relación con tal crítica, que solo se dispone a olvidar lo necesario aquel que está en condiciones de hacerlo, y que precisamente aquel

que puede “pasar la página” debe asumir un compromiso superior con la dilucidación de las novedades del presente y la imaginación de un futuro colectivo. Delich seguramente estaría dispuesto a reconocer, al igual que lo hace Richard Sennet cuando reconstruye su trayectoria intelectual, que todo espíritu sensible puede tener una disposición a la nostalgia pero que, con tal actitud, solo se encontrará una razón más para lamentarse (Sennett, 2004). La última línea de la presentación editorial de los sucesivos números de *David y Goliath*, que lleva la impronta de Delich, es perfectamente ilustrativa de esta propulsión rebelde: “Nuestra modesta responsabilidad nos obliga a perseverar, dejando para otros tiempos el desaliento y el crepúsculo”. Ahora bien, lo interesante es que esta disposición de Francisco no se circunscribe a los años aciagos de las dictaduras, sino que persiste e incluso se acentúa con el regreso a la democracia. En el año 1986, unos meses después del Juicio a las Juntas, Francisco nos advertía sobre la necesidad de evitar el riesgo de la nostalgia: “La nostalgia construye imágenes perfectas de momentos que no fueron precisamente perfectos pero, lo que es peor y peligroso, impulsa la acción hacia la restauración. Nosotros no éramos ni somos partidarios de ninguna restauración” (Delich, 1986: 6). En cualquier caso, es un grave error adjudicarle a Delich la promoción de una política de la desmemoria. Más acertado, en cambio, es evocarlo como activador de una política lo suficientemente histórica como para disponernos a la comprensión de los cambios novedosos del mundo actual, así como para incidir positivamente en su direccionamiento. Si algo tiene de dignidad, de osadía y de aventura riesgosa la ciencia social moderna es que su validación depende en gran medida de su potencia prospectiva y de su capacidad de combinación creativa de conocimientos críticos e instrumentales para incidir en la transformación y en el reordenamiento estructural del mundo.

De este modo, la paradoja que se presenta al pretender rendir homenaje a la figura de Delich es que su política de la memoria generacional se regula a partir de una política del futuro de las sociedades. Nuestro amigo estaba persuadido de que cualquier tentativa

de problematizar los límites para una política de la memoria se encuentra ante un doble desafío. Por un lado, es necesario reconvertir la mayor cantidad de fuerzas sociales en fuerzas creativas volcadas a la conquista del futuro, y por el otro, es imprescindible que tal propulsión se efectivice sin menoscabar la agenda histórica de los Derechos Humanos en la Argentina y en la región. Francisco pensaba que si la cuestión democrática y las políticas de *Verdad, Memoria y Justicia* son necesidades y condiciones insoslayables para recomponer los tejidos sociales nacionales en América Latina, tal agenda retrospectiva no ofrecía las herramientas suficientes para intentar resolver los desafíos que traen aparejados los grandes problemas sociales en América Latina. Para el sociólogo cordobés la energía vital de la sociedad debía migrar del pasado hecho presente hacia el futuro, y para poder lograr dicha transición era necesario contar con los servicios de la sociología. A la ciencia social moderna le corresponderá la creación de nuevas herramientas destinadas a la conformación de un intelecto común con capacidad creciente para “futurear”<sup>2</sup> de un modo metódico y socialmente efectivo. Ahora bien, como he insinuado, tal horizonte de expectativas no se corresponde con los anhelos de una fracción de la izquierda latinoamericana para la cual resulta inaceptable la idea que la temporalidad ideal del conocimiento social en la región debe trascender el tiempo subjetivo y social de la memoria. Y ello ocurre por razones muy comprensibles. La principal de ellas es que las fuerzas políticas y sociales de derecha, junto a las nuevas restricciones sistémicas, han logrado imponer su régimen de olvido al conjunto de la sociedad. Tal constatación abre un hiato entre la política de memoria ideal y la política de memoria posible, provocando reacciones cuya variedad por lo general se corresponde con la reserva anímica disponible a nivel individual y colectivo. Como toda comunidad de actores,

<sup>2</sup> Esta expresión se la debo a Alberto Filippi, quien la empleó en uno de los varios correos electrónicos que intercambiamos –igualmente entre comillas– para aludir a la tónica de las conversaciones que solía compartir con Francisco.

el universo de izquierdas necesita poder soltar las amarras (es una forma de olvido) para no perder su vitalidad. Para que tal desprendimiento resulte edificante es necesario discutir a fondo qué es exactamente aquello que necesitamos dejar atrás. Ahora bien, el aspecto problemático que se presenta al respecto es que no hay buenas condiciones para plantear tal discusión en relativa libertad porque los sectores dominantes, al sostener o expandir su capacidad de moldear el sentido común de la sociedad, continúan legislando sobre las formas generales del olvido.

De este modo, antes que la memoria, lo que estos expropian a las izquierdas es el campo de libertades para ejercer un olvido propio, autodeterminado, pero igualmente portador de un espíritu universalista. Al controlar la grilla de emisión respecto a lo que las sociedades y sus minorías políticas deberían recordar y olvidar, los sectores más poderosos del continente han tenido relativo éxito en la reclusión de un sector de las izquierdas en un tiempo y un espacio de resistencia identitaria. Y es precisamente esta reacción colectiva de las izquierdas intelectuales la que Delich no aceptó como propia.

Si bien el encapsulamiento retrospectivo afectó a la generación de Francisco de diferentes modos, una manifestación particularmente sensible tuvo que ver con su forma de procesar el marxismo con el paso de las décadas. Creo que es el peso de la existencia retrospectiva, en una modalidad ligeramente atormentada, el que le impide a una fracción de dicha generación volver a leer a Marx hoy con la esperanza de encontrar ideas y elementos relevantes para un proyecto de reconstrucción teórica de izquierdas. Aun sin considerarse marxista, Delich se dispuso a superar la declarada crisis del marxismo cuando esta devino, con el paso de las décadas y del fracaso de las apuestas culturalistas de la nueva izquierda, en un pesado y persistente sentido común desprovisto de fuerza crítica, de sentido de adecuación a la realidad y de potencia analítica. De acuerdo con esto, no parece accidental que Delich se haya ocupado en sus últimos años de *releer a Marx antes que a Gramsci*. Tal decisión se convirtió en una apuesta teórica y simbólica necesaria para

intentar salir de las trampas que el culturalismo de izquierdas se tendió a sí mismo a partir de la década del 80 en Argentina, al someter a Gramsci a la agenda democrática ochentista.<sup>3</sup> En cualquier caso, producto de esta opción por Marx, entiendo que la visión de Gramsci que Francisco aceptaría restituir hoy se asemejaría a aquellas ofrecidas por Perry Anderson y Eric Hobsbawm en sus últimos textos (Anderson, 2017; Hobsbawm, 2011). Delich emprendió la aventura de releer a Marx luego de registrar la magnitud de los efectos causados por la crisis económica global de 2008. De ese modo, con más de 70 años cumplidos, se puso en la incómoda situación de volver a cuestionar sus certezas sociológicas. Desde 2008 en adelante Francisco promueve eventos y escribe varios textos orientados a repensar a Marx.<sup>4</sup> Si Oscar del Barco invierte sus últimas energías en acentuar la abolición de su identidad marxista y la negación del mundo moderno, Delich decide emprender la revisión crítica de la *agenda democrática ochentista* a partir de una lectura de la teoría del capitalismo del sociólogo alemán ajustada a la pregunta por las posibilidades de radicalización de la democracia representativa. En cualquier caso, la decisión tardía de Francisco de volver a Marx asumió la forma de una respuesta solitaria y no generacional a las tragedias del presente.

Con el devenir tumultuoso del siglo XXI, para Delich el problema número uno de América Latina se desliza del autoritarismo al incremento de las desigualdades socioestructurales a nivel global (Torres, 2018). Serán los cambios sociales los que propician el

<sup>3</sup> Lo cierto es que, como señala Waldo Ansaldi en su texto, el malestar de Francisco respecto a la deriva que adquiere el “giro democrático” en las ciencias sociales de la región se produce relativamente temprano, a mediados de la década del 80, cuando este se percata de las orientaciones normativistas y politicistas que van adquiriendo la mayoría de los textos producidos por sus colegas.

<sup>4</sup> Cabe destacar que la séptima edición del Posdoctorado en Ciencias Sociales del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, dictado en 2010, llevó por título “Marx”, sin otro añadido. Tal edición la coordinó Delich junto con Oscar del Barco y Héctor Schmucler. El producto de las discusiones y producciones del Posdoctorado luego fue recogido en un libro publicado en 2012, *Marx*, compilado por F. Delich.

cambio de la agenda sociológica y política de Francisco. No estoy argumentando en este punto a favor de una filiación histórica más íntima de Delich con el marxismo que aquella que asumió públicamente. Simplemente indico que nuestro amigo se reconecta con Marx en los últimos años motivado por ese espíritu mannheimiano que hereda de José Medina Echavarría, de Gino Germani y de Florestán Fernandes. Al igual que Mannheim, la gran inquietud que acompañó a Francisco a lo largo de toda su vida fue intentar dilucidar qué podía hacer una ciencia como la sociología para propiciar la expansión de sociedades democráticas, igualitarias y económicamente desarrolladas. Pero a diferencia de Mannheim y de Gino Germani, portadores de una modernidad europea, Francisco complejiza tal interrogante a partir de la búsqueda de una vía de transformación social propiamente latinoamericana, que solo se puede afirmar en su singularidad a partir de forzar un diálogo crítico, desde el Sur global, con la tradición sociológica alemana y francesa. Y creo que una de las piezas fundamentales que apuntala su compromiso con la autonomía latinoamericana es el proyecto intelectual y político de Víctor Raúl Haya de la Torre. Se hace difícil desconocer la influencia que ejerce el intelectual peruano a la hora de intentar comprender el tipo de vínculo orgánico que establece Delich con la política partidaria, así como su diálogo heterodoxo con el marxismo.

En resumidas cuentas, el horizonte de expectativas de Francisco en relación con su tiempo histórico queda ligado a un *compromiso sociológico* con la transformación de las sociedades latinoamericanas. Con leves variaciones, la frase de Delich más referenciada en los trabajos que componen este homenaje, entre ellos el texto de José Nun, recoge ejemplarmente su opción vital por una aventura inagotable de exploración e imaginación sociológica anclada en el porvenir: “En mi vida he ido cambiando la mirada pero nunca el horizonte”. La noble persistencia que acompaña esta afirmación se completa con una premisa, que acentúa el elemento necesariamente dinámico del compromiso sociológico: “No podemos permanecer



inalterados ante un mundo que cambia”. El mundo está en constante cambio para Delich y el único modo de hacerse cargo del movimiento sociohistórico es disponerse a repensar continuamente la realidad social que cambia. La acción social que posiblemente sintetice la expresión vital de nuestro amigo es una operación intelectual: repensar. Para Francisco pensar sociológicamente es por definición un acto de repensamiento. Y repensar significa en sus términos “actualizar los puntos de partida”, bajo la constatación –añadirá– que demasiadas veces comenzamos por los puntos de llegada (Delich, 2004). En ese sentido, la cuestión central para Delich a fines de la década del 70 no era plantearse la restauración de la democracia sino repensarla. El título de su último gran libro, *Repensar América Latina*, sintetiza su compromiso vital con la sociología moderna. Como esbocé líneas arriba, este modo analítico de estar en el mundo ayuda a explicar por qué Marx reaparece para Delich como el gran sociólogo de los siglos capitalistas. El retorno a Marx es sintomático de un compromiso *posgeneracional* por parte de Francisco. Lo posgeneracional debe entenderse precisamente como un ímpetu sociológico-histórico de ir más allá de su generación y en cierto grado más allá de sí mismo. Vemos de este modo que el proyecto intelectual de Delich es generacional en tanto se reconoce como sobreviviente de las dictaduras militares y es posgeneracional en tanto la huella del autoritarismo no termina siendo ni el problema nuclear que estructura su visión de las sociedades latinoamericanas ni una sombra pesada que oscurece su percepción de las novedades y los nuevos desafíos del mundo. Es interesante observar que tanto la sociología de Karl Mannheim como las de José Medina Echavarría, de Gino Germani y de Delich portan las huellas de diferentes regímenes totalitarios experimentados en carne propia. Ahora bien, sugiero que de los cuatro sociólogos modernos fue Delich quien logró dejar atrás en mayor medida las experiencias totalitarias y llevar más lejos su compromiso con el porvenir. Francisco demuestra un ímpetu posgeneracional al no conformarse con las recompensas que el *mainstream* de las ciencias sociales globales entregó a su unidad

generacional a partir de la consagración de la agenda democrática ochentista en los círculos académicos y en algunos circuitos políticos regionales. Delich exhibió una falta de aprecio a todo *statu quo* teórico, en especial respecto a la agenda mencionada, que lo tuvo como animador central en su momento instituyente. En términos más generales, diría que el encendido espíritu reformista de Francisco lo llevó a desestimar el valor y la necesidad de conservar toda clase de tradiciones, incluidas las tradiciones disciplinarias de las ciencias sociales. Tampoco resulta accidental que la única tradición que alimentó con persistencia resulta portadora de una fuerza antitradicionalizante: me refiero a la tradición sociológica moderna.

## 2. La Generación Delich: entelequia y movimiento

La notable respuesta a la convocatoria para este libro homenaje da cuenta hasta qué punto Francisco Delich ha sido uno de los sustentadores centrales de una corriente generacional en América Latina. La generación latinoamericana de la que forma parte Francisco, generación que en buena proporción está presente en este homenaje, logró configurarse a partir de fines de los 70 como una nítida *unidad generacional* en los términos de Mannheim. Para el sociólogo húngaro una unidad generacional es una adhesión mucho más concreta que la que establece la mera conexión generacional. Una conexión generacional se constituye por medio de la participación, de los individuos que pertenecen a la misma posición generacional, en el destino común y en los contenidos conexivos que de algún modo forman parte de este. Las unidades generacionales específicas, en cambio, nacen para Mannheim dentro de esa comunidad de destino y significan un modo de reaccionar unitario, un “agitarse juntos” (Mannheim, 1928/1993) y un modo de configurar que está conformado por un sentido semejante. Tal como lo puedo percibir, ese sentido de semejanza es precisamente la agenda democrática mencionada, precipitada a partir de la Conferencia Regional de CLACSO *Las*

*Condiciones Sociales de la Democracia*, celebrada en San José de Costa Rica en octubre de 1978. El término más exacto que dispongo para referirme al valor aglutinante que adquirió la cuestión democrática para dicha generación es el de “entelequia”, tal como lo define Wilhelm Pinder. Para este último, la entelequia de una generación es la expresión de la unidad de su meta íntima, la expresión de su nativo sentimiento de la vida y del mundo (Pinder, 1926/1946). De este modo, si para la generación europea de posguerra la incógnita existencial quedó sintetizada en el interrogante ¿cómo se vive después de Auschwitz?, la recomposición existencial de la generación de izquierdas de las décadas del 60 y del 70 en América Latina trajo consigo el interrogante sobre cómo se puede continuar viviendo después de las dictaduras militares. La respuesta unívoca a ello, potenciada por la escala de la tragedia, fue la edificación de la democracia como un tipo de entelequia generacional de alcance regional. Tal como lo entiendo, la democracia como política total de conocimiento fue la única política posible para una fracción mayoritaria de dicha generación, para intentar sobrellevar una historia inmediata y una política de exterminio. En términos más exactos, me siento tentado a decir que la democracia como política total de vida y de conocimiento se convirtió en un modo a la vez consciente e inconsciente de reacción al terror dictatorial, modalidad que fue adquiriendo la forma de una virtualidad siempre presente e inconscientemente comprimida. No hay posibilidades de dimensionar el tenor de las fuerzas subyacentes a esta experiencia de unificación conceptual sin tomar en consideración que se construye como reacción vital común a la Dictadura Militar como gran antagonista. De esta manera, la democracia como política total de conocimiento es el producto autoconsciente de la democracia como política total de vida. La persistencia de dicho fondo vital generacional se puede observar en la forma en que se apreció el desenvolvimiento de los gobiernos progresistas de América Latina en la primera década y media del siglo XXI, priorizando muchas veces la crítica a la

concentración de poder político estatal, con sus derivados históricos, por sobre cualquier otro indicador sociohistórico.

Con algunas correcciones, creo que la distinción que propone Mannheim entre generaciones dirigentes, adaptadas y oprimidas (Mannheim, 1928/1993) podría ayudar a ilustrar, al menos en términos hipotéticos, la deriva general que tuvo la unidad generacional asociada a la agenda democrática aludida. Lo que para Mannheim es una tipologización abstracta resulta pertinente emplearla en este caso como categorías históricas desplegadas de modo secuencial. Si bien existen variaciones temporales según las trayectorias de los intelectuales en cada espacio nacional, a grandes rasgos podríamos decir que la unidad generacional regional de la que formaba parte Francisco, en tanto fuerza de izquierdas, fue evolucionando desde la década del 70 hasta nuestros días desde una forma dirigente a una forma descentrada pasando por una forma adaptativa. Fue una generación dirigente o tuvo una impronta dirigente en el paso de la década del 70 al 80 (sea en una modalidad plebeya o jacobina), se adaptó a los cambios sociales durante la década del 80 y finalmente experimentó una posición descentrada (no correspondería decir oprimida) a partir de principios del siglo XXI en adelante. Hay dos datos muy importantes que conviene resaltar a este respecto: el primero es que luego del progresivo descentramiento de la agenda democrática ochentista ningún otro programa de unidad generacional volvió a ocupar el centro de las ciencias sociales en América Latina. El segundo es que ni en tiempos de adaptación ni en tiempos de descentramiento de la Generación Delich hubo otro programa de cambio sociohistórico verdaderamente activo en las ciencias sociales regionales que pudiera rivalizar con este último. La relativa soledad de un programa descentrado explica en parte también por qué se fue reificando este proyecto de recomposición teórico-democrático. Por lo tanto, todo intento de actualizar un programa teórico de cambio sociohistórico contemporáneo para la región exige el establecimiento de algún tipo de conexión con la agenda democrática ochentista, aunque más no sea para criticarla. No es este el lugar para intentar

dilucidar qué combinación de factores internos y externos al campo académico incidieron en la transformación comentada. Lo que sí conviene resaltar es que no se puede explicar la modalidad de relación y de desvinculación que experimentó la Generación Delich respecto a los nuevos grupos de científicos sociales en el campo regional de las ciencias sociales sin tomar en consideración tres elementos: su descentramiento, su apuesta por un proyecto sociológico moderno, y la relación entre ambos. Una de las preguntas capitales que es necesario llevar a fondo respecto a este punto es la siguiente: ¿qué agenda moderna se puede construir desde los márgenes de un sistema de ciencias sociales sin centro y crecientemente autonomizado de los espacios de dirección estatal? Sostengo que este interrogante es central desde el momento en que todo programa moderno siempre reclama para sí una función de legislación general y universalista. Creo que el proyecto sociológico moderno como apuesta generacional pierde gravitación sobre la población talentosa de nuevos científicos sociales en la región a partir del momento que aquella generación no supo, no tuvo la oportunidad o no tuvo la voluntad de procesar reflexivamente la propia deriva generacional que los condujo a su descentramiento.

La pérdida de influencia de la Generación Delich se constata principalmente de dos modos. El primero atañe a la distancia teórico-política que se abre respecto a las opciones que asumieron los jóvenes intelectuales politizados, quienes en buena proporción optaron por no seguir “el camino largo a los sueños” que propone la teorización social moderna, portadora esta última de un proyecto generalista, arduo y paciente de creatividad y de explicación científica para la emancipación social. Como veremos más adelante, en esta fracción juvenil viene ganando adeptos una serie de fórmulas cómodas y extremadamente fáciles de asumir, tendientes a convertir la indignación moral en una posición epistémica y teórica acabada. Luego, el segundo modo atañe a la despolitización de la agenda de investigación de los nuevos científicos sociales, quienes en su mayoría abandonan la preocupación por el destino a mediano y largo plazo

de nuestras sociedades. Ello ocurre principalmente porque pierden o porque no logran establecer contacto con los espacios de experiencia intelectual en los cuales tales coordenadas se recrean exitosamente como núcleos de resistencia a la mercantilización y a la hiperespecialización académica.

La politización de una nueva generación, cualquiera sea, podría concebirse desde dos puntos de vista diferentes. Podríamos suponer que la politización que exhibe una nueva generación difiere de aquella asumida por sus antecesores por el solo hecho que se trata de dos generaciones distintas. Bajo esta premisa, siempre que irrumpe una nueva generación politizada en la escena contemporánea se activa una nueva politización diferente de la anterior. Si bien es evidente que no todo lo políticamente novedoso es producto de la sucesión generacional, esta última rompe con la ilusión de la pervivencia de una programación político-identitaria –cualquiera sea– estabilizable hacia el futuro a partir de una continuidad intergeneracional. Lo que principalmente se pone en juego en este punto es el modo de concebir la autonomía generacional, principalmente la autonomía del Otro generacional, en el marco de una relación desigual de poder. Aquí cabría indicar que es el *espacio de experiencias* de cada generación, sea cual sea su territorio y su posición en una relación de poder, el que la separa irremediabilmente de las restantes generaciones.

Toda experiencia generacional es intransferible en primera instancia porque el dolor y el miedo de dicha experiencia generacional es intransferible. Toda disposición a reducir democráticamente el diferencial de experiencias entre generaciones, o por el contrario toda disposición a imponer las entelequias históricas a las nuevas experiencias generacionales se encuentra de este modo con un límite sujeto a corrimiento, pero que llegado cierto punto es infranqueable. Respecto a la Generación Delich, la dificultad de transferencia generacional se acentúa producto del descentramiento comentado y del proceso de aceleración social en el que nos encontramos inmersos, que tiende a reducir el tiempo disponible para la apropiación del pasado.

El registro de la intransferibilidad de la experiencia generacional cobra especial valor para identificar las condiciones de pervivencia del programa teórico de la agenda democrática ochentista en el movimiento de sucesión generacional. Si la cuestión democrática en las ciencias sociales latinoamericanas, instalada por la Generación Delich, mantiene cierto vigor en la actualidad en los proyectos de las nuevas generaciones de intelectuales y científicos sociales, tal persistencia se concreta en el marco de trayectorias vitales desplegadas *en democracia* y no a partir del padecimiento directo del régimen de exterminio de las dictaduras. De este modo, cambia radicalmente la visión de las cosas porque la afectación ligada a la cuestión democrática es indirecta. En el juego de la sucesión generacional resulta fundamental distinguir entre aquellos recuerdos vividos por una generación y aquellos apropiados indirectamente a partir de una historia oral o escrita. El antagonista al que aludí anteriormente, que recrea la apuesta vital de una generación, se construye a partir de una experiencia directa. Ello nos permite observar que para las nuevas generaciones que dialogan con la agenda democrática ochentista, la dictadura no es su antagonista. Aquí la dictadura como antagonista simplemente ha desaparecido. Puesto en tales términos, lo que aparentemente llega a su fin con la sucesión generacional es el compromiso con *la democracia como política total de vida y de conocimiento*,<sup>5</sup> tal como lo interiorizó una fracción considerable de la Generación Delich y de quienes actualmente tienen más de 55 años. Esto me parece un señalamiento clave en la actualidad, cuando vemos emerger de vuelta el problema del autoritarismo en América Latina. No hay retorno ni repetición posible de la agenda democrática ochentista, aún incluso si acordáramos en un futuro próximo que el autoritarismo merece convertirse nuevamente en el problema

<sup>5</sup> Es imprescindible aclarar que en la actualidad solo se puede hablar con cierta soltura de una superación generacional de la vivencia dictatorial en la medida en que no nos circunscribamos al particularismo de las nuevas generaciones que son víctimas directas de las políticas de represión y exterminio, cuyas heridas están abiertas en tanto siguen recreando la pérdida irremediable de sus seres queridos.

número uno para las ciencias sociales de izquierdas en América Latina.

Ahora bien, en los casos en que se observa la apropiación y reproducción de dicha política total de conocimiento –no de vida– en generaciones posdictatoriales, creo que estamos frente a un tipo de proyecto intelectual enajenado, o dicho con más exactitud, frente a un tipo de sujeción problemática a una agenda generacional ajena. Lo que quiero decir con esto es que la necesaria empatía y el compromiso con las injusticias específicas del pasado y con las luchas de nuestros predecesores debe encontrar su justo límite en la toma de conciencia del carácter generacional y por tanto finito de las perspectivas de la realidad social producto de sus propias entelequias, y que por una cuestión de experiencia generacional no corresponde asumir en los mismos términos. La agenda democrática ochentista de las ciencias sociales en América Latina es un modo de procesamiento generacional e históricamente contenido de un programa de cambio social de izquierdas, y no así un modo de proyección intergeneracional y menos aún suprageneracional, con toda el aura de eternidad que podría acompañar esta última ensoñación.

### **3. El devenir de las ciencias sociales de izquierdas en América Latina**

Una de las grandes incógnitas que cobra relevancia –aunque no visibilidad– en la actualidad se asocia con el modo en que se registra la sucesión generacional en relación con el programa de cambio social de izquierdas que se materializó en las ciencias sociales en la agenda democrática ochentista. ¿Cómo se ha concretado la influencia de la generación portadora de dicha agenda en el repertorio de opciones teórico-políticas emergentes y disponibles en la actualidad?, ¿qué identidad, qué forma y qué envergadura adquieren hoy los nuevos impulsos intelectual-políticos de izquierdas que se proyectan desde las universidades latinoamericanas a partir de las nuevas corrientes



intelectuales dominantes? Si bien adolecemos de un registro exhaustivo del devenir de la izquierda intelectual en América Latina en el marco de una historia social integral, me interesa adelantar algunos supuestos que considero plausibles. Creo que se puede observar una línea de sucesión y de descomposición relativa entre el programa de la agenda democrática ochentista y la visión radical antimoderna de las “nuevas epistemologías críticas”. Tal continuidad en la descomposición se despliega con reactividad variable en el marco del avance de la oleada neoliberal global en América Latina, oleada que se instrumenta inicialmente con las dictaduras militares, que se legitima y radicaliza en la década del 90 y que vuelve a restituirse en una modalidad hiperacelerada y menos legítima a partir de fines de 2015 en los países centrales de la región. El avance de este proceso de reestructuración económico-social capitalista de la periferia latinoamericana tuvo su correlato político en la retracción general de la izquierda regional, iniciada en la década del 80. No se puede entender la popularización de estas “nuevas epistemologías críticas” en la actualidad, al menos en la Argentina, sin el agrietamiento previo de los proyectos intelectuales modernos efectuado por la izquierda neogramsciana en la década del 80, y menos aún sin prestar atención a la potencia reproductiva que fija el devenir socioeconómico a lo largo de estas cuatro décadas. De este modo, el culturalismo criticista y negacionista actual de las epistemologías críticas, presentado como un programa intelectual novedoso *para* los movimientos sociales alternativos, es heredero del culturalismo de la izquierda ex marxista de la década del 80, así como de ciertas miradas como las de Alain Touraine –extrañamente subjetivistas para un continente estructuralmente dependiente del Centro–, que también se extendieron por la región en esos años. Entre las expresiones más luminosas del movimiento neogramsciano merecen sin dudas destacarse las producciones tardías de José María Aricó y de Juan Carlos Portantiero (Aricó, 1988; Portantiero, 1982), así como los textos de Ernesto Laclau orientados a devolverle una estrategia de crecimiento a las izquierdas sin revisar su identidad anticapitalista (Laclau & Mouffe 1985/1987).

En cualquier caso, para decirlo en términos más exactos, el movimiento intelectual-político de la izquierda neogramsciana, junto con otros aportes más europeos, crearon como efecto teórico no deseado la base intelectual para un ciclo más pronunciado de radicalización y negacionismo culturalista que se viene propagando con el recambio generacional. De este modo, lo que experimentan hoy las nuevas generaciones es la asunción acrítica de una identidad de resistencia predominantemente reactiva, forjada en la derrota ajena y convertida desde la década del 80 en una identidad política total de izquierda. Si bien el posmodernismo tardío de izquierdas que encarnan las nuevas epistemologías es en gran medida producto del encapsulamiento retrospectivo de la generación de los 70, a diferencia del primer culturalismo este último se expresa como negación radical de la historia. Tal negación asume la forma de un conjuro presentista y amnésico respecto al devenir de los procesos sociohistóricos y a la evolución propia de las izquierdas en la región. Lo que define el carácter tardío de este posmodernismo es que insiste en desconocer los cambios tectónicos producidos por la crisis global de 2008, dando la espalda al movimiento general de reinstalación de la agenda económica en la teoría social de izquierdas a nivel mundial.

El posmodernismo académico militante en América Latina, aun con toda la rebeldía y las inteligencias que lo componen en la actualidad, se encuentra sujetado por lazos invisibles al proyecto derrotista de la izquierda exmarxista y con ello al desencanto que los invadió al poco andar en el nuevo mundo posdictatorial. De este modo, no nace como un proyecto de reencantamiento generacional sino como una disposición más o menos consciente a actualizar una identidad de resistencia históricamente desconcertada al interior del mismo ciclo de degradación económico-político neoliberal, desconociendo la decadencia intrínseca de aquella agenda construida –digámoslo también– con toda dignidad y a duras penas en tiempos de regreso de la democracia formal en el continente. La izquierda posmarxista golpeada por las dictaduras propuso como esquema de supervivencia identitaria un culturalismo más dialoguista que autónomo en

relación con el gobierno de Alfonsín. Dicho esquema termina fracasando como programa teórico y camino político por negarse a pensar desde un primer momento una estrategia política asociada a una estrategia económica que tome en consideración las nuevas dinámicas económico-políticas nacionales y globales. Por su parte, la izquierda posmoderna tardía y académica que hoy se propaga en la convulsión neoliberal de la región promueve como esquema de cambio social un culturalismo anarcocomovimientista globalista, negador de toda base material de la existencia social. La hipótesis preliminar que ofrezco en este punto es que se puede identificar, en un registro procesual, una correlación directa entre: I) el nivel de profundización de las desigualdades económicas y de poder en general en América Latina (y en la relación del continente con las potencias mundiales), II) el nivel de retracción político-partidaria de las izquierdas (radical y de centro), y III) el nivel de debilitamiento de las capacidades teóricas de las izquierdas. Se trata de tres factores que se refuerzan mutuamente, pero sin terminar de crear una dinámica determinista.

Un hecho a considerar respecto al derrotero culturalista mencionado es que en la actualidad los pocos intelectuales gramscianos jóvenes existentes observan impávidos el avance de este pensamiento posmoderno en las izquierdas regionales sin poder registrar hasta qué punto estas últimas son una actualización de su propio proyecto de ruptura con la teoría social moderna. Si bien esta corriente intelectual posmoderna y autárquica<sup>6</sup> viene desarrollándose desde hace décadas en la academia, recién logra arraigarse en las ciencias sociales críticas de la región cuando comienza a ensancharse el hiato del recambio generacional. Si todo indica que el desafío actual pasa por intentar rearmar la caja de herramientas de las nuevas generaciones para ganar las grandes batallas del futuro, esta nueva influencia posmoderna tiende a desarmar intelectual e instrumentalmente a

<sup>6</sup> Una información central en este punto es que la corriente mencionada es creada y desarrollada principalmente por intelectuales europeos exmarxistas y exmodernos, y no por intelectuales latinoamericanos.

una juventud de izquierdas deshistorizada y desconectada en buena medida de los proyectos intelectuales modernos. Los portadores centrales de la modernidad de izquierdas en la actualidad corresponden a una fracción de las viejas generaciones de luchadores que, como Francisco Delich, se cargaron al hombro la desaparición física de sus discípulos y sus seres queridos y siguieron sosteniendo que para revitalizar a las izquierdas y tener posibilidades de cambiar el mundo de verdad es necesario repensar metódicamente los aspectos nucleares de procesos sociohistóricos en América Latina y a partir de ahí delinear los nuevos programas generales para la acción política transformadora de masas.

Por estos días, la nueva juventud de izquierdas busca abrirse paso en un escenario novedoso en relación con la generación moderna y antimoderna ya consolidada. Para la mayoría, la única salida ascendente consiste en emprender la lucha por integrarse al mercado laboral que ofrece un campo académico fragmentado, competitivo, de empleo mayoritariamente flexible, hiperespecializado, parcialmente deshistorizado y desprovisto de un horizonte de intelección analítico general. Visto retrospectivamente, quizás estamos situados en un punto de máxima descomposición al interior de un proceso de erosión tendencial de los proyectos intelectuales holísticos de izquierdas en la región. Esta situación de debilidad se ve parcialmente mitigada por el extraordinario avance del movimiento feminista de los últimos años, que trae consigo una agenda político-intelectual heterogénea a la cual resulta imprescindible prestarle atención. Ahora bien, el posmodernismo tardío de izquierdas tiende a descomponer el campo intelectual y político de las izquierdas en tanto ha logrado instalar la idea de que la indignación moral de los oprimidos del mundo y la denuncia desde abajo de los opresores no solo es una práctica social necesaria, lo cual está fuera de discusión, sino que es una hoja de ruta suficiente para orientar la acción colectiva de izquierdas.

Una síntesis apretada de la reflexión ofrecida hasta aquí es que la teoría de la revolución marxiana, que termina de naufragar a

fines de los 70 en América Latina, fue la última teoría política que tuvieron las izquierdas asociada a un programa de acción general a mediano plazo inspirado en una teoría del cambio socioestructural. Entiendo que Delich fue consciente de este hecho al definirse como un marxólogo (no un marxista). Los diferentes culturalismos que se reproducen a partir de la década del 80, incluidas las versiones movimientistas, radicalizadas y decoloniales que hoy circulan por las redes académicas de América Latina, se convirtieron en los hechos, dada su inclinación academicista y micropolítica, en perspectivas crítico-reactivas completamente inocuas para enfrentar las fuerzas de macroapropiación capitalistas neoliberales que hoy avanzan en la región.

En cualquier caso, hay que descartar la idea de que el “giro democrático” de las ciencias sociales propiciado por Delich y su generación a fines de los 70 en América Latina tuvo como correlato necesario el avance del posmodernismo tardío de izquierdas algunas décadas después. El propio recorrido autotransformador de Francisco da cuenta de la posibilidad de hilvanar otras trayectorias. Cuando nuestro amigo elige tomar distancia del culturalismo retrospectivo de *Pasado y Presente* a principios de los 80, y años más tarde decide someter a revisión la agenda democrática ochentista, lo hace convencido de la necesidad de recuperar una agenda sociológica y político-dirigencial para las izquierdas. De lo que se trata entonces, apoyándonos en la opción de Delich, es de explorar las posibilidades de avanzar en una sucesión generacional moderna que actúe como nuevo polo de atracción de las fuerzas de izquierdas (radical y de centro) en la región y que se comporte a su vez como polo de reconversión de las energías intelectuales comprometidas con el cambio social-estructural que hoy abonan las empresas posmodernas tardías pero que se encuentran débilmente asociadas e identificadas con ellas. Se trata de un desafío mayúsculo que requiere en primera instancia entender el juego social en el cual estamos insertos.

Un aspecto crítico por dilucidar respecto al juego en cuestión es cómo hacer posible una sucesión generacional exitosa en la

actualidad. Siguiendo las pistas de Mannheim, entiendo que un elemento decisivo para constatar una sucesión generacional es que el portador esencial de los nuevos impulsos sea un portador colectivo. En tal sentido no logro vislumbrar cómo los noveles actores de tales impulsos en la actualidad pueden llegar a constituirse en portadores de una colectividad. El modo dominante de agrupamiento de izquierdas en el campo académico realmente existente es el *equipo de trabajo* estructurado a partir de una temática específica, y no, por ejemplo, una alianza de grupos de investigación y de docencia conformada a partir de una agenda construida en diálogo con algún espacio político colectivo. Estamos en tiempos de plena primacía de los esquemas de microorganización.

La práctica ausencia de un agrupamiento intelectual-político de izquierdas (radical y de centro) con poder de atracción y de representación general en la constelación de las ciencias sociales hoy hace que la misma idea de conexión y de unidad generacional quede en entredicho para caracterizar los nuevos agrupamientos de jóvenes. Entre varias cuestiones, es necesario imaginar en qué medida es posible y deseable volver a conducir las fuerzas intelectuales emergentes y establecidas, objetivamente dispersas en la región, para intentar generar un nuevo acontecimiento regional del calibre y la naturaleza colectivizante del evento-base de Costa Rica de 1978. ¿Qué le tendría que suceder a los nuevos científicos sociales e intelectuales comprometidos de América Latina, integrados en sus respectivos sistemas académicos crecientemente autonomizados y diferenciados, para que sientan la inclinación de aventurarse en un nuevo proceso de unificación intelectual político moderno de carácter regional?, ¿qué necesidades, qué urgencias, qué temores y/o qué promesas podría facilitar la construcción de dicho poder colectivo en las circunstancias sociales actuales de un campo tendencialmente orientado a situar en el centro de sus políticas a la autonomía individual?

Posiblemente el problema principal que acompaña la pretensión de construir un puente intergeneracional en las ciencias sociales que fije una relación de continuidad moderna con la Generación Delich

sea el modo en que la *creciente aceleración social* de los procesos de cambio sociohistórico impacta y se singulariza en la academia. Tal proceso de aceleración, precipitado por la revolución tecno-informacional en curso, contempla la aceleración de los procesos de producción, circulación y apropiación de conocimientos en el sistema académico y científico-técnico. Este fenómeno, que viene recibiendo creciente atención por parte de la sociología crítica de los países centrales, no ha sido debidamente considerado hasta la fecha en la academia de nuestro continente. Hartmut Rosa, uno de los sociólogos de referencia para aproximarse a este problema, señala que el mismo volumen de cambios que anteriormente se detectaba a lo largo de dos generaciones, en la actualidad se producen en un lapso *intrageneracional* (Rosa, 2013).

De este modo, no se puede pensar el devenir de la generación de Delich sin registrar que toda generación está simultáneamente inmersa y sometida a un proceso de creciente aceleración social. A su vez, son las generaciones de mayor edad, socializadas en tiempos de primacías colectivas, de menor acceso a la información y de menor dinamismo, las más resistentes a asumir que una de las funciones que va ganando centralidad para el intelectual crítico es la interiorización de una lógica de reprogramación lo suficientemente reflexiva como para poder adaptarse a la tasa de aceleración social y académica actual sin con ello desactivar el compromiso con un proyecto intelectual moderno. Históricamente, la velocidad y la aceleración social de los cambios fueron concebidas por el reformista y el revolucionario moderno como un fenómeno mayormente positivo que valía la pena promocionar para poder barrer con el conservadurismo premoderno que portaban las viejas generaciones dominantes. Ahora bien, desde hace aproximadamente una década, quienes se identifican como herederos de dicho espíritu de propulsión hacia el futuro empiezan a sentir y a percibir que la aguda aceleración social en curso trae más problemas que soluciones para un programa de cambio social moderno de izquierdas que necesita reconstruirse *con tiempo*, principalmente desde las universidades y los sistemas

públicos de investigación. Creo que el fenómeno de la creciente aceleración social trae aparejado dos problemas centrales e íntimamente relacionados. El primero de ellos, como veremos a continuación, atañe a la propia práctica teórica.

Si nos ajustamos a los códigos teóricos heredados, crear una sociología moderna, la ansiada caja de herramientas para explicar, prospectar y eventualmente transformar el mundo, puede llevar al menos un par de décadas de trabajo frenético en las versiones más *express*. Tal proyección temporal resulta perturbadora en la actualidad en un doble aspecto: en primer lugar por el creciente desajuste entre el tiempo de la construcción teórica instituida y el tiempo de los cambios sociales que la primera debería ayudar a explicar y también a reconducir. Con raras excepciones, desde hace tiempo la teoría sociológica que se produce en el mundo y en América Latina no hace más que recomponer de modo ecléctico los fragmentos dispersos de los polos dinámicos del pasado. Estos últimos son condensaciones de fuerzas que poco nos dicen de las formas que estas asumen en el presente y menos aún de los futuros probables que se podrían presentar para la acción colectiva en una sociedad a la vez crecientemente globalizada e individualizada. En la actualidad las ciencias sociales y la sociología general están perdiendo la batalla de la aceleración porque seguimos sujetos a un tipo ideal de *forma-teoría* fijado por el canon de la tradición sociológica, en un mundo que tiende a desconocer tales reglas constructivas o bien a no regirse por ellas. Las enormes resistencias que se presentan para repensar aquella forma-teoría-moderna que podría devolvernos a una posición de vanguardia en las izquierdas son comprensibles en tanto el grado de aceleración que experimentamos pone en cuestión la posibilidad de supervivencia de las culturas de la investigación teórico-histórica, de la ilustración no domesticada y de las propias lógicas de argumentación. La sociología moderna por el momento está fracasando porque no logra procesar en términos teóricos el mínimo de información elemental necesaria y disponible para identificar los nuevos acontecimientos y las nuevas dinámicas que afectan la conformación del



mundo que vivimos. Tal impotencia ha llevado a muchos autores a declararse silenciosamente en bancarrota intelectual, optando a partir de ello por aferrarse a su tradición o bien por dejar las pretensiones explicativas de lado y volcarse al opinionismo de la práctica periodística. Creo que la sociología que desarrolla Manuel Castells a partir de la década del 80 ha intentado sortear estos problemas, trabajando mayoritariamente con fuentes secundarias y priorizando el procesamiento sistemático de información crítica antes que el diálogo atento con sus fuentes teóricas de referencia. De hecho, diría que la última gran sociología que se hizo en el mundo es la de Manuel y no es accidental que se trate de una sociología moderna postradicional (no posmoderna). En cualquier caso, tengo serias dudas que el dispositivo teórico “liviano” que opera en los tres tomos de *La era de la información* y en *Comunicación y poder* (Castells, 1996-1998 y 2009) pueda tomarse como referencia para las trayectorias teórico-sociales que es necesario imaginar y construir hoy para las nuevas generaciones. Más allá de las críticas que podamos hacerle, el método sociológico informacional de Castells logra funcionar como dispositivo analítico en la actualidad porque es producto de un proceso de acumulación teórica con base formalista –su período marxista– de aproximadamente tres décadas, desplegado en un mundo académico y sociohistórico inicialmente organizado a partir de otros imperativos temporales. La de Castells es una trayectoria virtuosa ligada a la Generación Delich y no un camino posible de ser imitado en la actualidad, no al menos en el “paso a paso” de su desenvolvimiento práctico. En este plano, uno de los desafíos que tenemos por delante consiste en generar una revolución tecnológica en el modo de hacer sociología y de construir teoría social de izquierdas, pero aún estamos muy lejos de poder plantear la activación de *nuevas astucias de la razón* en América Latina.

Si el primer problema, como vimos, tiene que ver con el modo en que la aceleración social impacta en la práctica teórica moderna, el segundo se asocia con la manera en que el proceso de aceleración interviene en la sucesión entre la generación portadora de dicha

práctica y los nuevos portadores de cultura en las ciencias sociales. El optimismo de Mannheim respecto al modo en que la aceleración potenciaba la creatividad moderna de las nuevas generaciones parece haberse desvanecido. En la primera mitad del siglo XX, el sociólogo alemán señalaba que la aceleración del dinamismo de la sociedad era la ocasión propicia para que se active la potencialidad creativa del nuevo impulso generacional, de un impulso que duerme en el seno de la posición que ocupa una generación (Mannheim, 1928/1993: 229).

Si bien los intelectuales jóvenes en las ciencias sociales continúan siendo los portadores por antonomasia de la creatividad, el problema que se presenta es que las prácticas creativas en las ciencias sociales latinoamericanas se producen actualmente, en su gran mayoría, de espaldas a los horizontes de intelección general y de aquellos proyectos intelectuales modernos que podrían producir nuevos programas de cambio estructural de izquierdas. Es en este contexto, como ya indiqué, que avanza la propuesta emocional del posmodernismo tardío. Otro aspecto interesante que señala Mannheim, y cuya connotación se ha modificado radicalmente, es el hecho que la aceleración social produce un aumento en la “atracción que experimenta la juventud por la juventud” (ver Mannheim, 1928/1993: 229). Hace casi un siglo el sociólogo indicaba que cuanto más acelerado sea el *tempo* del dinamismo socioespiritual, tantas más oportunidades habrá para que determinadas posiciones generacionales reaccionen en directo desde su nueva situación generacional y con una entelequia propia frente a las transformaciones. Es fácil comprobar que este fenómeno no ha hecho más que profundizarse desde los tiempos en que Mannheim lo planteó.

Una hipótesis que formulo aquí es que una mayor aceleración social, y particularmente una mayor aceleración en la academia, produce un mayor extrañamiento respecto a las trayectorias de los jóvenes que se inician en el presente por parte de las generaciones mayores como la de Delich. Del mismo modo, una mayor aceleración social genera un mayor extrañamiento de los más jóvenes respecto a

las trayectorias vitales que arriban al presente desde un pasado más lejano. Tal idea contradice la suposición de Mannheim respecto al comportamiento de las generaciones mayores. El sociólogo húngaro pensaba que un dinamismo acrecentado hace que las generaciones mayores estén abiertas a la juventud. Yo creo que tal suposición no es válida como registro generacional pero sí completamente aceptable para el caso de Delich y buena parte de sus amigos. Es muy probable que la creciente aceleración social haya provocado en Francisco una mayor apertura a los jóvenes, siendo su curiosidad por lo desconocido el promotor de una modestia atípica.

En cualquier caso, en resumidas cuentas, podríamos suponer que a mayor aceleración social mayores dificultades se presentan para establecer una comunicación intergeneracional exitosa. Y mientras mayores resultan las dificultades comunicacionales, mayores serán también los esfuerzos integracionistas que tendrían que hacer, por un lado, las generaciones consolidadas desde sus posiciones de dominación y, por el otro, los jóvenes desde sus posiciones subalternas para poder precipitar una sucesión generacional que permita a las ciencias sociales de izquierdas actualizar sus proyectos intelectuales modernos. El diseño de un esquema de intercambio con probabilidades de concreción efectiva a partir de la situación comentada exige reconocer además la existencia de dificultades materiales insoslayables. Quizás el impedimento central hoy en las ciencias sociales para la comunicación entre colegas y entre generaciones es que la mayor aceleración social, el recrudescimiento de las reglas de competencia académica y el incremento notable de la productividad individual (no así de la calidad de la producción), tiende a reducir dramáticamente el tiempo dedicado a los encuentros colectivos y a las conversaciones grupales presenciales. El avance conjunto de los tres procesos mencionados tiende a agudizar y a expandir una sensación irreductible de pérdida de tiempo que, si bien se experimenta en primera instancia respecto a aquellas actividades que no aportan directamente a la carrera académica, tiende a instalarse como un tiempo colectivo total que invita al autosometimiento a

partir de una presión psíquica constante y lo suficientemente efectiva como para descomponer todo tiempo planificado de descanso. De ese modo, tiende a extenderse una cultura maximizadora del tiempo que debilita la interacción sustantiva entre generaciones. En este nuevo escenario prevalecen las modalidades de intercambio virtual esporádicas, aceleradas, no convivenciales, en plataformas tecnológicas que por lo general empobrecen el ecosistema de comunicación humana. De este modo, para el caso de las ciencias sociales, merece cuestionarse la idea de Mannheim de que las generaciones están en incesante interacción, hecho que permitiría que “no solo el maestro eduque al discípulo, sino que el discípulo eduque también al maestro” (Mannheim, 1928/1993: 240). Actualmente podríamos afirmar que el maestro educa cada vez menos al discípulo en el campo de las ciencias sociales. Al debilitarse la relación de discipulazgo, el discípulo también educa en mucha menor medida al maestro, lo cual deteriora el proceso de aprendizaje recíproco y muy en particular el proceso de actualización generacional para el maestro. Las pausadas conversaciones que acompañaban las caminatas que compartía José Medina Echavarría con el joven Juan Carlos Agulla por las calles de Santiago de Chile a principios de la década del 60 hoy posiblemente serían reemplazadas por un puñado de correos electrónicos escritos a las apuradas. Junto a ello, en países dependientes y con fuertes pasiones esnobistas como los nuestros, la influencia de los intelectuales nacionales sobre su propio sistema académico pierde gravitación en la medida en que se tiende a reconocer en primer lugar a los autores y a las corrientes intelectuales europeas y norteamericanas, reafirmando las pesadas cadenas del colonialismo cultural.

Es muy interesante observar que junto con las formas de aceleración del tiempo social y académico comentadas, estamos experimentando una tendencia a la extensión del tiempo biológico de vida de los académicos. Este hecho impacta de lleno en la Generación Delich. La cuestión por dilucidar a partir de este registro de creciente longevidad es cómo el incremento de expectativas de vida de una generación que estructura su proyecto intelectual en la década del 70

del siglo pasado entra en relación con los procesos socioacadémicos comentados. Es una incógnita cómo se podría proyectar un modo de intercambio generacional en la academia a partir de una temporalidad generacional que es más acelerada y, a la vez, más extendida biológicamente. El entrelazamiento de ambas temporalidades permitiría suponer, con elevadas probabilidades de acierto, que cada generación experimentará a futuro, a lo largo de su trayectoria vital, la fricción con una mayor cantidad de nuevas generaciones. Cada una de estas nuevas generaciones, a su vez, estará dotada de culturas y simbolizaciones ajustadas a un modo de vivir y de trabajar cada vez más acelerado.

Cada generación, por lo tanto, tendrá que definir su modo de habitar el campo de las ciencias sociales en un flujo de múltiples emergencias de lo nuevo-generacional. A su vez, tendrá que adaptarse a los cambios estamentales que tal hecho podría traer aparejado en las formas en que las ciencias sociales de la región se conciben y se organizan a sí mismas. Las alternativas que se presentan en este punto son dos. La primera consistiría en intentar asumir una vía de actualización permanente, con capacidad suficiente de autodeconstrucción como para poder reconocer y lidiar con la emergencia generacional continua. La segunda opción, por su parte, consistiría en adoptar una disposición conservadora, tendiente a validar el propio encuadre de acumulación intelectual, avivando las pretensiones de imponer su sistema de pensamiento al conjunto de las nuevas generaciones aprovechando una posición ventajosa de poder. La primera vía sintoniza con el Código Delich, tal como lo presenté en el primer punto, mientras que la segunda responde al comportamiento típico que hasta el momento exhiben las generaciones en todo el mundo cuando envejecen. La generalización del Código Delich permitiría ilusionarnos con la instalación social de un espíritu posgeneracional que promueva la búsqueda permanente de un diálogo con los jóvenes en las condiciones socioacadémicas de un momento siempre renovado. El avance de la segunda vía, por el contrario, tendería a agudizar lo que Mannheim llamaba la “no contemporaneidad de los

contemporáneos”, expresión que luego es recogida y actualizada por Koselleck (1979). En un escenario menos descentrado y demográficamente menos poblado que el actual, el sociólogo húngaro imaginaba que los roles de conservación, freno y retardo que desempeña la gente mayor permitirían ampliar su efectividad social debido a la mayor duración de sus vidas. Esto no parece muy sostenible en el presente. De imponerse esta segunda vía se abre la incógnita respecto a qué capacidad podrían tener las generaciones establecidas para frenar las energías desatadas a partir de la alianza natural que establecen las nuevas generaciones con los procesos de aceleración social que siguen su marcha tendencial. De lo que sí podemos estar seguros es que en este segundo escenario las posibilidades de diálogo intergeneracional y de mutuo reconocimiento se resentirían aún más con la extensión del ciclo de vida biológica de cada generación. En cualquier caso, lo único cierto es que, sin la recreación general de un proceso de aprendizaje intergeneracional de base moderna promovida por las generaciones establecidas, no habría historia ni futuro para una ciencia y una política de izquierdas en América Latina.

La autotransformación de las generaciones establecidas resulta clave en vistas a poder ofrecer un proyecto moderno lo suficientemente cautivante como para frenar el avance posmoderno sobre los espíritus jóvenes rebeldes. Tal como vimos, el “espíritu del tiempo” que vivimos en el campo de las ciencias sociales en América Latina no es propicio para hacer avanzar los proyectos de sacrificio intelectual y metódico a largo plazo referenciados en construcciones colectivas. Como ya indicamos también, en plena época de predominio neoliberal el espíritu del tiempo actual para las izquierdas intelectuales está impregnado de posiciones posmodernas románticas, de tipo reactivo –en sus diferentes vertientes negacionistas y criticistas– desprovisto de un proyecto intelectual-político con ambiciones ciertas de dirección general. Podemos agregar que el posmodernismo de izquierdas en la actualidad exhibe una fuerza considerable de interpelación en la juventud en tanto ofrece, de la mano de un

discurso radical y rupturista, una salida fácil e inmediata para titularse de rebelde sin tener que transitar por el arduo proceso de formación teórico-intelectual, experiencial y de conocimiento histórico que una rebeldía competente exige a cualquier joven ambicioso que quiere cambiar el mundo de verdad. Otro aspecto de la ideología del posmodernismo de izquierdas que atrae a la juventud es que aquella ofrece un esquema de justificación para avalar la natural propensión de los jóvenes intelectuales a quitarse de encima a las instituciones del mundo. El modo en que ambas adolescencias se refuerzan, la posmoderna y la juvenil, abre una vía preocupante para la extensión de la fuerza amnésica de la sociedad vital en una dinámica de agitación recíproca con los procesos de aceleración social.

No caben dudas de que Francisco Delich fue el portador colectivo de una generación con elevadas pretensiones de realización histórica racionalista. Ahora bien, en el seno de una nueva cultura de izquierdas de gratificación inmediata, y sin otros mandatos que la negación radical, la resistencia y la denuncia de toda asimetría social, los proyectos intelectuales modernos quedan marginalizados. Para los jóvenes portadores de proyectos racionalistas de izquierdas se abren dos alternativas a futuro: la primera es la entrega de su propio proyecto a la moda del “espíritu del tiempo” de las izquierdas actuales, lo cual lo conduciría a la esterilidad o bien a la desaparición. Y la segunda opción es la persistencia tenaz en su postura básica, convirtiéndose en potencial faro de su propio tiempo. Mannheim lo dice del siguiente modo: “Serán bien un *epígono* de los antecesores o bien *precursores* de una generación futura” (Mannheim, 1928/1993: 236). En cualquier caso, el sociólogo húngaro nos recuerda que al hablar de “espíritu del tiempo” es necesario constatar que tal espíritu no es siempre el espíritu de toda la época (Mannheim, 1928/1993: 236). Al señalar que “no hay época alguna que sea exclusivamente romántica o exclusivamente racionalista” (Mannheim, 1928/1993: 238). Mannheim nos invita a contemplar los límites de la dominación actual del espíritu posmoderno tardío en las izquierdas de América Latina. Lo cierto, prosigue el autor, es que a los individuos no les afecta ni les atrae en

absoluto la globalidad del “espíritu del tiempo” sino solo aquellas corrientes de su tiempo que están presentes en su entorno (Mannheim, 1944: 110). Traducido en los términos de nuestro encuadre provisorio, diríamos que al joven o a la joven intelectual de izquierdas no le afecta ni le atrae el espíritu posmoderno tardío por ser el espíritu del tiempo actual, sino las corrientes específicas que están presentes en su mundo de vida.

#### **4. ¿Qué hacer? Hacia un nuevo contrato de izquierdas**

El romanticismo reactivo y posmoderno que viene ganando los corazones de la juventud actual de izquierdas logra avanzar como un proyecto de crítica y rechazo radical del mundo en la medida en que logra desacreditar el espíritu del proyecto intelectual de Francisco Delich y de la izquierda moderna. El núcleo vital de dicho espíritu lo conforma la creencia marxiana en la imposibilidad de cambiar el mundo sin la construcción de una nueva relación de inmanencia entre *ciencia, crítica y transformación social*. Esta creencia se concreta, por ejemplo, en el reconocimiento de la importancia de avanzar y de resolver conjuntamente: I) la necesidad de conocer y explicar las nuevas dinámicas económicas existentes, II) la crítica a la dominación económica y cultural y III) la construcción de un programa político y económico alternativo posible de ser instrumentado a gran escala en el marco del juego social de apropiación actual. A diferencia del posmodernismo tardío, las utopías modernas de Delich y de Marx se preocuparon por intentar interpretar y conducir al conjunto de la sociedad hacia un mundo mejor, recurriendo a una teoría y a un programa de transformación social posible de concretarse de inmediato y de sostenerse a futuro. Como ya indiqué, la necesidad de restituir en las ciencias sociales tales coordenadas demanda en la actualidad una nueva alianza de todo el arco del pensamiento moderno de izquierdas en América Latina, desde las expresiones más radicales a las más centristas. Se trata de caminar hacia una



recomposición novedosa que incluya al marxismo heterodoxo y que asuma una voluntad de diálogo con la izquierda posmoderna, bajo la premisa de que hay posiciones que están dispuestas a cambiar ante la evidencia de una argumentación superior. Sin dudas el campo general de batalla está cambiando a un ritmo acelerado, en particular por el debilitamiento de las fuerzas de izquierdas y por la crisis económica de las universidades públicas, propiciadas por el avance articulado de los sectores concentrados del capitalismo financiero y el accionar de los gobiernos neoliberales. Es necesario repensar en profundidad los desafíos de las izquierdas hoy. Si las redes de poder neoliberales y sus fuerzas de programación son el enemigo principal por vencer, el posmodernismo tardío de izquierdas es el adversario que hay que superar e intentar convencer en un espacio de diálogo y de discusión abierta. En cualquier caso, el camino para reagrupar las fuerzas intelectuales de América Latina en torno al objetivo de recomponer un nuevo programa de izquierdas está sembrado de múltiples obstáculos que necesitaremos sortear.

Si la agenda democrática ochentista viene desvaneciéndose en las ciencias sociales a partir de las transformaciones sociales experimentadas en la región, de la desaparición física de alguno de sus portadores principales y del propio sismo producido por el cambio generacional, de lo que se trata es de repensar cuál es la nueva agenda teórica y política que puede actualizar el programa de cambio social de izquierdas en América Latina. Este trabajo reconstructivo, como ya insinué, demanda una “nueva alianza intergeneracional” que reúna a la mayor cantidad de fuerzas sociales e intelectuales vivas de izquierdas dispuestas a actualizar un horizonte de expectativas moderno. Este contrato debe tomar en consideración el clima de incomprensión que actualmente desordena el intercambio generacional, en los términos ya analizados.

El espíritu del nuevo contrato exige humildad y generosidad recíproca entre jóvenes y viejos en un mundo académico en el cual predominan las reglas de competitividad, las recompensas ligadas al éxito individual y el empleo precario. El nuevo contrato demanda

moderar las prepotencias presentistas de los jóvenes rebeldes, quienes deben entender y aceptar que la historia de las ciencias sociales *no comienza de cero con ellos*. Muy por el contrario, dicha historia viene desplegándose en un devenir sociohistórico con sedimentaciones variopintas, poniendo a disposición de la comunidad una batería de conocimientos indispensables acumulados a lo largo de la historia. Si Delich tuvo que poner en marcha su fórmula de memoria-y-superación para intentar dejar atrás los tiempos oscuros de la dictadura –siendo la superación el elemento determinante– las nuevas generaciones de izquierdas deberían encontrar el modo de activar una fórmula de memoria-y-superación, integrando una historia oral y escrita de la Generación Delich. Ello les permitiría restituir una memoria histórica para afrontar los desafíos del futuro. El nuevo dispositivo contractual también debe desincentivar cualquier búsqueda de satisfacción inmediata. Un proyecto intelectual alternativo potente no puede edificarse de una forma fácil y rápida. Los jóvenes también deberán comprender y aceptar, contraviniendo los imperativos de capitalización académica dominantes, que el rupturismo no es una exigencia de supervivencia en el sistema, ni un imperativo único de autorrealización social, ni tampoco una ética liberadora. Se trata más bien de una mala praxis intelectual producto de culturas académicas neoliberales que viene extendiéndose por América Latina desde los países centrales.

Junto a la interpelación de los jóvenes, el nuevo contrato intergeneracional también demanda humildad, autolimitación y sacrificio a las generaciones de intelectuales modernos sobrevivientes de las dictaduras. Estos deben disponerse a entender y aceptar que la historia de las izquierdas *no termina con ellos* ni con su giro democrático, sino que prosigue su curso más allá de sus voluntades y sus vidas biológicas más extendidas. Se trata de apelar al sentido trascendental que anida en esta generación histórica para invitarlos a asumir, como lo hicieron Mannheim y Delich, una concepción del devenir sociohistórico puesta al servicio del futuro y por lo tanto de la propulsión vital de las nuevas generaciones. Quizás valga la pena traer a

colación en este punto la visión de la historia del sociólogo húngaro, la cual deja entrever los alcances de su compromiso generacional. Mannheim reconocerá que la sociedad humana se caracteriza: a) por la constante irrupción de nuevos portadores de cultura; b) por la salida de los anteriores portadores; c) por el hecho de que los portadores de cultura de una conexión generacional concreta solo participan en un período limitado del proceso histórico; y finalmente e) por el carácter continuo del cambio generacional (Mannheim 1928/1993: 211). Para potenciar este registro a la vez finito y trascendental que nos ofrece el autor, solo haría falta que nos preguntemos cómo aparecería la vida social humana si una generación viviese eternamente y no tuviese lugar ninguna sucesión generacional más. Lo cierto es que la historia de las izquierdas continuará haciéndose y celebrándose, y muy posiblemente aún estén por escribirse sus páginas más gloriosas. De lo que se trata entonces para los viejos es de comprometerse con el futuro más allá de su generación, poniendo a disposición sus conocimientos y sus trayectorias de poder para que las nuevas generaciones puedan continuar avanzando con la potencia de un legado histórico, a partir de la construcción de un nuevo proyecto de encantamiento colectivo que, en lo inmediato, permita doblegar al enemigo principal y reintegrar al adversario de izquierda. Lograr la colaboración de las generaciones históricamente consagradas posiblemente sea lo más acuciante en la actualidad dado que la distribución de poder en el campo de las ciencias sociales continúa estableciéndose desde tiempos premodernos a partir de un patrón gerontocrático.

De este modo, dado el escenario general esbozado en el texto, resulta evidente que para poder recuperar una agenda teórica de base moderna para las izquierdas deberán primar las lógicas cooperativas y de reconocimiento en las relaciones de poder intergeneracionales por sobre la competencia salvaje y el desconocimiento del Otro generacional, en los términos ya comentados en el punto anterior. La forma más digna y más sustentable de asumir la inevitable sucesión generacional, así como la incompreensión que acompaña en

los más viejos la irrupción de nuevos portadores de cultura, consiste en intentar establecer distintos “modos de codirección intelectual y moral” entre jóvenes y viejos, tutelados en buena medida por estos últimos. Si la preocupación de los intelectuales consagrados por el destino de nuestras sociedades es realmente genuina; si continúa vivo el compromiso trascendental en sus proyectos intelectuales y de vida, entonces antes que los relatos –siempre interesantes– de las hazañas del pasado militante que los tuvieron de protagonistas, o bien antes de recomendar en primera instancia la lectura de sus propios textos –muchas veces valiosos–, me parece que de lo que se trata es de perseverar en la construcción de un nuevo sentido de lo común entre ambas generaciones con vistas al futuro. Ello exigiría hacerse cargo de aquellas preguntas que obsesionaban a Francisco y que este solía compartir con sus interlocutores de turno: “¿Qué hay de nuevo en el mundo?, ¿qué nuevos puntos de partida es necesario construir?”. Ahora bien, con la apelación insistente a la novedad, Francisco no necesariamente estaba cediendo el poder explicativo a las nuevas generaciones. Creo, más bien, que estaba librando hasta el final una batalla por la propia juventud. No estamos frente a un ímpetu curioso como fin en sí mismo, o dicho en los términos de la moralidad foucaultiana, a la innovación como fin en sí mismo, sino más bien frente a la observación atenta y a la inquietud del reformista social. Intentar asumir un compromiso histórico e historizado con la novedad y con la juventud del mundo se convirtió para Francisco en una forma de perseverar en la utopía mannheimniana de la “elasticidad interior”, atributo heroico de aquel sujeto moderno que aun siendo maduro se entrega a la aventura de pretender superar toda obsolescencia a partir de una innovación sin fin o, mejor dicho, de una innovación orientada utópicamente a absorber el espacio de experiencia de las nuevas generaciones. Visto en estos términos, Dellich partió de este mundo siendo igual de joven que cuando escribió su primer texto. Mannheim solía señalar que alguien es viejo, ante todo, cuando vive en el contexto de una experiencia específica que él mismo obtuvo y que funciona como una preconfiguración, por cuyo

medio cualquier nueva experiencia recibe de antemano, y hasta cierto punto, la forma y el lugar que previamente se le asignan (Mannheim 1928/1993: 215).

El Código Delich, en los términos expuestos en el primer punto, bien podría constituirse en el espíritu que articule las dos alianzas que demanda este nuevo contrato de izquierdas que estoy insinuando. Me refiero a la alianza político-identitaria entre las izquierdas modernas (moderadas y radicales) y la alianza entre las generaciones consagradas –como la Generación Delich– y las nuevas generaciones. En el marco de este nuevo contrato, se trataría de establecer nuevos puntos de partida para repensar el devenir y el porvenir sociohistórico de la región en el concierto global, así como las encrucijadas que acechan a las universidades públicas que actualmente nos albergan, para reconstruir a partir de ello una teoría y un programa potente y factible de cambio social de izquierdas que nos permitan caminar juntos hacia un mundo mejor. Guardo la esperanza que este sentido homenaje a nuestro gran amigo pueda ser un puntapié para recrear este “nuevo espíritu de izquierdas” que América Latina nos está reclamando.

Ciudad de Córdoba, Argentina.

13 de julio de 2018

## 5. Bibliografía

Anderson, Perry. (2017). *The H-Word. The Peripeteia of Hegemony*. Londres: Verso.

Aricó, José. (1988). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Punto Sur.

- Castells, Manuel. (1996-1998). *La era de la información*. Vols. I-II-III. Madrid: Alianza.
- Castells, Manuel (2009). *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza.
- Delich, Francisco. (1986). *Mega-universidad, discursos plurales*. Buenos Aires: Eudeba.
- Delich, Francisco. (2004). *Repensar América Latina*. Barcelona: Gedisa.
- Hobsbawm, Eric. (2011). *How to Change the World. Tales of Marx and Marxism*. Sidney: Abacus.
- Koselleck, Reinhart. (1979). *Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*. Fráncfort del Meno. [Versión en español: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993].
- Mannheim, Karl. (1928). *Das Problem der Generationen*, *Kölner Vierteljahreshefte für Soziologie*, VII, 2:157-185; 3:309-330. Reproducido en *Wissenssoziologie*, Kurt H. Wolf (ed.), Neuwied, Luchterhand, 1970, pp. 509-565. [Traducido al español como El problema de las generaciones, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 62, 1993, 193-242].
- Mannheim, Karl. (1944). *Diagnóstico de nuestro tiempo*. México: FCE, p. 110. [Primera versión en inglés: *Diagnosis of Our Time*. Oxford University Press, New York, 1944].
- Laclau, Ernesto & Mouffe, Chantal. (1985/1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Pinder, Wilhelm. (1926). *Das Problem der Generation in der Kunstgeschichte Europas*. Frankfurter Verlags-Anstalt. [En español: *El problema de las generaciones en la historia del arte de Europa*. Buenos Aires: Losada, 1946].
- Portantiero, Juan Carlos. (1982). *Los usos de Gramsci*. México D. F.: Folio.
- Rosa, Hartmut. (2013). *Social acceleration. A New Theory of Modernity*. New York: Columbia University Press.
- Sennett, Richard. (2004). *The Culture of New Capitalism*. Yale University Press, New Haven. [En español: *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama, 2006].

Torres, Esteban. (2018). Las antinomias de Francisco Delich: el intelectual orgánico y la sociología como ciencia en América Latina, *Utopía y praxis latinoamericana*, 23; 81; 6, pp. 119-127.

Torres, Esteban & Russo, Juan. (2018). (eds.) *Francisco Delich y América Latina*. Córdoba - Buenos Aires: UNC-Clacso-Flacso Argentina, pp. 21-64.





# Los proyectos intelectuales de izquierdas en América Latina

¿Hay futuro para un nuevo racionalismo?<sup>1</sup>

## **1. Introducción: Los proyectos intelectuales en la encrucijada regional**

Con la precipitación del ciclo neoliberal a fines de los años 70, y con el avance del proceso de destrucción social de las dictaduras militares, se inicia en Argentina y en América Latina un proceso de creciente debilitamiento de los proyectos intelectuales en las ciencias sociales que se proyecta con fuerza hasta la actualidad. Por proyecto intelectual entiendo el núcleo metodológico que fundamenta un programa sociológico-general de propensión científica que fija una relación variable con el campo político. Las coordenadas que componen dicho núcleo constituyen el motor principal no solo de la teoría social moderna de izquierdas sino de todo universo intelectual y político dispuesto a inmiscuirse metódicamente con el problema del

<sup>1</sup> Publicado en: *Società, Mutamento e Politica. Revista Italiana di Sociologia*. Firenze University Press. Florencia, Italia. Vol.9; N°17, 2018, pp.347-377. ISSN: 2038-3150. Título original: “Los proyectos intelectuales de la izquierda en América Latina: hacia un nuevo compromiso racionalista”.

devenir y el porvenir del mundo. Me inclino por destacar tres grandes ámbitos de actuación, íntimamente relacionados entre sí, que inciden principalmente en la configuración del mundo en el cual los proyectos intelectuales en las ciencias sociales entran en crisis y en ciclo de descenso en el continente. Me refiero a una serie de procesos políticos, teóricos e institucional-académicos, cada uno de los cuales resultaron portadores de una fuerza de erosión indeterminable. En el presente trabajo simplemente los mencionaré<sup>2</sup>.

Los *procesos políticos* que merecen consideración en este punto están directamente relacionados, por un lado, con los avatares de la izquierda y del progresismo político, y por el otro, con el devenir de los modos de vinculación entre práctica teórica y práctica política, cuyas formas materiales y cuyos contratos normativos se han ido modificando a lo largo de las últimas décadas. Respecto al primer punto, las diferentes fuerzas progresistas y de izquierdas que se despliegan en las ciencias sociales en la región, dependiendo el punto de inicio que se establezca y la extracción de tales fuerzas, tentativamente acumulan hasta la fecha tres derrotas: la interrupción de la experiencia revolucionaria de la década del 70, la democratización socialdemócrata fallida de los 80 (en Argentina con Alfonsín), y finalmente el declive –digamos parcial– del progresismo neodesarrollista a partir de fines de 2015. Desde las ciencias sociales solo hubo capacidad de reacción a la primera derrota, si bien se trató de un débil movimiento culturalista que analizaré tangencialmente más adelante. El segundo punto, que atañe a las modificaciones del vínculo entre práctica teórica y práctica política, resulta central y por lo tanto las comentaré con más detenimiento en el próximo apartado.

En cuanto al *proceso teórico*, entiendo que lo más acertado es subsumir la diversidad de registros, en gran medida compleja y contradictoria, en dos momentos generales consecutivos. El primero, que precisamente se instala desde fines de la década del 70 hasta 2007 tiene que ver con el declive general de la cuestión económica. El

<sup>2</sup> Para un desarrollo más extenso, ver Torres, 2017.

segundo momento que destaco es el de la relativa recomposición de lo económico, momento que se precipita a partir de la crisis económica mundial de 2008 y que se proyecta a partir de entonces de un modo incierto y con una fuerza difícil de dimensionar. El declive general de la cuestión económica en este período se asocia centralmente con la declarada “crisis del marxismo”, pero no puede reducirse a una explicación al interior de la tradición marxista. Tal declive en las ciencias sociales regionales se asoció también, directamente, a tres aspectos relacionados entre sí que se resienten conjuntamente: el declive de la construcción de teoría sociológica, la casi extinción de la agenda de investigación macrosocial y el abandono de la reflexión en torno al problema de la temporalidad y en particular del tiempo futuro.

Es constatable que los movimientos teóricos y políticos mencionados se despliegan en América Latina con cierta independencia de las dinámicas propiamente institucionales del campo académico. Estas últimas parecen seguir una dinámica tendencial, signadas por un nivel de contingencia ciertamente reducido, y en la cual se observa la movilización simultánea de dinámicas de supeditación y de autonomización. Entre los procesos generales involucrados en el devenir institucional de las ciencias sociales del continente merecen destacarse principalmente cinco. En primer lugar, registro la supeditación de las instituciones académicas nacionales a un proceso de globalización (a). Junto a ello, advierto la autonomización creciente de las ciencias sociales institucionalizadas respecto a cuatro aspectos: a las prácticas y los proyectos políticos no académicos (b), a las problemáticas sociales concretas (c), a los actores involucrados en éstas últimas (d), y finalmente respecto a los horizontes de intelección general (e). Una expresión paradigmática de este último es el proceso de hiperespecialización, que antes que una demanda de los actores económicos empresariales es una demanda de la propia academia.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Si se observa la hiperespecialización a partir de lógicas académicas en sentido restringido, se puede ver que avanza siguiendo un principio de diferenciación competitiva. Ahora bien, si la observamos desde las autonomías mencionadas respecto a lo político y a lo social-extendido, la hiperespecialización puede interpelarse a partir

El gran desafío que hoy tenemos por delante pasa por la necesidad de volver a orientar la práctica teórica y la investigación científico-social a partir de un proyecto intelectual con capacidad de iniciativa en relación al devenir de los procesos mencionados. Tal como insinué, el proyecto intelectual no define ni demanda el advenimiento de una perspectiva teórica específica sino una serie de coordenadas metodológicas que puedan hacer posible la actualización reflexiva y autocrítica de un programa teórico moderno. Al concebir el proyecto intelectual como un programa doy por supuesto que no es el único. Ahora bien, lo que éste tendría de singular y que lo inscribe en la historia grande de América Latina es su preocupación clásica por el vínculo entre las ciencias sociales y el destino colectivo de las sociedades, en este caso de las sociedades latinoamericanas. En su núcleo identitario aparece con nitidez la interrogación por los avatares de la humanidad latinoamericana como comunidad de destino en un mundo crecientemente planetarizado, así como el interés práctico por el direccionamiento de los procesos que componen y trastocan dicha comunidad.

La dificultosa renovación de un proyecto intelectual pasa por la necesidad de recuperar, actualizar y recombinar una serie principios que anidan en las mejores empresas científico-sociales del siglo XIX y XX a nivel global y regional. Tal como lo vengo concibiendo, los principios que se interconectan entre sí y que componen el núcleo metodológico llamado a recuperarse por el momento son nueve. Me refiero a los principios I) Holístico; II) Relacional; III) Multidimensional; IV) Procesual; V) Situacional; VI) Identitario; VII) Normativo; VIII) Realista; IX) Estratégico. La consideración de los principios mencionados se convierte en una condición *sine qua non* para poder reasumir una actitud científica y comprometida. Es muy importante señalar que no hay una única figura intelectual de izquierdas que

---

de una lógica conjuntista, diagnosticando de este modo el avance de un proceso de fragmentación. Tal lógica de fragmentación talla en primera instancia en la propia construcción del objeto de investigación, corriendo el riesgo de asumir una visión por completo reduccionista y falaz de lo social.

puede desarrollar exitosamente un proyecto intelectual, pero todas ellas establecen una conexión directa con la teoría social marxiana.

El concepto de proyecto intelectual no planea en abstracto sobre la realidad académica y general de América Latina sino que hunde sus raíces en los movimientos contemporáneos centrales de nuestra región. Producto del avance de los procesos mencionados y de otros factores a considerar, lo cierto es que todo intento serio y sustantivo de teorización social basado en dicho proyecto pertenece más al pasado que al presente, sin poder sujetar tal afirmación a un principio de necesidad. El deterioro contemporáneo es también la constatación de un fracaso en la comunicación intergeneracional, dado que los proyectos intelectuales son propiedad casi exclusiva de las viejas generaciones de científicos sociales, sin una transferencia a las nuevas. Se trata de un dato nada optimista que tiene su punto de bifurcación décadas atrás y que es necesario atender con cuidado para no caer en nuevas ilusiones destinadas a fracasar en el primer traspíe. Este trabajo se ocupará de recuperar las figuras intelectuales de izquierda que pudieron desplegar un proyecto intelectual desde la universidad en algún momento de la historia contemporánea de América Latina. Resulta necesario evaluar las formas de resolución ideadas por tales figuras, analizar su viabilidad actual, para poder activar un proceso exitoso de innovación teórico-política en la constelación de una izquierda regional que necesita cada vez más de la academia.

## **2. La mediatización del vínculo entre práctica teórica y práctica política**

Una de las transformaciones materiales más sustantivas que experimenta la izquierda en los últimos 40 años en América Latina es la retracción de la figura del intelectual orgánico hasta su práctica desaparición en la actualidad. Los pocos intelectuales que sobreviven en tal modalidad pueden considerarse excepciones que confirman la

regla, siendo más excepcional aún aquellos que sobreviven exitosamente, como es el caso de Álvaro García Linera. La forma intelectual que emerge de los escombros de la modalidad de realización jacobina y leninista es un tipo intelectual que despliega su empresa teórico-política al interior del sistema académico descrito en el punto anterior. De este modo se observa un tránsito desde una modalidad directa a una modalidad mediatizada de relación entre práctica teórica y práctica política. Salvo excepciones, a partir de la década del 80 es desde la universidad y desde los institutos de investigación que los investigadores y su producción se vincula con los restantes ámbitos de prácticas sociales, incluido el político.

América Latina no permaneció al margen del proceso de academización de la práctica teórica de izquierda que señala Perry Anderson, que se despliega masivamente en Occidente a partir de la segunda mitad del siglo XX (Anderson, 1976). Ahora bien, ¿hasta qué punto resulta atendible para nuestro continente y nuestro país la hipótesis principal del historiador inglés de que fueron las derrotas políticas las que empujaron a los intelectuales de izquierdas a recluirse masivamente en la universidad? Si bien suena razonable que la retracción extrema de los movimientos político-partidarios de izquierda en América Latina, conjuntamente con la ampliación de los espacios académico-institucionales experimentada a partir de los años 80, pudieron haber provocado un traslado significativo de intelectuales-políticos de izquierda del primero al segundo, tal supuesto está muy lejos de poder comprobarse. Si bien queda claro que el acontecimiento político de mayor incidencia negativa en este punto es la interrupción de la experiencia revolucionaria de la década del 70, con la consabida diáspora intelectual, no hay información disponible que permita corroborar un pase del Partido a la Universidad. Junto a ello, hay que considerar la fuerza de los movimientos institucional-académicos de autonomización señalados en los inicios del trabajo, siendo el fenómeno de la profesionalización de la actividad académica un elemento de relevancia en este punto.

Es posible constatar que la relación entre práctica socioinvestigativa y práctica política es “mediatizada” o se mediatiza porque el intelectual o el científico no ejerce simultáneamente funciones o cargos políticos, quedando la práctica política en sentido estricto en manos de otros individuos y actores. En la modalidad mediatizada, el intelectual o científico puede investigar *acerca de* la política, investigar *para* la política y eventualmente *participar* o llevar adelante tareas políticas, pero siempre como intelectual o científico que puede o no estar afiliado a un partido político pero que en cualquier caso está radicado primeramente en la universidad y/o en el sistema científico-técnico. De este modo, debe quedar claro que en esta modalidad la política se hace presente como objeto de investigación y eventualmente como práctica pero en un espacio social general en el cual ambos campos de prácticas se encuentran diferenciados. Ahora bien, respecto al vínculo mediatizado es interesante observar que pese a que se desenvuelve materialmente en el espacio académico-científico, en muchas ocasiones, producto de la falta de un análisis riguroso de las transformaciones contemporáneas de sus propias circunstancias, tiende aún a proyectar como tipo ideal una versión imprecisa de la figura del intelectual orgánico marxiano, así como a postular como horizonte de expectativas la proclamada unidad entre teoría y praxis política. No sería descabellado suponer que tal proyección imaginaria podría alimentarse de la impotencia política que objetivamente acarrea en la actualidad la práctica de investigación social en general en América Latina, desplazando levemente la visión de Bauman del intelectual intérprete y conformista (Bauman, 1994) hacia un territorio de mayor malestar.

A partir del próximo apartado propongo analizar en términos generales las modalidades de vinculación mediatizada efectivas, atendiendo a las referencias del campo intelectual regional. Tal como ya insinué, al decir que se trata de modalidades efectivas pretendo indicar que lograron desarrollar o bien inspirarse en un proyecto intelectual. Para otro trabajo quedará el análisis de aquellas modalidades de vinculación mediatizadas fallidas, desprovistas de un proyecto

intelectual.<sup>4</sup> En América Latina destacan dos tipos intelectuales que llevan adelante un proyecto intelectual a partir de un vínculo mediatizado con la práctica política. Me refiero al “científico académico participativo” y al “científico social traductor”. Ambas figuras encarnan una pretensión de cientificidad y se proyectan a partir de un dialogo activo con el marxismo. El primero lo hace asumiendo una empresa sociológica sistemática y el segundo a partir de desplegar un proceso de crítica teórica. Si el científico-académico participativo *se edifica* a partir de un proyecto intelectual, el segundo se ubica un paso anterior, en tanto no arriba o bien no pretende arribar a la construcción de una teoría social propia. El científico social traductor se ubicaría en un punto de transición entre una investigación social que *se inspira* en un proyecto intelectual y otra que se basa en tal proyecto. No es este el espacio para calibrar cuán sustantiva es la crítica teórica que despliegan ambas figuras, o más bien cuál es la estrategia general de apropiación teórica más adecuada.

El análisis acotado que propongo se estructura en dos momentos: en el primero ofrezco una caracterización general de los subtipos correspondientes a cada una de las figuras intelectuales mencionadas. Allí se expone la singularidad que adopta en cada caso la relación de mediatización entre práctica teórica y práctica política. En un segundo y último momento intento dar cuenta a grandes rasgos de qué modo la teoría social correspondiente a cada uno de los subtipos analizados es portadora de los principios constitutivos del proyecto intelectual. Tal como insinué, el trabajo no lleva consigo un afán historiográfico sino la pretensión de reconstruir la trayectoria de aquellas prácticas teóricas mediatizadas exitosas en la historia contemporánea de las ciencias sociales regionales. Entiendo que este es

<sup>4</sup> Por su parte, los tipos fallidos de vinculación mediatizada que identifiqué son tres: el experto, el intelectual de la cultura y el intelectual libertario. Es necesario tener en cuenta que el intelectual experto y el intelectual de la cultura son los tipos de intelectuales largamente dominantes en la actualidad en el país y la región. Para un análisis de la figura del intelectual de la cultura, ver en este mismo libro el texto “El intelectual de la cultura y la sociología en la Argentina”.



el primer paso para poder alimentar la imaginación sociológica respecto al campo de prácticas teóricas posibles de ser recuperadas en la actualidad para la construcción de nuevos proyectos intelectuales, en el marco de los procesos sociales mencionados al inicio.

### **3. El científico académico participativo**

El científico social comprometido de la academia, en nuestro continente, es aquel que lleva adelante una investigación sociocientífica general con ciertas sensibilidades marxianas, incluyendo la forma menos heterodoxa del marxismo académico. La idea de participación se instala en este tipo en detrimento del abstencionismo político. A diferencia de Anderson, aquí sugiero que el marxismo académico no necesariamente es un marxismo de menor calibre. Considero tal reconocimiento necesario a partir del registro de la gravitación de los movimientos políticos y de las dinámicas institucional-académicas ya comentadas en la Introducción. Ahora bien, vale aclarar que no todo marxismo académico representa un tipo efectivo de vinculación mediatizada. La teoría marxista y su forma de mediación respecto a la práctica política puede resultar completamente fallida. En tal sentido, lo que García Linera llama “marxismo de salón” es un tipo de marxismo académico cuya mediación política es fallida y que por una combinación de intereses personales y de deficiencias teóricas sustantivas termina recayendo en el abandono de su motor científico, de su motor transformativo, o de ambos. En América Latina, el utopismo del llamado marxismo de salón se ha expresado con particular fuerza en la última década y media a partir de las caracterizaciones teóricas y los posicionamientos político-mediáticos asumidos por sus exponentes de mayor renombre en relación con los gobiernos progresistas de la región. Emir Sader ha sido uno de los intelectuales que mayor energía ha invertido en combatir esta variante del utopismo (Sader, 2009).

La figura más virtuosa en la historia de la región que se desprende de este tipo intelectual es el dependentista. A éste se le suma lo que llamo el intelectual movimientista, que es aquel que aun manteniendo desde la universidad un diálogo estrecho con los movimientos sociales se hace cargo de la necesidad de autonomizar en cierta medida la práctica teórico-social en busca de un marco de intelección general.

### ***3.1. El científico-académico dependentista***

El científico-social dependentista, en su variante académica, despliega el mismo ciclo de vida que la corriente marxista en general: una fase ascendente desde principios de los 60 hasta fines de los 70 y de allí un descenso abrupto hasta casi su completa desaparición, con rebrotes muy menores. El golpe militar de 1964 en Brasil, y a partir de allí el proceso represivo que se activa en toda América Latina, crean condiciones favorables para el exilio político del científico académico dependentista y su concentración en Chile a partir de 1968, junto la restante intelectualidad de izquierda exiliada. Si el golpe militar en Brasil precipitó la crisis de las doctrinas desarrollistas, la caída de Salvador Allende en Chile dio inicios a la crisis y el descenso del dependentismo como una de las visiones sociológicas centrales de la izquierda latinoamericana, con el posterior traslado de sus intelectuales de referencia principalmente a México y a Francia.

Un exponente latinoamericano de esta figura intelectual es Mauro Ruy Marini. A diferencia de Raúl Prebisch, de Fernando Cardoso y de Celso Furtado, Ruy Marini se desempeñó centralmente en el ámbito universitario. Tal desempeño incluyó participaciones muy puntuales en tareas políticas y en institutos de investigación politizados (como fue el caso del Centro de Estudios Sociológicos –CESO– de la Universidad de Chile en tiempos de Allende), así como una práctica activa del periodismo en distintos medios gráficos. Entre las actividades extrainvestigativas que nuestro autor desarrolló destaca, por ejemplo, la creación y dirección de algunos proyectos editoriales con

fines políticos muy concretos, como la revista *Chile Hoy* (1972-1973). Tal empresa se concibió para intentar abrir un espacio de diálogo que permitiese minimizar el enfrentamiento entre la Unidad Popular y el MIR, haciéndose cargo del recurrente problema de la unidad de la izquierda.

En cualquier caso, Ruy Marini caracterizará en varias ocasiones su trayectoria académico-investigativa como “accidentada”, en la medida que tanto la actividad política como la atención a los parámetros de la investigación profesional se presentan como obstáculos para la vida intelectual y la investigación propiamente dicha. Al igual que en el modo de vinculación directa, para Marini la participación política se presenta como una forma de interrupción que no solo anula o absorbe la práctica de investigación sino también, o principalmente, la vida personal. Ahora bien, en ambientes de creciente politización el dimensionamiento de tales obstáculos se desdibuja en gran medida, desde el momento que –como reconoce Marini– es difícil distinguir lo que fue actividad académica y lo que fue actividad política (Marini, 1991). Lo que no hay que perder de vista aquí es que para el científico-social comprometido de la academia, la política, a la vez que fundamenta su práctica teórica, interrumpe a esta última continua o esporádicamente, y cuando la deja de interrumpir es porque las exigencias de involucramiento que conlleva la política se descomprimen. En tal dirección, Marini llega a afirmar que “el avance del proceso chileno me convocaba de modo creciente a una participación más activa, obstaculizando mi concentración en las cuestiones teóricas generales que me preocupaban. A partir de fines de 1971, asumí responsabilidades políticas cada vez mayores, que terminaron absorbiéndome” (Marini, 1991: 34). Aquí no hay que entender la interrupción como un elemento necesariamente negativo sino simplemente como una puesta entre paréntesis del devenir de la vida intelectual, sin que resulte del todo claro, en el caso de Marini, qué y cuánto verdaderamente aportó la práctica política a la práctica teórica. En los términos del sociólogo brasileiro, el segundo gran obstáculo se presentó en los años 80 cuando tuvo que enfrentar

la creciente incidencia de las lógicas de financiación de la investigación profesionalizada. El autor lo expresa bajo la inusual metáfora del mecanismo de drenaje:

La carga de trabajo que esas investigaciones conllevó –en referencia a estudios financiados–, y que se sumaba a mis actividades académicas normales, fue siendo, poco a poco, percibida como un mecanismo de drenaje de mi vida intelectual en favor de mi refuncionalización al sistema científico-cultural vigente en el país (Brasil). De hecho, ella implicaba que las inquietudes y objetivos de investigación, derivados de mi propia trayectoria de trabajo, así como la selección de temas de estudio a que ella tiende, fueran dislocados del centro de mi ocupación principal, pasando a recibir un tratamiento marginal, lento y penoso, y eso cuando recibían alguno (Marini, 1991: 40).

En los términos del autor, da la impresión que si la lógica de interrupción de la política frenaba temporalmente la investigación social académica, la lógica de financiación directamente suspendía la regeneración de su proyecto intelectual.

Del proyecto intelectual de Marini me interesa destacar principalmente tres aspectos relacionados con la priorización de la dependencia como objeto y problema de investigación: 1) el modo en que su holismo metodológico se asocia con un discurso interdisciplinario; 2) la forma en la cual su principio de politicidad conduce a la adopción de una lógica de articulación entre economía y política, y finalmente, en relación al principio multidimensional, 3) la atención que le brinda a la dimensión financiera global a la hora de caracterizar la esfera económica como un todo. En cuanto al primer punto, refiriéndose a la formación sociológica, Marini invita a recurrir a la filosofía y a la historia para asegurar una visión totalizadora que evite el camino de la especialización (Marini, 1994: 245). Si bien el principio de totalidad social es común a todo marxismo, la preocupación por el devenir de las lógicas disciplinarias es propia del científico académico comprometido. En relación al principio de politicidad, se observa en Marini que su “opción por las mayorías”, lejos de aproximarlo en

primera instancia a la intervención política directa, lo lleva a preguntarse por el modo en el cual se pueden combinar el desarrollo económico y la democracia política. En concreto, el sociólogo dirá con cierta impronta humanista que asumir el partido por las mayorías “implica comprometerse con un desarrollo económico orientado a satisfacer las necesidades materiales y espirituales de nuestros pueblos, y a la democracia, en tanto que régimen capaz de asegurarles la realización plena de su humanidad” (Marini, 1994: 245). Finalmente, al conceptualizar el modo de producción capitalista, Marini deposita particular atención al polo dominante de tal dimensión en la actualidad, como es la circulación del capital. Con ello se ajusta a la regla de oro del principio relacional moderno. La priorización de tal punto de observación en la ecuación relacional no implica necesariamente que la tesis de la primacía de la circulación sobre la producción, tal como la propone el autor, resulte válida. Si bien no es este el espacio para someter a juicio su posición específica, Marini asume que el proceso de producción del capital es precedido y sucedido por la circulación de capital. En los términos del autor, esta última se desarrolla a partir de la economía mundial e impulsa la división internacional del trabajo que estructura los sistemas productivos en los espacios nacionales. La realización del valor, a su vez, es regulada por la competencia originada en última instancia en el mercado mundial. Marini afirmará que el restablecimiento de la totalidad de los procesos de acumulación de capital permite ubicar las determinaciones históricas del proceso de producción de capital recuperando los nexos entre las dimensiones internas y externas. Tal ecuación, en palabras del autor, se vuelve crucial para la comprensión del capitalismo latinoamericano (Marini, 1991: 245). De este modo, podemos observar que para Ruy Marini pensar lo propiamente latinoamericano exigirá partir de lo global. Se trata de un registro cuya importancia no ha hecho más que incrementarse desde entonces, aunque esta afirmación necesitaría ser precisada.

### **3.2. El científico-académico movimientista**

Llamo científico-académico movimientista a un tipo específico de científico social participativo cuyo ámbito de desenvolvimiento central es la institución académica y de investigación, pero que mantiene una relación relativamente próxima con los movimientos sociales. Esta figura intelectual es por definición no jacobina y reconoce como espacio de incidencia política los procesos de acumulación de fuerzas desde abajo. Ahora bien, a diferencia del intelectual comunitarista, el científico-social movimientista así definido edifica su práctica de investigación atendiendo a un proyecto intelectual, y por tanto tomando en consideración los principios que lo constituyen.

El ciclo del científico-social movimientista se asemeja en gran medida al devenir sociohistórico del intelectual dependendista, y por lo tanto también sincroniza en cierta medida con los ciclos contemporáneos de crecimiento y de declive de la teoría marxista en la región. Las expresiones actuales de este perfil de científico social son ciertamente minoritarias. Para dar cuenta de esta figura presentaré el caso de Orlando Fals Borda, que a mi entender es la figura histórica central del continente en esta modalidad.<sup>5</sup> El sociólogo colombiano

<sup>5</sup> Es muy probable que Maristella Svampa sea el ejemplo más virtuoso de cientista-social movimientista en América Latina en la actualidad. Siendo que su trayectoria se concentra en una carrera académica sin interrupciones, pone su sociología mayormente al servicio de los movimientos sociales y sindicales, interactuando con ellos. El modo concreto en que asume la opción movimientista, con rechazos sustantivos al neodesarrollismo, invita a revisar qué tipo de procesamiento analítico efectúa la autora de los principios holístico y relacional del PI, pero en cualquier caso no se desentiende de ellos. El tipo intelectual ideal que propone Svampa, que da cuenta y orienta sus propias prácticas, se concreta en la noción antiposmoderna de “intelectual-investigador anfibio”. Esta fórmula recoge dos puntos centrales de lo que yo denomino cientista académico participativo, y que se operacionaliza en términos concretos bajo la figura del científico académico movimientista. El primero es el reconocimiento de la función de investigación como un elemento que, a diferencia de otras prácticas intelectuales, demanda cierta científicidad. El segundo es su condición participativa, movimientista, concretada en la idea de “lo anfibio”, que alude a un tipo de compromiso y de diálogo con los actores sociales que se produce materialmente fuera de la institución académica pero que no desconoce la necesidad de garantizar una autonomía relativa para la práctica científico-social. Svampa concibe al intelectual-investigador

merece ser considerado en esta tipología en la medida que prioricemos el registro de sus experiencias setentistas sobre sus posicionamientos y sus iniciativas más contemporáneas, a partir de los cuales pone en riesgo su proyecto intelectual.

Si bien la trayectoria de Fals Borda se compone de experiencias académicas y políticas múltiples repartidas discontinuamente a lo largo de su vida, en términos generales su espacio de referencia en primera instancia fue la academia como institución y la sociología como disciplina. El autor se proyectó inicialmente desde su carrera académica a la ocupación del cargo de viceministro de agricultura entre 1958 y 1960. Junto a ello promovió iniciativas políticas

---

anfibia como síntesis y superación del “intelectual militante” y del “experto académico”. Del primero obtendría el compromiso político sin caer en la práctica política profesional o en la opción práctica por la política, y del segundo rescataría el rigor del conocimiento sociocientífico sin caer en academicismos despolitizados. En cualquier caso, el concepto de intelectual investigador anfibio, tal como está formulado, parece concebirse para poner en cuestión casi exclusivamente el segundo de los aspectos mencionados, esto es, el problema del compromiso político del intelectual académico. El intelectual-investigador como anfibio se hace cargo en los términos de Svampa de la articulación entre investigación académica y compromiso militante, en la forma de una “multipertenencia”, que le permite “habitar y recorrer varios mundos, y con ello adquirir una mayor comprensión y reflexividad sobre las diferentes realidades sociales y sobre sí mismo” (Svampa, 2008: 5). Ahora bien, a diferencia de Fals Borda, el tipo intelectual de la socióloga argentina señala la necesidad de multipertenencia pero no resuelve metodológicamente tal articulación en una trayectoria socioinvestigativa. En tal sentido, pareciera que Svampa no se ocupa de las relaciones de identidad y diferencia entre lo intelectual como un todo y la función de investigación. El intelectual investigador como anfibio no se detiene en el señalamiento de lo que sería lo propiamente científico de la investigación. ¿Habría algo así como un método anfibio de investigación o bien lo anfibio compone y tensiona un método que trasciende tal denominación? Lo único que llega a decir Svampa hasta donde tengo registro –apelando al sentido común de la teoría sociológica– es que se trata de producir un conocimiento que vaya “más allá” de la visión y del discurso de los actores y, al mismo tiempo, capaz de interpelar críticamente a quienes dice acompañar –comillas mías– (Svampa, 2008: 15). Tampoco queda del todo claro qué entiende Svampa por conocimiento “crítico”, si bien todo indica que lo reduce a una crítica de la dominación. En cualquier caso, la resolución de estas cuestiones resultan claves para poder responder a la pregunta que según Svampa es fundante de la sociología, interrogación que compartiría con Fals Borda: “¿Por qué esta sociedad y no más bien otra?” (Svampa, 2008: 3). En cualquier caso, desde los parámetros sugeridos, el proyecto de Svampa garantiza un vínculo mediatizado efectivo entre práctica científico-social y práctica política.

de izquierda como el *Frente Unido* entre 1964-1965 (con el sacerdote revolucionario Camilo Torres Restrepo), fue activo organizador de procesos como *Colombia Unida* a fines de los años 80 y de *Alianza Democrática*, siendo miembro por tal fuerza de la Asamblea Constituyente en 1991. En los últimos años de vida fue dirigente del *Frente Social y Político* y artífice de la articulación de diversas fuerzas de la izquierda colombiana que confluyeron en noviembre de 2006 en la conformación del *Polo Democrático Alternativo* del cual fue presidente honorario hasta su muerte. En el plano académico institucional, Fals Borda creó y dirigió la Carrera de Sociología con sede en la Universidad Nacional de Bogotá, siendo director de la carrera, y luego ocupó el cargo de decano de la Facultad de Sociología. A su vez, fue fundador de la revista *Alternativa* en los años 70 y 80, publicación que refundó en la década del 90. En los últimos años de su vida impulsó la conformación del Centro Estratégico de Pensamiento Alternativo y dirigió la revista *CEPA*, órgano de difusión de dicho centro, desde el cual promovía entre otras cuestiones la democratización de la economía.

Contra las interpretaciones comunitaristas, constructivistas, microsociales y/o inductivistas de la *fórmula de investigación-acción* ideada por Borda, es necesario señalar que tal síntesis metodológico-política no se refiere en su versión original a una investigación basada en la acción social o política sino a una investigación basada en una teoría sociológica general al servicio y en diálogo con la acción política y con pretensiones de cambio social a partir de la práctica política. Ahora bien, es interesante observar cómo tales coordenadas sociológico-generales se fueron desvaneciendo a medida que la fórmula en cuestión fue distanciándose del materialismo histórico. En semejanza con la ecuación de unidad entre teoría y praxis, el elemento teórico-investigativo de la investigación-acción de Fals Borda remite en su versión original a una *teoría general*, que es a la vez relacional, procesual y multidimensional. Lo que diferencia principalmente la fórmula de Fals Borda de la fórmula marxista es que la primera se proyecta a partir de una relación mediatizada



y no directa entre práctica de investigación y práctica política. Al igual que sucede con el tipo directo, en la concepción de Fals Borda es el componente *científico* de la investigación el que fija centralmente la diferenciación respecto a la acción política. De este modo, la dimensión científica de la investigación es la encargada de abrir en primera instancia el hiato entre la investigación y la acción, acentuando la irreductibilidad entre ambos elementos. Cuando Fals Borda señala que la sociología es “intrínsecamente una ciencia política, y la llamada ciencia política, bien hecha, es sociología *científica*”<sup>6</sup> (Fals Borda, 1978), está empleando dos nociones diferentes de “política” para enfatizar dos aspectos elementales: el primero, para señalar que no hay investigación sin referencia a la acción política como objeto, y el segundo para indicar que no hay ciencia política sin una teoría general no supeditada a dicha acción y por tanto elaborada desde cierto distanciamiento. Junto con la conciencia de los problemas que se observan, resulta prioritario para el sociólogo colombiano tener conocimiento de la teoría y de los conceptos aplicables a esos problemas (Fals Borda, 1970: 13). En la opinión de nuestro autor, “si la sociología no llega a ser lo suficientemente científica, la acción política transformativa no podría ser lo suficientemente efectiva”. En todos los casos, la investigación participativa necesita partir de una posición de independencia y de allí nutrirse del encuentro con los actores sociales y políticos. El propio autor se encarga de explicitar dicha posición al narrar una experiencia puntual de investigación: “Desde su iniciación, el trabajo fue independiente de cualquier partido o grupo político, aunque durante el curso del mismo se realizaron diversas formas de contacto e intercambio con aquellos organismos políticos que compartían el interés por la metodología ensayada” (Fals Borda, 1978: 255). De cualquier modo, en la medida que la investigación participa de un proceso político general, tal independencia siempre resulta difícil de mantener. Para Fals Borda, el conocimiento se estanca en los casos en los cuales la

<sup>6</sup> La cursiva es mía.

investigación queda supeditada a la lógica política.<sup>7</sup> Este último registro resulta central para poder dimensionar la recomendación del sociólogo de vincular el pensamiento con la acción. El pedido de no supeditación de la lógica teórica a la política también ayuda a entender el movimiento transicional ideal que propone el sociólogo colombiano entre la observación-participación, la observación-intervención y la observación-inserción (Fals Borda, 1970: 9). En los términos de Fals Borda, el involucramiento como agente dentro del proceso que se estudia siempre se debe efectuar desde un registro observacional parcialmente externo a partir del cual se puede garantizar la conquista de una visión interna completa. Para el autor tomar posición en favor de determinadas alternativas, aprendiendo así no solo de la observación que hace sino del trabajo mismo que ejecuta con los sujetos con quienes se identifica, demanda siempre el momento autonomizado de la práctica científica. De tal modo se podría arribar a lo que Dilthey denomina una “comprensión total”. En tal dirección Fals Borda propone distinguir entre la racionalidad investigativa y la racionalidad política y no mezclarlas indiferentemente (Fals Borda, 1998: 329).

Páginas arriba afirmé que para el intelectual colombiano el elemento teórico-investigativo de la investigación-acción remite a una teoría general, relacional, procesual y multidimensional. A partir de aquí intentaré dar cuenta cómo cada uno de estos elementos del proyecto intelectual se concreta en la perspectiva del autor. Estas precisiones no serían necesarias en el tipo marxista pero sí merecen tomarse en serio para el caso de un autor reconocido por contar con una metodología de intervención social.

<sup>7</sup> El sociólogo colombiano lo expresa en los siguientes términos: “La inserción del investigador en el proceso social implicó la subordinación de aquel a la práctica política condicionada por intereses inmediatos, y el conocimiento alcanzado fue más de perfeccionamiento y confirmación de este que de innovación o descubrimiento. Aunque, como veremos más adelante, el sentido común o saber popular es valioso y necesario como fundamento de la acción social, no se vio cómo podía articularse este al conocimiento científico verificable que se buscaba, para orientar las campañas de defensa de los propios intereses populares” (Fals Borda, 1978: 262).

Respecto al *carácter general* de la teoría involucrada en la práctica de investigación, es observable la suscripción de Fals Borda a cierto principio holístico o de totalidad social. El autor se esmera en construir una perspectiva que le permita ofrecer una explicación global y compleja de la sociedad colombiana y de América Latina, sin menospreciar la incidencia de los factores externos al continente. Da cuenta de tal globalismo el reconocimiento de la necesidad de colocación de la acción colectiva en una perspectiva temporal y en un marco general (Fals Borda, 1970: 9), así como su propósito explicitado de combinar lo diacrónico con lo sincrónico, siguiendo una pauta proyectiva, para ir estudiando la historia y deducir de ella algunas proposiciones generales que pudieran ser útiles para conformar una sociedad superior (Fals Borda, 1967: 136). Su opción por una visión general se deja entrever igualmente cuando propone orientar la investigación-acción a la comprensión de la situación histórica y social de grupos obreros, campesinos e indígenas colombianos, sujetos al impacto de la expansión capitalista<sup>8</sup> (Fals Borda, 1970). Pasados los años, ya en la década del 90, Fals Borda seguirá reconociendo su ambición generalista pero apelando a las matizaciones contingenciales propias de un tiempo de rentabilidad para las “pequeñas historias” y de toma de distancia del materialismo histórico. En el marco de esta coyuntura tardía Fals Borda optará por afirmar la necesidad de ofrecer “interpretaciones teórico-prácticas ‘probablemente generalizables’”<sup>9</sup> (Fals Borda, 1998: 310). Respecto al segundo elemento, el *principio relacional*, se puede observar que este opera, por ejemplo, a partir de la decisión del autor de habilitar una idea fuerte de objetividad en el tratamiento de la subjetividad y de los asuntos humanos en general, que nos hace recordar a los anuncios metodológicos de Max Weber. De este modo, Borda reconoce que “el problema de la relación entre el pensar y el ser –la sensación y lo físico– se resuelve por la observación de lo material que es externo a nosotros e independiente

<sup>8</sup> Comillas mías.

<sup>9</sup> Comillas mías.

de nuestra conciencia; y lo material incluye no solo lo constatable de la naturaleza sino también las condiciones fundamentales, primarias, de la existencia humana” (Fals Borda, 1978: 256). Ahora bien, es probable que el elemento metodológico distintivo de Borda, que anula completamente cualquier interpretación interaccionista o constructivista de su trabajo, sea la centralidad que le adjudica a la *dimensión procesual* o sociohistórica. Desde la investigación-acción no será posible explicar la sociedad colombiana en sus diferentes manifestaciones sin recurrir a la historia, incluso a un tipo de periodización que priorice la larga duración. En opinión del propio autor, la sucesión de estadios, aunque un tanto dogmática y lineal, “cumple con el requisito de tener un ojo fijo en la historia y otro en el futuro”<sup>10</sup> (Fals Borda, 1967: 3). De este modo Fals Borda se distanciaba de la generalización abstracta, del ensayismo, del microestudio, así como de la simple historia narrativa. La atención simultánea en las relaciones sociales y en los procesos históricos generales y regionales le permitieron al autor ingresar desde una posición privilegiada en los debates de la izquierda colombiana en torno al carácter reformista o revolucionario de los procesos políticos en curso en cada coyuntura. El *carácter multidimensional* de su teoría se da en cierto modo por supuesto en una visión sociohistórica de la magnitud comentada. En cualquier caso, Fals Borda apostó por una multicausalidad explicativa que reconocía la interacción de factores ideológicos, políticos y económicos, evitando de este modo quedar preso de un reduccionismo tanto economicista como politicista.

#### **4. El científico-social traductor**

Tal como mencioné arriba, la segunda figura correspondiente a la vinculación mediatizada efectiva la denominé “científico social traductor”. Esta modalidad intelectual, que se identifica con un tipo de

<sup>10</sup> Comillas mías.

traducción específica, se ubica en un segmento entre una investigación social que *se inspira* en un proyecto intelectual y otra que *se basa* en tal proyecto. El núcleo de la propuesta de traducción se asocia a una crítica teórica situacional que no arriba o no pretende arribar a la construcción de una teoría social propia.<sup>11</sup> Toda traducción demanda la ejecución de dos operaciones inescindibles: la apropiación de una fuente teórica y su contextualización en el espacio-y-tiempo del investigador y su sociedad. Cuando señalo que la crítica teórica es *situacional* quiero enfatizar la puesta en práctica conjunta de ambos elementos. La traducción así entendida se dirime en la tensión entre dos excesos posibles: el del contextualismo –o el empirismo situacional– y el del teoricismo ahistórico.

La práctica de traducción es particularmente difícil de calibrar si se pretende hallar en ella una relación activa con un tipo de investigación social comprometida con un proyecto intelectual y en particular con una labor científica en los términos que se vienen planteando. En principio diría que la traducción, y con ella el traductor, se dirime entre la figura del cientista-social comprometido y la del intelectual de la cultura, figura esta última que analizamos en otro trabajo (Torres & Gonnet, 2018). Se pueden identificar dos tipos de traducción que expresan las dos posiciones potencialmente asumibles en relación con ambas figuras: la *traducción científico-social* y la *traducción culturalista*. Como es de esperar, la traducción científico-social es aquella que se aproxima en mayor medida al científico-social comprometido y su proyecto intelectual, mientras que la traducción culturalista se identifica con las prácticas del intelectual de la cultura. La traducción científico-social, o el científico-social traductor, es aquel que orienta la crítica y la apropiación de cierta teoría a partir de los principios mencionados del proyecto intelectual, mientras que la traducción culturalista no solo desacredita tales

<sup>11</sup> La función de traducción conviene diferenciarla de la función de construcción. Si la traducción es siempre un momento ineludible de la práctica del constructor, no sucede lo mismo a la inversa: la traducción puede asumirse como un fin en sí misma.

principios sino que paradójicamente rechaza la validez de pretender orientar la crítica teórica hacia la revitalización de cualquier teoría social sistemática, a sabiendas del carácter sistemático de muchos de los sistemas teóricos de los cuales abreva. Por momentos ambas modalidades llegan a convertirse en formas opuestas de aproximación al registro situacional de la práctica intelectual. En línea general, la trayectoria del traductor científico-social en América Latina viene en alza desde los años 50 hasta fines de los 70 y de allí prácticamente se desploma y no se vuelve a recuperar.

Me concentraré aquí en una de las figuras contemporáneas latinoamericanas más representativas del científico-social traductor: José María Aricó. A decir verdad, en el itinerario intelectual de Aricó es posible identificar con nitidez un proceso de traducción, de la teoría marxista y más específicamente de la obra de Antonio Gramsci, que transita del modo científico-social al modo culturalista. La valiosa traducción científico-social del marxismo y de Gramsci que propone el autor entre 1963 y 1981 le cede al paso a partir del retorno de la democracia en la República Argentina a un tipo de traducción culturalista adaptada a las precariedades y los desconciertos de la nueva realidad posdictatorial. En cierto modo, cada uno de los momentos y las formas de traducción marxista de Aricó se vinculó con un interés teórico-político específico. Mientras que la traducción científico-social se orientó principalmente a la “renovación” del marxismo en un dialogo crítico, confrontativo y rupturista con el Partido Comunista, la traducción culturalista se desarrolló bajo el propósito declarado de una apertura democratizadora de dicha tradición, que sentó las bases para que el propio Aricó abandone los principios metodológicos no solo del marxismo sino del pensamiento social y sociológico moderno como un todo. La celebración de la heterodoxia aperturista contenida en el marxismo de Aricó por parte de la llamada izquierda democrática o neogramsciana en el campo científico-social regional en la década del 80 no puede desentenderse del anuncio más generalizado de la crisis terminal del marxismo como proyecto político y

como proyecto intelectual en América Latina, lo cual se extendió al abandono de toda aspiración teórica moderna.

Por otra parte, no es igualmente mediatizado el vínculo entre la práctica teórica y la práctica política en el momento de traducción científico-social de Aricó que posteriormente en épocas de traducción culturalista. En su primer período, la traducción se ubicaría entre el vínculo directo y el vínculo mediatizado. Se trataría de una vinculación cuasi directa. En este período Aricó nunca pierde de referencia al Partido Comunista como espacio político de referencia. Su expulsión del PC no significó la renuncia a las disputas políticas en torno a este, y en cualquier caso tal experiencia partidaria marca en gran medida la identidad que luego adquiere la revista *Pasado y presente* (PyP). Este reconocido proyecto editorial, en sus dos momentos (Córdoba 1963-65 y Buenos Aires 1971-73), encierra la apuesta ideológico-política principal de Aricó en el período considerado. Las coordenadas precisas del emprendimiento quedan expuestas con claridad en “La larga marcha al socialismo en la Argentina”, la editorial que escribe Aricó en 1973 para el primer número de la nueva serie. Allí señala que PyP “no pretende ser un sustituto de la práctica política ni ubicarse por encima de ella, pero sí reivindicar para sí, un espacio que considera legítimo, aunque el mismo sea mucho más ideológico que político a secas” (Aricó, 1973: 4). En cualquier caso, PyP es una reacción nada distante al Partido y un dispositivo que nunca pierde como horizonte de expectativa la posibilidad de fundar otro partido político. A fines de los años 80 el autor reconoce que la revista fue, al menos en sus primeros tiempos, una “tentativa inicial de trabajar en el interior del PC para contribuir a renovarlo” (Aricó, 1988: 75). Esta pulsión política se evidencia igualmente en la vigencia que mantiene para Aricó en estos años la figura gramsciana del intelectual orgánico, pero cuya búsqueda de organicidad pone entre paréntesis al PC. Apelando a un razonamiento conocido, Aricó dirá que la racionalización capitalista es la base para el surgimiento de un nuevo tipo de intelectual que configurará una intelectualidad orgánica de la clase obrera cuya naturaleza expresa, en

esencia, una ruptura con la nueva relación entre teoría y práctica establecida por las anteriores formaciones sociales. Ahora bien, en la práctica tal “tipo ideal” se termina desdibujando en la medida que la revista, en propias palabras de Aricó, “deambulaba detrás del sujeto político” o bien “buscaba desesperadamente un anclaje político” (Aricó, 1983). La referencia político-partidaria se diluye casi por completo en los emprendimientos editoriales y cultural-políticos de Aricó en la década del 80. Ni la revista *Controversia* en el exilio en México (1981-1983), ni el *Club de Cultura Socialista* (fundado en 1984), ni la revista *La ciudad futura* (1986), todos espacios dinamizados por Aricó, terminaron recreando un vínculo de pertenencia directa con la práctica político-partidaria. En cualquier caso no hay que perder de vista que el espacio material de realización de las prácticas intelectuales de Aricó en tanto traductor científico-social se corresponden principalmente con iniciativas editoriales políticamente no orgánicas y, en una proporción menor, con algunas tareas académicas de posgrado.

A partir de aquí me ocuparé de mostrar cómo se concreta el tipo de traducción científico-social en la obra de Aricó, que es la modalidad que nos convoca en este punto. La consideración de Aricó como científico-social traductor y no solo como traductor a secas nos previene contra el acento contextualista e historicista que asume Martín Cortés al caracterizar a Aricó como traductor latinoamericano del marxismo (Cortés, 2015). Su diálogo con el marxismo en el primer período es en gran medida un diálogo con el marxismo como *ciencia* y tal aproximación se orienta a partir de los principios constitutivos del proyecto intelectual. Ello inscribe la apropiación teórica de Aricó en un campo que opera más allá de un regionalismo metodológico. El rescate de un modo de apropiación teórica sistemática en el ejercicio de traducción también se hace presente en Zavaleta Mercado cuando señala que es en la relación entre un modelo de regularidad y de acumulación específica de la historia local donde se juega el problema de la traducción (Zavaleta Mercado, 1988). En cualquier caso, el texto del período científico-social del sociólogo cordobés que expresa



de un modo más avanzado y con mayor nitidez su compromiso con un proyecto intelectual probablemente sea *Nueve lecciones sobre economía y política en el Marxismo*. Se trata de un libro publicado recién en 2011 y que reúne las clases de un curso sobresaliente dictado por Aricó en El Colegio de México a fines de los años 70. Allí se expresa cuanto menos su opción por un método de análisis holístico, multidimensional, procesual y estratégico.

Respecto al principio holístico, Aricó señala la imposibilidad de someter a revisión la relación entre economía y política en la teoría marxista sin la consideración y la reconstrucción de una teoría de la sociedad, en este caso la de Marx. Como ejemplo de su holismo Aricó afirmará que “solamente podrán formarse como investigadores sociales, ser críticos de esta sociedad, adquirir una voluntad transformadora en esta sociedad, si son capaces de cuestionarse sobre el conjunto de las relaciones, situaciones y creencias vigentes” (Aricó, 2011: 10). En este sendero el autor resalta la importancia de la pregunta por el destino del capitalismo, considerando que detrás de tal interrogante hay un intento por reestructurar, de una manera científicamente rigurosa, el conjunto de las categorías marxianas para adoptarlas a la explicación de un mundo que se ha vuelto cada vez más complejo (Aricó 2011: 322).

Respecto al *principio multidimensional*, Aricó propone una traducción de Gramsci muy a contrapelo del Gramsci que rescata luego en la década del 80 en *La cola del Diablo*. En este primer momento apunta a la recuperación de una teoría política que se defina principalmente a partir de una lógica de articulación entre la política, la economía y lo social. Contra cualquier reduccionismo politicista, Aricó advierte explícitamente en este período sobre la incapacidad de la teoría política de prescindir de los elementos de la crítica de la economía política. La politicidad para Aricó, en semejanza con Poulantzas, será el modo de ser del proceso mismo del capitalismo captado en toda su complejidad (Aricó, 2011: 329). De este modo, esta politicidad no es algo que se superponga a la economicidad sino la forma como en las sociedades capitalistas contemporáneas el proceso capitalista puede

ser captado en toda su complejidad. A partir de este reconocimiento, dirá Aricó, se plantea la urgencia de la fundación *científica* de la política para una estrategia de transición que rebase definitivamente no solo la separación entre el elemento económico y el elemento político sino también la que se da entre lo político y lo social<sup>12</sup> (Aricó, 2011: 329). En síntesis, la autonomía de la ciencia y la política no suponen para Aricó situarse fuera de la economía política sino que ambas tienen un camino metodológico y una vía de aproximación distinta (Aricó, 2011: 328). El sociólogo cordobés afirmará que solo a través de la recuperación de la organicidad de la relación entre crítica de la economía política y crítica de la política puede reconstruirse, por ejemplo, una teoría del Estado (Aricó, 2011: 328).

Por su parte, la atención en un *principio procesual* se evidencia en Aricó a partir de la centralidad que le asigna a una teoría de la reproducción. Para el autor, la reproducción está planteando el problema teórico del pasaje del modo de reproducción a la formación económico-social que es en sus términos el verdadero punto crucial de la concepción materialista de la historia. Es en el proceso de reproducción, según Aricó, donde se abandona el nivel del modo de producción para adentrarse en el de la formación económico-social, que es el nivel de constitución de la política como ciencia. De este modo, para el sociólogo, solo una teoría de la reproducción puede fundar al mismo tiempo el análisis concreto sobre las categorías de la crítica de la economía política, remontándose desde el campo abstracto del modo de producción hasta el campo concreto de las luchas políticas y sociales (Aricó, 2011: 333).

Finalmente, el apego a un *principio estratégico* se presenta en el sociólogo cordobés principalmente de la mano de la suscripción a un *principio holístico*. La nueva recomposición estratégica de la teoría y la práctica política marxista plantea para el autor la necesidad de una concepción de la política que esté afincada en el conjunto de la dinámica del proceso social global (Aricó, 2011: 329). Aquí la nueva

<sup>12</sup> Comillas mías.

elaboración estratégica tiene como misión intentar imaginar cómo puede surgir y desarrollarse una línea capaz de englobar la unidad de producción y de reproducción de la fábrica, y las categorías de estado, de lucha de clases y de instituciones, buscando recomponerlas en una nueva visión sistemática (Aricó, 2011: 329). A fines de los 80, luego de la experiencia del llamado giro democrático del pensamiento socialista y de las visiones culturalistas que lo acompañaron, Aricó llega a decir, a modo de confesión y de autocrítica, que Gramsci no los liberó de Lenin y que les faltó “un pie en la tierra que permitiera transformar un razonamiento en una propuesta política” (Aricó, 1988: 79, 80). Esta apelación a Lenin remite precisamente al señalamiento de la ausencia de un principio estratégico integrado en una visión general del cambio social.

La traducción culturalista tardía de Gramsci por parte de Aricó se efectúa en el marco de la decisión de interpretar a Gramsci como un intelectual primordial para la manutención y el desarrollo de la democracia política en la Argentina a partir de 1983, y en especial para iniciar un reexamen introspectivo de la cultura posdictatorial en el país y en el movimiento de izquierda. Ahora bien, tal empresa culturalista no se propuso intentar comprender en términos relacionales, multidimensionales y procesuales el proceso social global en el cual se desenvuelve el proceso político democrático en la década del 80. La exclusión de un marco más integral de análisis sociológico recién ingresa como autocrítica una vez que Aricó y su comunidad le retiran el apoyo a Alfonsín. Tanto el concepto de socialismo como el de clases subalternas ofrecen un punto privilegiado para el registro de la adolescencia relacional de la traducción tardía de Aricó, reduccionismo que se explica por la táctica político-intelectual que adoptó el socialismo democrático en un contexto muy desfavorable. Desprovisto de todo horizonte societal, y recluido en una identidad de resistencia sin posibilidades de expansión, en esta fase Aricó concebirá al socialismo como un movimiento interno al proceso mismo de constitución de los sujetos políticos, que pugna por llevar a la práctica los valores de autonomía y de autoconstitución que lo definen

como corriente ideal (Aricó, 1988: 115). Sorpresivamente el socialismo pasa a entenderse como una formación politicista y subjetivista, un proceso cultural-político intersubjetivo, y por lo tanto desprovisto de una dimensión económica, o mejor dicho, económico-socialista (Aricó, 1986). Algo similar ocurre con su noción de “clases subalternas”. Estas no se definen en primera instancia a partir de un registro sociorelacional que presta atención sistemática al movimiento de las clases dominantes sino a partir de una relativa autonomización de lo subalterno (Aricó, 1988: 117). Tal operación teórica resulta menos irreflexiva mientras más se comprende el tipo de apuesta política que estaba en juego.

En la función de traducción Aricó se encuentra principalmente con Juan Carlos Portantiero, siendo este último un actor mayormente inserto en el ámbito académico institucionalizado. La posibilidad de dimensionar la apropiación que efectúa Aricó de Gramsci resulta un tanto limitada si no se toma en consideración el devenir de la lectura que Portantiero ofrece del intelectual italiano. La trayectoria intelectual y política de ambos intelectuales argentinos están sincronizadas. Ambos autores fuerzan el mismo giro culturalista en los años 80. Al igual que sucede con el sociólogo cordobés, Portantiero inspira su ejercicio setentista de traducción a partir de un proyecto intelectual, suscribiendo a los principios constitutivos de este último. Es constatable cómo su traducción científico-social de Gramsci pivotea principalmente en torno al reconocimiento de los principios relacionales, multidimensionales y procesuales. Respecto al primero, no dudará en destacar que el lenguaje de Gramsci para el análisis de situaciones históricas y políticas es el de las relaciones de fuerzas, siendo estas, condensaciones de economía, cultura, política y organización a través de las cuales las clases devienen sujetos de acción histórica (Portantiero, 1981: 10). El rescate de la multidimensión se expresa de múltiples modos, pero en todos los casos siendo coherente con un mismo modelo teórico. Portantiero hace hincapié, por ejemplo, en el carácter trinario que adopta el concepto de “lo social” en Gramsci, compuesto de estructura económica, estado (gobierno)

y sociedad civil (Portantiero, 1981: 45). Pero quizás el núcleo de la reivindicación de la multidimensión, del mismo modo que ocurre en el Aricó de *Las 9 lecciones*, tiene que ver con el reconocimiento de que la articulación entre economía y política, incluso desde una crítica al economicismo, es el núcleo fundante de su visión sociológica. Su esfuerzo consiste en situar a Gramsci en el centro de esta lógica de articulación clásica. El concepto clave para observar como Portantiero luego trastoca y abandona este registro es el de hegemonía. Si bien tanto aquí como en los 80 el concepto de hegemonía alude centralmente a una dimensión político y político-cultural, en la traducción científico-social la hegemonía conforma una unidad primaria inescindible con la categoría económica de acumulación, en un mismo nivel de abstracción y jerarquía. A modo de ejemplo, Portantiero dirá, apuntándole al economicismo, que el análisis del Estado no se agota en la descripción de su funcionamiento como modelo de acumulación sino que requiere también ser pensado como modelo de hegemonía (Portantiero, 1981: 47). En la misma dirección, dirá que cada fase del capitalismo supone una relación entre estado y economía pero también entre estado y masas, vínculos que conllevan modificaciones en el patrón de acumulación pero también en el patrón de hegemonía (Portantiero, 1981: 10). Portantiero también afirmará que Gramsci, al involucrar un nuevo nexo entre economía y política, entre clases y estado, entre producción y reproducción, entre base económica y superestructuras, coloca en un nuevo terreno la lucha corporativa y hegemónica de las clases (Portantiero, 1981: 59). El modo de procesar la crítica al economicismo vulgar no opera en este momento –como será luego– a partir de la exclusión de lo económico sino de su recomposición a partir de la jerarquización de lo cultural-político. Es por ello que para el Portantiero científico-social, citando a Franco de Felice, “la temática clásica producción-revolución es replanteada en los términos de producción-hegemonía” (Portantiero, 1981: 57). Finalmente, una de las formas centrales en que se hace presente la dimensión procesual es a partir de una lógica socio-tendencial que permitiría dimensionar la incidencia transformativa de

los movimientos contratendenciales. De este modo, según Portantiero, en Gramsci se hace presente la preocupación por determinar la forma de las contratendencias que la crisis genera, por estudiar la capacidad de recomposición que el sistema posee y que las crisis estimulan (Portantiero 1981: 52).

Esta visión relacional, multidimensional y procesual que Portantiero decide rescatar de Gramsci en los 70 queda completamente excluida de su renovada traducción en las décadas del 80 y 90. La novedad pasará por emplear al sociólogo turinés para alimentar un giro subjetivo y una teoría de la acción prácticamente autonomizada de una teoría de la sociedad. No será exclusivamente el concepto de hegemonía sino también la noción de “catarsis” de Gramsci las que apuntalan su opción rupturista respecto al marxismo y preparan el terreno para el abandono de una teoría económica. En su traducción culturalista, lo que Portantiero tematiza como el paso del momento económico al momento ético-político debe entenderse más bien como la exclusión de lo económico y la adopción de un politicismo subjetivista que no solo habilita la primacía del principio de contingencia o de libertad sobre el de necesidad sino que prácticamente desactiva este último. Tales movimientos quedan en evidencia a partir de las propias palabras que empleará Portantiero. Este dirá, interpretando a Gramsci, que la fijación del momento catártico deviene en el punto de partida de toda la filosofía de la praxis. Portantiero sostiene que el proceso catártico coincide con la cadena de síntesis que resulta del desarrollo dialéctico, y que el paso del “momento económico” al “momento ético-político”, que se equipara al paso de lo “objetivo” a lo “subjetivo”, es el punto de partida de toda la filosofía de la praxis. En una interpretación verdaderamente forzada, el sociólogo argentino llega a señalar que la sociología del tiempo de Gramsci busca centralmente fundar una teoría no determinista de la acción (Portantiero, 1997: 6).

De este modo, la operación de traducción que despliegan Aricó y Portantiero en la década del 70, orientada a la regeneración científica de la teoría social de izquierdas, se agota con el fracaso del

proyecto político marxista en la región. Lo que emerge como producto posdictatorial es una perspectiva completamente escéptica respecto a sus posibilidades de direccionar los procesos sociohistóricos para intentar transformar estructuralmente la realidad social latinoamericana.

## **5. A modo de conclusión: de la crisis del marxismo a la refundación científica de la izquierda**

Es un hecho impactante que los proyectos intelectuales que construyó la izquierda durante el siglo XX hasta la década del 70 fueron deteriorándose durante los años de las dictaduras militares y llegaron a su final con el retorno de la democracia formal en el continente en la década del 80. Las dos figuras analizadas, en sus diferentes subtipos, dan cuenta del mismo movimiento: el abandono en simultáneo de una teoría marxista y de un proyecto científico-social general. La observación de este fenómeno es de capital importancia dado que el abandono del primero no exige necesariamente hacer lo mismo con el segundo. Todo indica que el escepticismo científico de la izquierda se explica principalmente a partir de su escepticismo político-revolucionario, pero tal afirmación, de ser acertada, no aporta demasiado para la comprensión del fenómeno. En cualquier caso, la gran mutación observada queda englobada en lo que se caracterizó en términos difusos como “crisis del marxismo”.

La crisis del marxismo de ayer y de hoy en América Latina, y me atrevería a decir que a nivel global, debería concebirse en términos generales como una crisis de identidad. Esta crisis se desata y luego se agudiza a partir de dos procesos interconectados que mayoritariamente se expresan de modo secuencial. El primero de ellos, de carácter general, es la *descomposición material* de la práctica marxista, a partir de la creciente separación/autonomización entre la práctica teórica y la práctica política. Este fenómeno lo comenté en el punto 2. A partir de la descomposición material entre ambas

prácticas, la práctica teórica marxista queda supeditada a las reglamentaciones y las dinámicas específicas del campo institucional de las ciencias sociales. Si bien es cierto que la academización del marxismo se inicia con anterioridad a la década del 70, su expansión se acentúa significativamente a partir de principios de la década del 80, sobre todo en América Latina. El segundo proceso involucrado, más específico, se asocia con la *ruptura intelectual* de la comunicación entre los núcleos o motores que componen la práctica teórica marxiana. Me refiero al núcleo racional-científico, al núcleo crítico y al núcleo transformativo. A diferencia del primero, este segundo proceso es reversible bajo condición de una refundación sustantiva. Cuando afirmo que se trata de un hecho reversible quiero indicar que la solución destinada a revertir tal proceso no demanda una transformación material sino una recomposición teórica. Este fenómeno de incomunicación entre los motores señalados, que se puede observar en el devenir de las perspectivas de Fals Borda, de José Aricó y de Juan Carlos Portantiero, entiendo que se puede hacer extensivo al universo posmarxista que comenzó a desplegarse en el sistema académico a partir de la década del 80 en América Latina y también en cierto grado a nivel global. Por motivos que aún permanecen sin esclarecer, lo que se tiró a la basura junto con la teoría de la revolución y el horizonte poscapitalista fue el proyecto intelectual del marxismo.

El proyecto intelectual integra los tres motores comentados de la práctica teórica marxiana, pero otorgándole primacía al *núcleo racional-científico*. Allí es donde se recrean y combinan los nueve principios comentados. La recuperación de un proyecto intelectual para la izquierda latinoamericana bien podría partir del interés por actualizar la afirmación citada de Fals Borda: “Si la sociología no llega a ser lo suficientemente científica, la acción política transformativa no podría ser lo suficientemente efectiva”. Claro que la transformación social posible en la actualidad en América Latina y el mundo ni se edifica –salvo excepciones– sobre una teoría de la revolución ni se puede orientar en ningún caso a la superación



del capitalismo en el corto y mediano plazo. Si seguimos creyendo que ello es posible es porque nuestra sociología no es lo suficientemente científica. Y es precisamente tal irracionalismo el problema número uno que aqueja a la izquierda regional en la actualidad. De nosotros dependerá poder superarlo.

## 6. Bibliografía

Anderson, Perry. (1976). *Considerations of Western Marxism*, New Left Books, London [En Español: *Consideraciones sobre el Marxismo Occidental*. España: Siglo XXI, 1979].

Aricó, José María. (1973). *La "larga marcha" al socialismo en Argentina, Pasado y Presente*, Nueva serie, N° 1, abril-junio.

Aricó, José María. (1986). Debemos reinventar América Latina. ¿Pero desde qué conceptos "pensar" América? Entrevistado por Waldo Ansaldi, en: Calderón, F. (2011), *Caminos de la libertad. Diálogos latinoamericanos*. La Paz-Bolivia: CESU-Plural, pp. 51-108.

Aricó, José María. (1988). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Punto Sur.

Aricó, José María. (2011). *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*. México: FCE.

Bauman, Zygmunt. (1992). *Legislators and interpreters. Culture as the ideology of intellectuals*, en Bauman, Z., *Intimations of postmodernity*, Routledge, London-New York [En español: *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997].

Cortés, Martín. (2015). *Un nuevo marxismo para América Latina*. José Aricó: traductor, editor, intelectual. Buenos Aires: Siglo XXI Editores-Centro Cultural de la Cooperación.

Fals Borda, Orlando (1967). *La subversión en Colombia: visión del cambio social en la historia*. Bogotá: Tercer Mundo.

Fals Borda, Orlando. (1970). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. México: Nuestro Tiempo.

Fals Borda, Orlando. (1978). El problema de cómo investigar la realidad para transformarla, en Fals Borda, O. (2009). *Una sociología sentipensante para América Latina. Antología*, Buenos Aires: CLACSO, pp. 253-301.

Fals Borda, Orlando. (1998). Experiencias teórico-prácticas, en Fals Borda, O. (2009). *Una sociología sentipensante para América Latina. Antología*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 303-366.

Marini, Ruy Mauro. (1991). *Memoria*. Disponible en: [http://www.marini-escritos.unam.mx/002\\_memoria\\_marini\\_esp.html#1](http://www.marini-escritos.unam.mx/002_memoria_marini_esp.html#1)

Sader, Emir. (2009). *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Portantiero, Juan Carlos. (1981). Estado y crisis en el debate de entreguerras, en Portantiero, J.C. (1999). *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires: Grijalbo, pp. 9-65.

Portantiero, Juan Carlos. (1997). Gramsci y la crisis cultural del 900: en busca de la comunidad. Ponencia presentada en el “Convegno Internazionale di Studi “Gramsci e il Novecento”, Cagliari, Italia, 15 al 18 de abril.

Svampa, Maristella. (2008). Notas provisoria sobre la sociología, el saber académico y el compromiso intelectual, en: Hernández, V. & Svampa, M., *Gorard Althabe. Entre dos mundos. Reflexividad y compromiso*. Buenos Aires, Prometeo.

Torres, Esteban. (2017). *El proyecto intelectual: hacia la reconstrucción de un programa teórico para las ciencias sociales en América Latina*. Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano, CLACSO. Segunda Época, N°48, agosto.

Torres, Esteban & Gonnet, Juan Pablo. (2018). El intelectual de la cultura y la sociología en la Argentina: un análisis a partir del caso de Horacio González, *Revista Pilquen*, Vol.21, N°1, Enero-Marzo.

Zavaleta Mercado, René. (1988). *Clases sociales y conocimiento*. Los Amigos del Libro, La Paz.



# Las sociologías críticas, el movimiento feminista y el reconocimiento de la sociedad mundial<sup>1</sup>

Para las ciencias sociales, la principal novedad que está produciendo la megacrisis ligada a la expansión del Covid-19 es el reconocimiento de la imposibilidad de ignorar que habitamos en sociedades territoriales cada vez más interdependientes en un plano mundial. Si antes de 2020 los estudios sociales aún estaban en condiciones de elaborar justificaciones aceptables para prescindir de un marco de observación mundial, hoy está dejando de ser así. El efecto de la pandemia en la percepción académica general activó un proceso de atención irreversible, que afectará antes o después a la totalidad de sus objetos de investigación. No hay marcha atrás ni resistencias que puedan bloquear este advenimiento. Ya no es posible omitir la existencia de una sociedad mundial sin caer en serios anacronismos. Si la conquista de América inicia la mundialización material en tiempos de navegación marítima, es probable que los golpes asestados por las representaciones del Covid-19 en nuestras pantallas digitales estén propiciando la instalación definitiva de la mundialización

<sup>1</sup> Editorial del Dossier: "La crisis mundial del COVID-19: sociologías, feminismos y sociedad mundial", Astrolabio Nueva Época, N° 25. pp. I-VIII. Escrito en conjunto con Karina Batthyány (CLACSO).

como sentido común intelectual. De este modo, antes que expandir el proceso de mundialización material, el procesamiento colectivo de los avatares del Covid-19 está ensanchando el proceso de mundialización mental. No estamos asistiendo al ocaso de las sensibilidades microsociales y las singularizaciones subjetivas, sino a un final vertical, abrupto, impensado, de un largo proceso de desconocimiento y de negación histórica de la gravitación de las dinámicas mundiales en la determinación del conjunto de las sociedades.

Ahora bien, el hecho de que se esté generalizando en las ciencias sociales la percepción de una pertenencia existencial sustantiva a un proceso de desenvolvimiento mundial no significa que estamos en condiciones de asumir como marco de referencia una teoría de la sociedad mundial. No es la primera vez en la historia que las ciencias sociales se ven afectadas en su trayectoria de acumulación. La mecánica de la transformación de las agendas de producción intelectual no es completamente desconocida. Los cambios sociales por lo general se precipitan siguiendo dos axiomas. En primer lugar, son los acontecimientos y los procesos históricos los que determinan las líneas rectoras de producción de las ciencias sociales, y no a la inversa. Aquí emerge la proliferación del Covid-19 como acontecimiento “externo” y objetivo que impacta de lleno en la esfera científico-social. Cuatro décadas antes, otro acontecimiento “externo” al campo regional, como fue la puesta en marcha de la maquinaria de exterminio de las dictaduras militares en el Cono Sur, descompuso las bases autóctonas de la sociología, interrumpiendo los impulsos de mundialización que esta venía desplegando a gran velocidad desde la década del 60.

En segundo lugar, el sentido común se adelanta a la ciencia, para luego quedar devorado por ella. Y aquí aparece esta nueva percepción de pertenencia mundial en estado embrionario, sin todavía poder recodificarse a partir de nuevos instrumentos teóricos, analíticos y de acción práctica. Si decidimos tomarnos en serio el fenómeno del Covid-19, si nos sumergimos con plena atención en su interior, deberíamos dejar que nos arrase por completo. Como científicos sociales

solemos estar dispuestas/os a asumir con cierta tranquilidad la premisa de que la verdad es provisoria, pero no nos pasa lo mismo con la consecuencia práctica más gravitante que trae aparejada dicha afirmación. Esto es, que toda perspectiva y todo conocimiento social creado necesita ser sistemáticamente destruido o autodestruido para poder recrearse nuevamente. Es el único método existente hasta hoy para no vivir cómodamente en la falsedad de lo conocido, así como la única guía para poder librar la batalla interminable por el conocimiento verdadero, contra la tendencia inevitable a la obsolescencia, a la imposibilidad de escapar al error, y contra las potenciales consecuencias sociales que traen aparejadas las acciones orientadas por esquemas mentales facilistas y adulterados. Lo cierto es que no hay nada a lo cual aferrarse que no sea a un principio de ignorancia perseverante y a una inclinación militante por iniciar una y otra vez el camino del descubrimiento de la realidad histórica y de las novedades del mundo.

Los textos que componen este dossier<sup>2</sup> son expresiones virtuosas del momento transicional comentado. El principal denominador común a todos ellos es precisamente el reconocimiento, directo o indirecto, más o menos explicitado, de la incidencia efectiva de los procesos mundiales en los planteos efectuados. En cualquier caso, esa percepción mundialista que anida en cada texto se procesa a partir de las visiones teóricas preexistentes de la sociedad de cada autor/a. Y es el marco societal previamente estabilizado el que determina el modo en que cada quien concibe los rasgos novedosos de la crisis que estamos atravesando, los grandes problemas detectados en el presente histórico según sus intereses de conocimiento, las intuiciones ofrecidas acerca del futuro social, así como las diferentes expectativas de realización científica, normativa y política que esperan concretar en nombre de las ciencias sociales. Algunos textos, como los de Klaus Dörre y Stephan Lessenich, logran reducir la distancia entre sus intuiciones mundialistas, sus reflexiones sociológicas y

<sup>2</sup> En referencia al dossier ya mencionado.

sus teorías de la sociedad. Pero en ambos casos sus visiones críticas coinciden más con una visión europea del sistema mundial y de la evolución de la sociología que con una teoría de la sociedad mundial y con el reconocimiento de su pertenencia a un campo sociológico mundial. Del mismo modo que una sociedad mundial no es producto de una sola localización, una teoría de la sociedad mundial tampoco lo puede ser. Una sociedad mundial podría asemejarse a un entramado de orden superior, que diferencia, integra y relaciona el conjunto de las esferas sociales nacionales, regionales y globales. Podríamos suponer que cada punto de localización social en el mundo es una condensación singular, directa e indirecta, de estas tres esferas en interacción. Definitivamente la sociedad global de Alemania no es la misma que la de Argentina, Uruguay, México, Chile o China. Pero todas ellas, a partir de las interacciones que mantienen entre sí, conforman la sociedad mundial. Tampoco existe algo parecido a un sistema patriarcal único o a un capitalismo globalizado: lo que proliferan son modos patriarcales concretos, así como diferentes dinámicas de sujeción entre capitalismo céntricos y periféricos en la sociedad mundial.<sup>3</sup> El reconocimiento de este principio de diferenciación irre-

<sup>3</sup> Los conceptos de “capitalismo”, “modo de producción capitalista” o “formación social capitalista”, como totalidad en singular, son portadores de una perspectiva no mundialista y homogeneizante que resulta funcional a las naciones poderosas. Estas categorías no permiten dar cuenta, por ejemplo, de cómo la realización de una matriz económica nacional como la alemana, industrial hacia adentro y hacia afuera, está relacionada con la reproducción histórica de una matriz económica nacional como la argentina, semiindustrial hacia adentro y agropecuaria hacia afuera. Tampoco permiten reconocer que la desigualdad objetivamente más determinante de la historia moderna de la periferia mundial es la desigualdad entre capitalismo. El factor principal que explica la pobreza diferencial de nuestros países es el boicot interno y externo a nuestras experiencias de industrialización nacional. Antes que combatir al comunismo o al socialismo en América Latina, las élites mundiales, con una clara visión de las cosas, se han ocupado en primera instancia de combatir los programas de independencia económica y de soberanía política de los variados “populismos”. De este modo, en nuestra opinión, uno de los desafíos que tiene por delante la sociología crítica del centro es generar categorías para entender cómo funcionan en términos objetivos los nacionalismos populares en la periferia. Si hoy en Europa la derecha radical responde a su globalización neoliberal con nacionalismo, en América Latina la fuerza política que responde con nacionalismo es el progresismo. Y ello ocurre por el



ductible no anula la probabilidad de descubrir regularidades universales, pero sí reduce al mínimo la probabilidad de que las relaciones y los procesos estructurales puedan asumir modalidades idénticas en diferentes localizaciones. El hecho de reconocer en estos términos que el sustrato primero de la sociedad es mundial implica reconocer que la materialidad de las ciencias sociales y la sociología también lo son. Desde la década del 60 la sociología latinoamericana dejó de ser “lo Otro” de la sociología, o su simple reproducción alienada, para convertirse en una corriente activa de la sociología mundial. En este sentido, intuimos que aquella teoría de la sociedad mundial que necesitamos construir demanda el conocimiento emergente del pleo total de las localizaciones intervinientes, balanceando el punto de vista propio sobre dicha totalidad diferenciada con el punto de vista de cada localización ajena, y activando a partir de esa práctica ampliada el necesario ejercicio antropológico de intentar “ponerse en el lugar del Otro”. Desde este supuesto preliminar, lo mundial no se conquistaría a partir de reunir todos los conocimientos existentes, sino a partir de la creación de un escenario novedoso de diálogo global, capaz de producir nuevas síntesis a partir de las visiones mundiales que se deberían producir y proyectar desde cada punto de localización histórica.

Ahora bien, este horizonte histórico de apertura mundialista para las ciencias sociales no nos debe hacer perder de vista que en

---

simple motivo de que si en los centros mundiales el nacionalismo es un movimiento que propicia la exclusión, en la periferia es un movimiento productor de inclusión y de bienestar económico. Si el nacionalismo del centro se asienta sobre un principio de desigualdad (“somos superiores”), el nacionalismo popular de la periferia se basa en un reclamo de igualdad radical en el concierto mundial (“no somos inferiores”). Si en sus extremos céntricos el nacionalismo se manifiesta como una cultura excluyente, en sus extremidades periféricas adopta una forma y un sentido diametralmente opuesto. Y esta diferenciación, lejos de resultar azarosa, se produce por el simple hecho de que los procesos políticos y culturales de los centros y las periferias de la sociedad mundial están conectados en términos causales, a partir de una determinación recíproca profundamente asimétrica. Desde hace más de un siglo es más fácil imaginar el fin de los capitalismoes que el fin de la dependencia estructural de América Latina.

las tradiciones emancipatorias el conocimiento no es un fin en sí mismo. La pregunta por el mejor modo de conocer el mundo se supe- dita a un interrogante mayor: ¿para qué queremos conocer? Si no conseguimos ofrecer una respuesta satisfactoria a la pregunta por los fundamentos del saber, todo proyecto intelectual se reduce a cenizas. El presente dossier reúne tres tipos de empresas sociológicas: sociologías críticas feministas, sociologías críticas modernas y sociologías distanciadas. Toda sociología comparte un interés elemental por producir efectos sociales lo más generales y duraderos posibles. De este modo, también correspondería evaluarla según su capacidad para alcanzar esta meta. Luego, si restringimos la observación al plano de los discursos, la sociología crítica feminista y la sociología crítica moderna parecen tener en común su principal pretensión existencial: la incidencia en la transformación estructural de la sociedad en una dirección igualitaria. La historia de la sociología mundial se podría sintetizar como la historia de una lucha humana incansable por intentar conocer, controlar y direccionar por medios racionales y metódicos los procesos de cambio social estructural. Junto a ello, la historia del feminismo, que ingresa en el núcleo identitario de la sociología crítica feminista, podría simplificarse como la historia de las luchas de las mujeres por desatar a partir de múltiples medios un proceso de cambio social estructural orientado a desestabilizar y destruir la estructuras sociales de dominación masculina, y de ese modo poder propiciar la igualación de género en las diferentes sociedades territoriales<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Junto a ello, no hay que perder de vista que a lo largo de la llamada “historia moderna”, la política en cada localización mundial logró desarrollarse en buena medida sin recurrir a las ciencias sociales. Es de saber común que la política real no necesariamente depende de la ciencia social. Pero no sucede lo mismo a la inversa. La ciencia social moderna, en todo su abanico ideológico, depende de la política para su existencia y su recreación. Tal dependencia es profunda y adquiere una doble dimensión: una dependencia material, en tanto es la política estatal la que posibilita la existencia del campo; y una dependencia intelectual, en tanto la política es su objeto teórico central. Esa doble dependencia fue actualizando la idea de que la realización de la mejor política, particularmente la mejor política estatal, depende de la integración de una base científico-social. En cierto modo este supuesto se ha corroborado. La mayoría de

Con todo, un aspecto clave de la cuestión es que el derrotero de cada uno de estos proyectos sociológicos en la actualidad, así como de sus respectivos horizontes de expectativas, es tremendamente dispar. Si los movimientos feministas, académicos y extraacadémicos, constituyen una colectividad mundial en expansión, intrépida, organizada, autoreforzada, la sociología crítica moderna se conforma como una sumatoria de individuos desorganizados, en situación de relativa resistencia y soledad, que coopera y compite entre sí en calidad de sujetos individuales portadores de premisas emancipatorias. La pretensión transformadora de la sociología crítica moderna se realiza como impulso intelectual al interior de un subuniverso crecientemente autonomizado respecto de la política general, mientras que las sociologías críticas feministas se producen en el marco del despliegue de una política general en expansión. Desde hace años no hay política de género inocente, desconectada de la propia acción política. Esto ayuda a explicar la expansión del movimiento en las sociedades occidentales. Por otra parte, desde hace tiempo, en la sociología crítica moderna no se recrea una política general que no sea fatalmente idealista, lo cual es producto de su desconexión material de las luchas de poder político. Si la sociología crítica moderna conforma núcleos académicos, las ciencias sociales feministas se desenvuelven como parte de un movimiento social mundial en el cual lo académico y lo extraacadémico se refuerzan entre sí. Si la sociología crítica moderna se identifica con un proyecto intelectual alternativo, al cual le adjudica un máximo de politicidad, las intelectuales feministas se identifican en primera instancia con un movimiento político de mayorías, al cual le adjudican un máximo de inteligibilidad social. Si el feminismo académico es una caja de herramientas y un dispositivo de poder para la liberación y la igualdad concreta del conjunto de las mujeres en las sociedades contemporáneas, la sociología crítica moderna apenas llega a ser en la actualidad una

---

las experiencias políticas virtuosas del siglo XX fueron aquellas que lograron interiorizar un máximo de racionalidad científica y sociológica.

caja de herramientas y un dispositivo de poder para la toma de conciencia académica y para el alimento cultural de algunos núcleos minoritarios de los estratos medios urbanos. Allá lejos quedó para la sociología progresista el propósito originario del desarrollo material igualitario de las sociedades. Para poder cumplir con dicha meta necesitaría comenzar por asumir otro principio de politicidad. Si el feminismo se compromete orgánicamente con los movimientos de mujeres en la situación en la que se encuentran, la sociología crítica moderna tiende a desilusionarse y a distanciarse de los actores sociales concretos, incluso de aquellos que les resultan menos antipáticos. Si el feminismo académico, en su mayoría, pone el cuerpo en las luchas políticas, no sucede lo mismo con la gran mayoría de la sociología crítica moderna. Finalmente, si la sociología crítica feminista se siente orgullosa de sus conquistas colectivas, lo cual propicia la multiplicación de su autoestima y de su poder colectivo, la sociología crítica moderna, a lo largo y ancho del mundo, por el momento no encuentra el modo de expandir su proyecto intelectual.

En cualquier caso, la crisis mundial del Covid-19 nos pone frente a la oportunidad de avanzar en la creación de nuevas teorías de la sociedad mundial para el conjunto de las sociologías. Las nuevas visiones mundialistas permitirían hacer frente en mejores términos, desde cada localización histórica, a la creciente mundialización de las desigualdades sociales, de género y económicas. En el caso de las perspectivas críticas feministas, resulta bastante claro cómo una mayor mundialización de sus visiones puede potenciar sus programas de transformación social estructural. Se trataría de un proceso de ajuste intelectual respecto del despliegue material del movimiento político, que es esencialmente mundial. Con la sociología crítica moderna la cuestión es más complicada. Una mayor mundialización de sus perspectivas no necesariamente conduce, como sugiere Stephan Lessenich, al desarrollo de una ciencia socialmente comprometida. Menos aún a una sociología potencialmente transformadora. Resulta imprescindible problematizar algo más la noción de compromiso político de la sociología crítica moderna para entender por qué

desde hace décadas no está produciendo efectos políticos extraacadémicos. Antes que llevar a fondo una “política de la verdad” (Lesse-nich) y una tarea de visibilización social de la exclusión (Dörre) como fin en sí mismo, creemos necesario poner tales prácticas al servicio de una política general del cambio social. El desarrollo de una sociología crítica moderna, comprometida políticamente, demanda algún tipo de conexión novedosa con la política de los movimientos y de los partidos nacionales. Se trata de salir de un espacio académico de confort, del mismo modo que lo hicieron las corrientes sociológicas hasta la década del 70 –al menos en América Latina– y que lo hace actualmente el conjunto del pensamiento crítico feminista. La aproximación a la política nacional exige la integración de un principio de realidad que se constituye en el mejor antídoto contra el protoradicalismo de una crítica como fin en sí mismo y contra un utopismo maximalista que no puede explicar cómo se podría hacer en concreto para transitar hacia una sociedad mejor para todas/os. A su vez, esta transformación política de la sociología crítica moderna es una condición necesaria para poder entrar en un diálogo potente y constructivo con el feminismo.

Da la impresión que la crisis mundial del Covid-19 ha terminado de poner el mundo en un mismo barco y dependerá de nosotras/os, de nuestra capacidad de construcción intelectual, científica y política común, la posibilidad de poner en marcha iniciativas colectivas con la suficiente potencia como para poder precipitar un cambio estructural que permita torcer el rumbo actual de nuestras sociedades en este tiempo histórico desconcertante.



# La conexión latinoamericana

## Pasado, presente y futuro de la sociología en Córdoba<sup>1</sup>

Respetando el título de la Conferencia, atendiendo a la composición del panel y a las intervenciones previas, todo indicaría que me correspondería a mí aportar algunas reflexiones sobre la sociología cordobesa. Como sucede con todo objeto en las ciencias sociales, para poder reflexionar sobre lo que llamaremos la sociología cordobesa se hace necesario inscribirla en un tiempo y en un espacio, esto es, en un arreglo espacio-temporal singular. Por lo tanto, para poder desarrollar mi intervención sin extraviarme metodológicamente les propondré reflexionar sobre el espacio y el tiempo de la sociología de Córdoba.

La necesaria atención a la dimensión espacial de la sociología de Córdoba, exige reflexionar *desde* Córdoba sobre la relación entre la sociología local, la sociología en América Latina y la sociología global. Ahora bien, ¿por qué diríamos que es una exigencia? Pues porque el espacio, antes que una realidad física, es una relación social. Al asumir que el espacio es una relación social, que incluye y trasciende

<sup>1</sup> Conferencia inaugural de las *I Jornadas Latinoamericanas de Sociología: la teoría social hoy en América Latina*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba, Ciudad de Córdoba, Argentina, 22-24 de junio, 2017. El título original de la conferencia fue: “La sociología en América Latina y en Córdoba: pasado, presente y futuro”.

una demarcación física específica, local, caemos en la cuenta que aquello que llamamos el espacio de la sociología cordobesa *no se agota* en el espacio físico de las universidades cordobesas. Al descubrir que el espacio es una relación social, descubrimiento que hace la sociología, la pregunta más preciada, la pregunta completamente central para nosotros, es cómo se ha constituido y cómo se constituye el espacio de la sociología cordobesa. Tal pregunta nos permitiría pensar, a su vez, en cómo se podría constituir a futuro. Y la respuesta que tengo para darles es que el espacio de la sociología de Córdoba se ha constituido históricamente en una doble dependencia: dependencia respecto de Europa y dependencia respecto de América Latina. Lo que prácticamente no ha sido la sociología cordobesa es dependiente de Buenos Aires, pese a que una fracción de nuestros sociólogos más destacados decidieron, por uno u otro motivo, continuar sus carreras en tierras porteñas.

A lo largo del siglo XX, hasta la década del 50, la sociología de Córdoba, con todo su vigor y su ímpetu creativo, dependía casi exclusivamente de las ideas provenientes de Francia y de Alemania (Comte y Durkheim los autores franceses de referencia, y Weber, Simmel y en menor medida Marx y Mannheim los autores alemanes). Luego, a partir de los 50, ese campo, ese espacio de la sociología de Córdoba, cambió sensiblemente. ¿Cómo cambio? Pues haciéndose algo menos dependiente de Europa, al mismo tiempo que creando nuevas e inesperadas dependencias en relación con América Latina. La particularidad es que la nueva dependencia respecto de nuestro continente fue una sujeción al interior de un espacio considerado como propio, en relación a grandes problemas considerados como propios, y en relación a un proyecto de autonomía regional, no solo sociológico sino también económico y político. Este proyecto autonómico tuvo su epicentro en Chile, entre la década del 50 y principios de los 70 (momento en el que se crearon CLACSO, FLACSO, el ILPES y la CEPAL), y se desarticula y prácticamente se desploma a partir de la caída de Salvador Allende en el 73. Es precisamente a partir de esta experiencia chilena cuando nace América Latina como objeto



teórico autónomo y generalizado para la sociología. Esta experiencia de innovación teórica y creatividad colectiva fue lo suficientemente potente como para contagiar al conjunto de las ciencias sociales de la región. Ahora bien, decimos que el espacio de la sociología cordobesa estableció una relación de dependencia respecto de América Latina porque el nodo central de este espacio no se encontraba en Córdoba. A partir de esta nueva proyección espacial latinoamericana, los autores europeos anteriormente mencionados, lista a la que correspondería sumar a Antonio Gramsci, fueron procesados teóricamente por los autores cordobeses en diálogo con autores del país, como Gino Germani, Sergio Bagú y Juan Carlos Portantiero, y en diálogo con autores de otros países de América Latina. Entre los sociólogos latinoamericanos no argentinos de este nuevo espacio, autores de primerísimo nivel, hay que destacar a los brasileños Florestán Fernandes, Celso Furtado y Fernando Henrique Cardoso, al chileno Enzo Faletto, al exiliado alemán radicado en Chile Norbert Lechner, al colombiano Orlando Fals Borda, al peruano Aníbal Quijano, a nuestro amigo guatemalteco Edelberto Torres-Rivas, y la lista se podría extender algo más.

Ahora bien, a partir de este nuevo entramado de relaciones regionales con intereses comunes, la apropiación de la teoría sociológica europea se efectuó de un modo muy particular, inédito en la historia de Córdoba. Esta apropiación se realizó tomando centralmente en consideración, como objeto, los “grandes problemas sociales” de nuestra región. La inédita acumulación de energías intelectuales regionales en este período –con ímpetus autonómicos y ansias de liberación nacional y continental–, acompañando un momento de expansión de los proyectos políticos autonómicos de la región, fue lo que permitió por primera vez en la historia de América Latina y de Córdoba construir un gran objeto de investigación común sobre el principal problema estructural compartido por todos los países del continente. Me refiero al *problema de la dependencia* respecto a los países centrales. En nuestra región, este problema solo se pudo plantear seriamente, de una forma científica, cuando se logró acumular

las fuerzas y las experiencias suficientes para construir un frente común de estas características. En un sentido similar, trazando un paralelismo que llega hasta nuestros días, América Latina recién pudo construir organismos políticos regionales con pretensiones autónomas, por ejemplo la UNASUR, cuando pudo juntar las fuerzas, las capacidades y voluntades integracionistas para ello. En cualquier caso, para estos autores, hacerse cargo del problema de la dependencia implicó hacerse cargo, principalmente, del problema del subdesarrollo económico, de la falta de autonomía política de los países de la región y de la dependencia respecto a la cultura y a las ideas sociológicas del Norte Global. El supuesto común y compartido que orientó las investigaciones de este espacio de pensamiento es que sin la superación de las dependencias mencionadas y sin un proceso autónomo de industrialización, no habría futuro promisorio para América Latina. De este proyecto sociológico formaron parte, con sus particularidades, cuatro de los seis grandes sociólogos de la historia de Córdoba. Yendo de adelante hacia atrás, me estoy refiriendo a Francisco Delich (1937-2016), a José María Aricó (1931-1991), a Juan Carlos Agulla (1928-2003), y más atrás en el tiempo, de un modo más desdibujado e indirecto, a Alfredo Poviña (1904-1986).<sup>2</sup> De estos cuatro cordobeses ilustres, poco y nada leídos en su propia tierra, tres tuvieron un gran maestro y un gran referente en común. A este gran maestro aquellos le deben buena parte de sus visiones y preocupaciones universalistas, de sus compromisos con la ciencia y con el descubrimiento del secreto de las sociedades, así como de sus trayectorias intelectuales

<sup>2</sup> Aquí faltarían mencionar dos grandes nombres: Raúl Orgaz y Biale Massé. Raúl Orgaz posiblemente sea el sociólogo más creativo y potente de la historia de Córdoba. Se trata de un autor de principios del siglo XX. Orgaz supo decir que “el hábito colectivo de pensar, y de pensar con alguna originalidad, no es cosa que los pueblos improvisan” (Orgaz, 1921). Si Delich, Agulla y Poviña fueron lectores de Medina Echavarría, Medina Echavarría fue lector de Orgaz. En otro momento hablaremos de Orgaz. El otro sociólogo cordobés de alto vuelo que merece nombrarse, el primero de todos ellos, es Juan Biale Massé. Su informe “El estado de las Clases Obreras Argentinas”, publicado en 1904, puede considerarse la primera gran obra de sociología cordobesa (Biale Massé, 1904).

comprometidas políticamente (o quizás éticamente). Este gran maestro fue José Medina Echavarría, un clásico a la altura de los más grandes. Quizás muchos de ustedes se estén sorprendiendo, ya que es un nombre que muy posiblemente lo están escuchando por primera vez. Así de profundos son los olvidos propios cuando alguien más poderoso los promueve, y así de amnésico es el presente colectivo cuando lo deshistorizado, la deshistorización, es parte del proyecto de aquellas personas y grupos que orientan intelectualmente nuestras vidas. Por eso resulta tan importante el ejercicio activo de la memoria y la vigilancia de los relatos históricos dominantes en todos los frentes, también en la sociología. José Medina Echavarría, este exiliado español de la Segunda República, conocido por sus amigos como Don José, fue el *vector de irradiación central* de lo que sería el espacio de la sociología de Córdoba en su momento de mayor efervescencia y creatividad, que fue precisamente su momento de integración regional. Me atrevería a afirmar que la sociología de Córdoba no se puede entender y posiblemente no se pueda proyectar a futuro con potencia teórica e identitaria sin atender a la obra de José Medina Echavarría.

En cualquier caso, aquel espacio histórico en crecimiento, nunca tan profundo en sus análisis y nunca tan autónomo respecto a las ideas europeas, se destruyó con el golpe militar de 1976 y con la posterior diáspora de nuestros sociólogos. Si el golpe a Salvador Allende de 1973 prácticamente destruyó el proyecto autonómico de la sociología regional en su epicentro, el golpe de 1976 aniquiló tal proyecto en Córdoba, terminando con todo lo que tenía de potencia autónoma y regional la sociología local. Lo que vino después de la recuperación de la democracia en 1983 fue un lento proceso de reconstrucción de nuestra sociología, pero partiendo desde muy abajo, con avances y retrocesos. Pero esta recuperación se hizo en términos generales sin su motor principal: su identificación teórica con la cuestión nacional y en especial con América Latina. Entiendo que esta historia contemporánea, que es una historia fraguada en la derrota, una historia de los/as perdedores/as, es la historia de la que formamos parte muchos

de los/as docentes de esta casa y de otras Facultades de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Y esta historia contemporánea, que luego se fue entramando en el proyecto cultural del neoliberalismo académico y no académico, ya no contó en Córdoba con los referentes principales de la sociología cordobesa. Eran éstos últimos quienes atesoraban la experiencia latinoamericana y solo ellos hubieran estado en condiciones de restituir este poderoso imaginario regional. Si la dictadura militar profundizó en tiempo record la extranjerización y la dependencia económica de nuestro país respecto a los países centrales, igualmente profundizó la extranjerización y la dependencia de la sociología de Córdoba en relación con Europa, descomponiendo su activo central que fue su identificación latinoamericana. Esta identificación regional incluyó desde su primer día la pregunta por el devenir del continente y por el direccionamiento progresista de los procesos sociales nacionales y regionales. De esta manera poco feliz, retornamos a la democracia en Córdoba con una sociología descompuesta, dotada de un campo de visión y de una forma espacial muy restringida, no regional, en buena medida autista, integrada fatalmente a Europa en una relación en extremo desigual. Cuando digo en extremo desigual imagino una proporción de 10 a 1. Con el retorno a la democracia comenzamos a experimentar nuevamente la decepcionante función de ser meros consumidores y procesadores de ideas ajenas impuestas. Está claro que ningún francés lee obras de intelectuales cordobeses, menos se orienta por ellas. Esta realidad nos parece completamente normal. Pese a los avances de los últimos años, esta alarmante dependencia, esta dominación descomunal de los/as otros/as sobre nosotros/as, se reproduce de modo inquietante hasta nuestros días. Aquí cuando hablamos de dependencia de la sociología hablamos de dependencia en el plano de las ideas, y por tanto hablamos de una *dependencia teórica* de la sociología cordobesa.

En síntesis, y en cualquier caso, vemos que el espacio de la sociología cordobesa se constituye históricamente como un espacio dependiente y no dominante, y vemos también que tuvo su momento

más expansivo y más luminoso cuando logró conformar su *identidad latinoamericana*, identidad que aportó nuevos niveles de autoconciencia. A su vez, tal autoconciencia le permitió la expansión de sus horizontes de intelección general, esto es, ensanchar la visión de los procesos sociohistóricos que conformaban la propia realidad cordobesa. Eso además generó un crecimiento de sus ambiciones científicas y políticas, y asimismo habilitó la posibilidad de comenzar a soñar despiertos con la idea de constituir una comunidad de destino autónoma en el concierto de las naciones. Esta sociología cordobesa se hizo cargo de investigar a lo grande, o como dice Touraine, con hambre de Historia, intentando construir una sociología autónoma sobre los grandes problemas de la región, para a partir de allí y de ese modo poder prefigurar un destino común liberador y emancipatorio para nuestros países.

Es imprescindible atender a la historia para entender el presente y asomarnos al futuro. La historia nos indica que la sociología y las ciencias sociales de Córdoba no se hicieron fuertes cuando miraron exclusivamente a Europa, o cuando aceptaron investigar sobre Córdoba y sobre Argentina reproduciendo marcos teóricos europeos, sino cuando se apropiaron críticamente de las ideas de Europa para construir teorías propias, atentas a nuestra realidad regional. Este proyecto local de inspiración regional tuvo pretensiones soberanas: intentó construir teorías propias para poder explorar la realidad social de Córdoba, de Argentina y de América Latina, y desde tal punto de vista mirar a Europa y al mundo entero. Los grandes autores cordobeses, los grandes sociólogos locales, no se hicieron fuertes cuando leyeron a Weber, sino cuando leyeron a Weber en diálogo y a través de José Medina Echavarría, de Gino Germani y de Norbert Lechner. Los autores cordobeses no se hicieron grandes leyendo a Marx, sino leyendo a Marx en diálogo con Furtado, con Zavaleta Mercado, con Cardoso, con Prebisch, con Aricó. Pero aquí pasa algo trágico, que es un patrón común de los países dependientes: los/as europeos/as, pero sobre todos los/as intelectuales latinoamericanos/as europeizantes (porque europeizados/as estamos casi todos/as),

muy interesadamente, han logrado imponer un sentido común entre nosotros/as, cuyo resultado ha sido devastador. Nos han hecho creer que nuestros grandes autores (que como vimos son los que se han ocupado de nuestros grandes problemas y de nuestro futuro colectivo), son débiles teóricamente, que no tienen nada que enseñarnos. Es precisamente por eso que no leemos a los grandes sociólogos latinoamericanos, a los autores de esta gesta latinoamericana. Es por eso también, bajo el mismo fundamento, que no nos leemos entre nosotros/as. Y es en gran medida por la acumulación de prácticas inspiradas en tal desconocimiento que actualmente somos tan débiles, somos conformistas, estamos más domesticados que en otros tiempos, y seguimos reproduciendo y profundizando la larga y pesada cadena de la dependencia.

¿Por qué es importante pensar el espacio de la sociología de Córdoba? Porque entre otras cosas eso calibra las batallas que debemos librar. Si llegamos a la conclusión que el espacio de la sociología de Córdoba, contra toda razón sociológica, comienza y termina en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) o en la Universidad Nacional de Villa María, entonces batallaremos entre nosotros/as, debilitando nuestras propias instituciones locales, nuestro campo académico inmediato. Si en cambio construimos nuestros proyectos intelectuales levantando la mirada y observando cómo se ha constituido nuestro campo, y situamos nuestros desafíos en un mapa nacional, regional y global, entonces allí la cosa cambia. Si apostamos por apuntar más arriba, más lejos, si asumimos una responsabilidad histórica, surge como primera exigencia la necesidad hacer fuerte a la sociología de Córdoba, contra todas aquellas fuerzas que buscan imponernos formas de pensar que atentan contra nuestros proyectos comunitarios y de sociedad. Hacernos fuertes significa, entre otras cosas, externalizar los conflictos y asociarnos para crecer como localidad sociológica, promoviendo una identidad común.

Hasta aquí intenté hablar del espacio de la sociología de Córdoba, y ya vieron lo que ocurrió: se inmiscuyeron los procesos sociales, y por tanto la historia. Esto lleva a la simple conclusión de que es

imposible separar el espacio del tiempo, o el tiempo del espacio, a la hora de analizar un fenómeno social. Espacio y tiempo, tiempo y espacio. Ambos registros deben atenderse en simultáneo pese a que buena parte de la sociología contemporánea se ha ocupado de quitarse la historia de encima, dejarle *la historia como proceso a la historia como disciplina*, olvidándose del registro de los procesos sociales, de la temporalidad, del movimiento sociohistórico, y por tanto también de la pregunta por el futuro.

¿Y por qué es tan importante pensar el tiempo de la sociología de Córdoba? Porque nuevamente los desafíos que nos plantearemos como comunidad dependerán de la temporalidad que asumamos y que prioricemos. Si nos atenemos exclusivamente a un tiempo coyuntural, esto es, a un tiempo antisociológico, podemos ver nuestro espacio local, a partir de la creación de la Carrera de Sociología, como un momento de completa creación de lo nuevo. Así, podríamos convencernos de que la sociología comienza a existir a partir de ahora y con nosotros. Ahora bien, si adoptamos un tiempo estructural, que es el tiempo por excelencia de la sociología, y que es el tiempo privilegiado para explicar los procesos sociales, podemos observar, en línea con lo ya indicado, que el campo de la sociología de Córdoba no nace con esta flamante Carrera de Sociología. Ahora bien, también visto desde un tiempo estructural, la creación de la carrera de Sociología en la UNC se constituye en un punto de bifurcación y en un acto de trastocamiento y de recentramiento del campo de la sociología de la UNC. Hoy el centro de la sociología de la UNC se ha trasladado a la Carrera de Sociología, y será en relación con este nuevo polo de atracción que se construirán las nuevas trayectorias locales. Señalo que es un punto de bifurcación porque no habrá posibilidad de retorno al estadio institucional anterior. Es una estructuración prácticamente irreversible. El registro de un tiempo estructural nos permite observar también que se trata del momento de institucionalización más importante de la historia de la sociología en la Universidad Nacional de Córdoba. Ahora bien, el registro de una temporalidad estructural también nos permite observar algo que es completamente

central: el desacople existente entre su momento institucional más importante, el actual, y su momento teórico-intelectual más relevante, que como ya comenté ocurrió en el pasado y se proyectó hasta el golpe de Estado. De este modo, si bien el actual fortalecimiento institucional de la sociología sienta bases materiales para avanzar con los proyectos intelectuales que dan vida a nuestra nueva institución, su crecimiento integral dependerá centralmente de lo que seamos capaces de hacer como comunidad académica para superar la brecha entre estos dos momentos: el momento institucional y el momento teórico-intelectual. No tendremos una gran sociología en Córdoba por el solo hecho de tener una Carrera de Sociología bien administrada en una universidad importante y prestigiosa como la nuestra. La sociología no se decreta. En el mejor de los casos se construye lenta y trabajosamente, con diálogos comprometidos entre generaciones, registrando precisamente las características singulares de las formas de dependencia actuales de la sociología cordobesa. Creo que tendremos una sociología de la cual sentirnos orgullosos y que brille en toda América Latina si logramos poner en marcha una nueva dinámica en la cual esta nueva Carrera, poniendo en juego todos sus recursos, brinde las herramientas intelectuales para promover la recuperación de una identidad regional para la sociología. Ello exige en primera instancia la recuperación del legado de los grandes sociólogos cordobeses y latinoamericanos, que es una forma de recuperar los grandes proyectos intelectuales de nuestra rica tradición.

El futuro, como siempre, está puesto en ustedes, en los y las estudiantes. Fue la juventud a lo largo de la historia, una y otra vez, con su potencia vital y su espíritu de rebeldía, la que venció el escepticismo, tanto el escepticismo político como el científico. El desafío nuestro, como docentes, como investigadores/as formados/as y deformados/as, es estar a la altura de sus sueños y de sus ganas de cambiar el mundo. Para ello, según entiendo, tenemos que recuperar lo que yo llamo un proyecto intelectual para la sociología. Esto es, un modo de compromiso con los grandes problemas de nuestro espacio-y-tiempo.



Estas primeras Jornadas de Sociología las pensamos colectivamente para ustedes, con ese preciso objetivo: comenzar a transitar juntos este viaje desafiante hacia lo nuevo, hacia el porvenir, tratando de construir una comunidad de destino. Esperemos que al final de esta historia, de la historia de algunos/as de nosotros/as, nos encontremos con una sociología puesta al servicio de la comprensión del mundo y de la liberación intelectual y general de nuestro país y de América Latina. Creo no equivocarme cuando sospecho, en el umbral de la celebración de la Reforma Universitaria de 1918, que a esta naciente Facultad le ha llegado el momento de una nueva “conciencia sociológica”, de una nueva hora latinoamericana que agigante nuestra curiosidad e inflame nuestros corazones.

## **Bibliografía**

Orgaz, Raúl. (1921). Las ideas sociales argentinas. En: *Sociología Argentina*, Obras Completas II. Córdoba: Assandri (1950).

Bialet Masse, Juan. (1904). *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas. Vols. I y II*. La Plata: Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires (2010).



# **El imperativo de la creación teórica**

Viejas deudas, extravíos presentes  
y nuevos desafíos



# Creación zombi y creación autonomista<sup>1</sup>

## I

Es probable que la dependencia intelectual sea la pobreza más arraigada en América Latina desde las primeras experiencias de imposición colonial. La llamativa persistencia de esta sujeción a lo largo de los siglos, en tanto expresión dominante de la dinámica intelectual del continente, es una tragedia a la que cada generación tuvo que reaccionar con mayor o menor conciencia de su existencia, de su impacto social y de su densidad histórica. El modo en que el mundo académico fue procesando el flujo intelectual total en el continente desde principios del siglo XVI terminó por instituir a partir de la primera ola de independencias al menos tres tipos de prácticas teóricas.

Me refiero a las prácticas de imitación teórica, de crítica teórica y de creación teórica. Las prácticas de imitación teórica proliferaron en gran cantidad y fueron las reactivadoras centrales de los lazos de dependencia intelectual. Todos los grandes referentes de las ciencias sociales modernas de la región, desde Mariátegui hasta

<sup>1</sup> Fragmento de la introducción del libro Torres, Esteban (ed). (2020). *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO. Título original: "Introducción: Creación zombi y creación autonomista", pp. 9-22.

Prebisch, edificaron sus proyectos intelectuales en oposición a tal accionar. Para éstos las prácticas imitativas eran la manifestación más escandalosa de la capitulación científica y de la subordinación incondicional a las teorías producidas en los centros globales. Sin dudas lo que subyacía a esta denuncia era la constatación de la existencia de una correlación directa entre el incremento de las dependencias intelectuales y la profundización del conjunto de las dependencias estructurales en América Latina. La crítica teórica, por su parte, fue adoptando una doble forma. En su modalidad más vigorosa se supeditó a una práctica de creación teórica, mientras que en su expresión más débil y más generalizada se constituyó en una fuerza reactiva dotada de cierto poder de impugnación respecto a las visiones importadas, pero incapacitada para ofrecer una solución teórica superadora. Finalmente, como ejercicios de resistencia de un orden superior, se sitúan las prácticas de creación teórica. Para estas últimas, la crítica se pone al servicio de una potencia imaginativa orientada a la elaboración de nuevos dispositivos teóricos conectados con la investigación social.

A grandes rasgos, al observar el devenir histórico-intelectual de la región, podemos observar la conformación de dos tipos generales de creación teórica. A falta de una denominación mejor llamaré al primero “creación zombi” y al segundo “creación autonomista”. Desde la década del 80 del siglo pasado, la creación zombi se expandió por la región a una velocidad inédita, empujando a la práctica autonomista hacia una posición marginal. Este desplazamiento no sucedió en abstracto ni tampoco a partir de un movimiento de superación paradigmática, en los términos de Kuhn. Se produjo más bien como resultado del proceso de adaptación intelectual que se inicia con el retorno gradual de las democracias formales en América Latina, en un escenario continental trastocado por los retrocesos estructurales generados por las dictaduras militares. Me quiero detener en la diferenciación entre estas modalidades creativas dado que se trata de un registro clave para comprender la naturaleza de la apuesta colectiva

que hemos plasmado en la agenda de trabajo de nuestro grupo de trabajo en CLACSO<sup>2</sup>.

En tanto corriente creativa dominante en la actualidad en América Latina, las prácticas de creación zombi orientan sus impulsos intelectuales a partir de una serie de operaciones teóricas. Aquí seleccionaré cinco de ellas, por considerar que son las más extendidas. Una práctica de creación teórica deviene en una práctica zombi en tanto efectúa una o varias de las operaciones que mencionaré. La primera de ellas consiste en la definición de los problemas de investigación a partir de preferencias individuales y no de problemas públicos. La distinción entre ambos principios fue popularizada por Charles Wright Mills en los años 50 del siglo pasado. Para este último, los problemas públicos son aquellos que afectan a las mayorías sociales. Toda opción por una práctica creativa fundamentada en una preferencia privada se ve reforzada en la actualidad a partir del avance de las lógicas de hiperespecialización, de las dinámicas de clausura disciplinaria y de la tendencia a la creciente autarquía del campo académico en relación a las demás esferas de la sociedad, en particular respecto a la esfera política. La segunda operación se asocia al reconocimiento exclusivo de trayectorias y de teorías producidas en los centros globales. Se trata de un tipo de creatividad norcéntrica, en tanto tiende a desconocer los componentes identitario e instrumental contenidos en las trayectorias intelectuales y en las teorías sociales elaboradas en la región.

A partir de esta operación se suele excluir a América Latina como marco de referencia para el proceso de investigación social, lo cual a su vez conduce al desconocimiento de toda especificidad identitaria y estructural de la región. Esta lógica de creatividad refuerza la dirección que adquiere el devenir intelectual y social del continente a partir de la década del 80. Desde entonces el pensamiento social en

<sup>2</sup> Aquí me refiero al Grupo de Trabajo de CLACSO "Teoría social y realidad latinoamericana", bajo mi coordinación desde 2016, acompañado primero por Edelberto Torres-Rivas (2016-2018) y luego, a partir de 2019, por José Mauricio Domingues.

América Latina vuelve a reproducirse mayoritariamente a partir de una tradición deshistorizante. En términos más específicos, las formas de creatividad norcéntrica se ven reforzadas por el funcionamiento dependiente de la academia regional en el sistema científico global, y en menor medida a partir de una ideología rupturista impuesta desde arriba, inspirada en la experiencia libertaria del Mayo Francés. De este modo, las rupturas teóricas zombis, contraviniendo el espíritu que publicitan, terminan actualizando los lazos de dependencia intelectual. Esta operación europeizante alimenta la descomposición de los procesos de toma de conciencia histórica<sup>3</sup>.

La tercera operación teórica establece una lógica de exclusión en dirección opuesta a la anterior. Se trata de la negación de la producción teórica de los centros, en particular de la teoría social europea, por considerarla un dispositivo de poder colonialista que bloquea el acceso cognoscitivo a la realidad social regional. La negación de la teoría céntrica a partir de la exaltación de las apuestas efectuadas desde América Latina conlleva una negación de las propias reglas de producción acuñadas por los grandes teóricos sociales latinoamericanos. Dicha operación alimenta una disposición defensiva, autárquica e insegura de sí misma, que conduce a la fosilización del pensamiento social regional. El provincialismo que afecta a esta práctica a menudo se ve reforzado por prejuicios ideológicos, en particular de aquellas fracciones de la izquierda proclives al dogmatismo.

La última operación de creatividad zombi remite en mayor medida que las anteriores a condiciones de producción que trascienden las voluntades individuales. Me refiero a las prácticas de creación teórica autorreferenciales. Se trata de experiencias de producción desconectadas de toda pertenencia colectiva dadora de identidad, como podría ser la pertenencia a una región, un país, un movimiento

<sup>3</sup> El desprecio a la producción teórica regional por parte de las disposiciones europeizantes en América Latina se traslada igualmente al presente. Ello se puede constatar en los contratos intelectuales que los portadores de estas prácticas establecen con los propios pares latinoamericanos, incluso al interior de una misma red de trabajo.



sociopolítico, una clase social o una comunidad intelectual. Esta inclinación al encapsulamiento individual impide la socialización de los impulsos creativos y de ese modo desactiva la posibilidad de conformar una corriente intelectual. La idea del investigador como mónada creativa se potencia a partir de los patrones dominantes de capitalización académica, cada vez más individualizantes. Esta orientación de las conductas a partir de la ficción del poder del individuo creador no ha hecho más que reforzar la impotencia y la alienación de los investigadores sociales, incluso de aquellos que pertenecen a los estratos de élite. La impotencia crece en la medida en que se percibe cada vez más lejana la posibilidad de generar efectos sociales a partir de los resultados de las investigaciones.

De modo concomitante, se profundiza la alienación en la medida en que los individuos no logran sortear las restricciones que encierran las promesas de éxito contenidas en las reglas de competencia individual que dominan el campo de la investigación. Es fácil constatar que las reglas institucionalizadas que siguen los investigadores sociales para garantizar su ascenso individual en la pirámide académica son las mismas que erosionan dramáticamente su poder de influencia social. La ilusión de la consagración colectiva de la mónada creadora es doblemente fantasiosa en América Latina, dado que los individuos compiten en un campo que se encuentra estructuralmente supeditado al sistema mundial de las ciencias sociales, dominado por las élites académicas de los centros globales.

## II

El grupo de CLACSO *Teoría social y realidad latinoamericana* se crea con el ambicioso propósito de renovar un proyecto intelectual de base moderna para intentar definir a partir de múltiples trayectorias de investigación una nueva agenda colectiva para la producción teórica autonomista. El espacio se instituye, por lo tanto, con la expectativa de poder modificar en algún punto el estado de debilidad teórica

que padecen las ciencias sociales del continente.<sup>4</sup> El presente libro es un producto emergente de dicha aspiración común.<sup>5</sup> Las prácticas de creación autonomista contenidas en la publicación se estructuran a partir de un conjunto de parámetros que tienden a contrarrestar cada una de las cinco operaciones de creación zombi expuestas en el apartado anterior. De este modo, en primer lugar, es constatable que las producciones teóricas del libro se orientan a partir de problemas públicos regionales y no a partir de preferencias privadas. En segundo lugar, a diferencia de la segunda y la tercera operación zombi, los trabajos suscriben en su mayoría a un principio mundialista, atento a la articulación de registros globales, regionales y nacionales. Ello implica, para cada texto, el despliegue de un doble movimiento de reconocimiento y de ruptura: reconocimiento y ruptura respecto a determinadas corrientes y teorías producidas en los centros globales, y junto a ello reconocimiento y ruptura respecto a ciertas corrientes y perspectivas arraigadas en América Latina y en cada uno de sus contextos nacionales. Para la mayoría de los autores del libro estas últimas proveen el *humus identitario* a partir del cual se decide crear un mundo propio para dar continuidad histórica a determinados compromisos intelectuales. El primer bloque del libro, “América Latina como objeto”, da cuenta de este compromiso sociológico con el porvenir regional en el sistema mundial. Junto a ello, en varios de los trabajos se detecta la aceptación tácita de al menos tres registros de diferenciación, propios de las prácticas teóricas autonomistas.

El primero tiende a distinguir entre lo europeo, lo europeizado y lo europeizante. Aquí lo europeo se puede entender como un polo existente y parcialmente legitimado de producción científica, lo europeizado como un efecto ya consumado sobre determinadas corrientes y actores en América Latina, y finalmente el componente

<sup>4</sup> Tal como señalé al inicio de este apartado, el deterioro teórico del campo regional se asocia desde principios de la década del 80 del siglo pasado a la proliferación conjunta de las prácticas de imitación teórica, de crítica teórica y de creación zombi.

<sup>5</sup> Me refiero al libro Torres, Esteban (ed). (2020). *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.

europizante se presenta como una disposición intelectual en proceso de realización. En términos simplificados, las prácticas autonomistas tienden al reconocimiento científico de los dos primeros y a la disputa con la disposición europizante en tanto su avance opera en detrimento de la disposición autonomista.

El segundo registro demanda la diferenciación entre las nociones de autonomía y de autarquía. Mientras que la primera se concibe como una experiencia y una aspiración genuina de localización mundial soberana, la segunda se impugna por tratarse de una práctica de autoclausura y de negación defensiva.

La tercera diferenciación que de un modo u otro se puede reconocer en la mayoría de los textos, es la que se establece entre la dependencia y el legado intelectual. Los trabajos del libro se autoafirman contra toda dependencia intelectual, a la vez que se autoreconocen como portadores de determinados legados. Desde esta distinción la dependencia es una expresión de la historia como dominación, mientras que el legado es una manifestación de la historia como posibilidad de autonomía. El valor central del legado es su potencial de adjudicación identitaria, siendo la identidad el núcleo fundante del proyecto intelectual. De este modo, en relación con las coordenadas expuestas, la totalidad de los textos se aleja de la ideología rupturista que acompaña a las prácticas de creación zombi desde principios de la década del 80 del siglo pasado. Ello se evidencia a partir de la búsqueda por integrar un principio de historización. La conexión de la mayoría de los textos con una historia intelectual y con un repositorio teórico determina en la práctica la impugnación de toda fantasía de creación sociológica *ex nihilo*. Los esfuerzos creativos se llevan a cabo a partir de activar un proceso de recombinación original de trayectorias y de ideas preexistentes.

Finalmente, el compromiso de los autores con el libro y del libro con la historia termina de concretarse en el último apartado del texto, que lleva precisamente por título "Un legado". En contraposición a la opción monádica de la práctica zombi, el presente libro es portador de un proyecto incipiente de construcción colectiva,

comprometido con el desarrollo de una ciencia social atenta a los grandes problemas de América Latina. Así como la búsqueda de autonomía de los países latinoamericanos demanda la construcción de un bloque de poder regional, la pretensión de autonomía del conocimiento social regional exige la constitución de un bloque teórico regional que permita hacer frente a las asimetrías de poder persistentes en el campo mundial de las ciencias sociales. La construcción de una colectividad teórica autonomista es la única vía disponible en la actualidad para intentar reducir las desigualdades de producción teórica constatables entre los centros y las periferias globales. Dicho en otros términos: la exigencia de colectivización de las ciencias sociales en América Latina es superior a la manifestada en el centro, dada la condición dependiente de la primera. Si en la academia europea cada tanto logran brillar individuos a título propio, aquí solo han logrado hacerlo aquellos intelectuales que fueron referentes de proyectos colectivos, de grupos con agendas mundialistas o de instituciones regionales relevantes. Ahora bien, contra todo intelectualismo, las posibilidades de desarrollo de cualquier programa de experimentación teórico-científica en las ciencias sociales de la región dependen en buena medida de la conquista de un conjunto de cambios institucionales, sociales y culturales.

# El declive del enfoque narrativo en la sociología histórica

Hacia la restauración de un proyecto intelectual<sup>1</sup>

## 1. El “giro narrativo” en la sociología histórica y el movimiento de lo económico

El ascenso sostenido de la corriente narrativa en la sociología histórica estadounidense a lo largo de tres décadas, y su reciente descenso paulatino, constituye un fenómeno privilegiado para analizar el devenir de las ciencias sociales en nuestro continente y para dimensionar los nuevos desafíos que se abren a futuro para la investigación sociológica. La diversidad que compone el movimiento teórico general de las ciencias sociales contemporáneas en el continente americano (Norte, Centro y Sur), se puede reducir a dos momentos consecutivos: el primero se instala desde fines de la década del 70 y tiene que ver con el declive general de la cuestión económica. El segundo momento que destaca es el de la relativa recomposición de lo económico, precipitado a partir de la crisis económica mundial de 2008, que se proyecta

<sup>1</sup> Publicado en: *Sociológica*, Universidad Autónoma Metropolitana, México. D.F. Año 33, Núm. 93, Enero-abril de 2018, pp. 9-52. Los contenidos de esta versión están levemente retocados en relación al artículo publicado.

a partir de entonces de un modo incierto y con una fuerza difícil de dimensionar. De este modo, el primer movimiento mencionado se extiende a lo largo de aproximadamente treinta años, desde fines de los setenta hasta 2008. El declive general de la cuestión económica en las ciencias sociales regionales se asoció principalmente, y de modo directo, a cuatro aspectos relacionados entre sí que se resienten conjuntamente: el procesamiento reduccionista y generalizado de la llamada “crisis del marxismo”; el declive de la construcción de la teoría sociológica; la casi extinción de la agenda de investigación macrosociológica y, finalmente, el abandono de la reflexión en torno al problema de la temporalidad como un todo y en particular del tiempo-futuro (Torres, 2017). Es en este contexto, coincidente con el despliegue del “ciclo neoliberal” –en los términos de Hobsbawm–, que se inaugura y desarrolla el llamado “giro narrativo” de la sociología histórica. Este movimiento emerge como una manifestación intelectual con pretensiones rupturistas y refundacionales en relación con el pensamiento social moderno. Paradójicamente, tal proyecto refundacional antimoderno se lleva adelante a partir de la proclamación de un “giro histórico” de la sociología, en principio destinado a “tomarse más en serio la cuestión de la temporalidad” (Somers, 1990: 1-5; Griffin, 1995: 1245). Para Andrew Abbott, Larry Griffin, William Sewell y Margaret Somers, los referentes de esta corriente, las narraciones serán la nueva clave subversiva para entender los procesos sociales contemporáneos. En este punto propongo que nos detengamos en la caracterización general de la corriente narrativa en la sociología histórica estadounidense (en adelante CN), así como en el modo en que comienza a entrar en crisis a partir de la reinstalación académica del problema de lo económico en la primera década de este nuevo siglo, producto del creciente malestar intelectual generado por la agudización de los problemas sociales asociados con el avance de la globalización capitalista neoliberal.

El llamado “giro narrativo” ha sido objeto de muchas discusiones en el campo de la historia, la sociología y otras ciencias sociales (Burke, 1992: 163; Gotham y Staples, 1996: 486). Si bien la noción de lo narrativo es equívoca, polisémica y se hace difícil estandarizar su definición

(Gotham y Staples, 1996: 486; Polkinghorne, 1988: 13; Bernasconi Ramírez, 2011: 18), podríamos decir que el campo de estudios narrativos tiene como interés común el examen de las historias de vida o los relatos que las personas, grupos o instituciones construyen sobre sus experiencias. Entiendo que al menos tres elementos serían necesarios para componer un relato en su forma más básica: una situación de inicio, una acción o evento, y una consecuencia. La narración cronológica es el recurso más usual para la asociación de eventos. Siguiendo a Ricoeur, una narrativa puede definirse como la secuencia temporal de eventos (Ricoeur, 1984).

La corriente narrativa se convirtió en un fenómeno académico importante en la medida en que fue penetrando y ganando popularidad en la sociología histórica (Stanley y Temple, 2008: 275; Hyvärinen, 2016: 44). A su vez, el “giro narrativo” en las ciencias sociales a principios de la década del 80 fue precedido por el “giro narrativo” en los estudios literarios durante los 60 (Hyvärinen, 2010: 72-73; Ryan, 2005: 344). Tal antecedente intelectual-histórico se desvanece en la medida en que se institucionaliza esta corriente al interior de las ciencias sociales, evidenciando el funcionamiento autonomizado y deshistorizado de la CN. En cualquier caso, las influencias principales que recibe la corriente narrativa en la sociología provienen del relativismo en la filosofía de las ciencias, del giro lingüístico en la filosofía, del postindustrialismo en las ciencias sociales, así como del postestructuralismo. Las visiones narrativas han sido significativamente afectadas por las críticas de Jean Francois Lyotard a las grandes narrativas de la ciencia, así como por las obras de Foucault, Derrida, Ricoeur, Heidegger y Merleau Ponty<sup>2</sup> (Hyvärinen, 2010: 75; Bernasconi Ramírez, 2011: 16). En cualquier caso, la transformación fundamental que propone la CN es el completo trastocamiento de los intereses y las preguntas de investigación de la sociología. De este modo, la CN nos invita a transitar de los grandes relatos de la modernidad a los pequeños relatos de la posmodernidad;

<sup>2</sup> Para una historia concisa del desarrollo de la investigación narrativa, véase Czarniawska (2004).

de la pregunta por el cambio de las sociedades a la pregunta por la trayectoria de ciertos actores; de la intención de explicar el devenir de las sociedades y de prefigurar el destino histórico general a la intención de interpretar historias de vida. Lo sorprendente es que tal empréstito minimalista se llevó adelante, tal como señalé, en nombre de un “giro histórico” de la sociología. El anunciado “giro narrativo” se podría entender como una manifestación culturalista y subjetivista específica que reacciona tanto a la teoría social como a la política moderna.

## **2. El enfoque narrativo: lo antiteórico, lo político-personal y lo hiperespecializado**

Es posible identificar por lo menos tres rasgos comunes y fundamentales que comparten los diversos autores que han promocionado y adoptado un enfoque narrativo en la sociología histórica. Tal basamento común está presente desde el inicio del “giro narrativo” en la década del 80 y se fue consolidando durante los 90. Las características centrales en cuestión son: a) una posición antiteórica; b) la reducción de lo político a lo político-personal; y, finalmente, en un plano institucional-académico, c) la autonomización y deshistorización del campo de los estudios narrativos.

### **2.1. Lo antiteórico**

En cuanto a este primer aspecto, es constatable que las perspectivas narrativas rechazaron en bloque el sentido y la función de la teoría sociológica de base moderna. A tal fin apuntaron contra sus dos expresiones contemporáneas más potentes: el marxismo y la perspectiva parsoniana. Las críticas vertidas por la CN en su mayoría proyectaron una forma prejuiciosa y caricaturesca de ambas tradiciones teóricas, sin ofrecer argumentos suficientes para tal rechazo. Los autores narrativos reconocieron que su visión se expandía en la medida en “que la sociología histórica se estaba alejando crecientemente



de la gran teorización y los modos de explicación totalizantes” (Maines, 1993: 17-32; Gotham y Staples, 1996: 481). En una dirección similar, Wiley sostuvo a mediados de los ochenta que la declinación de la hegemonía del funcionalismo y el fracaso del marxismo dejaron a la sociología en un “interregno teórico”, del cual emerge el narrativismo (Wiley, 1986). Para la CN, el fracaso del marxismo tuvo principalmente que ver con dos elementos: con la naturaleza determinista de esa teoría y con su carácter abstracto y metahistórico o antihistórico (Gotham y Staples, 1996; Sewell, 1990; Adams, Clemens y Shola Orloff, 2003; Hooks, 1993; Prechel, 1991).<sup>3</sup> Desde la crítica narrativa se asoció al marxismo con una serie de recursos y de atributos teóricos, como podrían ser la promoción de “leyes de hierro”, “generalizaciones radicales”, “teorías omnitemporales y legaliformes”, “explicaciones totalizantes y unívocas”, etcétera. El argumento de superación del marxismo que provee la CN se puede sintetizar sin inconvenientes a partir de la siguiente idea: la realidad social sería más contingente, compleja, históricamente variable y multicausal de lo que aquella tradición supone.

Ahora bien, bajo el pretexto de liberación de los totalitarismos marxista y parsoniano, la CN arrojó por la borda toda empresa teórica, y más en concreto toda teoría de base moderna.<sup>4</sup> Los argumentos antiteóricos más sofisticados que provee la CN se concentran en dos puntos: a) el reconocimiento de que la narrativa implica y contempla necesariamente la complejidad del mundo y que ello es inherentemente no formalizable (Abbott, 2001: 185). Esta primera afirmación supone que la teoría social sistemática sería una simplificación de la realidad y, por tanto, proveería una visión incompleta; y b) el

<sup>3</sup> Las críticas en la sociología histórica estadounidense al supuesto determinismo y al principio holístico marxista (y en menor medida parsoniano) no provinieron exclusivamente de las corrientes narrativas. Se trató de una posición teórica increíblemente generalizada, hasta conformar un “clima de época” (Abrams, 1982: 106-148, 162-163; Bendix, 1984; Ragin y Zaret, 1983; Ragin, 1987; Skocpol, 1986: 31; Stinchcombe, 1978: 21-22, 81; Tilly, 1981: 95-109; Tilly, 1984, 1980 y 1999).

<sup>4</sup> Para un análisis de la posición antiteórica de la CN desde la defensa de las teorías de la elección racional, véase Kiser y Hechter (1991 y 1998).

reconocimiento de que la teoría estructura la indagación histórica de tal modo que el “punto final” de la investigación se fija antes que la realización de la propia investigación, lo cual implica que las respuestas se conocen antes que las preguntas sean planteadas (Quadagno y Knapp, 1992: 504).

No es necesario ahondar demasiado en la posición antiteórica de la CN para registrar que son portadoras de dos grandes obstáculos epistemológicos que desdibujan su apuesta intelectual. El primero es verdaderamente llamativo. Los autores narrativos promocionan una posición abiertamente antiteórica en nombre de una nueva teoría, esto es, de una “teoría narrativa”. A modo de ejemplo, Quadagno y Knapp (1992: 482) indican que adoptan una noción de teoría distinta y sugieren que los sociólogos históricos necesitan comenzar solo con algunas “nociones teóricas iniciales”, y que la teoría no debe proveer a los investigadores de premisas para ser corroboradas sino de interrogantes. Para ambos autores se trata de derivar la explicación teórica de detalladas historias narrativas (Quadagno y Knapp, 1992: 483). Somers complementa tal posición argumentando que todos los conocimientos, lógicas y prácticas de razonamiento están “cargados de historia” (Somers, citada en Kiser y Hechter, 1998: 738-739). De este modo, la CN no solo proporciona una visión relativista del conocimiento en general sino de la propia teoría. La narrativa sería en sus términos una teoría superadora de la teoría social de base moderna. El punto de quiebre de la “teoría narrativa” respecto de su competidora moderna pasaría por la subsunción de toda explicación a una narración, en concordancia con la visión de Paul Ricoeur. Este último llama la atención sobre el carácter explicativo de cualquier relato y no solo del relato sociológico.<sup>5</sup> Para el filósofo francés todos los actores recurren a explicaciones (Ricoeur, 1984). Tal posición resulta coincidente con los argumentos metodológicos de los últimos trabajos de Charles Tilly –en particular de su libro *Why?* (Tilly, 2006) – y de

<sup>5</sup> Para una visión narrativa más radicalizada del círculo hermenéutico véase la posición de Riessman (2008).

Thea Skocpol. Esta última comparte con la CN el rechazo a la naturaleza sistemática de la teoría social moderna, al concebir a la teoría como algo “intuitivo” (Skocpol, 1979: 39), basada en “premoniciones” que forman hipótesis (Skocpol, 1985: 385; 1986: 190).

El segundo obstáculo epistemológico, que acompaña a la negación de la teoría en nombre de la “teoría narrativa”, tiene que ver con las pugnas disciplinarias que se despliegan al momento de fijar las posiciones de la CN. Las discusiones están fuertemente condicionadas por la reafirmación y la competencia disciplinaria entre la tradición sociológica y la historiográfica. Si para la historia dominante la sociología como un todo es teoricista (abstracta, general y ahistórica), para la sociología dominante toda la historia como disciplina es antiteórica (descriptiva y particularista)<sup>6</sup> (Heckathorn, 1983 y 1984; Blalock, 1984; Kiser y Hechter, 1991: 3; Hyvärinen, 2010: 74-75). Tal fractura impide avanzar en las discusiones sobre el vínculo entre lo teórico y lo narrativo.

## ***2.2. La nueva política personal***

En cuanto al segundo aspecto, se constata la existencia de una relación de inmanencia entre el rechazo de la CN a la teoría social moderna y su desacreditación de la política moderna, esto es, de la política de masas. Así, el rupturismo no es solo teórico sino también político. De lo que se trata para la CN es de trasladar el núcleo de la politicidad del plano social general al individuo. En nombre de la nueva politización de lo personal y de lo cultural que se instala a principios de los años ochenta del siglo pasado, las lógicas de análisis

<sup>6</sup> La discusión sobre la relación disciplinar entre sociología e historia tiene innumerables capítulos. Para un análisis del problema del ahistoricismo de la teoría social, véase McDonald, 1990. Para una defensa de la separación entre sociología e historia, consúltese (Goldthorpe, 1994: 62). Para una crítica a tal separación, revítese Giddens (1984: 379). Asimismo, para una visión integracionista de ambas disciplinas, consúltese Tilly (1980: 58-59). Finalmente, para la fundamentación de un principio de diferenciación entre sociología (y más en concreto de una teoría de la evolución social) e historia, véase Habermas (1976: 181-231).

narrativo en la sociología histórica condujeron mayoritariamente a la despolitización y al desconocimiento de las situaciones sociales generales, incluyendo en tal registro la despolitización, minimización y/o rechazo del Estado, de la economía capitalista y de los escenarios geopolíticos y geoeconómicos mundiales. Si en términos teóricos, el narrativismo se edifica a partir del rechazo de una teoría sociológica, y en particular de una teoría del cambio social, en un plano político-normativo se tiende a rechazar aquel tipo de politicidad colectiva y general afectada por el estado del mundo y dispuesta a incidir indirectamente desde las ciencias sociales en la transformación estructural de nuestras sociedades. En cierto modo, reafirmando lo dicho, la politicidad de la CN conlleva el abandono de un horizonte político moderno y emancipador.

El liberalismo subjetivista que asume la CN busca autolegitimarse principalmente a partir de tres coartadas: la primera, y más general, a partir de la metáfora subjetivista de la vida como narrativa, y más exactamente, de la vida como una narración biográfica individual (Hyvärinen, 2010: 76). Tal asunción contempla la promesa de ofrecer historias políticas alternativas, así como una nueva visión existencial de la vida humana, creando la atmósfera de un nuevo movimiento intelectual. El discurso metafórico de la narrativa, situado en un presentismo, ha sido absolutamente central para el éxito del giro narrativo en las ciencias sociales (Hyvärinen, 2010: 75). El carácter despolitizante de tal metáfora se hace patente, por ejemplo, cuando Abbott afirma que “nos inclinamos, serenamente, a reservarnos el privilegio de vivir en el aquí y el ahora ‘real’ (único), en el presente inexplicable e indeterminado” (Abbott, 2007a: 95). La segunda coartada es la pretensión de capturar el movimiento feminista. Las lógicas narrativas reclaman para sí el universo de los estudios feministas (Bernasconi Ramírez, 2011: 16), como si el feminismo como hecho social estuviese ontológicamente ligado a una lógica de análisis narrativo. Esto es completamente insostenible. Basta observar que una fracción considerable de la teoría sociológica moderna se ha tomado muy en serio el fenómeno del feminismo, comenzando por

Gayle Rubin y las producciones contemporáneas de Beverly Silver, Saskia Sassen, Anthony Giddens y Manuel Castells. La tercera y última gran coartada es la presentación del narrativismo como una actualización del humanismo. Ello se hace patente en particular en las obras de Abbott (2007b) y de Plummer (2001). Ahora bien, no se trata de un humanismo universalista de tipo sartreano sino, a falta de una expresión mejor, de un humanismo microsociológico. Actuando en conjunto, las tres coartadas mencionadas dinamitan los fundamentos normativos de un proyecto intelectual crítico con pretensiones de transformación social.

### ***2.3. Autonomización, deshistorización e hiperespecialización***

El notable avance de los estudios narrativos en las décadas del 80 y 90 (correspondiente al momento de mayor declive de lo económico), y su conformación institucional, no se puede aislar de la tendencia –cada vez más acelerada– a la creciente hiperespecialización en el campo de las ciencias sociales y de la sociología. La corriente de análisis narrativo, que atraviesa, impregna y compone diferentes ámbitos de estas disciplinas, se fue recreando al interior de una compartimentación cada vez más específica y autonomizada de la sociología histórica. Esta última, por su parte, se encuentra cada vez más delimitada como un subcampo de la sociología, pese a que tradicionalmente se ha resistido a las compartimentaciones disciplinarias (tal resistencia se puede observar en los trabajos de Tilly, Mann, Skocpol, Wallerstein y Giddens), tratando de hacer valer su espíritu clásico. De este modo, la CN encarna una especie de autonomización de segundo orden, en tanto se autonomiza de un subcampo de las ciencias sociales. Ahora bien, lo que aquí me interesa presentar como hipótesis es que la pretensión de la CN de ofrecerse como una nueva teoría social ha logrado sostenerse a partir de la hiperespecialización y de la autonomización objetiva comentadas. De otro modo no sería posible. La CN efectuó una doble ruptura: respecto de los orígenes

literarios del narrativismo;<sup>7</sup> y con la tradición sociológica, muy en particular con la sociología clásica.<sup>8</sup> El efecto amnésico resultante de tal realidad compartimentada es lo que hizo posible presentar a la sociología narrativa como un proyecto de refundación sociológica. En cualquier caso, y en resumidas cuentas, el hecho social central es la infundada presentación de lo narrativo como una teoría sociológica. Del mismo modo, entiendo que es la fuerza autorrecursiva de su hiperespecialización la que le permitió a la CN permanecer relativamente al margen del movimiento generalizado de retorno de lo económico en las ciencias sociales a partir de la crisis del 2008. Desde entonces el narrativismo transita una senda cada vez más obsoleta y descolocada en relación a los procesos de cambio social mundial y a la sociología con sensibilidades públicas.

### **3. La reinstalación de lo económico y la crisis del narrativismo**

Tal como indiqué inicialmente, la crisis económica global de 2008 marcó un punto de inflexión en el campo de las ciencias sociales, tanto a nivel global como regional. Sugiero que a partir de entonces, y mediante procesos distintos, se inicia una lenta reinstalación de la cuestión económica en la investigación sociológica y científico-social en general. De este modo, gradualmente, retorna a los primeros planos el interrogante central que marcó la segunda mitad del siglo XX y que fue marginado a partir de principios de la década del 80. Me refiero a la pregunta por el devenir y el porvenir general de las sociedades históricas, y junto a ello al cuestionamiento sobre cómo hacer frente desde cada espacio social a la expansión de la globalización económico-financiera capitalista. Dicho en otros términos, a partir

<sup>7</sup> Para un análisis detallado de tal desconexión, consúltese Hyvärinen (2010: 79; y 2016: 57).

<sup>8</sup> En relación con este punto, véase Tilly (2002 y 2008).

de 2008 las ciencias sociales, y la sociología en particular, vuelven a poner en el centro de su atención a las teorías clásicas del cambio social. Como indicador de ello basta observar cuales han sido los textos más resonantes en los últimos años.<sup>9</sup> De este modo, no solo retorna un objeto teórico abandonado por el narrativismo sino que vuelve un principio de politicidad excluido por este último.

Frente a este nuevo escenario, la CN comienza a exhibir señales de crisis y debilitamiento, de ausencia de iniciativa teórica, lo cual podría presuponer el inicio de un movimiento gradual de declinación. La degradación de esta corriente encuentra su límite en el avance de la autonomización institucional ya mencionada en el punto anterior. En resumidas cuentas, la CN reacciona de dos modos diferentes a la nueva agenda global: a) asumiendo una posición autocrítica y b) buscando relegitimarse a partir de la asunción de un nuevo discurso de autolimitación respecto a sus posiciones históricas. De este modo, las nuevas realidades sociales obligan a la CN a renunciar a la pretensión de presentarse como una superación de la teoría social moderna. Veamos ejemplos de cada una de las reacciones.

La reacción autocrítica queda representada paradigmáticamente por el cambio radical de posición de Sewell. Sorpresivamente, en 2006, luego de reconocer que fue un entusiasta y temprano participante del giro desde la historia social hacia la historia cultural o lingüística, Sewell señala que está convencido de que es necesario recuperar algunas de las virtudes de la primera, abandonada en las décadas anteriores. Desprovisto de todo eufemismo, reconoce que llegó a la conclusión de que el énfasis en el lenguaje, propio de una lógica narrativa, los “ha conducido a un debilitamiento del

<sup>9</sup> Entre los textos más leídos y discutidos en Estados Unidos y a nivel global en los últimos años cabe destacar: *El capital en el siglo XXI*, de Thomas Piketty (2014); *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, de Wolfgang Streeck (2016); *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, de David Harvey (2012); *La aceleración social: una nueva teoría de la modernidad*, de Hartmut Rosa (2013); *De la crisis económica a la crisis política*, de Manuel Castells (2016); y *Desigualdad global: una nueva aproximación para la era de la globalización*, de Branko Milanovic (2016), entre otros.

contenido social de la historia, a pasar por alto las transformaciones en la estructura material de la vida social, y a una incapacidad para responder a los retos políticos planteados por el actual capitalismo globalizado” (Sewell, 2005; y 2006: 53 y 72). En una dirección crítica similar se expresan otras voces en las ciencias sociales, sosteniendo que la construcción de relatos funciona con cierta independencia de la realidad extralingüística, y por lo tanto actúa de un modo reduccionista (a manera de ejemplo, véase Bernasconi Ramírez, 2011: 30). La exclusión de lo extralingüístico tiene un punto de apoyo parcial en la crítica a la ausencia de teorización y de autoconciencia respecto de los aspectos teóricos de la propia narratividad (Hyvärinen, 2010: 78). En cualquier caso, la autocrítica alude tan solo tangencialmente al déficit fundamental de la CN: el abandono de la pregunta por el devenir sociohistórico.

La segunda reacción, que contempla una autocrítica no formulada explícitamente, se orienta a señalar los límites y las reducciones que conlleva cualquier empresa analítica, incluida la narrativa. Este novedoso discurso de autolimitación, montado sobre un renovado principio relativista, tampoco se puede entender sin la pérdida de posiciones de la CN en la agenda general de la sociología. La mejor versión de este tipo de reacción la provee Abbott. En sus textos más recientes, el autor norteamericano sorprende al señalar que cada visión del tiempo guarda su propia patología. Reconoce que su propia concepción narrativa del tiempo no estaría en condición de abordar el problema de la dirección de los procesos de cambio sociohistórico (Abbott, 2007a: 86). Además, opone su enfoque “presentista” de la narrativa a la creencia en las fuerzas sociales mayores, señalando que la primera tiene el problema de no poder explicar el cambio social (2007a: 4). La táctica de autolimitación de Abbott le permite comparar con el lector algunas reflexiones metodológicas elementales, que dejan al desnudo los prejuicios narrativistas en relación con la teoría social moderna y con el marxismo. El autor simplemente afirma que “mientras más largo es el tiempo de la narración que contamos, más pronunciado es el peso de la teleología, menos nuestra historia



puede ser un despliegue de incógnitas, y más sentimos con antelación el surgimiento inevitable de cualquier fin” (Abbott, 2007a: 86). Entiendo que es en relación con tal argumento que cobra valor el llamado de Bob Jessop a “correr el riesgo de la teleología” (Jessop, 2002: 136). El presentismo de Abbott conlleva también una escala espacial microsocia, un espacio concebido como localización subjetiva, delimitado exclusivamente a partir de la percepción de los actores (Abbott, 2007a: 90). En relación con la miniaturización espacial aparecen otras voces de esta corriente dispuestas a señalar, por ejemplo, que no es apropiado seguir un enfoque narrativo cuando se desea trabajar con grandes cantidades de personas o cuando la singularidad y el caso particular no resultan relevantes para los fines de investigación (Bernasconi Ramírez, 2011: 30). De esta manera, se comienza a asumir explícitamente que la espacialidad predilecta de los estudios narrativos es la pequeña escala (Borisenkova, 2010: 88). Tal discurso se aproxima a la histórica posición de Tilly, quien sostuvo que la narrativa tiene limitaciones explicativas en tanto se ocupa de un pequeño número de elementos, lo cual sobresimplifica la causalidad (Tilly, 2002: 26-27). Desde esta línea de argumentación será entonces la propia CN la que en esta coyuntura novedosa se autoexcluya de la teorización de lo general.

Como señalaba, a partir de ambas reacciones se desactivaron las pretensiones de la CN de superar a la teoría social moderna, batalla que aquella se propuso librar a principios de este siglo recurriendo a una apropiación en extremo adulterada de la teoría sociológica clásica. El argumento central que se exhibió en aquel momento es que lo clásico también es narrativo, o incluso que todo lo clásico es narrativo (y siempre lo fue). En aquel entonces Abbott afirmaba que si caemos en la cuenta que la palabra “narrativa” se entiende aquí en el sentido amplio de un acercamiento procesual y agencial a la realidad social, podemos reconocer que la gran tradición teórica de la sociología siempre ha adoptado una aproximación narrativa a la realidad social (Abbott, 2001: 185). Unos años antes, a principios de la década del 90, Aminzade tampoco dudaba en señalar que su dispositivo de

análisis narrativo, centrado en la acción y en la secuencia de eventos, se toma muy en serio el cambio social a gran escala y los procesos de larga duración (Aminzade, 1992: 475).

Las visiones narrativas más sustantivas en la sociología histórica, desde el momento en que buscaron ofrecer un reemplazo superador y convincente de la teoría moderna, necesitaron procesar discursivamente las ambiciones analíticas generalistas de esta última. Si bien la empresa de conquista de lo general de la CN entra en crisis e ingresa en fase de declive a partir del recentramiento del problema del capitalismo global, en la actualidad su recepción continúa siendo muy considerable en la sociología. Es la constatación del poder de influencia que aún conserva la CN la que llena de sentido y de valor el presente trabajo. Me ocuparé a partir de aquí de analizar los aspectos centrales del dispositivo analítico de la CN, con la intención de señalar cómo las limitaciones que este acarrea abren nuevamente el paso para la actualización de un proyecto intelectual centrado en una teoría del cambio social de base moderna.

#### **4. La explicación narrativa: la gravitación de la contingencia y el evento**

Para Andrew Abbott, Larry Griffin, William Sewell y Margaret Somers, los sociólogos referentes de la CN, las narraciones serán la nueva clave subversiva no solo para entender sino también para explicar los procesos sociales contemporáneos. De este modo, se dispusieron a situar las lógicas narrativas en el corazón mismo de la explicación sociológica. Imbuido de tal registro en apariencia inaugural, Griffin no dudará en señalar que las narraciones son cruciales porque son el modo en que analíticamente reconstituimos, describimos y comprendemos los eventos, y que las explicaciones narrativas toman la forma de una historia con final abierto, plagado de coyunturas y de contingencia, donde lo que pasa, una acción, de hecho sucede por su orden y posición en la historia (Griffin, 2007:

2-4). En consonancia, el primer Sewell sostendrá, en su particular lenguaje narrativista, que la sociología histórica necesita adoptar una noción mucho más subversiva de temporalidad, la “temporalidad evenimental” (*evenemential temporality*), que permite registrar el curso de la historia como determinada por una sucesión de eventos en gran medida contingentes (Sewell, 1990: 2). Por su parte, Somers agregará que la ventaja de la explicación narrativa es que está embebida en el tiempo, y se mueve a través del tiempo, y que, en efecto, el éxito de cualquier explicación reside en su atención a la temporalidad y la secuencia (Somers, 1990: 30). Para estos autores no habría otra forma de aprehender la naturaleza procesual de la vida social si no es a partir de una razón narrativa que descansa en conceptos tales como los de contingencia, apertura, evento, acontecimiento, acción, complejidad y heterogeneidad causal. Como es evidente, al afirmar que se adjudican la exclusividad de la comprensión procesual de lo social pretendo señalar que dejan cualquier otra razón sociológica completamente inhabilitada para analizar los procesos sociales.

Con el objetivo de avanzar en el análisis del dispositivo técnico de la CN me concentraré en dos puntos. En primer lugar, me referiré a algunos de los recursos metodológicos centrales de la tradición sociológica que la visión narrativa rechaza abiertamente o bien recodifica. En segundo lugar, analizaré los tres conceptos que considero centrales de la CN, y que tienden a solaparse y a afectarse en buena medida. Me refiero a las nociones de causalidad, de contingencia y de acción. Si por un lado la CN propone recodificar la noción de causalidad de la tradición teórica moderna, buscando rebajar sus pretensiones explicativas, por el otro tiende a jerarquizar las nociones de contingencia y de acción, ubicándolas en el centro de la explicación sociológica y convirtiéndolas en la punta de lanza de la crítica a lo que consideran las perspectivas sociológicas dominantes del cambio social.

#### **4.1. Generalización, leyes causales y predicción**

Antes que una plataforma propositiva, los distintos autores de la CN comparten el rechazo visceral a un conjunto de estrategias metodológicas modernas que en sus términos obliteran la comprensión de los procesos sociales. Ahora bien, los argumentos críticos que ponen sobre la mesa para intentar fundamentar una ruptura teórica son por lo general más persuasivos que consistentes. Uno de los elementos que critican sistemáticamente, y con el cual fijan una relación en extremo ambivalente, es la generalización. En principio, entre ellos existe una propensión extendida a rechazar la “mala” generalización sociológica, sustentada en lógicas ahistóricas y pretensiones muchas veces universalistas (véase supra), en aras de una “buena”, que aunque intrínsecamente también sería negativa, se legitimaría al ponerse al servicio del análisis narrativo. Dicho de otro modo: si por momentos la generalización es una lógica atemporal, y por lo tanto irrecuperable para la investigación social, en otros casos es el precio que necesariamente hay que pagar por la explicación sociológica. De cualquier forma, los argumentos que se ofrecen para ambos registros no colaboran en el dimensionamiento de la crítica que aquí se propone para recuperar el problema de la temporalidad. El reconocimiento de la necesidad de cierta generalización no llega a trascender el registro enunciativo. Así, Abbott solo explicita su apuesta por “enfaticar la contingencia, el accidente y los procesos, sin renunciar a cierta generalización”, aun reconociendo, simultáneamente, que “la generalización limita su perspectiva” (Abbott, 1991: 205). Esta escueta afirmación parece ofrecer los argumentos suficientes para luego poder sostener que funda su concepto de generalización en la narrativa (Abbott, 1991: 227). Griffin no será una excepción menos superficial. Sin mediar precisión alguna, reconoce que toma prestadas de la metodología formal de las ciencias sociales varias características, entre las que incluye la aplicación, validación y desarrollo de generalizaciones teóricas, históricas y causales (Griffin, 2007: 7). Ahora bien, en el mismo texto dirá, buscando alguna complicidad con Abbott,

que las explicaciones sociológicas generalizadoras no son temporales en su lógica, y que la temporalidad se extinguiría a partir de la subsunción lógica de casos particulares bajo generalizaciones históricas más amplias y leyes teóricas generales (Griffin, 2007: 9). Aquí la confusión que siembra Griffin se agudiza al sugerir la existencia de cierta oposición entre interpretación y generalización. Esta se hace patente al convocar a “confiar en el juicio y en la habilidad interpretativa antes que en generalizaciones teóricas prefiguradas”, siendo estas últimas “inflexibles” y “estáticas”<sup>10</sup> (Griffin, 2007: 7). Somers, por su parte, al señalar que la explicación arraigada en la contingencia rechaza las generalidades de la teoría evolucionista (Somers, 1990: 25), parece más preocupada por librarse del compromiso con la noción de generalidad como un todo.

Aquí reconozco al menos tres operaciones teóricas que correspondería rechazar: la primera de ellas es la opción por establecer una relación de exterioridad entre generalización y temporalidad. Esto se fundamenta en una compartimentación positivista entre tiempo y teoría, que tiende a desconocer que la teoría compone, atraviesa y crea ciertas temporalidades (no todas desde ya). También correspondería rechazar la pretensión de fundar la validez de la generalización como registro temporal en su mayor o menor amplitud, o en su mayor o menor abarcabilidad, aspecto que no es posible fundamentar ni precisar, menos aún en un plano abstracto. Mal que le pese a Griffin, no hay nada que indique que una generalización menos amplia será más válida o bien menos temporal, que una más amplia. Finalmente, correspondería rechazar una oposición entre interpretación y generalización, en particular cuando esta encarna, como sugiere Griffin, cierta oposición entre lo “aún-no-figurado” y lo “pre-figurado”. Sin necesidad de mayor fundamentación, es posible afirmar que en la interpretación hay o puede haber prefiguración, y luego que la prefiguración no necesariamente tiene que ser un obstáculo epistemológico para registrar la temporalidad. Incluso si los

<sup>10</sup> Entrecorillado del autor.

textos fuertemente analíticos tienden a fragmentar la narración, como sugiere Ramos Torres (1993: 19), tal fragmentación no conlleva necesariamente la minimización de la temporalidad, ni un uso restringido de esta última, como sostienen los narrativistas.

Otra noción sensible que perturba el discurso narrativo de la sociología histórica es la de ley causal. Se trata de un tema clásico, inmenso y espinoso, que aún mantiene en vilo a la filosofía de las ciencias, y que resultaría imposible siquiera presentar en este texto. Aquí simplemente me interesa mostrar la fragilidad de la posición que asumen los narrativistas. Previsiblemente, pasa algo similar a lo que ocurre con la noción de generalización: por momentos el problema tiene que ver con el concepto de ley causal en sí, y en ocasiones con un modo específico de entenderlo. El rechazo total a la idea de ley causal asoma, por ejemplo, en la posición de Somers. Ella señala que el reto de defender la historicidad del proceso de explicación exige rechazar con mayores o menores grados de explicitación la definición de causalidad basada en leyes (Somers, 1990: 23). Sewell, por su parte, parece sentirse más cómodo negando no ya la validez de la ley causal en sí, sino la idea de que las leyes causales son uniformes a través del tiempo (Sewell, 1990: 16), concreción que no colabora demasiado para entender su posición en relación con dicha categoría. Los escritos de Griffin, en cambio, parecen coquetear con la posibilidad de validar la identificación de leyes causales no generales, al sostener que la temporalidad se extinguiría solo a partir de la subsunción de lo particular bajo leyes teóricas generales (Griffin, 2007: 9), dejando en suspenso lo que sucede con la lógica causal legalista en todas sus formas. En primer lugar, aquí merece señalarse que ningún autor ofrece mayores precisiones sobre los alcances del rechazo total o parcial al concepto de ley causal. No se argumenta ni se menciona por qué haría falta emplear o bien prescindir de algún tipo o de toda ley causal para acceder a la explicación de los procesos sociales. En segundo y último lugar, pese a que es posible observar variaciones en el discurso explícito de los autores sobre este tema, no hay razones suficientes para suponer que existen verdaderas diferencias

epistemológicas entre ellos en este punto. Parece más bien un rechazo vago al cual no le han prestado mayor atención analítica, y que hacen descansar cómodamente en posiciones asumidas fuera de la sociología, en el campo de la filosofía de la ciencia. Ello queda parcialmente evidenciado, por ejemplo, cuando Somers anuncia que su visión de la temporalidad se fundamenta en un nuevo giro histórico de la epistemología del método científico, que ha comenzado a emerger de una esquina de la filosofía con la ciencia, y que tiene a Nancy Cartwright, Richard Miller y Stephen Gould como referentes (Somers, 1990: 22). El punto es que se trata de una simple declaración de pertenencia, no más que eso.

Un último rechazo merece mencionarse, ligado directamente al problema de la causalidad: el de la predicción. Es Margaret Somers quien se anima a explicitar la necesidad de disolver la alianza que mantiene la causalidad con la predicción (Somers, 1990: 22). Intuyo que de este modo expresa la posición de todos los militantes académicos de la CN. El modelo para historizar la explicación social demanda, según la autora, una renovada definición de causa, que se sustenta a partir de la separación analítica respecto de la predicción, fabricando otro punto de ruptura con la teoría social moderna. Aquí sostengo que con esta noción de causa, bajo el rústico argumento del rechazo a la predicción, se excluye toda idea de tiempo-futuro. Al aludir a la rusticidad del argumento pretendo indicar que el rechazo de la predicción, que es una de las funciones de futuro más polémicas de la teoría social, sirve de coartada para oponerse a la totalidad de los modos de conceptualización que integran una dimensión proyectiva, entre los cuales podrían mencionarse formas actualmente más aceptadas, como pueden ser los registros probabilísticos no predictivos (es el caso de la causalidad promocionada por Max Weber), las lógicas posibilistas o cualquier otra razón conjetural más sofisticada. Todo indica que en Somers y en los restantes autores la predicción se asocia en todos los casos con una vocación profética, lo cual es completamente inaceptable. En los escritos de estos teóricos tampoco existe un solo apartado

dedicado a la relación entre predicción y ley causal, siendo que, como vimos, esta última no termina de excluirse de la explicación narrativa. Sostengo así que lo que emerge de este perezoso entierro de la predicción sociológica es un completo desinterés por el futuro social de los procesos históricos, a sabiendas de que el futuro es una dimensión de la temporalidad y que la teoría social potencialmente incide en su conformación. Descartan así el registro completamente realista del paso hacia lo nuevo por medio del pensamiento. La promoción de la separación entre causa y predicción bien podría leerse, paradójicamente, como un discurso propalador del “Fin de la Historia”, entendido como fin del futuro.

#### 4.1.1. *La apuesta por una nueva causalidad*

Si los sociólogos narrativistas parecen desorientados respecto del modo de delimitar el alcance de su teoría de la causalidad, no quedan dudas de que todos están dispuestos a emprender la dificultosa misión de desplegar un análisis causal de los procesos sociales a partir del uso de la explicación narrativa. Tal “explicación”, circunscripta a un círculo hermenéutico cerrado, se presenta como un movimiento de superación radical de todo principio material objetivo. La autonomización del eslabonamiento hermenéutico queda paradigmáticamente ejemplificada en la propuesta de Paul Ricoeur de tránsito de la necesidad y la contingencia física a la necesidad y la contingencia exclusivamente narrativa (Ricoeur, 1992: 142), movimiento que a todas luces parte de una caracterización vulgar y fiscalista del materialismo. De este modo, aquí lo que se presenta como una explicación causal es en sentido *exacto una interpretación causal*, quedando el principio de causalidad disuelto en una teoría de la interpretación.

En este punto me detengo en tres cuestiones asociadas con la causalidad narrativa: a) el asunto de la temporalidad múltiple y/o heterogénea; b) la dependencia del sendero (*path dependence*) y c) el poder de los eventos. Entre otros aspectos, me concentraré en el señalamiento de lo que considero son rastros de tiempo-futuro, que



quizá sin pretenderlo se hacen presentes en el discurso que acompaña cada uno de estos puntos, y que permanecen allí, exhibiendo la carencia, en relación con una visión que parece plantarse deliberadamente en contra del futuro, que no lo conceptualiza, pero que a la vez no puede desprenderse de él.

El reconocimiento de la temporalidad múltiple y/o heterogénea de los procesos sociales, como señala Sewell, se define en contraposición con una temporalidad única o uniforme (Sewell, 1990: 18). Según el autor, esta última sería patrimonio de las formas de explicación teleológicas por un lado, entre las cuales ubica centralmente a la teoría marxista y a la perspectiva de Wallerstein, y de las temporalidades experimentales por el otro, al interior de las cuales inscribe los trabajos de Charles Tilly y de Theda Skocpol. Para Sewell, la explicación teleológica rechaza la heterogeneidad temporal, o al menos la heterogeneidad temporal general. Paso seguido aclara que las teorías etapistas (un subtipo de las teorías teleológicas), aunque aceptan la heterogeneidad radical entre etapas, asumen una homogeneidad temporal al interior de cada una de ellas (Sewell, 1990: 18), lo cual conlleva una visión de la heterogeneidad temporal mucho más acotada y superficial. Para Abbott, será precisamente la narrativa, las narraciones, las que permiten registrar niveles de temporalidad múltiple, y las que posibilitan abordar (aunque según el autor no resolver) el problema de las múltiples capas temporales del cambio (Abbott, 1991: 227-228). Así, la nueva causalidad narrativa se presenta en esta comunidad como temporalmente heterogénea, adoptando al parecer las características de los propios procesos sociales, tal como estos los tematizan. En una misma dirección, Griffin reconocerá que la aproximación narrativa concibe una forma de secuencia causal que permite el reconocimiento de variadas y heterogéneas trayectorias en el tiempo en relación con un resultado en particular (Griffin, 2007: 4). Avanzando en la precisión de la perspectiva analítica que esta corriente pone en juego, Sewell sostendrá que el modelo no solo especifica múltiples causas, sino que ordena lo que podría caracterizarse como diferentes registros de causación: condiciones

estructurales preexistentes (culturales, sociales y económicas); condiciones coyunturales; y la contingencia estratégica o las acciones volitivas, que a su vez pueden reconfigurar las condiciones estructurales preexistentes y crear nuevas condiciones estructurales (Sewell, 1990: 23). De esta forma, el profuso concepto de heterogeneidad temporal, central a la idea de causalidad que promueve la CN, deja entrever una inquietud respecto del tiempo-futuro, que se hace presente a partir de la evidente preocupación por los resultados, por la creación de nuevas condiciones estructurales, así como a partir de la misma noción de lo heterogéneo. Entiendo que no hay posibilidad de avanzar en la resolución de estos aspectos sin la consideración conceptual de un tiempo-futuro, tiempo que el positivismo de la explicación narrativa no termina de aceptar. Vemos así que lo heterogéneo de la temporalidad, en línea con la confesión tardía de Abbott, no llega a abarcar como un todo la tensión pasado-presente-futuro.

El segundo aspecto mencionado en torno al problema de la causalidad tiene que ver con la suscripción a la ya popularizada noción de *path dependence*, traducible al español como “dependencia del sendero”,<sup>11</sup> y que para los narrativistas permite en primera instancia la caracterización de la temporalidad de un evento. Lo primero que establece esta noción es que no hay causas independientes, esto es, que no hay independencia causal a través del tiempo (Sewell, 1990: 16; Abbott, 1991: 227). Como afirma Sewell, al señalar que los eventos son normalmente *path dependence* asumimos que lo que ha pasado en un punto de tiempo anterior afectará los posibles resultados de una secuencia de acontecimientos que ocurren en un punto posterior en el tiempo. Existiría de este modo una dependencia causal de los hechos posteriores en relación con sucesos anteriores (Sewell, 1990: 16-18). En el marco de esta conceptualización de la dependencia, como señala Griffin, las consecuencias acumulativas de las acciones pasadas crecientemente constriñen y limitan las acciones futuras (Griffin, 2007:

<sup>11</sup> Para una breve caracterización de la noción de *path dependence* y de su uso principalmente en los estudios socioeconómicos, véase Sewell (1990: 16).

4). Somers pondrá el dedo en la llaga al desdibujar los límites entre dependencia y contingencia, incluso forzando una equivalencia entre ambas. Afirmará que en un caso de *path dependence* “el resultado es por lo tanto dependiente, o sea contingente, respecto de todo lo que viene antes, y no una consecuencia deducible de una ley de la naturaleza, o incluso predecible de una propiedad general del sistema más amplio” (Somers, 1990: 26). El modo de sujeción causal imaginado por los narrativistas, a la vez dependiente y contingente, es una verdadera caja negra. Así, se propone una noción de dependencia que abre las puertas a la contingencia y a la indeterminación. ¿Cómo se resuelve esta ecuación en términos causales?; ¿la explicación que cabría ofrecer del hecho de que una dependencia es contingente, o que una contingencia es dependiente, no adoptaría inexorablemente una forma tautológica?; ¿lo que se podría decir de modo casi excluyente no sería que el resultado de un evento o de una secuencia de eventos depende de lo que depende y no depende de lo que no depende? Otra salida igualmente incierta sería señalar que tal evento depende a la vez de lo que depende y de lo que no depende. En cualquier caso, para ensayar una explicación sociológica no bastaría con decir que un elemento depende de algo en algún sentido indeterminado. Es necesario intentar señalar en qué medida y de qué modo se fija una dependencia determinada, con la cuota de indeterminación que tal señalamiento podría traer aparejado. En este caso, la apuesta de los autores narrativos por inscribirse en un paradigma de la complejidad no hace más que esconder las falencias de un modo explicativo plagado de imprecisiones. Ahora bien, volviendo a la cuestión de la temporalidad, esta noción permite registrar como problemáticos los mismos elementos que señalé en relación con la heterogeneidad temporal. En cuanto a la cuestión de los resultados, resulta evidente que si nos hacemos la pregunta por el modo en que lo pasado afecta los posibles resultados posteriores, tal como parece que lo harían los narrativistas, estaríamos incluyendo la dimensión del tiempo-futuro, y no solamente la tensión entre pasado y presente. Al decir que el tiempo se resuelve en un movimiento simultáneamente dependiente y contingente, están

dando cuentas por defecto de una determinada concepción del futuro. De la misma manera, si se reconoce, como lo hace Griffin, que las acciones pasadas constriñen y limitan las acciones futuras, se estaría circunscribiendo la acción conjetural sobre el futuro posible o probable de dicha acción. Recogiendo los comentarios vertidos hasta aquí, yo diría, diferenciándome de los narrativistas, que una secuencia de acciones es dependiente del modo en que para cada situación y coyuntura se resuelve la tensión entre pasado, presente y futuro. Habría que ver en qué medida los autores narrativos estarían dispuestos a criticar tal afirmación, y a partir de qué argumentos.

El último aspecto que quisiera rescatar aquí tiene que ver, como ya mencioné, con la conceptualización de los eventos que propone la corriente narrativa, y que tiende a adjudicarles un llamativo poder de creación y de precipitación causal. Posiblemente quien reconoce la potencia de los eventos de un modo más explícito es el primer Sewell. Él señala que deben de ser asumidos como capaces de cambiar no solo la balanza de las fuerzas causales operantes sino también la completa lógica mediante la cual las consecuencias se siguen de los acontecimientos o las circunstancias. De este modo, haciendo gala de una radicalidad discursiva efectista y poco fundamentada, Sewell sostendrá en los años noventa que los eventos tienen el poder de transformar la causalidad social (Sewell, 1990: 16- 17). Ni más ni menos. Por su parte, la alusión que hace Abbott al respecto evade la referencia causal, es decir, es más mesurada, pero no por ello menos difusa. En concreto, afirma que los eventos no son propiedades individuales, o cosas individuales, sino coyunturas complejas en las que actores complejos se encuentran con estructuras complejas (Abbott, 1991: 227). Aquí vuelve a emplearse el recurso a la complejidad como modo aparente de superación de lo simple, lo mecánico y lo determinista. Estas referencias, particularmente las de Sewell, tienden a hipostasiar la noción de evento, dotándolo de poderes predeterminados de transformación, lo cual paradójicamente deshistoriza una perspectiva que propone recuperar la historia. En una dirección similar se posiciona Mahoney, a partir de la crítica a un

discurso secuencial que resulta habitual en el campo de la sociología histórica. Este autor sugiere que el análisis histórico-comparativo a menudo asigna gran importancia explicativa a los primeros eventos dentro de una secuencia, argumentando que los mismos influyen decisivamente en las trayectorias causales subsiguientes (Mahoney, 2004: 91). Aquí su opción por la indeterminación de la capacidad de los eventos de alterar los flujos causales se termina convirtiendo en una preferencia por la predeterminación de la relación entre evento y causa.

La concepción narrativa del evento no se podría terminar de dimensionar si no se vuelve a mencionar su opción hermenéutica –por cierto precaria– por la subsunción de la causa al significado, asumiendo, como lo hace Somers, que el significado puede ser una causa y una causa puede ser significativa (Somers, 1990: 24). Aquí se evidencia, como en la filosofía de Ricoeur, la asfixia hermenéutica de la visión narrativa de los eventos.<sup>12</sup> La absolutización de la dimensión simbólica como potencial factor precipitante del cambio social hace aún más difícil la exclusión de la tematización del tiempo-futuro, principalmente de aquél asociado a la fuerza proyectiva de la acción individual y también de la acción social.

#### *4.1.2. La centralidad de la contingencia*

El concepto número uno de la visión de la temporalidad, de la causalidad y de los procesos sociales de la CN es el de contingencia. La novedad de esta perspectiva no radicaría en el hecho de que incluye la contingencia en el registro de la temporalidad, aspecto que reconoce buena parte de la tradición sociológica (incluido el marxismo), sino precisamente en la radicalidad y en el protagonismo que le adjudica para pensar lo social y para intentar echar por tierra todo principio

<sup>12</sup> Desde principios de los 70, Ricoeur viene reduciendo la complejidad de la cuestión simplemente señalando que no puede haber un evento que anteriormente no haya sido narrado (Ricoeur, 1973: 95). Algo similar sostiene Maines: los eventos son identificados y están arraigados en una historia (Maines, 1993).

determinista. Lo que se pretende entonces es situar a la contingencia en el corazón de la explicación narrativa. Ahora bien, a diferencia de teorías sociales como la de Niklas Luhmann, que dedican un esfuerzo considerable para intentar fundamentar la centralidad de la contingencia para la comprensión de la dinámica de los procesos sociales, la CN parece estar más preocupada por postular su gravitación que por fundamentar su elección teórica. Con tal ánimo declarativo, Abbott afirma que su perspectiva pone particularmente el énfasis en la contingencia y el accidente (Abbott, 1991: 205); Sewell concibe el curso de la historia como determinado por una sucesión de eventos en gran medida contingentes (Sewell, 1990: 2); y Somers anuncia que la pieza clave de su perspectiva es la idea de que la explicación histórica es contingente sobre una secuencia impredecible de estados antecedentes donde los cambios en la secuencia podrían alterar los resultados (Somers, 1990: 26). A estas opiniones se suma también Mahoney, señalando que la tradición teórica narrativa está interesada en los eventos caracterizados por una relativa “apertura” o “contingencia”<sup>13</sup> (Mahoney, 2004: 91).

La liviandad en el tratamiento de este tema se hace evidente desde el momento en que evaden la discusión sobre el modo en que la contingencia tiende a influenciar los procesos de causación social. El lenguaje gradualista que emplea el primer Sewell en la referencia citada (“en gran medida contingentes”), así como el relativismo de Mahoney (“relativa contingencia”), parecen ser la única respuesta posible a la falta de claridad que acompaña la propuesta. ¿Hasta qué punto son contingentes los eventos y los procesos sociales?; ¿cómo actuaría en concreto lo no contingente en relación con lo contingente?; ¿qué elasticidad y qué variabilidad tendría o podría tener lo no contingente?; ¿podemos suponer que la no contingencia, al menos en su núcleo duro, equivale a la noción de dependencia mencionada en el punto anterior? Si es así, y si la sucesión de eventos es “en gran medida contingente”, todo indicaría que la “dependencia del

<sup>13</sup> El entrecomillado es del autor.

sendero” no sería más que una pseudodependencia, supeditada en todos los casos a la fuerza creativa de la contingencia. Nuevamente, si esto fuera así, el llamado de los narrativos a historizar los procesos sociales, a recuperar la temporalidad histórica, se esfumaría en un presentismo inquietante. La idea de la impredecibilidad de la secuencia de eventos que menciona Somers, como vimos más arriba, asume igualmente la ezquizofrénica contradicción de un indeterminismo radical centrado en la contingencia que pretende fundamentarse a partir de una explicación sociológica causal apuntalada en la dependencia respecto de los eventos pasados. Aquí la especulación se dispara a falta de precisiones de los autores. La única definición de contingencia que registro la provee Somers y es un aparente disparate. Es solo aparente por el hecho de que intenta dar respuesta a la trampa que encierra la relación entre dependencia y contingencia. La autora señala que “la contingencia significa que la acumulación del pasado es una precondition para cualquier momento del presente” (Somers, 1990: 24-25). Esta barbaridad no puede calibrarse sin antes reconocer que la sombra de la dependencia termina proyectándose sobre la contingencia.

La contradicción que la explicación narrativa no logra y quizás no pretende superar entre contingencia y dependencia, se cristaliza de una forma más acentuada y general a partir de la apuesta por sostener en simultáneo un concepto radical de contingencia y una lógica causal preocupada por las consecuencias y los resultados de los encadenamientos secuenciales de acciones y eventos. No se trata de una cohabitación paralela de registros sino de un esfuerzo de integración infructuoso. Estamos frente a una contingencia que necesariamente tiene que adoptar, en el mismo tiempo, la forma ilusoriamente no contradictoria de lo radical y lo no radical. Ello se hace evidente, por ejemplo, cuando el primer Sewell sostiene que “un supuesto de contingencia radical no significa que todo está constantemente cambiando, pero sí que nada en la vida social se encuentra finalmente inmune al cambio” (Sewell, 1990: 17-18). El juego todo/ nada, tal como se insinúa, no es más que una pirueta

estética que pretende no perder de vista el compromiso con una razón sociológica. La contingencia anunciada por la CN es radical en tanto que es ontológica, en una dimensión que parece capturar la ontología social como un todo. Así, Sewell puede declararse en contra de la temporalidad teleológica, señalando que es compatible con cierta contingencia en la superficie de las relaciones sociales, pero que es incompatible con el supuesto de la contingencia radical que considera fundamental de su noción de temporalidad (Sewell, 1990: 18). Griffin despliega un discurso de diferenciación similar, aunque apuntando específicamente contra Skocpol. Dirá que pese a que esta última autora emplea nociones como las de secuencia, orden y contingencia, tales aspectos de la temporalidad apenas son mantenidos como elementos integrales de sus explicaciones causales (Griffin, 1992: 412-413). Hasta aquí una breve muestra que certifica la primera de las dos apuestas. La segunda, que proclama la renovación causal, pertenece igualmente, como vengo indicando, al código fuente de la explicación narrativa. Griffin sostiene que de lo que se trata es de “inferir conexiones causales entre acciones en un evento, identificando sus contingencias y siguiendo sus consecuencias” (Griffin, 2007: 5).

El principio de contingencia se desvanece, liberaliza y desregula desde el momento en que es tematizado a partir de un aparato de captura exclusivamente inductivo, y por tanto ajeno a cualquier explicación social general.<sup>14</sup> En este punto comparto la opinión de Kiser y Hechter (1998: 785) cuando señalan que lo que se impone en la lectura del conjunto de la CN es la denigración de la explicación general de los resultados sociales en favor del énfasis en la complejidad, la singularidad irrepetible y la contingencia histórica. Si la relación que presentan los autores narrativos entre contingencia y dependencia tiende a dinamitar la posibilidad de entender la tensión temporal pasado-presente, la que fijan entre contingencia y consecuencia, o entre contingencia y resultado, haría lo propio con la temporalidad

<sup>14</sup> Respecto de los límites del inductivismo en la sociología, consúltense las obras clásicas de Mill (1888); Cohen y Nagel (1934); Durkheim (1982); y Weber (1975).



presente-futuro (que puede ser igualmente presente-futuro en el pasado). Como muestra de otro tropiezo en este punto, Somers afirma que los resultados de los eventos son verdaderamente contingentes, a la vez que reconoce que la alteración de un evento cambiará las cosas a futuro (Somers, 1990: 24-25). Dependencia no dependiente del evento, consecuencias no del todo contingentes. Para oscurecer más el panorama, Griffin invita a explorar la mirada de los patrones secuenciales de los eventos (Griffin, 2007: 5). El término “mirada” aquí da cuenta de que mucha variedad es posible, y de que toda variedad es a la vez imposible. La noción hace estallar cualquier sentido de direccionamiento de los procesos, alimentando esta acepción perturbada y poco convincente de la contingencia radical. Así, vemos que abundan declaraciones en extremo imprecisas sobre los modos en que pasado, presente y futuro se afectan desde un supuesto paradigma de la contingencia.

Según supongo, serían dos las debilidades centrales de esta visión causalista de la contingencia radical. La primera la señala el propio Abbott, si bien no como un problema, quien reconoce que los sociólogos que se concentran directamente en la contingencia como aspecto central de la historia son usualmente microteóricos, como los interaccionistas o los etnometodólogos (Abbott, 1991: 205). Creo que esta visión de la contingencia ha logrado reproducirse y eventualmente ha prosperado a partir del encierro de la sociología del cambio social en una microsociología, desentendiéndose de la relación micro-macro y de la dialéctica de escalas espaciales.<sup>15</sup> La exclusión del registro macrosociológico ha debilitado también el componente estructural de los procesos sociales en favor de la agencia. Si bien las estructuras habitan y componen todo espacio social, estas adquieren mayor preeminencia en la medida en que la visión sociológica se expande y complejiza en términos espaciales. En cualquier caso, resulta completamente inaceptable que en el mundo de hoy, crecientemente

<sup>15</sup> Dos buenos ejemplos de la opción excluyente del análisis narrativo por la micro-fundamentación son Levi (2007); y Kiser y Welser (2007).

globalizado, la CN promoció una perspectiva predominantemente microsociológica para el análisis de los procesos sociales. A ello finalmente hay que agregar, en acuerdo con Jürgen Habermas, que en el interés por la narración se esconde el interés por la totalidad, como preocupación por un todo de la realidad temporal que no es realizable, pero que, al mismo tiempo, es su presupuesto necesario y en función del cual se dan las construcciones narrativas (Habermas, 1976: 229). Me podría extender en este punto pero por el momento lo dejaré aquí.

La segunda debilidad es una repetición de lo que vengo sosteniendo como crítica central a la explicación narrativa. Esta tiene que ver con el descuido del tiempo-futuro, o bien, de la tensión presente-futuro a partir del abandono de la teoría sociológica moderna. La contingencia, sea esta radical o superficial, es en primera instancia un modo de expresión de la tensión presente-futuro, esto es, del modo en que presente y futuro se afectan, y luego una expresión de la temporalidad como un todo. Al ingresar el tiempo-futuro como un tiempo sociológico necesario de ser dilucidado, la ecuación de los problemas que hemos planteado en este punto cambia sensiblemente. No es lo mismo señalar que la secuencia de eventos es impredecible, como lo hace Somers, que hacerse la pregunta por las posibilidades o no de predicción en las ciencias sociales. ¿En algunas situaciones se puede hacer presente lo predecible en lo impredecible?; ¿existe la posibilidad de registrar niveles de impredecibilidad según circunstancias? El argumento de la impredecibilidad, tal como se emplea en la CN, es un postulado de sentido común que no solo asume la total imposibilidad de una visión probabilística del futuro, sino que dinamita los pilares de la propia noción de causalidad que ellos promueven. El primer Sewell desecha la noción de temporalidad del marxismo y de Wallerstein porque entiende que sus visiones quedan presas de un futuro que determina su presente y su pasado. Así, a partir de esa simple operación de negación, no solo el futuro marxista sino el futuro como un todo quedó completamente desechado.

### 4.1.3. *La acción como fundamento de la temporalidad*

Es muy importante señalar que la CN apuesta por la preeminencia de la acción individual y de la social en la determinación del devenir de los procesos sociales. Por motivos desconocidos, este hecho no se explicita con claridad por parte de los autores referentes de la comunidad mencionada. La fuerza transformadora adjudicada a la acción ayuda a dimensionar las implicaciones y los alcances que la opción por una nueva temporalidad múltiple, compleja y sobre todo contingente podría traer aparejados. Sin una idea de la acción entendida como factor precipitante del cambio social –en los términos clásicos de McIver– difícilmente se podría edificar una razón sociológica centrada en una noción radical de contingencia, como tampoco se podría imaginar una articulación entre acción y contingencia en tales términos sin remitirla a una perspectiva predominantemente microsociológica. De este modo, no resulta para nada extraño que la primera tarea que acomete la CN en este punto sea la sobrejerarquización de la dimensión creativa, transformativa e instituyente de la acción. Así, Sewell llama a poner en el centro de la investigación narrativa la cuestión de cómo las estructuras son transformadas o reconfiguradas por la acción social (Sewell, 1990: 24). Del mismo modo, Griffin afirmará que su perspectiva “se enfoca en actores y en acciones sociales, y por lo tanto fomenta la comprensión de la agencia; esto es, el modo en que mujeres y hombres activamente moldean su mundo” (Griffin, 2007: 7). La preferencia por tal protagonismo de la acción adopta una forma igualmente nítida en Abbott, quien asume que es en la lógica de la acción donde anida la lógica temporal de los procesos sociales. Sin detenerse en precisiones, este último autor señala que el objetivo de su análisis narrativo es “explicar la estructuración de la acción social a través del tiempo”, y que para hacerlo es necesario “analizar la secuencia temporal de las acciones, lo cual demandaría un modo de explicación que es intrínsecamente, si no exclusivamente, temporal en su lógica” (Abbott, 1992: 435). En cualquier caso, será este concepto

fuerte de acción transformadora el que ofrece el argumento “sociológico” para validar el reconocimiento de la ansiada emergencia ininterrumpida de la novedad, el advenimiento heracliteano y castorideano de lo nuevo. Si la respuesta principal de la temporalidad narrativa es la contingencia de la acción, la pregunta será por el advenimiento de lo nuevo en el actor y no precisamente por el cambio social como un todo. Quien lo dice más claramente es Griffin: la emergencia de la novedad en las narraciones obedece a “aquellos actos contingentes e impredecibles que a menudo traen aparejadas grandes consecuencias” (Griffin, 2007: 4). La acción así entendida asume para Griffin la dimensión de un acontecimiento sociohistórico. Tal equivalencia se evidencia más adelante, en el mismo texto, cuando invita a entender los eventos históricos como acontecimientos –y no ya como acciones– configuracionales y contingentes caracterizados por “la emergencia de la novedad” (Griffin, 2007: 7). Así, resulta comprobable que para la CN los eventos históricos remiten en primera instancia a las acciones. Debe aclararse que no se trata de una crítica a la importancia de la acción para una teoría del cambio social, sino al reduccionismo subjetivista que orienta la visión de los sociólogos narrativos. Ello explica el rechazo de estos autores a perspectivas sociorelacionales, no dualistas ni holísticas, como la de Anthony Giddens, que se ocupan muy especialmente de las lógicas de la acción social. El sociólogo inglés sostendrá que si bien lo que hace de una narrativa una “historia”<sup>16</sup> persuasiva es la identificación del escenario, las circunstancias y los resortes de una acción, los escenarios y las circunstancias donde ocurre una acción no nacen del aire. Para Giddens, estos también deben explicarse en el interior del mismo marco lógico con el cual se debe de entender, igualmente, cualquier acción expuesta y comprendida (Giddens, 1984: 381). Tal sería el fenómeno conjuntista al que atiende, según su parecer, la teoría de la estructuración que presenta en la década del 80.

<sup>16</sup> El entrecomillado es de Giddens.

La acción, del modo en que la entiende la CN, encierra una doble atemporalidad que evidentemente se traslada a su perspectiva sociológica general. Por un lado, no registra adecuadamente el tiempo-pasado, ya que sobredimensiona el tiempo-presente de la acción potencialmente transformadora, haciendo flotar en un completo vacío teórico la noción de “dependencia del sendero” que analicé más arriba. Luego, por otro lado, pese a que la pregunta por el advenimiento de lo nuevo, por la irrupción de la novedad, por el potencial transformador de la acción, remite a una tensión entre tiempo presente y tiempo futuro, los narrativistas no se hacen cargo, como ya venimos indicando, de desarrollar conceptualmente esta tensión temporal. De esta manera, la “emergencia de la novedad” minimiza el tiempo-futuro. Así, contra el primer Sewell sostengo que no hay forma de registrar el modo en que la acción social transforma y reconfigura las estructuras sin contemplar el tiempo-futuro de la acción presente. Esta crítica también recaería sobre Giddens. La comprensión de los “resortes” de la acción, tal como este último propone, demandaría también la conceptualización de la dimensión proyectiva de la acción, el tiempo-futuro de la lógica de la acción, tarea que el sociólogo inglés no realiza. La acción, tal y como la entiende la corriente narrativa, finalmente cae también, como ya indiqué, en el subjetivismo. Aquí, contra Abbott diré que más que explicar la estructuración de la acción social a través del tiempo, de lo que se trata, en todo caso, es de dar cuenta de la estructuración del cambio social a través del tiempo, para lo cual, ahora sí, resulta indispensable atender a los procesos de constitución social de una lógica de la acción que no puede prescindir de su dimensión instituyente.

## 5. Conclusiones

La consolidación del narrativismo en la sociología histórica estadounidense, así como en el resto de las ciencias sociales, en tiempos

de propagación del ciclo neoliberal (décadas del 80 y 90), vino de la mano de un cambio abrupto en la agenda de investigación continental. Este se hizo efectivo a partir del rechazo del proyecto intelectual de la sociología moderna, y muy en particular de la marginación de la pregunta y de la inquietud política por el cambio socioestructural. Creo que la afiliación a una visión narrativa en la sociología tiene una implicación determinada en un país dominante como Estados Unidos y otra muy distinta en una región estructuralmente dependiente como América Latina. El supuesto con el cual pretendo cerrar el trabajo es que el “giro narrativo” no prolifera accidentalmente del modo analizado en los espacios académicos de los países del Norte. Al desactivar una teoría social general pasan por alto un principio relacional, y más en concreto, una teoría sociorelacional de la apropiación. De este modo, la CN desinscribe el objeto sociológico de una geopolítica global, de las disparidades entre el Norte y el Sur Global, y de ese modo –aunque sea por defecto– naturaliza la posición del dominador. No resulta sostenible en América Latina “pagar el precio” de los enfoques narrativos, porque sus sociedades se conforman en una situación de dependencia socioestructural respecto de los países centrales. En cualquier caso, como ya mencioné, este punto de observación macrosociológico recién se reabre a partir de la crisis económica global de 2008. Es la nueva certeza respecto de la imposibilidad de pensar el mundo social sin una teoría del capitalismo y una teoría de la sociedad mundial la que echa por tierra las pretensiones de transformar la reclusión subjetivista y culturalista del narrativismo en una teoría social.

Para poder avanzar en la actualización de un proyecto intelectual resulta imprescindible superar, en primer lugar, las trampas antiteóricas tendidas por el narrativismo. Contra la acusación de totalitarismo teórico es necesario recordar que si bien toda teoría simplifica la realidad y, por tanto, resulta necesariamente incompleta, ello no significa que no sea plausible, como bien nos lo aclaran Kiser y Hechter. Contra la ilusión empirista, es imprescindible hoy tomar conciencia de que el inductivismo que promueve la CN

se basa en teorías implícitas, lo cual hace evidente que las ciencias sociales siempre estarán mejor con las teorías explicitadas. También, contra el empirismo, es preciso reconocer la existencia de causas y fuerzas subyacentes e inobservables que generan relaciones entre elementos observables. Contra el subjetivismo, hay que volver a proponer la idea de que existe un mundo social afuera de las mentes y del registro sensorial de los actores. Contra un principio radical de contingencia, también resulta imperioso recuperar el deseo de descubrir regularidades causales (intención no confiada al positivismo). Finalmente, contra todo teoricismo, debemos tener presente la advertencia que hizo Robert Merton de que solo la explicación que integra registros empíricos precisos puede ser probada (Merton, 1957: 97-99).

A lo largo del trabajo se pudo comprobar que el movimiento de rechazo de la teoría social moderna de la CN se consumó a partir de un reduccionismo tanto temporal como espacial. El reduccionismo temporal se concretó a partir del abandono de un principio procesual, pese al discurso procesual del narrativismo. Dicho abandono se hizo efectivo a partir de la exclusión de la larga duración y del tiempo-futuro en las ciencias sociales, y por tanto a partir de la totalización del tiempo presente. No caben dudas que la pregunta por el futuro se está reinstalando a nivel mundial en la sociología, principalmente debido a los nuevos interrogantes que recuperan la inquietud por el destino del capitalismo y la irreversibilidad o no de la globalización financiera en curso. El desdén por el tiempo-futuro de la CN alimentó la marginación de las teorías del cambio social. Por su parte, el reduccionismo espacial que conlleva el rechazo de la teoría sociológica moderna provocó la renuncia a tres principios metodológicos centrales: a un principio holístico, a un principio relacional y a un principio multidimensional. La primera se concretó en este caso a partir de la ruptura con una espacialidad nacional, regional y mundial, siendo esta última la espacialidad de referencia de las dinámicas económicas capitalistas. El espacio mundial ha ido incrementando su centralidad al mismo ritmo en que se van extendiendo

las cadenas de interdependencias sociales a nivel planetario, y en la medida en que se populariza la pregunta por los límites espaciales de la globalización económico-financiera. La desactivación del principio relacional se concretó a partir del desprecio por el componente estructural de las relaciones sociales, circunscribiendo la investigación a la trama interpersonal y subjetiva de los procesos sociales. Finalmente, el abandono del principio multidimensional implicó la exclusión de la dimensión material-económica de las relaciones, los procesos y los conflictos sociales, precipitando con ello una visión culturalista de la realidad sociohistórica, siendo la CN una expresión paradigmática de tal postura.

La actualización de las ciencias sociales y de la sociología no debería iniciarse a partir de un “giro histórico”, como propone el narrativismo, sino más bien de una “restitución espacio-temporal” que invite a resolver los problemas del tiempo y del espacio de modo integrado y articulado. Tal como mencionaba Giddens hace décadas con cierto ímpetu clásico, se trata de pensar en los términos de un espacio-tiempo en lugar de tratar tiempo y espacio de modo separado (Giddens, 1984: 384). La restitución espacio-temporal permitiría volver a reequilibrar ambas dimensiones, quitándole toda ponderación predeterminada a esta relación indivisible. Ello no significa una igualación de tales factores en los hechos, sino más bien la transformación de dicho vínculo de mutua imbricación en un objeto de investigación para cada caso.

En síntesis, se puede postular el inicio de una forma nueva de investigar lo social, pero a partir de recuperar y actualizar un proyecto intelectual de base moderno para las ciencias sociales (Torres, 2016 y 2017). El valor que encierra el movimiento sugerido de recuperación de un proyecto intelectual se asocia con la necesidad y la oportunidad de poner nuevamente en el mapa, bajo nuevas coordenadas, la gran pregunta clásica por el devenir sociohistórico, y junto a ello, el compromiso con la prefiguración del destino de nuestras sociedades, en los términos insistentemente sugeridos por José María Aricó y Celso Furtado. Todo esto demanda la construcción de teorías sociológicas



atentas a los principios metodológicos señalados, lo cual incluye la necesidad de reconocer y revitalizar la teoría social clásica, incluida la tradición marxista. Desde un interés teórico reconstructivo sigue siendo una cuenta pendiente poder discernir en qué medida la exclusión de la temporalidad social y de la espacialidad mundial en las ciencias sociales contemporáneas tuvo que ver con la demonización y el posterior abandono del materialismo histórico.

## 6. Bibliografía

Abbott, Andrew. (1991). History and Sociology: The Lost Synthesis. *Social Science History*, 15 (2): 201-238.

Abbott, Andrew. (1992). From Causes to Events: Notes on Narrative Positivism. *Sociological Research and Methods*, 20: 428-455.

Abbott, Andrew. (2001). *Time Matters. On Theory and Method*. Chicago: The University of Chicago Press.

Abbott, Andrew. (2007a). Against Narrative: A Preface to Lyrical Sociology. *Sociological Theory*, 25 (1): 67-99.

Abbott, Andrew. (2007b). For Humanist Sociology. En: *Public Sociology*, editado por Dan Clawson, Robert Zussman, Joya Misra, Naomi Gerstel, Randall Stokes & Douglas L. Anderton, 195-209. Berkeley: University of California Press.

Abrams, Phillip. (1982). *Historical Sociology*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.

Adams, Julia; Elisabeth Clemens & Ann Shola Orloff. (2003). *Social Theory, Modernity, and the Three Waves of Historical Sociology*. Estados Unidos: Russell Sage Working Papers 206.

- Aminzade, Ronald. (1992). Historical Sociology and Time. *Sociological Methods and Research*, 20 (4): 456-480.
- Bendix, Reinhard. (1984). *Force, Fate, and Freedom*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Bernasconi Ramírez, Oriana. (2011). Aproximación narrativa al estudio de fenómenos sociales: principales líneas de desarrollo. *Acta Sociológica*, 56: 9-36.
- Blalock, Hubert. (1984). *Basic Dilemmas in the Social Sciences*. Beverly Hills, California: Sage.
- Borisenkova, Anna. (2010). Narrative Refiguration of Social Events. Paul Ricœur's Contribution to Rethinking the Social. *Études Ricœuriennes / Ricœur Studies*, 1 (1): 87-98.
- Brachet Márquez, Viviane. (2014). *Contention and the Dynamics of Inequality in Mexico 1910-2010*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Burke, Peter. (1992). *History and Social Theory*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.
- Calhoun, Craig. (1996). The Rise and Domestication of Historical Sociology. En: *The Historic Turn in the Human Sciences*. Terrence J. McDonald, 305-338. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Cohen, Morris y Ernest Nagel. (1934). *An Introduction to Logic and Scientific Method*. Nueva York: Harcourt Brace & Co.
- Czarniawska, Barbara. (2004). *Narratives in Social Research*. Londres: Sage.
- Durkheim, Emile. (1982). *The Rules of the Sociological Method*. Londres: Macmillan.
- Giddens, Anthony. (1984). *La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu [nueva edición, 2006].
- Goldthorpe, John. (1994). The Uses of History in Sociology: A Reply. *The British Journal of Sociology*, 45 (1): 55-77.
- Gotham, Kevin Fox & William Staples. (1996). Narrative Analysis and the New Historical Sociology. *The Sociological Quarterly*, 37 (3): 481-501.

- Griffin, Larry. (1992). Temporality, Events and Explanation in Historical Sociology: An Introduction. *Sociological Methods and Research*, 20: 403-427.
- Griffin, Larry. (1995). How Is Sociology Informed by History? *Social Forces*, 73 (4):1245-1254.
- Griffin, Larry J. (2007). Historical Sociology, Narrative and Event-structure Analysis: Fifteen Years Later. *Sociologica*, 3: 1-17. Boloña.
- Habermas, Jürgen. (1976). *La reconstrucción del materialismo histórico*. Madrid: Taurus [última edición, 1981].
- Heckathorn, Douglas. (1983). Formal Historical Analysis: Quantitative and Non-quantitative Approaches. *Social Science Journal*, 20: 1-16.
- Heckathorn, Douglas. (1984). Mathematical Theory Construction in Sociology: Analytic Power, Scope, and Accuracy as Trade-offs. *Journal of Mathematical Sociology*, 10: 295-323.
- Hooks, Gregory. (1993). The Weakness of Strong Theories: The U. S. State's Dominance of the World War II Investment Process. *American Sociological Review*, 58 (1): 37-53.
- Hyvärinen, Matti. (2010). Revisiting the Narrative Turns. *Life Writing*, 7 (1): 69-82.
- Hyvärinen, Matti. (2016). Narrative and Sociology. Narrative Works: Issues, *Investigations, & Interventions*, 6 (1): 38-62.
- Jessop, Bob. (2002). *The Future of the Capitalist State*. Reino Unido: Polity Press.
- Kiser, Edgar & Michael Hechter. (1991). The Role of General Theory in Comparative-historical Sociology. *American Journal of Sociology*, 97 (1): 1-30.
- Kiser, Edgar & Michael Hechter. (1998). The Debate on Historical Sociology: Rational Choice Theory and Its Critics. *American Journal of Sociology*, 104 (3): 785-816.
- Kiser, Edgar; Howard Welser. (2007). The Microfoundations of Analytic Narratives. *Sociologica*, 3: 1-19. Boloña.

- Levi, Margaret. (2007). Macroprocesses from Microfoundations. *Sociologica*, 3: 1-7. Boloña.
- Mahoney, James. (2004). Comparative-historical Methodology. *Annual Review of Sociology*, 30: 81-101.
- Maines, David. (1993). Narrative's Moment and Sociology's Phenomena: Toward a Narrative Sociology. *Sociological Quarterly*, 34 (1): 17-38.
- McDonald, Terrence. (1990). What We Talk about When We Talk about History: The Conversations of History and Sociology. Comparative Study of Social Transformations. *Working Papers*, 52. Ann Arbor: The University of Michigan.
- Merton, Robert. (1957). *Social Theory and Social Structure*. Nueva York: Free Press.
- Mill, John Stuart. (1888). *A System of Logic*. Nueva York: Harper & Brothers.
- Plummer, Kenneth. (2001). *Documents of Life 2: An Invitation to a Critical Humanism*. Londres: Sage.
- Polkinghorne, Donald. (1988). *Narrative Knowing and the Human Sciences*. Albany: The State University of New York Press.
- Prechel, Harland. (1991). Irrationality and Contradiction in Organizational Change: Transformation in the Corporate Form of a U.S. Steel Corporation, 1930-1987. *Sociological Quarterly*, 32 (3): 423-445.
- Quadagno Jill & Knapp Stan. (1992). Have Historical Sociologists Forsaken Theory? Thoughts on the History-Theory Relationship. *Sociological Methods and Research*, 20 (4): 481-507.
- Ragin, Charles. (1987). *The Comparative Method: Moving beyond Qualitative and Quantitative Strategies*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Ragin Charles & Zaret, David. (1983). Theory and Method in Comparative Research: Two Strategies. *Social Forces*, 61 (3): 731-754.

- Ramos Torres, Ramón. (1993). Problemas textuales y metodológicos de la sociología histórica. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 63 (93): 7-28.
- Ricoeur, Paul. (1973). The Model of the Text: Meaningful Action Considered as a Text. *New Literary History*, 5 (1): 91-117.
- Ricoeur, Paul. (1984). *Time and Narrative*. Chicago: University of Chicago Press.
- Ricoeur, Paul. (1992). *Oneself as Another*. Chicago: University of Chicago Press.
- Riessman, Cathy. (2008). *Narrative Methods for the Human Sciences*. Los Ángeles, California: Sage.
- Ryan, Mary Laure. (2005). Narrative. En: *Routledge Encyclopaedia of Narrative Theory*, editada por D. Herman, M. Jahn y M. L. Ryan, 344-348. Londres: Routledge.
- San Pedro López, Patricia. (2004). Historia social o sociología histórica. El debate en la academia norteamericana en el periodo de la posguerra, 1945-1970. *Sociológica*, 19 (55): 13-47.
- Sewell, William. (1990). Three Temporalities: Toward a Sociology of the Event. Conferencia dictada en el marco del seminario *The Historic Turn in the Human Sciences*, en la Universidad de Michigan, 5-7 de octubre de 1990.
- Sewell, William. (2005). *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Sewell, William. (2006). Por una reformulación de lo social. *Ayer*, 62 (2): 51-72.
- Shaw, Martin. (1998). The Historical Sociology of the Future. *Review of International Political Economy*, 5 (2): 321-326.
- Skocpol, Theda. (1979). *States and Social Revolutions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Skocpol, Theda. (1985). *Vision and Method in Historical Sociology*. Cambridge: Cambridge University Press.

Skocpol, Theda. (1986). Analysing Causal Configurations in History: A Rejoinder to Nichols. *Comparative Social Research*, 9: 187-194.

Somers, Margaret. (1990). Narrativity, Culture, and Causality: Toward a New Historical Epistemology, or Where is Sociology after the New Historic Turn? Ponencia presentada en el seminario *The Historic Turn in the Human Sciences*. Ann Arbor: Universidad de Michigan, 5-7 de octubre de 1990.

Stanley, Liz & Temple, Bogusia. (2008). Narrative Methodologies: Subjects, Silences, Re-readings and Analysis. *Qualitative Research*, 8 (3): 275-281.

Steinmetz, George. (2007). The Historical Sociology of Historical Sociology. Germany and the United States in the Twentieth Century. *Sociologica* 3: 1-28. Boloña.

Stinchcombe, Arthur. (1978). *Theoretical Methods in Social History*. Nueva York: Academic Press.

Sztompka, Piotr. (1995). *Sociología del cambio social*. Madrid: Alianza Universidad.

Tilly, Charles. (1980). Historical Sociology. *Current Perspectives in Social Theory*, 1: 55-59.

Tilly, Charles. (1981). *As Sociology Meets History*. Nueva York: Academic Press.

Tilly, Charles. (1984). *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*. Nueva York: Russell Sage.

Tilly, Charles. (1999). Historical Sociology. *International Encyclopaedia of the Social and Behavioral Sciences*, 6753- 6757. Nueva York: Columbia University.

Tilly, Charles. (2002). *Stories, Identities and Political Change*. Lanhan, Maryland: Rowman & Littlefield.

Tilly, Charles. (2006). *Why?* Nueva Jersey: Princeton University Press.

Tilly, Charles. (2008). *Credit and Blame*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.

Torres, Esteban. (2016). La construcción de teoría social como horizonte de expectativas para las ciencias sociales en la República Argentina: obstáculos, tensiones y desafíos. En: *La teoría social en América Latina: problemas, tendencias y desafíos actuales*, editado por Esteban Torres & Juan Pablo Gonnet, 13-76. Buenos Aires: Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

Torres, Esteban. (2017). El proyecto intelectual: hacia la reconstrucción de un programa teórico para las ciencias sociales en América Latina. *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, 46, segunda época. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Wiley, Norbert. (1986). The Current Interregnum in American Sociology. *Social Research*, 52: 179-207.

Weber, Max. (1975). *Logical Problems of Historical Economics*. Nueva York: Free Press.





# La producción de teoría social como horizonte de expectativas para las ciencias sociales en América Latina<sup>1</sup>

## 1. Introducción: teoría social, método y construcción<sup>2</sup>

El riesgo de un naufragio mayúsculo de la investigación en ciencias sociales en Argentina y en América Latina se proyecta en la actualidad con una fuerza inusitada. El problema tiene nuevamente como epicentro a la práctica teórica. Mi diagnóstico y el de varios de mis colegas más próximos es que actualmente en América Latina se está profundizando un proceso de descomposición y declinación de las dinámicas de construcción de teorías sociológicas propias, deterioro que se generaliza desde principios de la década del 80. En este escenario confluyen tres fenómenos intelectuales prácticamente incuestionables, con escasa conexión entre ellos: a) el predominio de un tipo

<sup>1</sup> Publicado en: Torres, Esteban & Gonnet, Juan Pablo (eds.). (2016). *La teoría social en América Latina: problemas, tendencias y desafíos actuales*. Buenos Aires. CONICET, pp. 13-76. Título original: “La construcción de teoría social como horizonte de expectativas para las ciencias sociales en la República Argentina: obstáculos, tensiones y desafíos”. Esta versión se ha modificado ligeramente en relación a la original.

<sup>2</sup> Quisiera agradecer muy especialmente a José Mauricio Domingues, a Graciela Inda, a Juan Pablo Gonnet y a Sergio Pignuoli Ocampo por la lectura detenida y los comentarios críticos al presente texto.

de investigación teórica entendido como estudio reproductivo o crítico de teorías ajenas; b) la proliferación de una investigación de base empírica de bajísima autoconciencia teórica, que suele someterse consciente e inconscientemente a marcos teóricos ajenos al mismo tiempo que asume encendidos discursos antiteóricos; c) la defensa reactiva, virulenta y no fundamentada del ensayismo como saber privilegiado en las ciencias sociales en detrimento del conocimiento teórico-metódico. En la Argentina este último suceso, que tiene un fuerte componente porteño y culturalista, exhibe una obsolescencia tan llamativa como autorreferencial. Las energías ensayísticas actuales parecen mucho más empeñadas en seguir combatiendo contra el fantasma de Gino Germani que en vigilar sus propias prácticas intelectuales en función de las nuevas realidades sociohistóricas de la región, demostrando así una sujeción alienada semejante a la de aquella fracción de la sociología norteamericana que aún continúa perseguida por el espectro de Talcott Parsons.

A partir de tal registro empobrecedor la construcción teórica podría concebirse, en el mejor de los casos, como un horizonte de expectativas pero no como una práctica usual, concreta y palpable. Y es precisamente la necesidad de encontrarle una explicación y una salida a tal hecho la que obliga a inscribir la pregunta específica por los actuales modos de teorización en las ciencias sociales en un esquema de intelección sociológica e histórica situacional que tome como objeto a la propia práctica teórica,<sup>3</sup> esto es, que lo integre en el marco del análisis del *campo científico-social*. La constatación de una situación de enajenación teórica de ningún modo es un hecho novedoso en el país y en la región, como tampoco lo son los repetidos intentos por emprender un nuevo camino orientado a la conquista de un tipo de autogobierno intelectual que profundice el conocimiento social de América Latina. El llamado de atención de Esteban

<sup>3</sup> Por el momento dejo de lado la pregunta por el tipo de teoría que habría que construir, si se trata de teorías de alcance intermedio o inscriptas en horizontes de totalidad social, si deberían ser más o menos eclécticas, etc.

Echeverría y de Juan Agustín García a mediados y fines del siglo XIX sobre la prolongación del carácter estacionario de las ciencias sociales en Argentina producto de su mansa atadura a las ideas de París o Nueva York (Echeverría, 1948; García, 1899) parecen ser dos puntos más próximos que lejanos, en tanto las viejas dependencias, lejos de disolverse, se actualizan en el presente en un escenario distinto, más complejo y extremadamente difícil de dimensionar.

Las preguntas centrales que me formulo en el presente trabajo, y que a mi criterio son parte de los interrogantes primarios que deberíamos intentar responder en la actualidad como comunidad, son las siguientes:

- ¿Cómo se hace investigación social *hoy* y cuáles son los obstáculos, las tensiones y los desafíos que enfrenta dicha empresa si es que asumimos como horizonte de expectativas la construcción de teoría para la investigación social?<sup>4</sup>;
- ¿De qué modo habría que concebir hoy la investigación que toma a la teoría como objeto para que pueda convertirse en una instancia “potenciadora” para la construcción de teoría en nuestro país?;
- Desde una visión estratégica del campo científico-social nacional y regional, ¿cómo podemos transitar de la investigación actual *sobre* teorías y de la investigación metodológica *sobre* teorías, a la construcción *de* teorías?

Partiendo de este marco de interrogación se cae de maduro que la pregunta por la investigación teórica debe situarse más allá de la teoría como objeto. Si en otros trabajos defino en abstracto a la teoría social como dispositivo de poder y como caja de herramientas, aquí optaré por *concretar* tal definición señalando que la teoría social es un dispositivo de poder y una caja de herramientas *que hay que*

<sup>4</sup> Aquí hago particular énfasis en el “hoy”, siendo el “hoy” un arreglo espacio-temporal que se concretiza como aquí y ahora.

*construir*. La legitimidad del trabajo teórico depende precisamente de lograr construir nueva teoría social articulada con un proyecto intelectual, del modo que comentaré más adelante. Desde tales coordenadas la llamada “teoría social contemporánea”, en tanto teoría ajena, no es un objeto “en-sí” sino un objeto “para-mí”,<sup>5</sup> esto es, un objeto dispuesto a ser apropiado por el investigador social en su faceta de constructor de teoría social. En cualquier caso, antes que perfilar una declaración de intenciones grandilocuentes que aspire a iluminar la realidad en abstracto, se trata de reflexionar en términos sociológicos, relacionales y situados sobre la teoría social que procesamos y que aún no hacemos, sin perder de vista que la construcción teórica es el horizonte al cual debemos apuntar.

Con el propósito de ensayar algunas respuestas provisionarias a los interrogantes formulados arriba propongo emplear una matriz orientada a identificar obstáculos, tensiones y desafíos en tres planos distintos e interrelacionados: el plano teórico, el plano cultural y el plano institucional-político. Si bien tales planos no agotan el proceso de diagnosis, entiendo que son los mayormente gravitantes respecto al “aquí” y “ahora” del tema en cuestión. En una misma lógica, los obstáculos, las tensiones y los desafíos que identifico en el trabajo no incluyen la totalidad de elementos existentes e incidentes, sino solo aquellos que considero de mayor relevancia e impacto sociocientífico. Pese a que sugiero un abordaje multidimensional, este trabajo constituye simplemente un primer momento unidimensional del análisis. Quedará para un próximo texto el desarrollo sistemático de las interinfluencias, los condicionamientos recíprocos y las intersecciones que emergen entre los diferentes planos mencionados. Será a partir de la conquista de tal esquema relacional que se podrá visualizar de un modo más acabado problemas y objetos de mayor complejidad y por lo tanto, en cierta forma, más reales. Así como los obstáculos que se identifican en esta primera aproximación

<sup>5</sup> La idea de emplear la noción de “objeto para-mí” en reemplazo de la noción de “objeto para-sí” se la debo a Sergio Pignuoli Ocampo.

preliminar son unidimensionales, los desafíos que formulo también lo son. En la mayoría de los casos evitaré hacer referencias a personas, proyectos e instituciones concretas, si bien evidentemente estas reflexiones se inspiran en ellas.

Finalmente, intuyo que buena parte de los obstáculos, las tensiones y los desafíos que presento como propios de la comunidad científico-social anclada en nuestro territorio nacional resultan comunes o bien guardan fuertes similitudes con los obstáculos, las tensiones y los desafíos que se presentan en los restantes países de nuestra región, desde el norte de México hasta Ushuaia. Ello invita a suponer que la unidad espacio-temporal de análisis, de diagnóstico y de prospección de mayor valor, y por tanto de referencia en primera instancia, podría ser la regional, esto es, América Latina, y no ya la República Argentina.

## **2. Obstáculos, tensiones y desafíos teóricos**

### ***2.1. Los obstáculos teóricos***

Los principales obstáculos teóricos, actuales y potenciales, que a mi entender presenta la investigación teórica en nuestro país son cuatro: a) la visión etapista de la investigación metateórica; b) la práctica teórica reduccionista; c) el descuido de los proyectos intelectuales como marco de orientación general; d) las lógicas disciplinares; y finalmente e) la experticia autoral como horizonte de investigación. Veamos cada uno.

#### *2.1.1. La visión etapista en la investigación metateórica*

Este primer obstáculo atañe a la agenda de investigación metateórica realmente existente en las ciencias sociales, en particular en lo que atañe a la función de esta clase de investigación en relación con el conjunto de la práctica teórica y luego con la investigación social

como un todo. La investigación metateórica en campo de las ciencias sociales en la República Argentina es una apuesta analítica que está germinando en los últimos años, al menos de un modo sistemático, formal y planificado, al calor de la creciente profesionalización y especialización de la investigación social y de la investigación teórica en particular. A nivel global, remite a una corriente que se desarrolla principalmente en Estados Unidos y que cobra fuerzas en las décadas del 80 y 90, en tiempos de crisis y profunda revisión del horizonte moderno de teorización. Por investigación metateórica me refiero a la investigación sistemática sobre los modos de teorización ajenos, cuyo objetivo central está orientado al esclarecimiento y el reordenamiento metodológico de la práctica socioteórica. Contra la opinión o la omisión de algunos colegas, es muy necesario recordar dos puntos estrechamente conectados entre ellos: el primero es que la investigación sobre cuestiones metodológicas de otras teorías no guarda un valor en sí mismo. Y el segundo es que la investigación teórica, al no ser una manifestación de la investigación social como un todo, tampoco tendría un valor intrínseco estable, predeterminado e indiscutible para la sociología y las ciencias sociales. El argumento central que se suele esgrimir desde esta corriente o tipo de estudio es que el paso previo para hacer teoría, al menos teoría de calidad, implica conocer de modo sistemático como otros la han hecho, y que el respeto y el seguimiento paciente de esta secuencia es el mejor camino para arribar a la construcción de teoría.<sup>6</sup> La metateo-

<sup>6</sup> Es interesante constatar que los programas de investigación metateórica actualmente existentes no renuncian a la construcción teórica como horizonte de expectativas. El imaginario constructivo de tales programas se suele presentar de dos formas distintas. En su versión más ambiciosa, este se instala como una promesa factible de realización individual o grupal; esto es, como una instancia inmediatamente posterior a la indagación metateórica, en cierto modo ya contenida en esta última, y siempre alcanzable por el mismo investigador o grupo. Luego, en su versión más modesta y restringida, el imaginario de construcción teórica proyectado apuesta discursivamente por el reconocimiento de una división del trabajo teórico-social, en la cual la investigación metateórica sería la encargada de sentar las bases o bien de ofrecer insumos para la supuesta tarea constructiva de otros. En cualquier caso, formaría parte del sentido común de la investigación teórica en las ciencias sociales la idea, o incluso

rización se constituiría de este modo en “un punto de arranque para nuevas propuestas” (Ritzer, 1988; 1990; 1992; Alexander, 1982, 1987 y 1992; Antonio y Kellner, 1992; Tiryakian, 1992; Wallace, 1992; Weinstein y Weinstein, 1992; Colomy, 1991). Si bien este supuesto no es descabellado, entiendo que no es una máxima que resulte sostenible. Y ello principalmente por tres motivos:

- 1) No hay nada que indique la existencia de un procedimiento para arribar a la creación teórica original, como no lo existe para ningún proceso creativo. De este modo, generar un método para conocer como lo han hecho los demás teóricos no necesariamente mejora la capacidad propia de creación teórica. Algo similar suele ocurrir con aquellos estudiantes que se anotan en la carrera de Letras o de Literatura en la universidad con la expectativa de aprender a escribir y ser buenos escritores. Una exigencia ineludible para ser buen escritor es ser buen lector pero no necesariamente interiorizar un método para la buena escritura ni tener conocimiento sobre las discusiones contemporáneas en el campo de las teorías de la lectura. ¿Cómo reaccionaríamos a la idea de que la teoría se aprende en primera instancia haciéndola y no investigando como otros la hacen? ¿La práctica teórica no es eminentemente “práctica” en primera instancia? Creer en la secuencia

---

la prenotación, de que el hecho de tomar a la teoría como objeto no se valida ni se justifica con independencia de una instancia de construcción teórica. El hecho de señalar la deseabilidad de la integración entre método y construcción, así como reconocer que todo programa suele anunciar –en algunos casos tímidamente– un horizonte de construcción teórica, no significa que ambos elementos se integren en los programas más allá del registro enunciativo. En aquellos programas en los que se concibe la cuestión del método y la cuestión de la construcción teórica como aspectos separados se corre un riesgo no menor, que es la posibilidad de autonomización en la práctica del trabajo metateórico, y con ello también la posibilidad de que este último, al no contemplar la construcción teórica más que como un horizonte abstracto de orientación de la investigación, termine por impedir o hacer fracasar el proyecto constructivo en un mediano plazo.

etapista indicada arriba puede conducir a lo que he llamado en otras oportunidades “la asfixia metateórica de la teoría”.

- 2) El segundo motivo involucra una suposición muy difícil de verificar: sostengo que el trabajo metodológico sobre la teoría, en su mejor versión, se orienta mayoritariamente a partir de un posicionamiento teórico ya asumido por el investigador, o bien tomando como base al menos un esbozo de construcción teórica propia (ya existente) que direcciona la investigación sobre otras teorías. De este modo, antes que suponer que el estudio sistemático de las metodologías teóricas ajenas es un paso necesario para la edificación teórica propia, diría que por lo general lo teórico previo tiende a direccionar lo metodológico, y por tanto que la ecuación entre descubrimiento y autoconfirmación, entre esclarecimiento y justificación, se correría hacia el segundo polo, restándole a la investigación metodológica valor de conocimiento para la teoría. Con esta idea no pretendo caer en una visión lineal alternativa del proceso de conocimiento teórico sino más bien llamar la atención, de un modo muy esquemático, sobre otro registro de causación para los procesos de creatividad teórica. Mi impresión entonces es que la historia de la teoría es primero la historia de algo que se hace, y que luego, llegado el caso y la necesidad, se fundamenta metodológicamente. Si esto es así, es desde la hipótesis o el supuesto propio que la indagación metodológica cobraría sentido en primera instancia.
- 3) El tercer argumento tiene que ver con el llamado “costo de oportunidad” de dedicarse a la investigación metateórica. El tiempo y la energía que le dedicamos a esta actividad son tiempo y energía que no le dedicamos a otra práctica teórica e investigativa. Incluso quien rechace las dos razones expuestas arriba, suscribiendo al postulado “abstracto” de la necesidad de conocer el modo de teorización ajeno para fortalecer el propio, podría llegar a la dura e incómoda conclusión de que en



nuestra situación concreta, en el marco de las reglas institucionales actuales y dominantes de nuestro sistema científico-social, no hay tiempo material para detenerse en el seguimiento de tal secuencia, y que si la prioridad es crear o innovar pues entonces tal actividad tendría que llevarse adelante en detrimento de la primera. Todo indicaría que tal imposibilidad termina minando en la práctica la ilusión constructorista de la práctica metateórica profesionalizada. Como señala Turner, “aquellos que la proponen y estudian nunca llegan a hacer verdaderamente teoría” (Turner, 1986). De este modo, si optamos por seguir la máxima generalista de Simón Rodríguez “o inventamos o erramos”, pues entonces podría ser mejor proponerse como prioridad inventar y luego construir algo de una buena vez. Aun considerando los argumentos expuestos, he optado por no descartar la utilidad y el valor de la investigación metateórica, tal como lo hace Skocpol,<sup>7</sup> sino más bien preocuparme por dimensionar la forma y los alcances que eventualmente podría y debería adquirir esta gimnasia abstracta para poder contribuir a un proceso de construcción teórica en nuestro campo científico-social.

### *2.1.2. Las visiones reduccionistas*

Bajo el rótulo de “visiones reduccionistas” identifico una serie de perspectivas muy populares y en muchos casos dominantes en el campo científico-social nacional, que a mi entender actúan como obstáculos epistemológicos para la investigación social y la propia investigación teórica. Para la caracterización de algunas de las visiones que mencioné es probable que el término “reduccionista” no sea el más adecuado. Pero tomando como referencia el conjunto de

<sup>7</sup> Prefiero momentáneamente desoír la crítica de Skocpol cuando señala que la investigación metateórica no tiene ningún sentido ya que promueve la sobresimplificación y alteración de las distintas propuestas teóricas (ver Skocpol, 1986).

los registros entiendo que la denominación podría resultar oportuna. No quisiera extenderme en exceso en este punto, dado que hay mucho escrito sobre el tema. Solo me detendré en la mención de las visiones concretas en juego, acompañadas de una brevísima descripción. De este modo, en función de la temática que estamos considerando, las visiones reduccionistas principales serían a mí entender:

- 1) El empirismo: no quisiera insistir demasiado en su caracterización pese a la importancia que adquiere esta visión, ya que los argumentos que podría presentar son relativamente comunes, predecibles y consensuados para quienes defendemos la gravitación del trabajo teórico. Solo quisiera indicar que se trata de una visión dominante en el campo científico-social del país, por lo que representa una gran amenaza para nuestros proyectos de investigación social.
- 2) El relativismo: lo que resulta obstaculizador es el relativismo entendido como un programa de investigación general, como teoría general del conocimiento. Aquí se inscriben las perspectivas posmodernas, algunas visiones postestructuralistas y las apropiaciones más radicales del giro lingüístico en las ciencias sociales. El rechazo central a este posicionamiento tiene que ver con la equivalencia que en general propone entre discurso y verdad, y con la tendencia a la reconversión del conocimiento científico en un saber más entre varios, llevando demasiado lejos la estrategia de rescate de los saberes no científicos.
- 3) El deconstruccionismo: aquí el obstáculo no sería el deconstruccionismo como operación teórica específica, lo cual podría resultar muy valorable, sino el deconstruccionismo como programa de investigación. El deconstruccionismo en esta última acepción tiende a convertir a la crítica en el *leitmotiv* del trabajo intelectual y del conocimiento del mundo. La deconstrucción como empresa es por definición anticonstruccionista, y

por tanto rechaza nuestro horizonte de expectativas para el conocimiento del mundo social. Posiblemente el deconstruccionista programático número uno en las ciencias sociales argentinas sea Horacio González, en una variedad historicista sujeta a un nacionalismo metodológico.

- 4) El teoricismo: entiendo por teoricismo la operación de clausura de los investigadores sociales sobre el trabajo exclusivamente teórico, o bien la operación de completa autonomización de la investigación teórica respecto a la investigación social como un todo. Aquí la opción por la teoría es una opción total, no complementaria con otra práctica de investigación social, no al menos en la rutina actual y/o proyectada de investigación de los teoricitas. Los teoricitas suelen presentar lo particular de la práctica teórica como lo general de la investigación social como un todo. El teoricismo en las ciencias sociales tiende a aceptar con cierta incomodidad la consideración de la investigación teórica como investigación social, ya que “lo social” de la investigación difícilmente pueda justificarse como una referencia por completo subsumida a la teoría. Ello no quita que las pretensiones de validez que la investigación teórica reclama para sí no trasciendan el momento de la teoría, esto es, su inscripción particular, para situarse en el campo general de la investigación en ciencias sociales. Es por completo evidente que apunto a distinguir el teoricismo de la práctica de investigación teórica. A mi entender, es teoricitista aquella investigación teórica que se concibe como medio y fin último, ya sea que se autojustifique en tales términos o en otros. No sería teoricitista la investigación teórica entendida como momento del proceso de investigación social. Así, y volviendo a la cuestión metodológica, los teoricitas no tienen mayores problemas en concebir a la metateoría como un objeto válido en sí mismo. Un típico posicionamiento teoricitista moderado es la concepción de la investigación teórica como proveedora

de insumos conceptuales para una investigación social que la tendría que hacer otro. Se asume y legitima en esta visión una división concreta del trabajo científico que se resumiría en la siguiente afirmación: yo hago investigación básica y vos la aplicás. Se trata de una visión no relacional y no procesual de la investigación teórica.

Como habrán podido observar, los tres primeros reduccionismos son antiteóricos. Se posicionan abiertamente en desmedro de la actividad teórica, rechazándola o bien minimizándola. Por su parte, el cuarto reduccionismo es complicado, difícil de asumir, en la medida que apunta a cuestiones nodales de las formas habituales de investigación de quienes se dedican en la actualidad a la investigación teórica. Llamar la atención sobre este último obstáculo me parece necesario con vistas a facilitar la dura tarea de autoanálisis crítico que deberíamos interiorizar como gimnasia orientada a mejorar nuestras prácticas de investigación social.

### 2.1.3. *El descuido de los proyectos intelectuales*

Un obstáculo teórico gravitante tiene que ver con la ausencia o la minimización de los proyectos intelectuales como guía general para la investigación teórico-social. Se trata a mí entender de uno de los obstáculos teóricos más importantes en la actualidad en nuestra región. Por proyecto intelectual entiendo un *modo de compromiso* con un registro histórico-epocal, esto es, un compromiso con los “grandes problemas” de “nuestro espacio y tiempo”. Aquí el compromiso no se entiende como un compromiso político-orgánico, y menos como un compromiso político-partidario. Se trata del compromiso con un registro determinado de la realidad social, que conlleva un modo particular de práctica teórica. Al decir que el proyecto intelectual es un compromiso doy por sentado que es algo que se puede asumir o no, pero que en cualquier caso siempre se puede asumir. Luego, al señalar que es un “modo” de compromiso, quisiera enfatizar que es

algo que puede adquirir formas diferentes. El hecho de que tal compromiso sea un registro dispuesto a ser asumido no debe hacernos perder de vista que el proyecto intelectual es una creación psicosocial y social, que se reelabora continuamente. El proyecto intelectual no sería patrimonio exclusivo de los científico-sociales y del campo científico-social, sino que también se puede presentar en otros ámbitos de prácticas como el periodístico, el artístico, el literario, etc. En cualquier caso, tal proyecto se concretiza en cada ámbito de prácticas de un modo único. Comprometerse con un registro histórico-epocal conlleva principalmente la atención en cierta idea de “lo general”, aunque en ningún caso en oposición a lo singular o particular. Por lo tanto, el proyecto intelectual desde ya tampoco señala la necesidad de sustituir lo singular y lo micro por lo general. Pero sí exige, por lo pronto, inscribir y fundamentar un problema de investigación individual o colectivo fijando una relación conceptual (y no exclusivamente descriptiva) con un horizonte históricamente situado en la sociedad mundial.

A estas alturas es evidente que la noción de proyecto intelectual se diferencia de lo que institucionalmente se denomina un proyecto de investigación. Para hacer carrera científico-técnica es necesario presentar y aprobar proyectos de investigación, pero en las formas actuales estos no necesariamente contienen proyectos intelectuales. Mi diagnóstico para nuestro sistema científico-técnico es que los proyectos de investigación teórica en buena medida no expresan proyectos intelectuales. Esto es, no se inscriben mayoritariamente en tales coordenadas. La situación entonces es la de un cierto abandono o de una dificultad para integrar un registro o un horizonte histórico-epocal para la investigación teórica y social. El abandono de tal registro guarda estrecha relación con la autonomización y la especialización creciente del sistema científico-técnico, y por consiguiente con su mayor divorcio respecto de los problemas que el entramado social y político identifica como propios. Tal dinámica institucional se presenta como una restricción estructural para el avance de los proyectos intelectuales en la investigación social. La

situación descrita no se debería concebir como una crisis de proyectos intelectuales, ya que para que algo entre en crisis primero tiene que tener una cierta presencia en el mundo, cosa que no llega a suceder con los proyectos intelectuales actualmente en la Argentina.

Decía que la recuperación de un proyecto intelectual implica hacerse cargo, en primer lugar, de “grandes problemas”, y por el otro, de inscribir dichos problemas en “nuestro espacio y tiempo”. Ahora bien, este doble registro es algo en extremo difícil de determinar en la actualidad en el campo científico-social nacional, básicamente porque no hay dinámicas de intercambio en marcha que permitan activar, ni siquiera modestamente, algún mecanismo o espacio de valoración colectiva de los problemas, como tampoco se facilita la construcción y la dinamización de un “nosotros espacio-temporal”, de una comunidad de pertenencia, para fijar una agenda de investigación. La noción de proyecto intelectual se identifica con una actividad teórica orientada a la formulación de una pregunta de investigación cuyo horizonte de validación trasciende en todos los casos lo individual, remitiendo directa o indirectamente a un proceso de discusión y de validación intersubjetivo, y en el mejor de los casos público y abierto a la comunidad. Tal empresa científica se diferencia así de aquella actividad teórico-social orientada a la satisfacción de una inquietud estrictamente individual, que se propone saciar una curiosidad desconectada de problemáticas sociohistóricas concretas. De este modo, la noción de proyecto intelectual contiene el juicio de que no toda pregunta de investigación es, *a priori*, igualmente válida y valorable, y de que no es suficiente una fundamentación individual para que un objeto o un problema merezca ser investigado. Aquí se parte del supuesto que todos tendemos a desplegar un proceso de valorización individual de temas, objetos y problemas de investigación, que lleva a que consideremos más relevantes unos temas, objetos y problemas que otros. Lo histórico-epocal de la investigación se conecta entonces con problemáticas y procesos sociales concretos, sin con ello reducir o subsumir la investigación a un criterio de utilidad social, pero sí asumiendo una referencia epocal para el trabajo

teórico. Por mi parte, considero que buena parte de los “grandes problemas” de la teoría social hoy son igualmente los grandes temas de otros tiempos en el país: me refiero, por ejemplo, a las preguntas históricamente situadas por la naturaleza de la modernidad (y por la relación entre teoría social y modernidad), por el capitalismo, por el Estado, por el poder y la dominación social, por el orden y el cambio social. Creo igualmente que no hay proyecto intelectual en la investigación teórico-social que pueda prescindir de dar respuestas a estos asuntos, o dicho exactamente, que pueda evolucionar sin tomarlos en consideración. Los temas mencionados expresan por lo general una valoración grupal en pequeña escala. Se trata de registros compartidos en nuestros equipos y redes de investigación. Los proyectos intelectuales, por su parte, demandarían idealmente un contrato mucho más extendido con la comunidad científico-social. Ahora bien, pese a constituirse a partir de una valoración micro-grupal, tales objetos presuponen una valoración colectiva, un interés colectivo histórico-epocal, y en ese sentido asumo que encierran un proyecto intelectual.

Si ahora volvemos al primer obstáculo teórico que señalé, a la idea etapista de la investigación metateórica, es posible decir con otros argumentos que el problema no es el de la metodología de la teoría en abstracto, ni el de la metodología de la teoría del Otro, sino el de la apropiación teórica del método teórico del otro-nórdico. Y aquí es donde voy a sugerir que tal apropiación teórica depende de, o bien está condicionada por, la eventual presencia de un proyecto intelectual que oriente la investigación. De esta manera, la pregunta ya no sería exclusivamente ¿cuál es la investigación metateórica que potencia la construcción teórica?, sino ¿de qué modo la investigación metateórica eventualmente podría potenciar un proyecto de construcción teórica orientado por un proyecto intelectual? Aquí mi hipótesis es que dada tales exigencias, y tomando en consideración los tres puntos con los cuales ponía en cuestión la visión etapista señalada, el alcance de la investigación metodológica en teoría social se ve reducido notablemente, lo cual de ningún modo significa que

esta no tenga valor, incluso tampoco que pueda llegar a revestir un valor importante. Lo que me parece necesario es poder calibrar su importancia, no sin antes definir qué tipo de investigación metateórica es la más adecuada dadas las exigencias del caso.

#### *2.1.4. Las lógicas disciplinares*

Otro obstáculo teórico de relevancia es la presencia aún persistente de las lógicas disciplinares para la fundamentación epistemológica de las investigaciones teóricas y, por tanto, para la construcción de los objetos de conocimiento en las ciencias sociales. Pese a la centralidad que adquiere este problema, no me quiero extender demasiado dado que es mucho lo que ya se ha dicho desde los primeros planteos de Wallerstein hasta hoy (Wallerstein, 1991; 1996). En cualquier caso, la apuesta por repensar la investigación metodológica y la investigación teórica en general en relación a la noción de proyecto intelectual señala a las claras un modo de aproximación a la realidad social que poco tiene que ver con la búsqueda de una demarcación disciplinaria, aunque se siente mayormente familiarizada con la tradición sociológica. De este modo, si bien la apuesta por devolverle la centralidad a los “grandes problemas” es una apuesta por un modo de aproximación general y multidimensional al estudio de lo social, que guarda estrecha relación con las visiones promocionadas históricamente por la teoría sociológica, no habría ningún interés en particular por consumir energía mental intentando descubrir lo específicamente sociológico de una investigación teórica. En este sentido, nos sumamos a la cruzada de Bob Jessop por establecer un horizonte posdisciplinario para la investigación y la teorización social (Jessop, 2008; 2015). La opción por el concepto de teoría social en detrimento del de teoría sociológica guarda principalmente relación con una apuesta por conservar la agenda de investigación de la sociología, pero reconduciéndola hacia un campo de disputa más abarcativo, que es el de las ciencias sociales como un todo. Tal como la concebimos, la teoría social integraría en términos positivos



una teoría de la sociedad, de las sociedades o una teoría societal, no subsumida a una disciplina específica, y por lo tanto no sería, como asumen en la práctica algunos colegas, una nueva clave para avanzar y eventualmente radicalizar el programa de deconstrucción y de relativización del pensamiento social de la modernidad, y de pulverización del compromiso de la sociología con la explicación causal.

### 2.1.5. *La experticia autoral como horizonte*

Por lo general el trabajo teórico profesionalizado se inicia desarrollando una investigación sobre un tema o un concepto en la obra de un autor o de unos pocos autores seleccionados. El obstáculo para la construcción teórica se presenta cuando el investigador teórico no pretende o no logra trascender la lógica del autor-objeto. Cuando tal limitación se concreta el investigador se convierte exclusivamente en un experto en el manejo de un autor o de una tradición teórica, esto es, en un experto en lo ajeno, más allá de calidad de la apropiación teórica o la originalidad que estas prácticas de dependencia alcanzan. Esta práctica es dominante en el campo de la filosofía y de la teoría social/sociológica, al menos del modo que adoptan a nivel local y nacional.

En las ciencias sociales esta experticia en lo ajeno no se circunscribe exclusivamente al plano de la investigación teórica sino que se puede registrar también en la investigación empírica, en los casos en los que se emplea de modo reproductivista un marco teórico ajeno o heredado para el trabajo de campo. De este modo, se hace necesario distinguir entre la *experticia autoral como momento táctico* y la *experticia autoral como horizonte teórico*. La segunda de las acepciones es la que resulta un verdadero obstáculo teórico (y teórico-práctico) en tanto no se orienta a la construcción de nueva teoría. Hago particular énfasis en la distinción entre ambos tipos ya que, en sintonía con lo que señalaba en el punto anterior respecto a las lógicas disciplinares, la actual organización del trabajo teórico en el sistema científico-técnico demanda el desarrollo de una experticia, de una especialización,

y la vía institucional sugerida en la actualidad para el desarrollo de conocimiento experto en la teoría social es precisamente la concentración en el estudio sistemático y la lectura crítica y original de un autor o de una tradición teórica. Por lo tanto, más allá del juicio que podamos desarrollar sobre las reglas institucionales de la investigación teórica y sobre el valor de iniciar un proceso de investigación teórica a partir del estudio de autores (por mi parte creo que es positivo como instancia de iniciación), no hay posibilidades inmediatas de subvertir tal marco institucional de actuación. Quienes tengan la voluntad de iniciar un proceso de construcción teórica autónoma, lo cual exige embarcarse en un programa de investigación de largo aliento, tendrán que asumir la experticia autoral como momento táctico, pivotando entre las exigencias de especialización en lo ajeno y las oportunidades de creación de lo propio (entendido lo propio, idealmente, como aquello que se motoriza a partir de un proyecto intelectual). Cada uno de los tipos de experticia pone en juego una noción diferente de lo que sería un problema de investigación. En los casos de experticia autoral como horizonte, un problema relevante, que sería un problema exclusivamente teórico, se entiende como el modo de conceptualización de tal problema por tal o cuales autores. Aquí podemos observar la distancia que se abre entre un problema así entendido y un problema histórico-epocal o un “gran problema”, que se identifica a partir de lo que definí previamente como proyecto intelectual. El primero de los problemas es un problema abstracto y en cierto modo ahistórico, cuyo valor para las ciencias sociales habría que discutir, pero que en cualquier caso se vería beneficiado si, en el presente o en un registro proyectivo, se pone al servicio o bien toma como referencia un problema histórico-epocal.

## ***2.2. Las tensiones teóricas***

El registro de obstáculos, en este caso de obstáculos teóricos, no significa que existan soluciones a la vista para los problemas que se plantean, y menos aún soluciones claras y definitivas. Lo que se

presentan son movimientos que encierran tensiones y dilemas, y que fijan límites insuperables respecto a cualquier idea de solución en sentido fuerte, pero al interior del cual podemos intentar identificar posiciones, polos, direcciones y acciones que permitirían abrir vías de superación, o bien de minimización de los obstáculos mencionados, a partir de la formulación de algunos desafíos. Me parece interesante exponer la tensión principal que acompaña cada uno de los obstáculos teóricos identificados, para así poder dimensionar los desafíos teóricos que luego presento a grandes rasgos. Respecto a la visión etapista de la metodología la tensión principal se presenta entre el estudio del método teórico del otro y la construcción de la teoría propia. Creer en la lógica secuencial de las visiones etapistas puede conducir a lo que he llamado con anterioridad “la asfixia metateórica de la teoría”. Por su parte, el descuido de la investigación sobre métodos teóricos puede igualmente conducir a debilitar, por pura ignorancia, la elaboración teórica propia, hasta el punto de que la construcción devenga en un dispositivo en extremo endeble.

Respecto a las visiones reduccionistas, en los casos del relativismo y del deconstruccionismo, la tensión principal se presenta entre la necesidad de producir conocimiento científico *corriendo el riesgo de la teleología*,<sup>8</sup> y la necesidad permanente de agrietar, de señalar los límites, de indicar la dimensión arbitraria, subjetiva y en muchos casos ilusoria de todo saber positivo y de toda teoría de la identidad. Para el teoricismo la tensión se plantea entre la apuesta por dedicarse al trabajo teórico por considerar que sin reflexividad teórica no hay conocimiento social posible (y que el territorio de la teoría es prioritario en la investigación de la realidad social), la imposibilidad de profundizar en todos los aspectos de la investigación social, y la imposibilidad de conocer lo social a partir del trabajo exclusivamente teórico. El teoricismo resuelve tal tensión en línea

<sup>8</sup> Esta expresión elocuente es nuevamente de Bob Jessop. La pueden encontrar en su libro *El Futuro del Estado Capitalista* (Jessop, 2008).

con un viejo dicho de la división del trabajo: “el que mucho abarca poco aprieta”.

En el caso del registro del debilitamiento de los proyectos intelectuales como obstáculo teórico, la tensión principal se plantea entre lo individual y lo común/colectivo, y más en concreto, entre el respeto a la pluralidad y a las decisiones teóricas individuales, y la necesidad de definir un interés común y colectivo para una investigación teórica y social éticamente comprometida con su tiempo histórico, con las grandes tragedias de su tiempo y espacio, y con los grandes valores universales y emancipatorios de la sociedad mundial. Estas últimas coordinadas histórico-normativas solo se pueden realizar, como ya comenté, en el marco de un esfuerzo de teorización social general.

Respecto a las lógicas disciplinares las tensiones principales son dos. La primera tensión se presenta entre la necesidad de trascender el particularismo de los dispositivos de poder disciplinario contemporáneos, y por lo tanto de abrir el conocimiento más allá de tal matriz, y el riesgo de diluir una apuesta teórica y epistemológica concreta –que en nuestro caso tiene buenas raíces en la tradición sociológica– en un territorio en exceso heterogéneo, inconexo y desidentificado como es el campo de las ciencias sociales como un todo. En este espacio de prácticas no es fácil imaginar en un corto y mediano plazo la posibilidad de proliferación de voluntades y lógicas de operación que se salten sus propias instituciones disciplinarias para iniciar la extremadamente dificultosa edificación epistemológica, teórica e institucional de un futuro posdisciplinario. La segunda tensión se presenta entre la tendencia institucional general a la especialización disciplinar, y la creciente necesidad epistemológica de construir teorías sociales generales, de atender a “grandes problemas”, de proyectar nuevas generalidades, de enfrentar nuevos universalismos, en un mundo crecientemente interdependiente y unificado. Ambas tensiones podrían sintetizarse en cierto modo a partir de la tensión entre la necesaria ruptura de lo disciplinario y la necesaria circunscripción de un campo de problemas, de

“grandes problemas” y de grandes horizontes de problemas, más próximos a la disciplina de la sociología que a cualquier otra tradición disciplinar. La obra de Manuel Castells posiblemente sea el mejor ejemplo contemporáneo de una apuesta sociológico-histórica en sentido fuerte, que apela a un discurso no disciplinario y que guarda pretensiones de generalidad social<sup>9</sup>.

### **2.3. Los desafíos teóricos**

Los desafíos teóricos se presentan aquí como principios de solución para algo que, como decía, no tiene por lo general una solución acabada desprovista de costos, y en muchos casos de costos elevados. Por cada uno de los obstáculos teóricos ya mencionados propongo un desafío. Esta breve aclaración resulta igualmente válida para los obstáculos culturales e institucionales que presentaré más adelante.

#### *2.3.1. Lo metodológico como medio eventual para la construcción teórica*

Respecto a este punto creo que puede resultar útil registrar el rol que juega o podría jugar la investigación metateórica en tres circunstancias: a) cuando la antecede o la acompaña una construcción teórico-intelectual y hay intenciones de seguir desarrollándola; b) cuando no hay un proyecto constructivo-intelectual, pero hay intenciones de desarrollarlo; c) cuando no hay un proyecto constructivo-intelectual y no hay intenciones de desarrollarlo. Dicho esto, descarto desde ya todo interés por la tercera opción, con lo cual de lo que se trataría es de imaginar qué tipo de compromiso metateórico tenemos por delante para los dos primeros casos. Como ya insinué arriba, se trata de inclinar la tensión entre la teoría propia y la teoría ajena hacia el polo de la construcción teórica, asumiendo el riesgo de la creación

<sup>9</sup> Para dimensionar el modo de teorización de Castells respecto a las coordenadas comentadas alcanzaría con asomarse a su trilogía ya clásica (*La era de la información* Tomos I-II-III, 1996, 1997 y 1998) y a su último texto teórico importante (*Comunicación y poder*, 2009).

teórica en un campo que, por otra parte, no recompensa ni promueve la innovación, sino más bien todo lo contrario.<sup>10</sup> Resolver la ecuación a favor de la construcción teórica exige crear conceptos y modelos antes que estudiar cómo los crearon, al mismo tiempo que exige subordinar el conocimiento metodológico de las teorías ajenas a las propias hipótesis teóricas.

Asumida la necesidad de fundar la construcción teórica en un proyecto intelectual, el desafío consiste en poner en marcha una rutina y una lógica de articulación entre preocupaciones metateóricas y construcción teórico-intelectual propia,<sup>11</sup> tomando en consideración que el tiempo de trabajo teórico es uno y no múltiple. Es por ello que no sería recomendable en este escenario librar grandes debates con las tradiciones metateóricas, ya que con ello perderíamos tiempo para debatir en otros territorios más rentables. En el marco de tal desafío, no creo que *en concreto* valga la pena, por ejemplo, dedicarle más tiempo a discutir con Ritzer o con Alexander. A partir de tales argumentos es que sugiero concebir lo metodológico como un medio “eventual” para la construcción teórica, lo cual implica que llegado el caso lo más razonable podría ser renunciar a este.

### 2.3.2. *La superación de los reduccionismos*

En cuanto al empirismo, no encuentro vías de acción constructivas imaginables que permitan transitar hacia un escenario de diálogo e interinfluencias positivas. El hecho de reconocer que el modo en que concebimos la teoría y la investigación social integra una dimensión empírica no resulta suficiente para seducir a los empiristas competentes para que acepten ocuparse de cuestiones teóricas. El empirismo suele ser en nuestro país el lugar de refugio de una mediocridad por lo general consciente de sus limitaciones, y frente a tal hecho no

<sup>10</sup> Ver más adelante el punto 4.1.1: “El desincentivo estructural para la innovación teórica”.

<sup>11</sup> Aquí la noción de “construcción teórico-intelectual”, da cuenta de aquella construcción teórico consustanciada con un proyecto intelectual.

habría mucho que hacer. Respecto al relativismo y la deconstrucción el desafío pasa, en primera instancia, por reconocer su valor como operaciones y/o herramientas teóricas, y dimensionar su contribución a la teoría social. Tal reconocimiento se edifica, como ya insinué, a partir de la distinción entre el relativismo y el deconstruccionismo como programas y como operaciones, siendo la primera forma un obstáculo teórico. La fijación de dicha diferenciación es ciertamente complicada en un escenario actual que se encuentra polarizado. Por un lado, la mayoría de quienes simpatizan con estas corrientes las absorben como visiones de mundo, transformándose en relativistas y en deconstruccionistas antes que en teóricos sociales y en científicos sociales. A estos colegas comúnmente los seduce la estética, las formas poéticas y la escritura espontánea ilustrada antes que el trabajo intelectual-científico riguroso. En más de una ocasión he escuchado de sus bocas que prefieren leer a Derrida, a Foucault o a Bruno Latour porque son autores menos aburridos que los modernos. Por otro lado, los colegas que integran una teoría de la sociedad suelen no estar dispuestos efectuar concesiones a las miradas relativistas y deconstruccionistas, sosteniendo que las herramientas que ofrecen son antiteóricas en todos los casos. En cuanto al teoricismo, se trataría de discutir la necesidad de transitar de la investigación teórica como un todo a la investigación teórica como *momento* de la investigación social, siendo la duración de tal momento algo indeterminable e idealmente sujeto a una evaluación intersubjetiva. Ello desde ya exige que se acepte abrir la discusión acerca de los alcances de la teoría para la investigación social, y por lo tanto discutir acerca de los límites entre lo específicamente teórico de la práctica de investigación y aquello que eventualmente no lo sería, así como acerca de la espinosa relación entre teoría y praxis. Una ventaja incómoda que habilita la concepción de la teoría como una instancia, y no como una práctica autónoma, es la puesta en cuestión del sentido y los alcances de la teoría en cada caso. Ello da lugar a una pregunta central: ¿Por qué priorizar hoy la investigación exclusivamente teórica? Mi respuesta a tal interrogante es que la investigación teórica

como momento cobra valor en la actualidad dado el desconcierto teórico existente desde la hecatombe destructiva que implicó los giros posmoderno y neoliberal en el campo científico-social. No solo experimentamos a nivel global “el fin de las certezas teóricas”, lo cual podría no ser negativo, sino que habitamos, al menos en Occidente, un mundo de esquivas teóricas, de fragmentos de viejos sistemas, de desconcierto generalizado, un escenario devastado por el abandono, la reclusión o la privatización de la práctica teórica, asociado a los cambios en los espacios de experiencia y los horizontes de expectativas de los intelectuales y los científicos sociales.

En el marco de tal registro histórico-epocal el desafío que se nos presenta es reconstructivo, y esa dificultosa e imprescindible reconstrucción es teórica en primera instancia. De este modo, si bien entiendo que la teoría es una instancia de un proceso de investigación social más abarcativo, lo que actualmente se impone como necesidad es el momento de la teoría, entendido como momento de construcción teórica. En la actualidad, antes que producir conocimiento social de lo que se trata es de ofrecer nuevas orientaciones teóricas provisorias que permitan construir nuevos programas de investigación en ciencias sociales, intentando con ello abrir nuevos campos de problemas para la investigación sociohistórica. No se trataría de proponer insumos para la investigación social aplicada, sino de crear programas de investigación. Un punto a considerar es que no tendremos una investigación social novedosa en la medida que aquellos que nos dedicamos a la teoría social igualmente no nos involucremos en la investigación social como un todo.

### *2.3.3. Los proyectos intelectuales como motor de la investigación social*

El desafío es desarrollar o bien recuperar el interés de la comunidad nacional y regional de investigadores, y de los investigadores teóricos en particular, por orientar sus investigaciones atendiendo a un registro histórico-epocal. Dicho de otra manera, se trata de asumir el desafío de estructurar los proyectos y programas de investigación



a partir de proyectos intelectuales. Respecto a la dinámica de construcción de los “grandes problemas” que inspiran los proyectos intelectuales, habría que intentar ampliar el registro de interlocución buscando el diálogo, el debate y el disenso con los propios colegas, y junto ello, resulta fundamental abrir nuestra comunidad al registro –y en el mejor de los casos al diálogo directo– de la demanda del plexo de actores sociales no directamente académicos que participan en la elaboración de la agenda de problemas sectoriales y colectivos.<sup>12</sup> Esto de ningún modo significa la subsunción obligada de la investigación teórica a las necesidades inmediatas de actores sociales concretos, instrumentalizando los proyectos de investigación, ya que la actividad teórica tiene su lógica y su temporalidad específica, y debe preservar niveles razonables de autonomía y distanciamiento. Lo que resultaría necesario es asumir un determinado compromiso con el registro de los problemas colectivos de nuestro tiempo. Al interior de la comunidad científico-social habría que trabajar para transitar de modo gradual hacia la reinstalación de un proceso de *atención y valorización colectiva*, lo cual lleva consigo discusiones, desacuerdo y divisiones, pero que en cualquier caso deberían tener como referencia el proceso de valorización colectiva mencionado. Eso ya es un *punto de referencia común*. De este modo, antes que un tema común, se trataría de reestablecer puntos de referencia comunes. En la misma dirección, tampoco se puede pensar en asumir un proyecto intelectual sin asumir un registro de pertenencia respecto a la propia comunidad nacional de investigadores teóricos en primera instancia, y luego de las ciencias sociales en general. Una iniciativa en tal dirección es intentar crear nodos de comunicación a partir de proyectos colectivos comunes que inciten al conocimiento del trabajo del otro. Un ejemplo de eso es la creación de publicaciones científicas en el campo de la teoría social, que actúen como dinamizadoras de la comunidad

<sup>12</sup> Tal imperativo de diálogo social coincide plenamente con el propuesto por Michel Burawoy bajo la denominación de “sociología pública” (ver Burawoy, 2005) y más indirectamente con el esquema comunicativo modelizado por Jürgen Habermas.

local y nacional, misión que solo puede llegar a buen puerto en la medida que la propia comunidad se comprometa con la iniciativa editorial. Una revista, por ejemplo, podría colaborar en pequeña escala para intentar romper el aislamiento y superar la fragmentación que domina actualmente la dinámica de trabajo científico-técnico en el campo específico. La certeza actual de investigar y escribir para que nadie o casi nadie te lea, y menos aún los colegas de tu comunidad nacional, es en extremo desmotivante y despotenciador. En la mayoría de los casos se suele priorizar la alimentación de los vínculos internacionales (en los cuales se participa desde una posición de subordinación a nodos y centros de interés alojados en países centrales), en desmedro del fortalecimiento de vínculos de circulación nacional. Ello tiende a desinscribir y deslocalizar nuestro trabajo de producción, registro que debilita cualquier proyecto de investigación que incluso intenta posicionarse a nivel regional, provocando pérdidas de identidad geopolítica.

Aquí desde ya no estoy asumiendo un nacionalismo irreflexivo y cerrado. En el mundo de la teoría social contemporánea los referentes teóricos más importantes son extranjeros, con lo cual debería ser prioridad entrar en diálogo con dichos referentes, pero desde un proyecto intelectual concreto, y apostando al fortalecimiento de la comunidad nacional y latinoamericana. El nivel de disgregación y de aislamiento de nuestra comunidad científico-social es en parte producto de su juventud, y es en todos los casos una señal de debilidad. Las comunidades académicas nacionales fuertes operan a partir de férreas lógicas endógenas, fuertes sentimientos de pertenencia, y a partir de instituciones académicas y editoriales que promueven las dinámicas de intercambio comunitarias.<sup>13</sup> No se trata de proponer

<sup>13</sup> El campo de la sociología norteamericana es un excelente ejemplo de ello: absolutamente todos los teóricos en el campo de la sociología tienen como lectura obligada al menos la *American Journal of Sociology* y la *Sociological Theory*, ambas revistas de la *American Sociological Association*. A los colegas del Norte que no conocen América Latina les llama poderosamente la atención que nosotros en la Argentina no tengamos nuestras propias revistas de referencia común, que actúen como nodos de comunicación y de referencia para la producción y la discusión teórica de nuestra propia

un desacople de los circuitos globales, sino apostar por una presencia soberana en el concierto internacional.

#### *2.3.4. Hacia un horizonte posdisciplinario de teorización social*

En este aspecto propongo inclinar la tensión teórica ya mencionada que acompaña la cuestión disciplinar hacia la “relativa desinscripción” del trabajo teórico del campo disciplinar de la sociología. Con la relativización de tal desinscripción pretendo hacer hincapié en que la disciplina más dotada de recursos no disciplinarios para avanzar hacia un horizonte de teorización posdisciplinario sigue siendo la sociología. En este marco, propongo aprovechar el código “teoría social” para caminar hacia un horizonte posdisciplinario de investigación, y que la identificación disciplinaria opere exclusivamente en el plano teórico-táctico, pero no teórico-epistemológico. La ventaja de adoptar la noción de “teoría social” en vez de “teoría sociológica” es que ofrece un código más abierto y extendido para el proceso de valorización colectiva mencionada, y permitiendo, por ejemplo, la consideración del deconstruccionismo y el relativismo como un problema propio y no como un posicionamiento teórico que nos resulta disciplinariamente ajeno, y que por tanto que no merecería discusión. Lo táctico, como vengo sosteniendo, nos llevaría a reconocer el lugar de las disciplinas en la actualidad y la necesidad de no perder de vista el modo en que las lógicas disciplinarias se hacen presentes en las batallas prácticas y político-institucionales del campo científico-social. En el plano táctico existe la posibilidad de responder a la exigencia de especialización de un modo bien preciso: proponiendo

---

comunidad (Conversación con Mustafa Emirbayer, Madison, EEUU, mayo de 2014). Esto es, que no funcionemos a partir de lógicas comunitarias territoriales en torno a nuestras propias instituciones y nuestros propios proyectos editoriales. Siendo un extranjero, para poder publicar en sus revistas hay que inscribirse en sus discusiones nacionales, lo cual exige leer y citar artículos publicados en las revistas mencionadas. Me preguntaron más de una vez: “¿Cuáles son las revistas argentinas que todos ustedes leen?”, y mi respuesta, como imaginarán, fue “no tenemos ninguna que cumpla tal función”.

*la generalización como especialización.* La mejor disciplina para presentar la generalidad como especialidad es la sociología, y el mejor campo semántico para desplegar tal movimiento es el de la teoría social.

En un escenario desprovisto de delimitaciones claras, la noción de teoría social facilita sin mayores inconvenientes la confluencia de la filosofía y las ciencias sociales motorizado por un espíritu sociológico. En cualquier caso, y en la medida que las circunstancias lo permitan, se trataría de llevar adelante acciones concretas orientadas a una paulatina y gradual desinscripción disciplinar.

### *2.3.5. La experticia autoral como momento táctico*

Teniendo como horizonte práctico la construcción teórica, de lo que se trataría es de intentar transitar del problema del autor-objeto, a la construcción teórica del problema sociohistórico situado. Ello exige el tránsito de la experticia autoral como proyecto teórico a un empleo táctico de la experticia autoral, proyectada como práctica y experiencia temporal finita, y como un dispositivo de acompañamiento de un proceso de construcción teórica que demanda otra temporalidad y otras condiciones de publicación. El punto crítico pasa por desplegar una estrategia teórico-institucional que tome en consideración y atienda a las lógicas de autorización del campo científico-social,<sup>14</sup> pero que fije la construcción teórica como horizonte. Asumir la experticia autoral como momento táctico nos permite cumplir en la práctica cotidiana con las exigencias de capitalización y de acreditación en el campo científico-social, sin renunciar a un proyecto de creación teórico-social, que debería desplegarse en paralelo y circunstancialmente en silencio esperando un momento oportuno para su aparición gradual. Ahora bien, el hecho de señalar, desde un registro táctico, el carácter indeterminado del momento de tal experticia no debería servir de argumento

<sup>14</sup> Ver más adelante el punto 4.3.1: “La creación de condiciones para la autorización”.

para autojustificarnos respecto a la teoría que no estamos construyendo, ya que de ese modo nunca llegará el momento de dejar tal experticia de lado.

## 2.4. Cuadro: Obstáculos, tensiones y desafíos teóricos

PLANO TEÓRICO			
OBSTÁCULOS	TENSIONES	DESAFÍOS	
1	La visión etapista de la investigación metateórica o metodológica.	El estudio del método teórico del otro / la construcción de la teoría social propia.	Lo metateórico como medio eventual para la construcción teórico-intelectual.
2	Los reduccionismos teóricos	a) La producción de conocimiento socio científico / el cuestionamiento permanente del conocimiento como positividad; b) La apuesta estratégica por la teoría social / la imposibilidad de conocer lo social sin desbordar la teoría.	La superación de los reduccionismos antiteóricos y teoricitas.
3	La ausencia o minimización de proyectos intelectuales	Lo individual (respeto a la pluralidad) / lo común-colectivo (construcción de un interés común y colectivo).	El proyecto intelectual como motor de la investigación social.
4	Las lógicas disciplinares	a) Particularismo disciplinario / desdibujamiento generalista; b) Tendencia a la especialización / la necesidad de proyectar nuevas generalidades.	La fijación de un horizonte posdisciplinario de teorización social.
5	La experticia autoral como horizonte.	La exigencia cultural e institucional de especialización y experticia teórica autorizada / la necesidad de conocimiento actualizado y situado de lo social.	La experticia autoral como momento táctico.

## 3. Obstáculos, tensiones y desafíos culturales

Es en el ámbito de la cultura donde hay que buscar algunas de las explicaciones a la realidad teórico-social que experimentamos actualmente. A partir de un ejercicio muy preliminar de intersección entre los planos teórico, cultural e institucional, pude comprobar que en varios de los puntos tratados la dimensión cultural es predominante

en relación con los restantes ámbitos. Ello significa que lo cultural incide en la conformación de lo teórico y lo institucional más de lo que estos dos últimos inciden en lo cultural.

### **3.1. Los obstáculos culturales**

A riesgo de resultar redundante, vale la pena insistir que aquí me ocupo de presentar los obstáculos culturales para el avance de la investigación teórica y en particular para un proyecto de construcción teórica, y no obstáculos culturales en abstracto. Todo indicaría que los obstáculos culturales son los más difíciles de superar. Contra algunas posiciones ultramaterialistas, acuerdo con Fernand Braudel que la matriz cultural es la que suele cambiar menos y más lentamente en un proceso de cambio social general.<sup>15</sup> Muchos de los obstáculos culturales a los que haré mención se refuerzan entre sí, potenciándose en un sentido negativo. De lo que se trata aquí es de librar una batalla estratégica por el cambio cultural, una batalla que muchas veces, y en varios aspectos, debemos librar contra nosotros mismos. En resumidas cuentas, los obstáculos culturales principales que reconozco son: a) el escepticismo; b) el carrerismo; c) el esnobismo teórico; d) la cultura de la satisfacción; e) la cultura del aislamiento; y f) la limitación idiomática.

#### *3.1.1. El escepticismo*

El escepticismo no hizo más que expandirse en el campo científico-social nacional e internacional luego de los giros neoliberal o posmoderno en las décadas del 80 y 90. Aquí hay que diferenciar el escepticismo político del escepticismo académico. En Argentina y en buena parte de América Latina se observó en los últimos 10 años una

<sup>15</sup> El historiador francés solía repetir una frase por demás elocuente que resume su visión sobre la rigidez de los registros culturales: "Las ideas son cárceles de larga duración" (Braudel, 1958: 78).

cierta recuperación de las expectativas políticas que se tradujo, por ejemplo, en la creciente politización de la juventud y en la construcción de un entramado económico-político posneoliberal (no estaría dispuesto a decir entramado cultural posneoliberal, no al menos como expresión cultural general o mayoritaria).<sup>16</sup> Tal horizonte proyectivo se trastocó bruscamente a partir diciembre de 2015 con el triunfo de Mauricio Macri en las elecciones presidenciales de la República Argentina. Tal acontecimiento incidió en buena medida en posteriores avances de fuerzas neoliberales en otros países de la región, principalmente en Brasil. En el campo científico-social, en cambio, en ningún momento se avizoró una salida cultural, menos aún tendencial, al giro posmoderno, culturalista y neoliberal de los años 80 y 90. Prolifera un escepticismo científico, o mejor dicho, un escepticismo respecto a la capacidad de descubrimiento de las ciencias sociales, que se traduce en la incredulidad respecto a la posibilidad explicativa de las ciencias sociales y a sus capacidades para acceder a un conocimiento objetivo. La figura del “intelectual intérprete” de Bauman, popularizada a principios de la década del 90, recoge a la perfección este nuevo posicionamiento intelectual (Bauman, 1992). En el campo nacional, Horacio González es por lejos el exponente más encumbrado y violento de este sórdido y cínico declinamiento, al punto de sugerir –sin ofrecer un solo argumento– que la pretensión científica, a diferencia del saber ensayístico-literario al que suscribe en nombre de la sociología, es un pecado de juventud o bien una rusticidad dogmática a la que se aferran las mentes poco brillantes (González, 1999; 2000). Incluso las iniciativas contemporáneas más resonantes que intentan socorrer la empresa científico-explicativa por fuera del marxismo, como podrían ser las de Bourdieu y Jon Elster, lo hacen acentuando la primacía de la contingencia o

<sup>16</sup> La realidad sociohistórica “posneoliberal” es una construcción social cuya fragilidad queda de manifiesto en la actual coyuntura político-electoral del país, en la cual reciben amplios apoyos aquellas fuerzas políticas dispuestas a restaurar el orden neoliberal.

del relativismo sobre un principio objetivo de necesidad (Bourdieu, 2010; 2001; 1997; Elster, 2007).

Tal incredulidad evidentemente profundiza la desconfianza respecto al *status* científico de las ciencias sociales. Es en este escenario donde se impone el relativismo como paradigma, del modo ya comentado. Sin pretender ensayar una defensa de la objetividad científica a la Boudon, valdría la pena preguntarse cómo permea la cultura del escepticismo en la cultura de trabajo científico en la teoría social, la sociología y las ciencias sociales en Argentina y en América Latina. Si no hay nada por explicar, y menos por descubrir, no hay esfuerzo ni proyecto intelectual que tenga sentido. El escepticismo suele conducir a la adopción de una visión cínica del mundo. El proyecto intelectual, por el contrario, cobra sentido en tanto y en cuanto asume que la construcción teórica permitiría un acceso privilegiado y novedoso al conocimiento sociohistórico, y que la teoría social no sería simplemente un discurso y una creencia más entre otras. De este modo, no hay posibilidad de desarrollar un proyecto intelectual sin anteponer una crítica al relativismo y sin el abandono de una visión escéptica del tipo mencionado.

### 3.1.2. *El carrerismo*

Entiendo por carrerismo la cultura del éxito académico-institucional de corto plazo sin reconocimiento científico-intelectual. Los carreristas tienden a subordinar los proyectos de investigación a las lógicas y las oportunidades de acreditación, según las reglas de competencia dominantes en su campo de conocimientos. El carrerismo se exacerbó en las ciencias sociales con la generalización del ingreso a la carrera del Investigador Científico (CIC) que ofrece el CONICET, siendo un efecto no deseado del proceso positivo de profesionalización masiva de la investigación social. El carrerismo como elección conduce inexorablemente a la impostura y al perfeccionamiento de la apariencia como táctica de capitalización. El carrerista renuncia a la investigación sostenida de largo aliento, a la coherencia y al



sacrificio intelectual, y por lo tanto a cualquier emprendimiento de construcción teórico-social, en aras de intensificar un proceso de acreditación que conduce con elevada previsibilidad a la obtención de las recompensas institucionales conocidas por todos. Se trata de una práctica social extendida en la actualidad desde el momento que se asciende más rápido y más fácil siendo carrerista. En su autodefensa, el carrerista suele argumentar que son los imperativos de publicación continua y la carga burocrática de la carrera del Investigador los que le impiden dedicarse a la investigación original, o dicho más en general, que son los obstáculos institucionales los que determinan su conducta. Es menester señalar que carrerista no es necesariamente alguien que trabaja poco, sino alguien que trabaja principalmente para maximizar sus beneficios siguiendo una lógica de acreditación. De más está decir que ningún proyecto académico y teórico ambicioso, que aspira a recompensas más elevadas, logró llevarse adelante en estos términos.

### *3.1.3. El esnobismo teórico*

Podríamos definir el esnobismo, y en particular el esnobismo teórico, como la disposición a imitar con afectación las maneras, opiniones y posicionamientos teóricos de aquellos actores considerados distinguidos en su campo de conocimiento. El esnobismo teórico es un comportamiento frívolo, próximo a la adulación y a la idolatría, que suele traer recompensas en el mundo académico en tanto es una práctica de pseudoreconocimiento. Dado que los sujetos distinguidos en el campo científico-social nacional provienen mayoritariamente de las instituciones académicas de los países centrales, el esnobismo teórico suele manifestar una predilección por lo extranjero, por la importación acrítica de ideas, en detrimento del fortalecimiento de las capacidades autónomas locales y nacionales. El esnobismo es un obstáculo serio para la recuperación de la potencia teórica de los países latinoamericanos en la medida que esta última exige el desarrollo de prácticas de resistencia y de creación destinadas a romper

las cadenas de dependencia científico-teóricas que nos sujetan a los centros académicos de los países dominantes de la sociedad mundial. José María Aricó dejó bien planteado este problema a fines de la década del 80 en *La Cola del Diablo*, su texto más celebrado y menos interesante, bajo el rótulo de “cosmopolitismo” (Aricó, 1988). El esnobismo es adaptativo y adulatorio, es la opción por lo ajeno, y por lo tanto extiende los procesos de enajenación teórica en nuestro campo. Igualmente, el esnobismo es muy sensible a la moda, al intercambio asimétrico de favores y a las reglas de reproducción cultural del *establishment* teórico local-dependiente, nacional-dependiente y mundial. El esnobista transforma sus visitas académicas en el extranjero en una oportunidad para ponerse al servicio de los intereses de sus referentes a cambio de la inclusión subordinada en las redes académicas globales. El esnobista no inicia una relación de cooperación internacional a la espera de generar condiciones de reciprocidad en los intercambios, sino más bien se pone al servicio de lo ajeno.

#### 3.1.4. *La cultura de la satisfacción*

La noción de “cultura de la satisfacción”, que tomo prestado del diagnóstico crítico que ensaya John Kenneth Galbraith sobre la sociedad de consumo norteamericana de principios de los 90 (Galbraith, 1992), podría servir para graficar una disposición relativamente novedosa que atraviesa y compone las rutinas de trabajo de una fracción de investigadores en ciencias sociales del país, en particular aquellos que están integrados en la CIC en CONICET. La cultura de la satisfacción podríamos entenderla como una propensión a la comodidad y al conformismo intelectual en el marco de una vida de empleo público relativamente estable y dotado de una sostenibilidad material aceptable. Se trata de un obstáculo cultural para cualquier proyecto que demanda sacrificios intelectuales, *ergo* resultaría un impedimento para un proyecto de construcción teórica centrado en un proyecto intelectual.

El conformismo no es una disposición en abstracto sino que se inscribe en rutinas concretas y en contextos sociales de reproducción y producción específicos. Ahora bien, quizás no toda cultura de la satisfacción se puede concebir a partir de la idea de conformismo intelectual. Podrían existir casos de inconformismo intelectual acompañados de motivaciones insuficientes para emprender y continuar en un camino de esfuerzos intelectuales. En tales situaciones primaría algún tipo de resignación que se produciría sin tener que pagar costos simbólicos demasiado elevados. Dependiendo de los casos, la cultura de la satisfacción puede edificarse a partir de la represión de ambiciones y curiosidades existentes, o bien puede ser expresión de la ausencia de ambición y de curiosidad. Esta segunda modalidad es propia de los proyectos existentes en comunidades científico-técnicas débiles e importadoras de ideas, y cuyos horizontes de visibilidad son ciertamente acotados. Pero la cultura de la satisfacción se propala en un escenario en el cual los satisfactores disponibles en la carrera científico-técnica no están exclusivamente centrados en la producción, sino que se hayan diseminados también en la esfera del consumo. No se puede entender el avance de la cultura de la satisfacción sin la extensión de la sociedad del consumo y la cultura del ocio en el país en los últimos años, que también permea y se cristaliza de un modo específico al interior del campo científico-técnico. El turismo académico es una opción paradigmática para los cultores de la satisfacción, pero no la única. La cultura de la satisfacción apuesta a gratificaciones a corto plazo, y ello define el tipo de prácticas socioinvestigativas que llevan adelante. Si bien es absolutamente cierto que la cultura del trabajo productivo no asegura rendimientos teóricos, no es menos cierto que sin sacrificio intelectual no hay posibilidad de avanzar hacia la construcción teórica.

### *3.1.5. La cultura del aislamiento*

La cultura del aislamiento es producto de la extensión de un modo de retiro individual voluntario de los investigadores de las instituciones

de investigación en las cuales trabajan, así como de los espacios y las dinámicas de trabajo colectivo y de las disputas institucionales y políticas relacionadas con el trabajo científico. En el subcampo de la teoría social la cultura del aislamiento se encuentra bastante extendida. Los cultores prototípicos del aislamiento tienden a rechazar las dinámicas colectivas, cualquier sea su naturaleza, y tienen cierta propensión al elitismo, al egoísmo, al rechazo de la vida gregaria y a la consideración de la política a partir de máximas éticas abstractas.

Los cultores del aislamiento tienden a justificar su retiro de las dinámicas colectivas de las instituciones académicas dando a entender que se trata de un modo necesario de resistencia cultural para garantizar la excelencia intelectual y/o las prácticas teóricas alternativas y superadoras. Ahora bien, como las reglas de las propias instituciones a las cuales pertenecen demandan tareas colectivas, entonces aquellos cultores del aislamiento que no renuncian a ser competitivos en la carrera científico-técnica-académica suelen participar o promover dinámicas colectivas ilusorias, llevando adelante a duras penas proyectos grupales sin prácticas colectivas genuinas. Por estas prácticas pseudocolectivas tales colegas pagan un costo psíquico elevado, ya que deben *simular* lo colectivo de modo regular, transformando lo colectivo en un discurso flotante. Dicha escenificación suele generar un fuerte desencanto en las personas directamente involucradas o atrapadas en la simulación, por lo general aquellas personas que se encuentran bajo dirección de los cultores del aislamiento, y que en muchos casos guardan expectativas de comunicación y de encuentro colectivo. Si bien es evidente, dada la situación actual, que cualquier proyecto de construcción teórica demanda el despliegue táctico de prácticas de ruptura, de desconexión, de resistencia y de aislamiento selectivo, el problema se presenta cuando tales prácticas estructuran en primera instancia las rutinas de trabajo de los investigadores. En rarísimas ocasiones se puede observar que una práctica teórica creativa y significativa se haya producido exitosamente prescindiendo de dinámicas colectivas de intercambio con una comunidad teórica y científico-social, y yendo un poco más lejos, prescindiendo de un

proyecto intelectual. Los cultores del aislamiento por lo general no estructuran sus proyectos de investigación a partir de proyectos intelectuales, lo cual suele conducir a la renuncia de todo proyecto de construcción teórica socialmente relevante para su comunidad y su país. Retirarse de la vida colectiva y pública es un modo de retirarse de la teoría social *situada*, con todas las salvedades que la noción de “lo situado” demanda en este caso. No hay que confundir la cultura del aislamiento con la búsqueda de distanciamiento teórico en los términos planteados por Max Weber, Norbert Elias y/o Niklas Luhmann, pese a que uno de los argumentos que suelen emplear los cultores del aislamiento es que dicho retiro es una condición para la práctica teórica distanciada y menos subjetivizada.

### *3.1.6. La limitación idiomática*

Otro obstáculo cultural del sistema científico-técnico nacional en la actualidad, producto de su juventud y de su posición periférica y relativamente desconectada de los espacios de disputas globales, es el aún escaso manejo de idiomas extranjeros que tenemos. El incremento de competencias idiomáticas es una necesidad de la comunidad para proyectar el trabajo académico en un registro más potente y expansivo. El monolingüismo conduce a prácticas endógenas que muchas veces empobrecen un trabajo científico que se podría ver fuertemente beneficiado de intercambios con colegas de otros países no hispanohablantes. Ahora bien, un detalle no menor es que actualmente quienes poseen un manejo más amplio de idiomas extranjeros suelen ser más propensos al cultivo del esnobismo teórico ya comentado.

## **3.2. Tensiones culturales**

Respecto al escepticismo, la tensión principal se presenta entre la necesidad de dar cuenta de una situación objetiva de incertidumbre teórica que se edifica a partir de debates epistemológicos

históricamente situados y que actualmente continúan siendo dominantes, y la eventual apuesta por superar tales discusiones y reconstruir las bases epistemológicas de las ciencias sociales en otros términos. Se trataría en este último registro de intentar conquistar nuevas certidumbres situacionales que no sean el producto de un simple regreso al pasado, sino de la actualización de las disputas teórico-intelectuales del momento (a sabiendas que no se puede “hacer borrón y cuenta nueva”).

En relación con el carrerismo la tensión central se plantea entre las lógicas de investigación en sentido estricto y las lógicas de acreditación, entre la apuesta por producir nuevo conocimiento, que es el *leitmotiv* de las instituciones científicas, y la necesidad de atender a las reglas institucionales de la carrera académica actualmente existente, que expresan los imperativos de supervivencia y de competencia en el campo. En cuanto al esnobismo teórico, la tensión principal se presenta entre la valorización de lo propio-nacional-regional como proyecto y la valorización de lo ajeno-nórdico como práctica necesaria, tomando en consideración, tal como señalaba, que la teoría social contemporánea ajena es actualmente la más potente y de la cual habría que aprender en gran medida. La cultura de la satisfacción remite en un plano psicológico a una tensión principal, que es la que se presenta entre la lógica de satisfacción inmediata y la lógica de gratificación diferida, correctamente conceptualizada por Freud y el psicoanálisis freudiano. Dicho más en detalle, tal contraposición se presentaría entre, por un lado, un menor esfuerzo acompañado de una mayor certeza respecto al logro de una pequeña recompensa a corto plazo, y por el otro, un mayor esfuerzo acompañado de la incertidumbre respecto a la conquista de una recompensa que sería mayor pero la cual se conseguiría eventualmente y solo a largo plazo. Tal movimiento se concreta también como la tensión entre la valorización de lo actual y lo ya alcanzado, que en el caso de la teoría social conllevaría en la práctica a la aceptación de que no somos o no llegamos a ser productores de teoría (cuando en la práctica es el único horizonte que le otorga legitimidad en sentido fuerte a la investigación

teórica), con la apuesta incierta y más costosa por estructurar los proyectos de investigación asumiendo la construcción de teoría como *orientación real* para el trabajo de investigación, a sabiendas que los obstáculos teóricos, culturales e institucional-políticos que presenta la empresa son mayores. La cultura del aislamiento se despliega al interior de una tensión central entre tres aspectos: la necesidad de cierto aislamiento para potenciar una lógica efectiva de investigación teórica, la demanda formal de tareas públicas y colectivas de las instituciones académicas que hacen posible el trabajo solitario, y la necesidad de participar de dinámicas grupales y colectivas de intercambio y discusión con la comunidad de referencia para potenciar el trabajo teórico propio. El problema de la barrera idiomática tiene como referencia central una tensión temporal, que es la que se produce entre el tiempo de investigación y el tiempo del aprendizaje de idiomas. Esta última ecuación es verdaderamente complicada de resolver, ya que el esfuerzo por aprender una lengua extranjera para ampliar nuestro campo de acción y de comunicación, corre en detrimento del tiempo que le podemos dedicar al trabajo de investigación propiamente dicho.

### **3.3. Desafíos culturales**

#### *3.3.1. El optimismo de la voluntad teórica*

El combate contra el escepticismo teórico es en parte una lucha que libramos contra nosotros mismos, y en cualquier caso es una apuesta centrada en gran medida en la voluntad de superación individual y colectiva, en la obsesión por reducir nuestra ignorancia, en la creencia en la posibilidad de una contribución efectiva de nuestra investigación para el campo de las ciencias sociales, así como en la pasión baconiana por un posible descubrimiento socialmente relevante. Tal combate suele acompañar el interés por generar corrientes de opinión y de influencia que conduzcan a una voluntad colectiva que promueva los aspectos mencionados. Con algunos recaudos, se

podría citar para este caso la máxima de Gramsci: “pesimismo de la razón, optimismo de la voluntad”. Si bien el pensador italiano proyecta esta frase como un postulado ético-político, entiendo que no hay formas de intentar escapar del cerrojo escéptico si no es a partir de la activación de *voluntades teóricas* que permitan activar energías intelectuales para la discusión epistemológica y la construcción teórica en un mundo donde el racionalismo en las ciencias sociales no goza de la mejor salud. En los tiempos que vivimos, la realidad social siempre está allí para decirnos que la ciencia social como ciencia ha muerto, o que se ha desvanecido en extremo, poniendo a disposición buenos argumentos para alimentar el desánimo. De cualquier modo, las condiciones sociales y políticas actuales ofrecen estímulos fuertes a la aventura reconstruccionista. El arma principal para combatir el escepticismo teórico es la creencia en la posibilidad de recuperar y desarrollar un proyecto intelectual antes que un proyecto teórico en abstracto, que proyecte un horizonte colectivo para la investigación social individual, habilitando la posibilidad de nuevas formas de articulación entre teoría y praxis.

### *3.3.2. Reflexividad crítico-realista*

No hay mucho secreto en este punto. Se trata de hacer carrera científica sin ser carrerista, y priorizar reflexivamente la investigación original a la acreditación, asumiendo que la lógica de acreditación consume una porción considerable del tiempo de trabajo. Lejos de resultar una ecuación resuelta en la práctica, se trata de fijar un principio de resistencia activa y estratégica a las lógicas puras de acreditación, de modo de permitir el trabajo teórico. Aquí no hay que sucumbir a la tentación (para quien se tienta con ello) de recorrer el camino más corto para el ascenso académico-institucional. Tampoco hay que confundir el carrerismo con la publicitación y/o la socialización de las actividades académicas o con la intervención pública, que sería un argumento que podrían esgrimir los cultores de la soledad para criticar un trabajo colectivo que en ningún caso



se puede desentender de la esfera comunitaria y pública. Se trata de intentar subsumir las lógicas cuantitativistas que motorizan las recompensas académicas institucionalizadas a las lógicas cualitativas que priorizan el contenido específico de la investigación.

### *3.3.3. El reconocimiento estratégico de la teoría social nórdica*

El desafío cultural en relación al problema del esnobismo teórico pasa por establecer otro modo de valoración y de apropiación de lo ajeno, un reconocimiento que podríamos llamar “estratégico”, orientado a crear, o bien a expandir, el espacio de intercambio con los teóricos sociales de referencia a nivel regional y mundial, pero teniendo como objetivo el fortalecimiento de los procesos autónomos de investigación y creación teórica, en relación con intereses soberanos nacionales y regionales en sentido amplio. Tal misión no es sencilla, claro está, desde el momento que el intercambio es desigual y asimétrico a favor de los teóricos de referencia, con lo cual hay que generar condiciones para que los encuentros actuales y a futuro no se pongan al servicio de aquellos intereses extranjeros que actúan en detrimento de los proyectos creativos locales. Dicho de otro modo, el intercambio con tales teóricos no se debería producir a cualquier precio. La pregunta que hay que hacerse en primer lugar es en qué medida el diálogo con colegas prestigiosos del Norte Global contribuye al fortalecimiento de las capacidades teóricas nacionales. No se trata de suscribir a la máxima latinoamericana setentista de “vivir con lo nuestro”, sino de llamar la atención sobre modos potenciales de combate en el marco de las dinámicas actuales dominación teórico-académica.

### *3.3.4. La creación comunitaria de nuevos incentivos*

En relación a la cultura de la satisfacción, el desafío pasa por intentar generar mayores incentivos para motivar a los investigadores satisfechos a invertir más tiempo y esfuerzo en actividades puramente

investigativas (en detrimento de otras prácticas académicas y no académicas), y más en concreto para que orienten tales esfuerzos hacia un horizonte de investigación y de creación teórica. Una estructura de nuevos incentivos orientada a la promoción de nuevos hábitos requiere de liderazgos fuertes que logren orientar las energías intelectuales colectivas a la expansión del campo de posibilidades de la comunidad en general. También puede requerir modificaciones en el diseño institucional de la investigación científico-social. Esto último es una tarea complicada ya que demanda un proceso de acción colectiva orientada al cumplimiento de tales propósitos.

### *3.3.5. La apuesta por las dinámicas colectivas*

La apuesta por la activación de dinámicas colectivas para la investigación teórica no significa desde ya que toda dinámica colectiva necesariamente aporte al trabajo teórico individual. Dada ciertas circunstancias, la reclusión o el aislamiento puede ser la práctica de resistencia más adecuada para avanzar en un trabajo de investigación teórico-social. Si en tal situación lo colectivo-existente no potencia lo teórico individual, y a su vez lo colectivo-nuevo no puede ser creado, pues entonces la opción por el encierro y la desconexión puede resultar un acierto, asumiendo la debilidad que tal soledad acarrea.

En algunos casos lo colectivo-existente puede resultar completamente hostil a los sacrificios intelectuales. Ahora bien, cuando me refiero a la apuesta por las dinámicas colectivas me imagino un escenario diferente, nada utópico en la actualidad, en el cual la expansión de lo colectivo acompaña la expansión de lo teórico-individual, o bien donde hay posibilidades de creación de dinámicas colectivas nuevas que si bien demandan un esfuerzo extra (ya que en la mayoría de los casos involucra a individuos en formación, preferentemente estudiantes de grados) abren un futuro promisorio para todos los participantes de la dinámica. Esto último puede ocurrir en la medida que el trabajo colectivo tiende a fortalecer en términos teóricos la comunidad en la cual todo investigador y docente de algún modo

forma parte. Dadas las condiciones sociocientíficas actuales en el país, la apuesta por lo colectivo implicaría una apuesta por la formación de nuevas colectividades motorizadas por ambiciosos proyectos de innovación teórica.

### *3.3.6. El multilingüismo*

El diagnóstico respecto a las debilidades idiomáticas en el campo de las ciencias sociales no se puede dimensionar sin hacer referencia a los proyectos de investigación que se ponen en juego, y en concreto a los objetivos que acompañan tales proyectos. La invitación al fortalecimiento de las capacidades idiomáticas no es bueno en abstracto, sino que cobra valor en relación a una situación concreta en la cual se presentan oportunidades para avanzar en la investigación orientada a procesos de construcción teórica. Por ejemplo, para el campo científico-social nacional resulta en extremo importante poder contar con un manejo fluido del inglés. Ello permitiría fijar un horizonte de desarrollo más potente y ambicioso para nuestras investigaciones, siendo el inglés el idioma “global” de comunicación de las ciencias, y no solo de las ciencias sociales. Por lo tanto, resignar esta capacidad nos ubica como país y región en una posición desventajosa. De más está decir que la atención en el inglés no debe entenderse, desde un nacionalismo cerrado, como una demanda propia de un esnobista teórico, sino más bien como una herramienta para la expansión de los proyectos nacionales y regionales autonómicos de investigación social.

### 3.4. Cuadro: Obstáculos, tensiones y desafíos culturales

CONSTRUCCIÓN TEÓRICA: PLANO CULTURAL			
	OBSTÁCULOS	TENSIONES	DESAFÍOS
1	Escepticismo	Incertidumbre teórica objetiva / Conquista de nuevas certidumbres Situacionales.	El optimismo de la voluntad teórica
2	Carrerismo	Lógicas de conocimiento / lógicas de acreditación.	La reflexividad crítico-realista.
3	Esnobismo teórico	Lo propio-nacional regional como proyecto / Lo ajeno-nórdico como práctica necesaria.	El reconocimiento estratégico de la teoría social nórdica.
4	Cultura de la satisfacción	Menor esfuerzo, y certeza de recompensa menor inmediata o a corto plazo / Mayor esfuerzo, e incerteza de recompensa mayor a largo plazo (lógica de postergación).	La creación comunitaria de nuevos incentivos para el sacrificio intelectual.
5	Cultura del aislamiento	Potenciación de lógicas alternativas y efectivas de investigación teórica / demanda institucional de dinámicas grupales / dimensión colectiva de la investigación teórica.	El avance de las dinámicas colectivas.
6	Limitación Idiomática	Tiempo para aprender idiomas / tiempo para la investigación social.	La promoción del multilingüismo.

#### **4. Obstáculos, tensiones y desafíos institucionales (y políticos)**

No es sencillo evitar subvalorar, o, por el contrario, sobredimensionar la incidencia de las reglas institucionales en las prácticas de los investigadores sociales. Si bien la larga sombra que proyecta el imaginario estructuralista en las ciencias sociales suele dejar sin efecto aquel territorio de lo social en el cual los actores individuales encuentran la forma y el momento para darse sus propias reglas y eventualmente imponerlas, creo que en la actualidad priman los sesgos subjetivistas y con ello la exageración del poder creativo y transformativo de las prácticas sociales en nuestro campo. En cualquier caso, el ensayo de una explicación causal del comportamiento de los investigadores en el campo científico-social y en el subcampo de la teoría social excede con creces las posibilidades y con ello los objetivos del presente texto. Me conformaré con señalar lo que considero son los obstáculos institucionales principales para el avance de la investigación teórica. A mi modo de ver estos serían: a) el desincentivo estructural para la innovación teórica; b) la “globalización” y homogeneización de los estándares de evaluación; c) la compresión espacio-temporal y la lógica del *paper*; d) la sobrepolitización del científico-social; e) la despolitización científico-social; y luego en un plano más concreto, f) la debilidad de las revistas científicas nacionales; y g) las limitaciones laborales en las instituciones de investigación<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> Sin detenerme en su análisis quisiera al menos mencionar otros dos obstáculos existentes y reconocidos en el campo: la sobrecarga docente o de actividad de docencia tanto de grado como de posgrado –la segunda más opcional que la primera– y la sobrecarga burocrática en actividades tanto de investigación como de docencia. El obstáculo docente no lo presento como obstáculo de primer orden para la investigación teórica ya que estoy tomando como actor de referencia a los investigadores sociales del CONICET, que son los profesionales que actualmente tienen condiciones materiales para dedicarse a la investigación. Estos últimos pueden decidir regular su carga docente, ya que sus ingresos provienen mayoritariamente del CONICET. Ahora bien, el obstáculo docente se transforma en una limitación principal si tomamos en consideración la trayectoria de los investigadores del CONICET

## **4.1. Los obstáculos institucional-políticos**

### *4.1.1. El desincentivo estructural para la innovación teórica*

A partir de observar y de experimentar las reglas institucionales dominantes en el campo científico-social nacional se llega a la rápida conclusión de que el sistema de premios y castigos actúa en desmedro de la innovación teórico-científica. La operación de apropiación central de las instituciones científicas es crecientemente la evaluación, y, más en concreto, la evaluación de artículos y otras publicaciones consideradas científicas. Observando los criterios y modos de evaluación existentes se registra un desincentivo estructural para la creación teórica original, dado que se tiende a evaluar positivamente en mayor medida lo conocido y lo consagrado por tradición (aquí operan las lógicas disciplinares) antes que lo desconocido o lo bueno por conocer. La lógica que domina en el sistema de evaluación del campo científico-social es fuertemente reproductiva, por lo tanto también conservadora y, por lo tanto, tiende al rechazo de lo nuevo. El movimiento conservador del campo académico-científico se constituye en un punto de observación privilegiado para analizar los procesos de creciente separación institucional entre lo económico y lo político, y más exactamente, en este caso, entre lo económico y lo estatal-científico. Vemos que, mientras que en el sistema estatal-científico las presiones estructurales apuntan a reproducir lo dado, en el sistema económico hay presiones estructurales para innovar o crear. Mientras en la economía (y más aún en la economía basada en el conocimiento) se promociona una “cultura del riesgo” orientada a la innovación tecnológica, en lo estatal-científico domina una cultura del apego a lo instituido, a lo

---

que ingresaron con mayor edad y sin haber contado con el apoyo de las becas de formación doctoral de la institución, y que desarrollaron sus trabajos de investigación doctoral en un período de no-profesionalización de la investigación social en el país. Sobre este punto resultan ilustrativas las anécdotas ofrecidas por Raúl Rodríguez en la conferencia “La sociología del conocimiento científico-social como epistemología crítica”, dictada en el CIECS, UNC y CONICET, el 23 de octubre de 2015.

dado; esto es, una cultura de la autorización orientada a consagrar la tradición, si bien actualmente esta se haya en una crisis estructural. De este modo, en el campo científico-social, a partir de su modo de evaluación del trabajo científico, se repele lo nuevo, lo creativo, lo original. Creo que la racionalidad cultural del mundo científico así entendida explica en gran medida el surgimiento y la popularización de los estudios metateóricos en el campo de la sociología y las ciencias sociales en general. Mi hipótesis en este punto es que el apego a la cultura de la autorización es la que precipita y viabiliza la idea de que la investigación sobre el método de otros, esto es, los proyectos de investigación sobre método en la teoría social, es un paso necesario para un mejor y posterior proceso de construcción teórica. La teoría se hace, dirán los metateóricos, pero no de cualquier modo y en cualquier circunstancia, y nada mejor que posponer la creación teórica indefinidamente en aras de una futura teoría mejor edificada, con lo cual se garantiza, como un efecto deseado o no deseado, que nada cambie, no al menos a partir de ciclos de producción teórica creativa.

#### *4.1.2. La “globalización” y homogeneización de los estándares de evaluación*

En conexión directa con el ítem anterior, diré que actualmente es difícil pensar qué es la teoría social y cómo se hace teoría social en Argentina y en América Latina, sin pensar cómo y quién evalúa en cada instancia la teoría social que se investiga o se hace, y por lo tanto cuáles son los criterios de valorización institucional de la producción científica. Es imposible pensar el movimiento actual y potencial de un proceso de teorización social sin pensar las reglas de competencia de los proyectos editoriales en nuestro campo de conocimiento. En este punto registro lo que a mi entender se convierte en el obstáculo institucional central en la actualidad para la construcción teórica original y situada: la “globalización” de los estándares de valorización y evaluación de las revistas y

de los artículos científicos (siendo estos últimos las unidades de producción y de acreditación elementales del investigador científico-técnico). El punto crítico principal tiene que ver con los intereses, las funciones y el poder de los “index” o las indizaciones internacionales, que prácticamente determinan las estrategias de posicionamiento de aquellas revistas científicas nacionales y extranjeras en las cuales CONICET nos sugiere publicar para continuar en carrera<sup>18</sup>.

Muy probablemente este sea el tema concreto que concentra mayor atención y mayores polémicas en la comunidad de los científicos sociales del CONICET, lo cual es un síntoma del imaginario general que recrea nuestra comunidad y del lugar que podría tener reservado esta misma comunidad para los problemas, las batallas y las discusiones exclusivamente teóricas o teórico-políticas. De modo creciente se viene produciendo una transferencia monumental de poder de evaluación de los sistemas científicos de los estados-naciones a un conjunto de actores extranjeros, ubicados en su gran mayoría en los países del Norte Global (muchos de ellos son empresas privadas), que fabrican y luego imponen los parámetros generales de evaluación y de capitalización científica bajo lógicas capitalistas de mercado, en este caso de mercado académico<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> Ejemplos de index son: WoS, Scopus, Scielo, Latindex, Scielo, Ulrich, Sociological Abstract, etc.

<sup>19</sup> Así como las agencias calificadoras de riesgo imponen al conjunto del mercado financiero sus parámetros privados de valorización macroeconómica, igualmente en el mercado científico-académico los grandes actores-indexadores buscan imponer al mercado científico-académico sus criterios de valorización científica. A modo de analogía, si el “índice de capital riesgo” lo miden las calificadoras de riesgo (empresas privadas norteamericanas), los parámetros de éxito académico lo establecen y miden las agencias indexadoras regionales y globales. Esta relación en extremo asimétrica se expresa en un proceso de doble sujeción: de las revistas científicas a los index y de los científicos sociales a las revistas, siendo CONICET un dispositivo de mediación que reglamenta tal proceso. Tal relación de dominación vertical no deja mucho margen de maniobra en la actualidad para proponer un código teórico y científico alternativo.



Tal escenario reduce la libertad de los procesos creativos locales, si bien no los anula por completo. Las comunidades teórico-sociales de los países centrales, que se encuentran en una posición ventajosa dados los desequilibrios centro-periferia, también se encuentran sometidos a la presión de estos mismos parámetros. La parametrización global de la actividad científica no es un problema en sí, en abstracto, sino que se transforma en un problema a partir de la forma concreta que adquiere, que es la de una modalidad de imposición unidireccional mediada y reglamentada por nuestras instituciones científicas nacionales y sus autoridades, que no toman en consideración los procesos de valorización colectiva de buena parte de su comunidad científico-social, y mucho menos atienden a la necesidad de articulación entre los problemas del sistema científico-técnico y los “grandes problemas” de nuestro entramado social nacional.

#### *4.1.3. La compresión espacio-temporal y la lógica del “paper”*

El campo científico-social nacional, pese a formar parte del espacio estatal, no es ajeno al proceso tendencial de compresión espacio-temporal en los procesos socioeconómicos dominantes a escala global.<sup>20</sup> Cada vez hay menos espacio y menos tiempo para la producción científica. Menos espacio desde el momento que se reducen cada vez más la extensión de las tesis de grado y de posgrado, y que avanza la imposición del formato-artículo como unidad de producción y circulación científica de referencia, en detrimento del formato-libro. Menos tiempo, principalmente, porque se reducen los tiempos para la publicación obligatoria de artículos científicos, porque se eleva la base cuantitativa de artículos científicos necesarios para que un CV sea considerado competitivo en cada estadio y situación de la carrera científica, porque la

<sup>20</sup> La noción de “compresión espacio-temporal” le pertenece principalmente a David Harvey (ver Harvey, 1989) y en menor medida a Bob Jessop (lo emplea con asiduidad en todos sus libros publicados desde 2002 hasta la fecha).

periodicidad de la evaluación científica se acorta, porque la disminución de la extensión de los productos exige un menor tiempo de producción, y porque el tiempo de atención del lector también viene reduciéndose.

La reducción temporal puede concebirse igualmente como un proceso de aceleración temporal, recuperando selectivamente la clave analítica ofrecida por Hartmut Rosa (Rosa, 2013). Si bien se produce un proceso de adaptación de toda producción intelectual-científica a los nuevos arreglos espacio-temporales, los tiempos, las extensiones y las lógicas propias de la producción teórica difieren y, eventualmente, colisionan con las racionalidades que acompañan las compresiones espacio-temporales mencionadas, poniendo en serios aprietos las posibilidades materiales para la construcción de teoría social, que como vengo señalando se inscribe en un proceso de investigación de largo aliento. La construcción de teoría social es un proceso de largo plazo, mientras que los imperativos de publicación y los parámetros de evaluación de la producción científica son cortoplacistas, exigiendo resultados de investigación anuales o en algunos casos bianuales (dependiendo del escalafón en el cual se encuentra el investigador del CONICET). Las exigencias institucionales de publicación permanente de los resultados de las investigaciones alteran las empresas de investigación y producción teórica, las cuales terminan mayoritariamente por estructurarse en torno a núcleos conceptuales que se inician y cierran en los tiempos demandados.

#### *4.1.4. La sobrepolitización del científico-social*

Este punto y el próximo abordan un tema muy espinoso, respecto al cual resulta particularmente difícil posicionarse. Se trata de una realidad que adquiere una forma singular en nuestro sistema científico-técnico nacional. Por sobrepolitización del científico-social entiendo la primacía de la actividad política y de gestión institucional respecto a la actividad científica en un sentido

estricto.<sup>21</sup> Tal sobrepolitización, en principio, es un obstáculo para un proceso de construcción teórica (no para otros objetivos), desde el momento que el tiempo de trabajo del investigador es mayoritariamente un tiempo dedicado a tareas institucionales y políticas. Ahora bien, la ponderación que se puede efectuar de tal sobrepolitización depende del período y la situación considerada. Por ejemplo, presento dos casos en los cuales una sobrepolitización en abstracto, no lo sería en concreto. El primer caso se presenta si las prácticas político-institucionales del investigador son acotadas en el tiempo. Allí perfectamente puede suceder que estas resulte una fuente de inspiración para su trabajo teórico posterior. Un segundo caso se presentaría si no hay condiciones institucionales y políticas para la investigación teórica. En tal situación lo prioritario para el avance de la propia investigación es abocarse a crear tales condiciones, lo cual exige dedicarse circunstancialmente a tareas extrainvestigativas, conllevando lo circunstancial un tiempo indeterminado.

El despliegue de este papel político-institucional específico y circunstancial del intelectual ha sido una constante en América Latina, registro que se puede identificar con toda nitidez en los escritos de Florestán Fernández en los años 60 (Fernández, 1966). El segundo caso mencionado es el que actualmente se presenta en buena

<sup>21</sup> Aquí dejo de lado la tensión sociológica clásica entre el científico y el político, entre la práctica teórica y la práctica político-orgánica o político partidaria, y que remite en la tradición marxista –forzando un poco la equivalencia– a la relación entre teoría general y praxis política. Es un tema en extremo importante, claro está, pero que trasciende el encuadre del presente diagnóstico, desde el momento que el movimiento general de tal relación contempla un potencial abandono del campo científico-técnico en aras de una tarea política extraacadémica. El abandono de tal cuestión no significa que no se presente como una tensión del científico-social, lo cual queda demostrado con los pedidos de licencia o directamente el abandono de la carrera del CONICET por parte de ciertos Investigadores que se volcaron en los últimos años a la actividad política, principalmente al interior del Frente para la Victoria (FPV). Aquí parto de dos supuestos: 1. Que el CONICET es la institución de referencia para llevar adelante un proceso de investigación social en el país (posición que merece ser discutida), y 2. Que es materialmente imposible llevar adelante una carrera político-partidaria y una carrera científico-técnica simultáneamente.

medida en CONICET a partir del drástico recorte presupuestario impuesto por el nuevo gobierno nacional. Cuando digo que esta relación adquiere su singularidad en la Argentina es porque la práctica científica y la práctica político-institucional se encuentran más próximas y potencialmente más articuladas que en otros sistemas científico-técnicos nacionales<sup>22</sup>.

<sup>22</sup> Aquí de ninguna manera quiero caer en lo que comúnmente se denomina una “visión científicista” del campo académico y científico-social, ni en una actitud de minimización de las tareas y de las responsabilidades político-institucionales que forman parte de la vida comunitaria de las instituciones académicas universitarias. Una tensión específica que suele acompañar este registro de sobrepoliticización tiene que ver con la doble pertenencia que tienen algunos investigadores sociales, desempeñándose como investigadores del CONICET y, a la vez, como docentes universitarios, en la mayoría de los casos de universidades públicas. La comunidad de la universidad pública demanda legítimamente participación política, institucional y gremial a sus docentes para la construcción pública y común del proyecto universitario en los ámbitos de docencia, investigación y extensión, y por su parte CONICET demanda legítimamente a sus investigadores para que investiguen, produzcan conocimientos y publiquen los avances de tal proceso. De este modo, la doble pertenencia institucional y la correspondiente doble función de docente y de investigador, pone al investigador social-docente en una posición en extremo incómoda. En los casos en los cuales este se interesa y reconoce como legítimas ambas demandas colectivas-institucionales, y, por lo tanto, asume cierta responsabilidad al respecto, no está materialmente en condiciones de satisfacer plenamente ninguna de las dos. Tal imposibilidad se acentúa cuando existe una apuesta extra, sea individual, grupal o colectiva, por avanzar en un proceso de construcción teórica, lo cual demanda un sobreesfuerzo orientado al desarrollo de una rutina de trabajo “más allá” de las exigencias institucionales del CONICET. En el marco de la tensión presentada se hace muy difícil evitar una doble estigmatización, que se apuntala a partir de la posición de cada actor en el campo: quienes se entregan a la labor político-institucional en mayor medida tienden a considerar a los que no lo hacen como actores despolitizados, individualistas y científicistas, y quienes apuestan mayoritariamente por la tarea científica en sentido estricto tienden a definir peyorativamente a los que no lo hacen como cómodos y mediocres. No hay solución definitiva a esta tensión, pero sí la posibilidad de un reconocimiento de la trayectoria del otro, lo cual permitiría el fortalecimiento de una comunidad académico-científica crecientemente diferenciada. Ahora bien, tal reconocimiento no debería conducir a la aceptación cómoda de una división del trabajo entre los que mayormente se comprometen con la investigación y los que mayormente lo hacen con la actividad político-académica.

#### 4.1.5. *La despolitización científico-social*

Por despolitización científico-social me refiero en concreto a la despolitización de los problemas de investigación y no a la nula o escasa participación del científico-social en actividades políticas de distinta naturaleza. Se podría entender, en términos más específicos, como una despolitización de la teoría social o de la práctica teórico-social. La despolitización se asocia en un sentido general a la ausencia de un registro local-nacional como vector estructurante explícito o implícito de los problemas de investigación. La despolitización así entendida no sería la ausencia o la minimización de un compromiso político orgánico o partidario en la formulación de un problema teórico, sino la ausencia de un tipo de responsabilidad intelectual con los “grandes problemas” o “grandes procesos” de la sociedad local-nacional-regional. Este compromiso se materializa, como ya lo vengo señalando, en la idea del proyecto intelectual.<sup>23</sup> De este modo, la despolitización científico-social obstaculiza un tipo específico de construcción teórica, que es aquella que se edifica a partir de un proyecto intelectual.

#### 4.1.6. *La debilidad de las revistas científicas nacionales*

Un obstáculo institucional relevante para la dinamización local y nacional de los procesos de investigación y construcción teórica original tiene que ver con la ausencia en el país de revistas científicas de referencia para la comunidad de investigadores en el universo de la teoría social. Ello nos obliga en la actualidad, en buena medida empujados por las exigencias institucionales de acreditación, a publicar en el extranjero, siendo los destinos de nuestros artículos en español preferentemente México y España. Estas prácticas de exportación de artículos alimentan un doble movimiento negativo. El primero es un movimiento de dependencia respecto a

<sup>23</sup> Para una revisión de la noción de “proyecto intelectual”, ver punto 2.1.3.

otros espacios de producción que fijan agendas y criterios propios a los cuales nos tenemos que subordinar. El segundo movimiento, producto de tales exportaciones, es más grave y tiene que ver con la acentuación de un proceso de disgregación o atomización interna que impide que se generen dinámicas de circulación de trabajos, de lectura y de discusión de la propia comunidad nacional y regional, lo cual debilita en extremo nuestra comunidad científica. Si bien tanto las revistas internacionales como las nacionales deben someterse a los índices mencionados en el punto anterior, el margen de maniobra y las posibilidades de apropiación que brinda la proximidad y la filiación nacional de una revista no es menor. En cualquier caso, los dos aspectos mencionados resultan preocupantes, en particular para quienes pretendan estructurar sus trabajos de investigación a partir de proyectos intelectuales. Un aspecto clave a tener en cuenta aquí es que las barreras de acceso al territorio de la teoría social acreditada son ciertamente más elevadas que las de la investigación empírica, los circuitos de reconocimiento del trabajo teórico están geopolíticamente marcados, y por tanto las posibilidades de aceptación y de reconocimiento para el trabajo teórico latinoamericano en los circuitos globales son en extremo dificultosos. Ello se ve reflejado en los criterios para la aceptación de trabajos teóricos en las revistas extranjeras, donde se exige un diálogo del autor del artículo a evaluar con el espacio de autorizaciones teóricas de referencia de la revista. De este modo, las revistas extranjeras, particularmente las que se publican fuera de nuestro continente, se convierten en un obstáculo para la publicación de artículos teóricos inscriptos en proyectos intelectuales. Ello es una fuente concreta de desincentivo institucional para el tipo de trabajo teórico que proponemos efectuar. La posibilidad de contar con revistas nacionales de teoría social, abiertas a la comunidad internacional, pero que sean producto de las dinámicas teóricas de nuestra comunidad científica, acrecentaría la posibilidad de instalar una agenda sensible a nuestros proyectos intelectuales.

#### *4.1.7. Las limitaciones laborales en las instituciones de investigación*

A diferencia de otros países, las instituciones públicas de investigación del país suelen organizar sus rutinas laborales como si se tratase de cualquier otro sector de la administración pública estatal. Los centros de investigación suelen abrir sus puertas a las 8.30 o 9 de la mañana y cerrar entre las 18.30 y las 19.30hs. Las bibliotecas incluso suelen tener horarios más restringidos. Tal rigidez y limitación horaria no se ajusta a las necesidades y a los procesos de trabajo de los investigadores, que habitualmente suelen trabajar fuera de tales horarios (más temprano o más tarde), ya sea en un esquema de trabajo continuado o discontinuado. En los sistemas científico-técnicos más avanzados las instituciones de investigación (públicas y privadas), y las bibliotecas en particular, suelen estar abiertas las 24hs, y los investigadores permanecen en ellas según las necesidades y los hábitos de trabajo y de producción de cada uno. De este modo, al no adaptarse las instituciones a las rutinas de trabajo de los investigadores, suele ser habitual que estos decidan no concurrir a sus lugares de trabajo, y opten por trabajar en gran medida en sus hogares, lo cual fomenta las prácticas de aislamiento del trabajo científico-social. Otro obstáculo suele ser la falta de silencio en los centros de trabajo, el murmullo o la conversación en voz alta en lugares donde hay gente trabajando, lo cual da cuenta del tipo de rutinas de trabajo y de investigación que institucionalmente se promueven en algunos casos.

#### **4.2. Las tensiones institucional-políticas**

Respecto a las presiones estructurales que desincentivan la creación teórica, la tensión se presenta principalmente entre las lógicas reproductivas operantes y las necesidades de superar o subvertir tales criterios dominantes para llevar adelante un trabajo teórico-social significativo y posteriormente reconocido por el mismo campo científico social que promueve dinámicas conservadoras.

Por lo tanto, lo paradójico –y no tanto– del caso es que finalmente el trabajo que el campo de las ciencias sociales y de la teoría social termina reconociendo en sentido fuerte es la producción teórica original, una vez que esta finalmente logra sortear las barreras que el propio campo impone a lo nuevo.

En relación a la “globalización” de los estándares de evaluación como obstáculo institucional, la tensión principal se manifiesta, en un plano inmediato, entre la conexión y la desconexión de las indizaciones globales, tanto para las revistas como para los investigadores que eligen publicar en una revista u otra, siendo un escenario de total desconexión algo prácticamente imposible a corto y mediano plazo para los investigadores del CONICET. En un mediano y largo plazo, en el plano institucional, eventualmente podría emerger una tensión entre indizaciones propias e indizaciones globales-ajenas, pero tal escenario es completamente improbable en la actualidad desde el momento que demandaría reformas sustantivas en los criterios de evaluación científica del CONICET, acompañadas de un proceso de creación de nuevos parámetros. En relación a la tendencia a la compresión espacio-temporal del trabajo de producción y de publicación, la tensión central se presenta entre dos arreglos espacio-temporales: el arreglo espacio-temporal de la evaluación institucional, de la acreditación y de la presentación de informes, y el arreglo espacio-temporal del proceso de investigación teórica. Dentro de este último hay que distinguir la temporalidad de la crítica teórica y de la experticia autoral, cuya realización podría concretarse en el corto y mediano plazo, de la temporalidad de la construcción teórica, desplegada exclusivamente en el largo plazo. Respecto a la sobrepolitización del científico-social (entendido exclusivamente como obstáculo para un proceso de construcción teórica), entiendo que la tensión central se presenta entre el compromiso político con la comunidad de pertenencia en las instituciones académicas, y el compromiso público con el avance de la investigación científica. Presentado en otra clave, la tensión se expresaría entre una carrera y un proceso de capitalización político-científico, y



una carrera y un proceso de capitalización científica centrada en la producción.<sup>24</sup> Luego, en relación a lo que denomino despolitización científico-social, la tensión central se presenta entre la opción por lo abstracto y la opción por lo abstracto-concreto, y más específicamente, entre la opción por estructurar o no estructurar en cada momento los problemas de investigación atendiendo a un registro histórico-epocal. Ello no debe entenderse en sentido exacto como una tensión entre particularismo y universalismo. Señalo que se trata de una tensión ya que el trabajo teórico, dependiendo el plano involucrado, exige niveles indeterminables de abstracción y de autonomización respecto a registros más concretos, y en particular respecto a registros histórico contextuales.

El siguiente obstáculo que mencioné, en un registro mucho más concreto, es la debilidad de las revistas científicas nacionales en el mundo de la teoría social. Entiendo que la tensión central aquí se plantea entre la continuidad del esquema de exportación de artículos (enajenación nacional) y el inicio de un proceso de transición hacia una modalidad nacional y regional de circulación, lectura y discusión de textos (apropiación nacional-latinoamericana), siendo que solo este segundo polo de la tensión garantiza a mediano y largo plazo el reconocimiento de aquellos trabajos de investigación y construcción teórica relevantes hechos en el país y en América Latina, y atentos a nuestros propios arreglos espacio-temporales. Tan tensión entre la continuidad de lo editorial-ajeno y la gradual creación de lo editorial-propio se presenta paradigmáticamente

<sup>24</sup> Mi diagnóstico es que en la cultura académica argentina actual ambas prácticas, la política y la teórica, están más próximas entre sí que en otras culturas académicas. En nuestro país la práctica política en los sistemas científicos es atractiva o bien es más demandada que en otros sistemas académicos, lo cual debilita la producción teórica en cierto sentido. Se trata de algo dilemático, ya que ambas prácticas son deseables y por lo general cada una suele expandirse en detrimento de la otra. Esta segunda afirmación merece matizarse, ya que lo que también se pone en juego en la relación mencionada es el tipo de teoría que estamos interesados en construir, siendo una teoría alejada de la práctica político-institucional algo no necesariamente deseable, sobre todo si la teoría que se pretende construir tiene que dar cuenta de la política o de los procesos políticos en algún sentido.

para el investigador, en el corto plazo, como una tensión entre la apuesta por la publicación en una revista extranjera bien indexada, y por tanto mayormente reconocida por el CONICET, y la apuesta por una publicación inicialmente no indexada o escasamente indexada en el país, con vistas a una mayor gratificación a futuro. Tal gratificación futura adquiere un doble sentido: 1) como gratificación en el marco de la lógica de indexación, ya que si se cumple con las instancias regulares de evaluación que fijan los parámetros globales las revistas nacionales podrían resultar competitivas a mediano plazo en el mercado académico nacional, regional y global, y 2) como gratificación editorial y política, en tanto los colegas del país podrían tener una mayor incidencia y participación en la dirección editorial de las revistas científicas, dado que serían revistas de la propia comunidad nacional, lo cual implica que podrían estar estructuradas a partir de los intereses y las temáticas comunes y consensuadas por la propia comunidad. En último lugar, las limitaciones laborales en las instituciones de investigación, tanto en lo que respecta al esquema horario como a la cultura del silencio, se presentan a partir de la tensión principal entre la reproducción organizativa y cultural del empleo público-administrativo, y la integración de nuevos modos organizativos y hábitos adecuados a las necesidades y a las formas de organización del trabajo de los investigadores científico-técnicos. Tal tensión se cristaliza en el plano individual como tensión entre la concurrencia a los centros de investigación y la permanencia en el hogar.

### ***4.3. Los desafíos institucional-políticos***

Lo que aquí llamo desafíos institucionales opto por restringirlo en la mayoría de los casos a los desafíos centrales que presentan los obstáculos institucionales mencionados para el investigador social. Hay por lo tanto un traslado de lo institucional a un registro del agente y sus estrategias, siendo necesario tal registro para pensar en términos situados nuestro campo de actividad. De este

modo, evitaré proponer como desafío aquellos procesos de creación o rediseño institucional que demandan una posición privilegiada para la acción política, lo cual excede nuestras posibilidades concretas de actuación.

#### *4.3.1. La creación de condiciones para la autorización*

Descartada toda situación de libre albedrío o de apuesta ideal, la forma de enfrentar las lógicas reproductivistas del campo científico actual implica, en un primer momento, desplegar un trabajo de investigación desdoblado. La primera línea de investigación consistiría en respetar la lógica de reproducción, lo cual implica invertir energía y horas de trabajo para hacer avanzar la experticia autoral ya mencionada.<sup>25</sup> La segunda línea de investigación corre en paralelo a la investigación formal experta, bajo una temporalidad y una lógica diferente, y se orienta al juego creativo de la nueva construcción. Evidentemente esta segunda línea de investigación creativa implica un producto abierto e inconcluso, en proceso, no centrado en un otro-autorizado, lo cual dificulta la posibilidad de que sea publicable. A medida que avanza la tarea inventiva paralela esta puede comenzar a orientar el trabajo experto autoral, con vistas a generar las condiciones de autorización para irrumpir con el nuevo producto, que contaría ya con un respaldo respetable de su propia tradición disciplinaria. Mi hipótesis, de hecho, es que esta es la forma habitual que adopta el trabajo de construcción teórica en el campo científico-social, así como el trabajo metodológico sobre la teoría en particular. Es todo un dato del campo de las ciencias sociales el hecho de que resulte necesario autoreprimir, regular o gestionar lo nuevo hasta tanto se consigan las autorizaciones disciplinarias suficientes para ser aceptado por la comunidad científico-social. Por lo tanto, antes que proponer un cambio cultural para el campo, proponiendo la creación de nuevos incentivos institucionales para

<sup>25</sup> Ver el punto 2.1.5.

la creación (lo cual sería sin dudas lo óptimo), aquí partimos de reconocer la imposibilidad de modificar la cultura de la autorización a corto y mediano plazo,<sup>26</sup> y a partir de ello señalamos un camino algo menos ideal, pero más factible para hacer avanzar el trabajo teórico.

#### *4.3.2. La combinación estratégica de lo indexado y lo no indexado*

El desafío para encarar el monumental obstáculo que representa la globalización y homogeneización de los parámetros de evaluación, pasa nuevamente por el desarrollo de una estrategia de publicación que, por un lado, respete el proceso de investigación mencionado en el punto anterior y, por el otro, apueste por el fortalecimiento de nuevos emprendimientos editoriales de la comunidad nacional. Ello exige en primera instancia contar con un volumen de producción que permita simultáneamente publicar en revistas acreditadas y publicar en los emprendimientos editoriales locales y nacionales en proceso de desarrollo (que en su momento de creación no contarán con indexaciones y menos con indexaciones del grupo más valorizado por nuestras instituciones de investigación). Como verán, este no es un elemento menor de la cuestión: si no producimos más, lo cual posiblemente exija desafiar algunos de los obstáculos culturales analizados, no estaremos en condiciones de poner en cuestión el círculo vicioso que genera la dependencia científico-social de las fuerzas de indexación y los proyectos editoriales extranjeros. La estrategia general debería operativizarse por lo tanto en dos momentos: la combinación inicial de lo indexado y lo no indexado (aquí la revista nacional está en fase embrionaria), y luego la transición de lo indexado-ajeno<sup>27</sup> a lo indexado-propio

<sup>26</sup> Ver punto 4.1.1.

<sup>27</sup> Lo indexado-ajeno lo es en un doble sentido: ajeno en tanto las revistas indexadas no son nacionales, y ajeno también en tanto los index los manejan actores extranjeros. En este registro, a partir de la expansión de lo indexado-propio solo podremos conseguir romper con el primer tipo de enajenación.

(aquí la revista nacional está mejor posicionada). Esto segundo lo tratamos más adelante.

#### *4.3.3. La expansión del espacio-tiempo constructivo*

El único modo de avanzar hacia un proceso de construcción teórica es generar las condiciones espacio-temporales para ello, lo cual exige inclinar la tensión espacio-temporal indicada hacia el espacio-tiempo alternativo del proceso teórico creativo. Ello se puede lograr de dos modos: quitando tiempo a los flujos espacio-temporales institucionales, o bien agregando tiempo extra de trabajo actualmente invertido en otras tareas. Lo que no se avizora como alternativa es la subversión del proceso general de compresión espacio-temporal. Siendo que hay un piso de producción y de publicación que demandan nuestras instituciones, habría que analizar en qué medida se puede desplegar una estrategia de resistencia efectiva que no implique trabajar más tiempo.

#### *4.3.4. La politización del científico social*

La mejor ecuación, o bien el punto de equilibrio transitorio entre la práctica institucional-política y la práctica teórica en sentido estricto no está dado de antemano, y queda sujeto a una lógica situacional, a un campo estratégico. Lo primero que hay que registrar son las variables críticas intervinientes para el trabajo de investigación teórica.

Por politización del científico social, y en particular del teórico social, entiendo el reconocimiento de la tensión irreductible, productiva y necesaria entre el compromiso político con la comunidad de referencia y el compromiso público con el avance del conocimiento a partir de la producción individual y colectiva centrada en un proyecto intelectual. Por lo tanto, politizar implica no suprimir el compromiso con ninguno de los polos de actividad, y junto a ello tener como horizonte de expectativas la creación de una teoría y

una investigación social situadas. Lejos de transformar tal tensión en una esquizofrenia paralizante, de lo que se trata es de evaluar en cada momento cómo posicionarse en ella. La sobrepolitización como obstáculo conlleva justamente la supresión del segundo polo. Cuando hago referencia al compromiso político-institucional con la comunidad estoy incluyendo también la necesidad de contribuir al avance de proyectos institucionales para la promoción de la investigación, como puede ser, por ejemplo, la creación y dirección de una revista científica, o la dirección de un espacio de posgrado. Cuando defino la politización en estos términos siempre la estoy supeditando al objetivo de construcción teórica. Si el objetivo final cambia, el concepto se desdibuja.

#### *4.3.5. La opción por lo abstracto-concreto*

Quienes orientan su línea de investigación social y sociohistórica hacia el trabajo empírico suelen criticar a quienes se dedican al trabajo teórico porque nunca salen de un plano abstracto y atemporal, porque quedan atrapados en procesos especulativos, y muchas veces suelen tener razón. Pese a que tales críticas por lo general provienen de colegas con fuertes inclinaciones empiristas, el cuestionamiento no deja de ser válido para el tipo de trabajo teórico que llevan adelante los teóricos.<sup>28</sup> La apuesta en este caso pasaría por dialectizar el proceso de investigación teórica y social, integrando lo concreto en lo abstracto de la investigación teórica, y conduciendo lo abstracto a lo concreto. Este proceso resulta politizante en la medida que lo concreto, como concreto de pensamiento, integra un registro histórico-epocal en el proceso de teorización social. Hay politización no orgánica y no partidista en la teoría cuando se atiende a un proyecto intelectual<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> Ver 2.1.1.

<sup>29</sup> Ver nuevamente 2.1.3.

La ausencia o la debilidad de los proyectos editoriales en el área de la teoría social en la Argentina y en América Latina no es un hecho inamovible de la realidad. El desafío pasa por la creación de revistas con proyección latinoamericana y global, a partir de un compromiso amplio de la comunidad académica nacional y luego regional, asumiendo los desafíos que tal misión instituyente conlleva en un escenario complejo para el posicionamiento editorial de un espacio argentino y latinoamericano. Ello exige acompañar el nuevo diseño institucional con algunas de las estrategias mencionadas arriba, en particular la estrategia de publicación.

#### *4.3.6. La adaptación institucional a las rutinas de investigación*

El desafío que tienen por delante las instituciones de investigación pública del país que ya cuentan con condiciones edilicias y espaciales aceptables para albergar a los investigadores es la de abrir un proceso de consulta con la comunidad inmediata para adecuar horarios y climas laborales a las necesidades comunes y concretas que se presentan. Para estas modificaciones no es necesario contar con nuevas partidas presupuestarias.

#### 4.4. Cuadro: Obstáculos, tensiones y desafíos institucionales

<b>CONSTRUCCIÓN TEÓRICA: PLANO INSTITUCIONAL-POLÍTICO</b>			
	<b>OBSTÁCULOS</b>	<b>TENSIONES</b>	<b>DESAFÍOS</b>
1	El desincentivo estructural para la innovación teórico-social	Las exigencias de adaptación a las lógicas reproductivas del campo científico-social / las exigencias subversivas para el avance del trabajo de construcción teórica.	La creación de condiciones para la autorización
2	La “globalización” y homogeneización de los estándares de evaluación	a) Conexión / desconexión de las indizaciones globales; b) Indización-propia / indización global-ajena	La combinación estratégica de lo indexado y lo no indexado
3	La compresión espacio-temporal y la lógica del paper	La espacio-temporalidad institucional / la espacio-temporalidad del proceso de investigación teórica	La expansión del espacio-tiempo constructivo
4	La sobrepolitización del científico-social	Compromiso político con la comunidad de pertenencia en las instituciones académicas / compromiso público con el avance de la investigación científica	La politización del científico-social
5	La despolitización científico-social	Abstracto/abstracto-concreto	La opción por lo abstracto-concreto
6	La debilidad de los de las revistas científicas nacionales	Continuidad de lo editorial-ajeno (enajenación nacional-regional)/ creación de lo editorial-propio (apropiación nacional latinoamericana)	La creación de revistas de teoría social latinoamericana
7	Las limitaciones laborales en las instituciones de investigación.	Rutinas laborales tradicionales del empleo público administrativo / nuevas rutinas laborales del empleo público en áreas de investigación científico-técnica.	La adaptación institucional a las rutinas de investigación.



## 5. A modo de conclusión

Inicié el presente escrito señalando que se trata de un documento de trabajo para alimentar la discusión en nuestra comunidad sobre nuestras propias prácticas teóricas. A lo largo del texto me ocupé de esbozar un primer análisis del campo de las prácticas de teorización social en la Argentina actual, partiendo del supuesto que cualquier análisis y posicionamiento respecto a aspectos metodológicos, teórico-abstractos o referido a lógicas internas de la teorización social demanda un registro sociológico situacional de la práctica teórica. En este caso, el criterio a partir del cual se procede a identificar los obstáculos teóricos, culturales e institucional-políticos involucra un juicio de valor que no se debe confundir con un discurso normativo-ideal ni con una crítica sostenida y sesgada por algún tipo de indignación ética.

Los obstáculos analizados son obstáculos observables en nuestro espacio y tiempo para la consecución de un objetivo práctico concreto a futuro, que es la expansión del proceso de construcción de teoría social al servicio de una investigación social históricamente situada y comprometida. De este modo, una de las cuestiones centrales que se plantean en el texto tiene que ver con la identidad del trabajo teórico-social, en un doble registro, siendo el segundo una eventual concreción del primero. En primer lugar, señalo que nos dedicamos a la investigación teórica con el interés de crear y construir teoría propia, esto es, efectuada por investigadores en el país y en la región. Dependiendo de cómo se asuma tal afirmación esta podría resultar una definición de mínima, que no involucra juicios de valor respecto al tipo de teoría que se podría y debería construir. Luego, en segundo lugar, doy un paso más allá para señalar que la teoría social que se debería construir debería edificarse en relación a un proyecto intelectual, y que, por tanto, debería tomar en consideración en algún sentido los “grandes problemas sociales” de la realidad local, nacional y/o regional. Como habrán podido observar, la noción de proyecto intelectual, que sitúo en primera instancia en el plano teórico,

compone y atraviesa los planos culturales e institucionales, y se termina instalando en el centro del presente trabajo analítico-diagnóstico, constituyéndose en el elemento normativo casi excluyente. Así, la idea del proyecto intelectual se convierte en el parámetro a partir del cual se tensiona, se proyecta y se dimensionan los procesos y las relaciones sociales involucradas. Si bien el proyecto, así definido, encierra una apuesta normativa, no dejo de reconocer, bajo una mirada sociorelacional realista, que se trata de un registro identificable en las prácticas teóricas en las ciencias sociales del país y de la región a lo largo de su corta y accidentada historia. A mi entender, la recuperación de los proyectos intelectuales es el desafío central que se presenta aquí y ahora para la investigación y la producción de teoría social en la República Argentina y en América Latina.

Tal como mencionaba al inicio del texto, el enfoque propuesto es multidimensional en su estructura y luego unidimensional en este primer recorrido. Es provisoriamente unidimensional en la medida que no se interrelacionan sistemáticamente los planos teórico, cultural e institucional-político, tanto para los obstáculos como para las tensiones y los desafíos. El proceso de diagnosis permanecerá en una fase propedéutica hasta tanto no se desarrolle una lógica de articulación y un esquema de intersecciones que permita una mayor complejización del análisis situacional, lo cual traería aparejado la posibilidad de reformulación de los obstáculos y las tensiones ya señaladas, así como la identificación de nuevos elementos para ambos registros. Las posibilidades de visualización analítica que abriría el desarrollo de la lógica de articulación mencionada permitirían ensayar correlaciones y eventualmente proponer, al menos de modo provisorio, algunas hipótesis causales. Junto a ello, la construcción de una narrativa multidimensional eventualmente permitiría ponderar el peso, o bien la incidencia potencial, de cada uno de los planos en relación a cada obstáculo y cada tensión. Esto último generaría la posibilidad de observar, entre otros aspectos, los procesos de desacompañamiento entre los obstáculos culturales y las reglas institucionales mencionadas a lo largo del texto. De este modo, podríamos

contar con herramientas analíticas más precisas para intentar explicar por qué las nuevas reglas institucionales del sistema científico-social en el país no han traído necesariamente un cambio de prácticas científicas en las ciencias sociales nacionales. Una hipótesis que se podría poner en juego a partir de un esquema de intersecciones múltiples más sofisticada es que el marco institucional del sistema científico-social, y en particular del CONICET, ofrece márgenes para otra cultura de producción científico-social, y más en concreto para otra cultura de producción teórica. Si tal premisa finalmente se comprueba, podríamos rechazar con mejores argumentos el determinismo institucional que suelen ensayar algunos colegas, identificando aquellas líneas de fuerza que dejan al descubierto la imposibilidad de llevar adelante una crítica institucional sin una crítica cultural de los actores de la investigación, esto es, de los científicos-sociales.

## 6. Bibliografía

Alexandre, Jeffrey & Colomy, Paul. (1992). Traditions and Competition: Preface to a Pospositivist Approach to Knowledge Cumulation. En: Ritzer, George (ed.). *Metatheorizing. Key Issues in Sociological Theory*. Londres: Sage Publication, pp. 27-52.

Alexander, Jeffrey. (1987). Action and its Environment. En: Alexander, Jeffrey (eds.). *The micro-macro link*. Berkeley & Los Ángeles: University of California, pp. 337-355.

Alexander, Jeffrey. (1982). *Theoretical Logic in Sociology. Vol.1. Positivism, Presuppositions and Current Controversies*. Berkeley: University of California Press.

- Antonio, Robert & Kellner, Douglas. (1992). Metatheorizing Historical Rupture. En: Ritzer, George (ed.). *Metatheorizing. Key Issues in Sociological Theory*. Londres: SagePublication, pp. 88-106.
- Aricó, José María. (1988). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Punto Sur.
- Bauman, Zygmunt. (1992). Legislators and interpreters. Culture as the ideology of intellectuals. En *Intimations of postmodernity*. London-New York: Routledge.
- Braudel, Fernand. (1958). *La historia y las ciencias sociales*. Alianza: Madrid.
- Bourdieu, Pierre & Chartier, Roger. (2010). *El sociólogo y el historiador*. Madrid: Abada Editores.
- Bourdieu, Pierre. (2001). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre. (1997). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Burawoy, Michael. (2005). For Public Sociology. *American Sociological Review*, Vol. 70. February, pp. 4-28.
- Castells, Manuel. (2009). *Comunicación y poder*. Alianza: Madrid.
- Castells, Manuel. (1998). *La era de la información, Vol.3. Fin de milenio*. Alianza: Madrid, 2001.
- Castells, Manuel. (1997). *La era de la información. Vol.2. El poder de la identidad*. Alianza: Madrid.
- Castells, Manuel. (1996). *La era de la información. Vol.1. La sociedad red*. Alianza: Madrid.
- Colomy, Paul. (1991). Metatheorizing in a positivist frame. *Sociological Perspectives*, 34.
- Echeverría, Esteban. (1846). Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37. En *Obras completas. Tomo IV*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo, 1873.

- Elster, Jon. (2007). *La explicación del comportamiento social*. Barcelona: Gedisa, 2010.
- Fernández, Florestán. (1966). Las ciencias sociales en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 28, No. 2. Apr-Jun., pp. 251-289.
- Galbraith, John. (1992). *The Culture of Contentment*. New York: Houghton Mifflin Company.
- García, Juan Agustín. (1899). *Ciencias sociales: Introducción al estudio de las ciencias sociales argentinas*. Buenos aires: Claridad, 1938.
- González, Horacio. (2000). Cien años de sociología en Argentina. La leyenda de un nombre. En *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos y los discrepantes*. Buenos Aires: Colihue, pp. 15-100.
- González, Horacio. (1999). *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Colihue, 2007.
- Harvey, David. (1989). *The Condition of Postmodernity*. Oxford-England: Blackwell.
- Jessop, Bob. (2015). Capitalismo político y crisis del Estado. Conferencia en la Universidad Nacional de Córdoba con motivos de la entrega del Doctorado Honoris Causa. Miércoles 9 de setiembre de 2015.
- Jessop, Bob. (2008). *El futuro del Estado capitalista*. Madrid: Editorial Catarata.
- Ritzer, George. (1988). Sociological Metatheory: a Defense of a Subfield by a Declination of Its Parameters. *Sociological Theory*, 6, pp-187-200.
- Ritzer, George. (1990). The Current Status of Sociological Theory. En *Frontiers of Social Theory*. New York: Columbia University Press.
- Ritzer, George. (1992). Metatheorizing in Sociology. En: Ritzer, George (ed.). *Metatheorizing. Key Issues of Sociological Theory*. Londres: Sage Publications, pp. 23-50.
- Rosa, Hartmut. (2013). *Social Acceleration. A New Theory of Modernity*. New York: Columbia University Press.

Skocpol, Theda. (1986). The Dead End of Metatheory. *Contemporary Sociology*. Vol. 16, No. 1 (Jan.), pp. 10-12.

Tiryakian, Edward. (1992). Pathways to Metatheory. Rethinking the Presuppositions of Macrosociology. En: George Ritzer (ed.). *Metatheorizing. Key Issues of Sociological Theory*. Londres: Sage Publications, pp. 69-87.

Turner, Jonathan. (1986). *The Structure of Sociological Theory*. Chicago: Dorsey Press.

Wallace, Walter. (1992). Metatheory, conceptual standardization, and the future of sociology. En George Ritzer (ed.). *Metatheorizing. Key Issues of Sociological Theory*. Londres: Sage Publications, pp. 53-68.

Wallerstein, Immanuel. (1998). El Legado de la Sociología, la Promesa de la Ciencia Social, Discurso Presidencial, Décimo cuarto Congreso Mundial de Sociología, Montreal, 26 de julio de 1998.

Wallerstein Immanuel. (1991). *Impensar las ciencias sociales: límites de los paradigmas decimonónicos*. México: Siglo XXI.

## El momento de la teoría (y la teoría como momento)<sup>1</sup>

El hecho de ocuparnos de la práctica teórica no es una elección casual. Tampoco remite a la problematización de un área de interés específico entre otras posibles. Por el contrario, constituye un objeto de revisión prioritario para disputar un escenario de investigación en el cual la construcción teórica, pese a su indiscutible centralidad, tiende a presentarse como una tarea prescindible. Nuestra tesis es que la postergación del momento teórico tiene consecuencias críticas para la investigación social. De este modo, el momento de la teoría al que hace referencia el título de esta introducción debe ser comprendido en un doble sentido. Por un lado, pretende dar cuenta de la importancia que posee la revalorización de este momento en nuestro contexto actual y, por el otro, contra todo imperialismo teórico, busca reconocer las limitaciones de la teoría social como instancia constitutiva de todo proceso de investigación en las ciencias sociales. Esto último implica asumir que la teoría es un momento del proceso de conocimiento y no un fin en sí mismo.

<sup>1</sup> Introducción del libro Torres, Esteban & Gonnet, Juan Pablo (eds). *La teoría social en América Latina: problemas, tendencias y desafíos actuales*. Buenos Aires: CONICET, 2016, pp.5-12. Escrito en conjunto con Juan Pablo Gonnet. Título original: "Introducción: el momento de la teoría". La presente versión modifica levemente los contenidos de la anterior. Soy el único responsable de los cambios introducidos.

En este libro proponemos una reflexión detallada acerca de este fenómeno y del modo en que afecta principalmente a los centros académicos periféricos y dependientes. Frente a esta situación, nos interesa delinear algunos desafíos institucionales, metodológicos y epistemológicos que podrían dar lugar a una revitalización de la práctica teórica como tarea clave de la investigación social. ¿Qué entendemos aquí por construcción teórica? Vale aclarar que no nos referimos a cualquier tipo de conceptualización, sino que tenemos en mente una teoría que se plantea como problema de investigación la comprensión de la sociedad en la que vivimos, articulando niveles históricos y sistemáticos. En otros términos, nos referimos a una teoría general preocupada por dar cuenta de la totalidad de su objeto y no de sus partes o fragmentos considerados aisladamente. La “postergación del momento teórico” de la que hablamos tiene que ver con el paulatino abandono de la teorización general como horizonte de trabajo en las ciencias sociales, fundamentalmente en la sociología, disciplina que asumió desde sus orígenes la necesidad de este tipo de construcciones. De hecho, este ha sido su principal aporte. Lejos de pensar a la teoría general como una mera área de vacancia que deberíamos atender, la consideramos como una condición de posibilidad para el desarrollo mismo de las ciencias sociales. Las construcciones teórico-conceptuales de amplio espectro son las que habilitan la formulación de problemas sociales de investigación, los cuales adquieren sentido como instancias de empresas mayores en las cuales encuentran sustento y a las que contribuyen a construir. Esta inscripción es la que posibilita la discusión, el intercambio y la crítica al interior de una comunidad científica y académica, más allá de la diversidad de temáticas y objetos de investigación. De lo dicho no se desprende un deseo por la unificación de las ciencias sociales a partir del marco de referencia de una única teoría general. Muy por el contrario, sería deseable contar con una pluralidad de ellas. El carácter problemático del abandono de la teoría general no tiene que ver con un lamento por la pérdida de la unidad del campo sino que, como veremos, se vincula con dimensiones mucho más elementales



de la práctica investigativa. Sumado a esto, la necesidad de las mencionadas perspectivas generales se vuelve especialmente notoria en contextos de cambios sociohistóricos acelerados en donde la aprehensión de la realidad social resulta esquiva. Es llamativo que pese a la profundidad de las transformaciones societales que se vienen presentando a nivel nacional, regional y global, las iniciativas de investigación general se encuentren desatendidas. Evidentemente, la teoría general requiere de esfuerzos considerables de reconstrucción y elaboración conceptual, misión que tiende a ser desestimulada por las prácticas investigativas y académicas hegemónicas. Comprender las razones del devenir de esta situación sería una tarea propia de una sociología de las ciencias sociales, algo que excede nuestro objetivo pero al que, de todas maneras, pretendemos contribuir. Puntualmente, la meta que nos proponemos es la de poner en evidencia lo insatisfactorio de esta situación y la de señalar los posibles desafíos que, en el mejor de los casos, podrán contribuir al diseño de alternativas investigativas colectivas e individuales.

A continuación presentamos algunas coordenadas del diagnóstico que dio lugar al presente libro. Una primera dimensión de este diagnóstico remite, efectivamente, a la constatación de la ausencia de teorías sociales generales como un hecho de alcance global en el campo académico actual. Los últimos desarrollos teóricos con esta pretensión se produjeron en los países centrales en las décadas del 80 y 90. Aquí tenemos en mente a las teorías de la sociedad de Manuel Castells, de Anthony Giddens, de Jürgen Habermas, de Norbert Elias y de Niklas Luhmann. Un cuarto de siglo después nos encontramos prácticamente con la misma oferta teórica. Como científicos sociales no podemos conformarnos considerando que esto se deba a la potencia de tales teorías, lo que las haría irremplazables, o a la ausencia de grandes pensadores. En todo caso, estos son los fenómenos que deberíamos explicar. Por su parte, la sociología latinoamericana dejó de producir teorías sociales generales un tiempo antes, en la década del 70, y dichas empresas en su mayoría cayeron en el olvido. Esta aseveración no pretende desacreditar los múltiples esfuerzos teóricos

que se vienen proponiendo en la sociología cuya originalidad resulta, ciertamente, estimulante. Ahora bien, tal como viene sucediendo desde hace 40 décadas, los nuevos aportes se están produciendo fuera de América Latina. Nos referimos, por ejemplo, a las teorías pragmáticas de la acción propuestas por Luc Boltanski y Laurent Thévenot, los desarrollos etnometodológicos de Bruno Latour, la sociología cultural de Jeffrey Alexander, la teoría crítica de Axel Honneth, la teoría marxista del Estado de Bob Jessop, la teoría de la elección racional de Jon Elster, la teoría del dualismo analítico de Margaret Archer y la teoría de los rituales de interacción de Randall Collins, entre otras. En cualquier caso, lo que advertimos en estas propuestas es una cierta dificultad para lidiar con las exigencias de una teoría sociológica general. Quizás sea por esta razón que constatamos un permanente retorno a los “clásicos” y, recientemente, a los “nuevos clásicos” arriba mencionados.

En este escenario quisiéramos destacar tres dificultades que hallamos en las propuestas teóricas actuales. En primer lugar, los planteos teóricos tienden a definirse, crecientemente, en una relación estrecha con campos fenoménicos específicos (el Estado, las interacciones, la cultura, la política, la ciencia, el poder, la teoría social, etc.), no reconociendo el vínculo dialéctico que estos campos guardan, necesariamente, con problematizaciones generales acerca de lo social, la sociedad, su funcionamiento y su devenir histórico. En segundo lugar, es observable que las elaboraciones teóricas tienden a fundamentarse eclécticamente a partir de los aportes parciales de distintas tradiciones sociológicas que se presentan como susceptibles de ser compatibilizadas.

La apelación a distintas teorías para configurar una propia es una estrategia legítima de construcción conceptual. Ahora bien, la mera adición no es integración, si no se articula con una perspectiva general que signifique y delimite los alcances de la apropiación teórica. Por último, los esfuerzos teóricos que han pretendido intervenir en el ámbito de los presupuestos generales, frecuentemente han aparecido como correlatos ampliados de marcos reflexivos y conceptuales

construidos en estrecha relación con fenómenos sociales puntuales (la justificación y la crítica, el cambio cultural, las prácticas cotidianas, la globalización, las nuevas tecnologías, la reflexividad, las redes, etc.). Así, es frecuente que estas construcciones se presenten como débilmente fundamentadas, hecho que las hace objeto de sospechas y dudas (antes que de críticas), sobre todo por quienes se hayan abocado al estudio de realidades sociales que no parecen encontrarse contempladas en las pretensiones de universalidad esbozadas por estos planteos.

En paralelo a este proceso, curiosamente, se ha conformado al interior de las ciencias sociales un área consagrada a la investigación en teorías o de teorías. Decimos curiosamente porque entendemos que pese a la mayor atención prestada a las obras teóricas, la construcción de teoría parece haberse hecho más improbable y menos frecuente. Como todo proceso de autonomización de un subcampo disciplinar, la delimitación del mismo se ha definido en términos de formas, procedimientos, criterios y estrategias para el análisis del objeto, en este caso: teorías sociales o sociológicas. Consideramos que estos esfuerzos han permitido mostrar la importancia y la relevancia de la investigación teórica en las ciencias sociales. Algo valioso en un contexto académico que, como vemos, tiende a desacreditar estas investigaciones. Sin embargo, los rendimientos de esta empresa han sido exiguos si atendemos a las implicancias que esta área de trabajo ha tenido tanto para la elaboración de teorías como para su utilización en investigaciones empíricas. En relación a este punto entendemos que si bien la indagación teórica es fundamental y compatible con la investigación social, es problemática su autocomprensión como campo de especialización orientado a hacer de la teoría un “problema/objeto”.

Cuando hablamos de investigación teórica nos referimos a problemas de investigación que demandan y requieren del análisis teórico, es decir, de la indagación en torno a los lenguajes, discursos, conceptos y categorías conforme a las cuales las ciencias sociales observan y comprenden la realidad social. Es en esta mediación en

donde la investigación teórica adquiere sentido para las ciencias sociales. Sin la referencia al mundo social, el análisis de los discursos teóricos se configura en un fin en sí mismo. Para evitar esto, la investigación teórica no debe perder de vista el hecho de que su marco de referencia fundamental es la investigación social.

Pese al movimiento teórico descrito anteriormente, en los últimos años, la función de la teoría ha tendido a desdibujarse en las ciencias sociales. Su aportación, si bien reconocida, parece destinada a ocupar un lugar residual en los procesos de investigación. Las estrategias empiristas en sus distintas variantes son dominantes. Esto se vislumbra en la amplitud, variedad y diversidad de temáticas de investigación que vienen convocando el interés de los científicos sociales. De ninguna manera lo anterior significa que las referencias teóricas estén ausentes. Lo que advertimos es un cambio en los usos de la teoría. Fundamentalmente, es observable que las teorías no aparecen como objetos de crítica, comparación y reconstrucción; por el contrario, se presentan como constructos predeterminados que están al servicio de la descripción (sofisticada) de la realidad social, sin advertirse que las teorías también estructuran esa realidad. Esta consideración por sí sola ya muestra lo indispensable de la problematización teórica. De este modo, el empirismo tiene un doble efecto perjudicial. Por un lado, impide reconocer a la teoría como ámbito de elaboración y construcción de problemáticas de investigación. Por el otro, evita la tematización de los problemas de investigación que se encuentran supuestos en las teorizaciones que se utilizan para la aprehensión del mundo social. Debido a esto, creemos necesario retornar a la pregunta por la *investigación social*. Es decir, a la inquietud por aquello que aúna a las distintas estrategias investigativas. Este esfuerzo resulta necesario para reinscribir tanto a la investigación empírica como a la teórica en un espacio más amplio de inteligibilidad que dispute la unilateralidad con la que suelen presentarse cada una de estas alternativas en el contexto actual.

En cuarto lugar, advertimos un proceso de metodologización de las ciencias sociales. Por metodologización entendemos a un

excesivo énfasis en la pregunta por el *cómo* analizar e interpretar adecuadamente a lo social en detrimento del *qué* objetos o temáticas investigar. Siendo esta última una respuesta que solo puede dar la teoría es de esperar que una de las consecuencias de esta metodologización sea la deslegitimación de toda empresa teórica en tanto discurso que violenta la realidad imponiéndole un marco de intelección. En este caso también, al igual que con las tendencias anteriormente descritas, se desacredita la construcción teórica. Tenemos una situación en la que en las ciencias sociales florecen las reflexiones en torno a lo metodológico y no así en relación a lo teórico (lo que devendría en un reduccionismo metodológico). No obstante, esta unilateralidad tiene sus límites en el hecho de que en la ciencia lo metodológico y lo teórico no funcionan como campos escindidos y autonomizados. Ambos han sido fundamentales en toda empresa de investigación sociológica; es decir, ninguna propuesta se ha podido fundamentar prestándole atención exclusiva a una de estas dimensiones. Esto quiere decir que inevitablemente la pregunta por lo metodológico no puede funcionar escindida de presupuestos teóricos; la abstracción metodológica no es posible sin concepciones teóricas que sean asumidas de modos más o menos prerrelexivos. Lo teórico presupone a lo metodológico y orienta su discusión, como así también lo metodológico supone ciertas perspectivas teóricas desde las cuales se puede pretender validación. A pesar de este énfasis metodológico que podría denotar una búsqueda de mayor autonomía del campo científico frente a su condicionamiento social, nos encontramos paradójicamente con un involucramiento político mucho más explícito en el discurso de los practicantes de las ciencias sociales. Es como si el distanciamiento promovido por la metodologización tuviera como contraparte una actualización de la función política de la ciencia. Esta doble moral parece asumirse sin mayores conflictos. Ambas disposiciones parecen coexistir armónicamente a pesar de que la reflexión sociológica clásica hubiere buscado evitar adscribir unilateralmente a estos extremos. En relación con lo que venimos planteando, nuestra hipótesis es que esto se explica como

consecuencia de un proceso de autonomización de estas actitudes en relación a la práctica teórica. Algo que resulta problemático porque, precisamente, es en este terreno en donde se juega y se plasma de un modo efectivo tanto el compromiso y la praxis política, como el distanciamiento y la autonomía científica.

Más allá del tratamiento que se le otorgue a esta tensión epistemológica constitutiva de las ciencias sociales, lo que queremos poner en evidencia es el hecho de que la cuestión se vacía de significado si la disociamos de la construcción teórica. Dicha tensión es un componente propio de la voluntad teórica y no previo o exterior a ella, es decir, sin teoría general no hay ni compromiso ni autonomía. En primer lugar, porque en el campo de la ciencia el compromiso con el mundo social nunca se cristalizó en los juicios de valor o en propuestas políticas en sí mismas sino que se configuró en la formulación de determinados problemas de investigación y de sus respuestas conceptuales. Luego, en segundo lugar, porque el distanciamiento, la atención hacia aquello que es en oposición a lo que debe ser, solo se alcanzó a través de los productos teóricos y de sus pretensiones universales de validez. Por esta razón, prescindir del esfuerzo teórico es quitarle el objeto tanto a la actitud comprometida como a la distanciada. Olvidarlo puede llevarnos a los riesgos que traen aparejadas las opciones tratadas de modo disociado, esto es, la ilusión de la plena autonomía de la ciencia que no da cuenta de sus inevitables vínculos con el mundo social, o de una plena militancia política que resulta estéril al no reconocer los aportes de un punto de vista científico. Lo común de estas perspectivas es que llevadas al extremo estimulan al abandono de la teoría. Para los primeros la teoría se encuentra condenada a confundirse con la realidad social que la ciencia busca dilucidar, para los segundos, la teoría se encuentra demasiado alejada de la urgencia de los problemas sociales. Aquí podríamos preguntarnos acerca de cuál sería el tipo de práctica investigativa que podría restituir la tensión y el vínculo entre compromiso y distanciamiento.

Creemos que la respuesta se halla en una investigación social orientada por y hacia una teoría social general. Las anteriores son

algunas de las razones por las cuales apostamos por una revisión re-constructiva de la práctica teórica en nuestros espacios académicos y de investigación. Sabemos que no es una tarea sencilla y carente de obstáculos, sin embargo, estamos convencidos de que los riesgos de no intentarlo son mucho mayores. Los escritos aquí reunidos profundizan y desarrollan algunas de las dimensiones que brevemente hemos presentado en esta introducción. Aunque compartimos los lineamientos generales de este diagnóstico, es válido aclarar que nuestros posicionamientos no son idénticos. A pesar de nuestras diferencias esperamos poder contribuir a un debate que, opinamos, merece ser dado en las ciencias sociales del siglo XXI.

Ciudad de Córdoba, noviembre de 2016





# El intelectual de la cultura y la sociología en la Argentina<sup>1</sup>

## **1. El intelectual de la cultura en las ciencias sociales: elementos centrales de una tipología nacional**

En el presente trabajo analizamos los aspectos sustantivos de la práctica intelectual del sociólogo porteño Horacio González. Interesa su figura en tanto resulta la manifestación paradigmática de un tipo ideal concreto que denominamos el “intelectual de la cultura”, cuya trayectoria también se desenvuelve en el campo de las ciencias sociales. Nos detendremos en primera instancia en una caracterización general de la figura en cuestión para luego prestar atención a las prácticas intelectuales y a la visión de las ciencias sociales propuestas por González. Revisar los planteos de este autor resulta significativo en tanto el proyecto que promociona el intelectual de la cultura ejerce una gravitación considerable en los debates metodológicos y

<sup>1</sup> Publicado en: *Revista Pilquen*, Vol. 21, Núm. 1 (2018), pp.1-13. Título original: “El intelectual de la cultura y la sociología en la Argentina: un análisis a partir del caso de Horacio González”. Texto producido en conjunto con Juan Pablo Gonnet. Esta es una versión ligeramente modificada. Los cambios corren por mi cuenta y son de mi exclusiva responsabilidad.

epistemológicos de las ciencias sociales y de la sociología de nuestro país. Uno de los objetivos centrales de este artículo es analizar las limitaciones que acarrea el proyecto comentado, limitaciones que se convierten en obstáculos epistemológicos y metodológicos para el desarrollo de la investigación sociológica en América Latina.

El intelectual de la cultura, tal como lo entendemos, es actualmente la figura dominante en la Argentina en el campo de los estudios sociales críticos o progresistas. Por tal motivo, y porque reúne a buena parte de los talentos intelectuales del país, es que nos interesa detenernos en su análisis. Tal modalidad de práctica intelectual hunde sus raíces en la historia nacional y regional. El intelectual de la cultura se asocia comúnmente con la figura del escritor, culto, liberal, inmerso en la vida social literaria y artística urbana, y eventualmente integrado a círculos de intelectuales escritores. Si bien en la mayoría de los casos los intelectuales de la cultura –sean académicos o no– se nuclean en torno a las llamadas “revistas culturales”, por lo general no aceptan reconocerse en primera instancia como parte de un espacio colectivo. Antes que nada, y pese a ciertas dinámicas comunitarias en la que se encuentran inmersos, la voz del intelectual de la cultura es solitaria, en los términos elocuentemente expuestos por Edward Said (Said, 1996). Esta modalidad intelectual se suele orientar a la reflexión en círculos reducidos o bien a la intervención discursiva en la esfera pública, siendo *el ensayo* su forma escritural excluyente. Ahora bien, junto con reconocer que el intelectual de la cultura es una figura dominante en el mundo intelectual y científico-social del progresismo en Argentina, es necesario aclarar que su expansión se detuvo hacia fines de la década del 90. De allí en adelante entra en una fase de declive bastante pronunciada, junto con las demás expresiones de la cultura letrada. En líneas generales, tal descenso se produce conjuntamente con el ascenso sostenido de la figura del experto. En cualquier caso, tal tendencia a la baja no quita que aún se trate de una expresión protagónica que ha logrado capturar en estos tiempos la mayor porción del reconocimiento de la comunidad académica progresista o de izquierdas.

En principio, identificamos cuatro vectores íntimamente relacionados que distinguen a los intelectuales de la cultura. Estos serían: 1) el rechazo a cualquier principio de supeditación social; 2) el rechazo a cualquier principio de cientificidad para sus prácticas intelectuales; 3) la adopción de un nacionalismo metodológico como sentido común incuestionable;<sup>2</sup> 4) el recurso a una memoria histórica exclusivamente nacional para la construcción del objeto de las ciencias sociales. En cuanto al primero, el intelectual de la cultura asume, por lo general en forma velada, una posición de rechazo contra cualquier principio de supeditación. Esta posición siempre se ajusta y se modera discursivamente en función de las relaciones concretas de poder en un tiempo y espacio dado. En aquellas ocasiones en que las relaciones de poder entre los intelectuales de la cultura y los partidos o movimientos políticos –sean estos de su simpatía o no– se inclinan en mayor proporción a favor de los segundos, entonces el discurso que suele primar es el de la resistencia ética a la subordinación política. Esto último se suele expresar también, en términos más distanciados, como el reclamo de la autonomía irreductible del intelectual a partir de un llamado al respeto de las diferencias. Asumiendo la lógica de actuación de esta tipología, el intelectual de la cultura acepta reconocerse en una discusión sobre la función del intelectual sí y solo si tal idea de función no se asocia con una autoridad supraindividual que pueda incidir en un proceso de asignación de funciones a los propios intelectuales. En términos generales, el intelectual de la cultura se autolegitima ética y políticamente a partir de una idea de crítica no subsumida a ningún principio concreto de servicio o de necesidad social, a ninguna razón investigativa, como así tampoco en sentido estricto a ningún proyecto colectivo, excluyendo en algunos casos el de su pequeña comunidad de referencia. En muchas ocasiones este tipo se identifica –aunque no abiertamente– con una idea de vanguardia que imaginariamente dialoga y conduce

<sup>2</sup> Sobre la noción de “nacionalismo metodológico” y su campo problemático, ver Chernillo, 2010.

intelectualmente a la sociedad de su tiempo, pero que en la práctica concreta suele resultar endogámica, autorreferencial y en algún grado elitista. El intelectual de la cultura se suele imaginar en una posición de flotación por encima de las luchas político-partidarias, pero no de lo que imagina como la trama cultural de la política como un todo.

Respecto del segundo punto mencionado, es posible observar que, pese a que el intelectual de la cultura despliega mayoritariamente su trayectoria en la universidad o en instituciones estatales dedicadas a la investigación social y filosófica, y siendo trabajadores asalariados de ambas instituciones, este promueve el desdén por la práctica sociocientífica, a lo que se suma con fuerza a partir de la década del 80 el rechazo monolítico a la creciente profesionalización en todas sus formas. En la práctica, si frente al poder político exige autonomía, a las prácticas teóricas diferentes el intelectual de la cultura les exige una subordinación indirecta a partir de su desconocimiento o descalificación activa. El primero y el segundo de los vectores se vinculan en el punto en el que la ciencia reclama el cumplimiento de reglas de validación intersubjetiva (no exclusivamente empíricas) que exceden el momento de la enunciación individual, atentando contra el principio general de no supeditación. Dicho en otros términos, siendo la ciencia –y no solamente la ciencia social– un dispositivo de supeditación social, es posible comprender por qué el intelectual de la cultura rechaza lo científico. Se pueden distinguir dos modos generales y complementarios de supeditación social en las ciencias sociales. El primero de ellos es la supeditación a las reglas colectivas de la institución-ciencia. El segundo, producto del primero, es la supeditación a la propia realidad social estudiada, esto es, a los actores sociales que conforman el objeto de estudio, lo cual evidentemente descentra al investigador y le quita protagonismo enunciativo. Un punto clave a considerar aquí es que el intelectual de la cultura, pese a los rechazos mencionados, no renuncia a la función de representación colectiva y a la función de portavoz imaginario de las mayorías.

Más arriba indicamos que el intelectual de la cultura propone un discurso de pertenencia al ámbito y a la tradición de la cultura nacional. Ahora bien, la propia intervención en tal espacio bajo un principio de no supeditación y de exclusión de toda cientificidad los lleva por defecto a la adopción de una visión marcadamente culturalista de los procesos políticos y sociohistóricos nacionales. Los intelectuales de la cultura no están dispuestos a abandonar un horizonte de totalidad social para su práctica reflexiva, en tanto pretenden fundar las grandes narrativas históricas del país. Ahora bien, tal pretensión totalizante no encuentra asidero en la práctica en tanto excluyen el análisis de los procesos socioeconómicos, y más en concreto de una lógica de articulación entre economía, política y cultura. Una de las consecuencias más notorias de tal reduccionismo es el desconocimiento de la pertenencia material del país a una sociedad mundial, inscripción que se evidencia en mayor medida al analizar la evolución de los procesos económicos. El intelectual de la cultura termina haciendo realidad los temores que a fines de la década del 80 expresaron Norbert Lechner y Alain Touraine al observar el giro culturalista de los intelectuales socialistas latinoamericanos a partir del advenimiento de la democracia formal en el continente<sup>3</sup>.

Veamos, por último, el cuarto elemento. Si en el punto anterior esbozamos el problema del reduccionismo espacial, aquí el déficit se traslada a la temporalidad dominante que proyecta el intelectual de la cultura. En principio este apuesta por supeditar el movimiento de las ciencias sociales, con sus correspondientes desafíos futuros, a una historia principalmente nacional de tales tradiciones. Si bien se trata de un encuadre positivo y valioso en tanto nos alerta contra todo reduccionismo ahistórico, tal apelación a la historia encuentra su límite en una sobreponderación de la memoria, de la tradición y de lo heredado en detrimento de lo novedoso. Para el intelectual de la cultura toda reflexión –y no solo la indagación científica– se supedita casi completamente a una historia culturalista de las ideas sociales,

<sup>3</sup> Consultar Lechner (1988) y Touraine (1989).

políticas y sociológicas nacionales. Podemos corroborar que si la sociología de Bourdieu es una sociología de la sociología, las “ciencias sociales” que recrean los intelectuales de la cultura se desenvuelve principalmente a la luz de una historia nacional –en algunos casos, también regional– de las disciplinas.<sup>4</sup> Junto a ello, es constatable que para este tipo de práctica intelectual la temporalidad suele reducirse a una tensión pasado-presente, primando el primer elemento sobre el segundo. Si bien sería absurdo cuestionar que la memoria es uno de los elementos constitutivos centrales que nutre cualquier identidad teórico-política históricamente situada, los intelectuales de la cultura suelen encontrarse sujetos en sus prácticas intelectuales a un tipo de recuperación histórico-biográfica o histórico-general que roza un determinismo histórico culturalista<sup>5</sup>, y que por tanto anula toda posibilidad de proyectarse desde el presente hacia el futuro a partir de ella<sup>6</sup>.

## 2. Horacio González y la destitución de la sociología

La figura central del intelectual de la cultura en las ciencias sociales contemporáneas nacionales probablemente sea Horacio González. Este merece especial atención dado que, a diferencia de otros intelectuales de la cultura, desarrolla toda su trayectoria intelectual en

<sup>4</sup> Cuando nos referimos a la adopción de un nacionalismo metodológico, estamos aludiendo a las demarcaciones espaciales del objeto construido por González y no a la procedencia de las fuentes teóricas que utiliza para tal edificación. De este modo, se puede promover un reduccionismo nacional citando a Bourdieu, el mismo tiempo que nos podríamos librar de dicha restricción citando a Germani.

<sup>5</sup> Por culturalismo en el presente trabajo se entiende la suscripción a un principio de equivalencia entre lo discursivo y lo social como un todo. Dicho reduccionismo se edifica a partir del abandono de una lógica de articulación entre cultura, política y economía, principio multidimensional que rige el análisis de toda sociología de base moderna.

<sup>6</sup> Entiendo que esta consideración es compartida por Diego Tatián cuando propone salir del paradigma de la memoria como “horizonte insuperable de nuestro tiempo”, lo cual –señala el filósofo– no equivale a abjurar de ella (Tatián 2010: 147).

el campo académico de las ciencias sociales. La trayectoria del sociólogo porteño, que tiene como epicentro la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, posee la particularidad que se efectúa promoviendo activamente la práctica ensayística en las ciencias sociales y particularmente en la sociología. Nos detenemos en su figura y no en la Beatriz Sarlo (otra intelectual de la cultura de referencia ineludible), porque esta última no se inscribe en el campo de las ciencias sociales y por lo tanto sus prácticas intelectuales permanecerían fuera del territorio de incidencia y de valoración del proyecto intelectual del científico-social. El ejercicio intelectual de González se expresa a partir de una práctica ensayística dispuesta a alimentar un estilo que a nuestro entender se ajusta a la perfección a las cuatro coordenadas expuestas en el punto anterior.

En sintonía con la tipología general presentada, aquella tarea intelectual de González que excede su función docente universitaria se asocia principalmente al proyecto de las revistas culturales. A ello se añade en los últimos años la participación en *Carta Abierta*, un espacio político-cultural que nuclea a un conjunto de intelectuales que simpatizan con el movimiento kirchnerista y que se orienta a incidir en la agenda pública y mediática. El espacio editorial de referencia en torno a la cual el sociólogo despliega su energía intelectual en las últimas décadas es la revista cultural *El Ojo Mocho*. Tal emprendimiento se define como una revista de “Crítica Cultural y Política”, entendiendo aquí por crítica una versión paradigmática de la crítica a la dominación. Lo que el proyecto de *El Ojo Mocho* eleva por encima de otros rasgos constitutivos es un reclamo de autonomía individual presentada como crítica a toda supeditación y, por lo tanto, como rechazo de cualquier regla que regule las prácticas intelectuales. Antes que hacerse la pregunta por el mejor modo de conocer lo social, la pregunta autorreferencial que se hacen desde la editorial de dicha revista es cómo pensar el ensayo como alternativa a la escritura académica, dando por supuesto las ventajas del primero como forma de intelección y como forma de ejercicio de la libertad y la autonomía

en primer instancia individual.<sup>7</sup> Coincidentemente, las coordinadas identitarias que promueve el espacio editorial de referencia de González no discrepan con el modo en que este concibe su espacio de militancia intelectual-político. El autor define explícitamente a *Carta Abierta* como un grupo compuesto de irreductibilidades individuales, aclarando que no existe algo así como la identidad colectivo-política del intelectual (González, 2012: 3).

Una de los posicionamientos centrales de González, en tanto intelectual de la cultura, es precisamente el rechazo de cualquier principio de cientificidad o, lo que es lo mismo, de cualquier método de análisis para la indagación social. La creencia en la posibilidad de forjar una ciencia relacionada con los asuntos sociales no sería para González, dicho en sus propios términos, más que un pecado de juventud. Tal apreciación se percibe con total nitidez cuando ausculta el proyecto germaniano (González, 2000: 70). Si bien su rechazo al

<sup>7</sup> En palabras de los nuevos editores de la Revista, que sintonizan con la tradición de la revista: “*El Ojo Mocho* nace contra el paper y revaloriza la escritura. La primera premisa del ensayo es la libertad de estilo, una forma de escribir que está pensando las condiciones en que ese pensamiento emerge: hacer jugar las citas de manera inesperada. El ensayo tiene sus reglas de constitución, pero no tiene recetas. El ensayo es un lugar incómodo... Los grandes ensayistas siempre estuvieron al borde, en crisis o fuera de la institución” (Fernández, 2012). Bajo el lema “ensayos sí, *papers* no”, lo que se termina defendiendo a ultranzas es un principio de autonomía para-mí, cualquiera sea el proyecto institucional interviniente. Para ello se promociona un discurso anti-científico. Poco tiene que ver esto con el objetivo declarado de plantar una semilla heterodoxa y rebelde contra las lógicas de domesticación de las institucionales estatales de investigación, o contra las lógicas de mercadeo capitalista de la industria académica. Resulta poco congruente que dicha autonomía, que expresa en primera instancia un proyecto de transgresión individual, se autorreconozca como una práctica motorizada por el compromiso con un horizonte de expectativas societales. Los editores de *El Ojo Mocho*, representando en gran medida la visión de su comunidad, dejan en evidencia los alcances de tal compromiso: “Nosotros creemos que el compromiso con la época debe asumirse con autonomía. Queremos cuestionar la antinomia entre autonomía y compromiso. La forma del ensayo posibilita expresar aquello que amamos y odiamos llevando al límite los argumentos, que es lo que permite hacer avanzar al pensamiento” (Fernández, 2012). Como venimos señalando, para el intelectual de la cultura la ciencia es problemática en varios sentidos, pero principalmente porque atenta contra el principio de libre albedrío individual. Resultaría una amenaza en tanto exige un tipo de disciplina intelectual que resulta agobiante y poco entretenida para el “libre pensador”.



espíritu científico se suele manifestar a partir de la oposición a la teoría social sistemática, se trata de un rechazo más generalizado a la integración de la técnica en el saber y por tanto al desarrollo de cualquier conocimiento técnico-social. El conjunto de la investigación social queda apresado por González bajo el rótulo de “profesionalismo”, al que burlescamente admite reconocer en la medida que se lo considere “una ficción más cuya materia se nutre de una red burocrática que no necesariamente evita ser inocua” (González, 1993: 34).

Lo que González opone a las prácticas profesionales del científico es la plena identificación con la figura del escritor, y más exactamente con la figura del escritor intelectual que logra cultivar un estilo superior al resto a partir de una autoconciencia moral contrariada y trágica que tiene como forma de comunicación excluyente el ensayo.<sup>8</sup> La máxima de Marshall McLuhan “el medio es el mensaje” parece ajustarse a la perfección para un autor que por momentos recae en un determinismo estilístico de la moral y la capacidad intelectual.

El sociólogo porteño será capaz de decir, literalmente, que el ensayo es el estilo de la mirada moral contrariada que se interpone en el mundo y que está siempre en estado de ebullición o de pesadumbre, de llamamiento o de inquietud.<sup>9</sup> Junto a ello, añadirá que el ensayo pone a los sujetos en un problemático “colectivo moral” –comillas del autor– que les puede revelar sus libertades pero puede

<sup>8</sup> Tal predilección por la figura del intelectual escritor no está desprovista de ambición. Recordemos que el pedestal más alto del reconocimiento global destinado a América Latina le corresponde a los escritores. Se trata de un fenómeno experimentado en los países dependientes y que expresa el proyecto de imposición racionalista europeo. Sin dudas Jorge Luis Borges, García Márquez y Vargas Llosa son más aclamados que cualquier científico social latinoamericano. Ahora bien, el problema que representa el caso de González es que tal opción, la del escritor, la efectúa en nombre de la superación de la sociología y las ciencias sociales.

<sup>9</sup> Recordemos que el ensayismo, propio de los filósofos sociales del siglo XIX en nuestro país, fue considerado por los sociólogos de mediados del siglo XX como una protosociología carente de sustento científico. Esto ocurría en un contexto de consolidación y diferenciación de la disciplina sociológica.

también oscurecerles las vías de la comprensión, y que por eso mismo, tanto por sus virtudes como por sus abdicaciones, fue combatido por las corrientes científicas (González, 1999: 9). El intelectual, entendido idealmente como intelectual trágico, sería para González aquel que “...crea poderes que deberá rechazar, imagina libertades que no tiene, realiza renunciaciones que tal vez poco importan y cree adquirir su mejor voz cuando se transforma, pesada y pesarosamente, en ‘orgánico’” (González en De Diego, 2003: 78). No podríamos más que coincidir con Beatriz Sarlo cuando indica que González se sitúa en uno de los extremos del arco: el de la pura negatividad.<sup>10</sup> En una dirección similar, Castro y Warley supieron contestarle a González a fines de los años 80, en un texto que llevó por título “El drama de las bellas almas”, que el “libre albedrío” que este propone no hace sino afirmar la autonomía intelectual, la absolutiza, en tanto la restringe a un campo de decires y pareceres que decantan peligrosamente hacia el esteticismo. Ambos afirmarían que de lo que se trata, en cambio, es de discutir a quién sirven las bellas almas (Castro & Warley, 1988: 62).

Si para José María Aricó, para Oscar del Barco y para José Medina Echavarría –décadas antes– la vida intelectual es la búsqueda de prefigurar el futuro, de darnos un destino como sociedad,<sup>11</sup> para González la cuestión se reduce a la “creación de un estilo” (González, 2012: s/p). Si bien González no lo aclara en su texto, aquí por creación de un estilo se refiere a la búsqueda de una “originalidad en el decir”, a la consabida pretensión foucaultiana de la innovación como fin en sí mismo. El autor identifica la existencia de estilos altos y bajos. Exhibiendo una posición anticientífica radical, serán “estilos bajos” para González la teoría sistemática y la investigación empírica, siendo la primera para el autor un dogmatismo formalista y la segunda una rusticidad empirista (González, 2012: s/p).

<sup>10</sup> Ver Sarlo (1985).

<sup>11</sup> Consultar Aricó (1986), Del Barco (1983) y Medina Echavarría (1943).

Al acercarnos algo más a su tipologización, constatamos que González considera la teoría social como un “estilo bajo divulgativo” y la investigación con base empírica como un “estilo bajo empírico” (González, 2012: s/p). Luego de aclarar que puede haber opiniones conservadoras de gran estilo así como opiniones de izquierda de estilos bajos –tanto divulgativos como empíricos– González invita a los autores de izquierdas a mantener estilos altos, siendo Bourdieu y Sartre los nombres que menciona como referentes de esta figura superadora. Ahora bien, siendo que el sociólogo francés mencionado desarrolla una teoría sistemática, y dado que la teoría es para González un estilo bajo divulgativo (y por tanto desechable), entendemos que la fuente de identificación con este se reduce exclusivamente a su componente liberal-crítico. Las referencias se tornan aún más débiles cuando González decide “bourdieanizar” a Lukács, al señalar que es partidario de “la antigua idea lukacsiana de que la vida intelectual parece ser el raro sostenimiento de una ética de izquierda con la capacidad de encarar cualquier linaje plural del pensamiento humano” (González, 2012: s/p).

Se hace evidente de este modo que la idea de pluralidad que promueve González opera al interior del plano de los “estilos altos”. La teoría social no sería para nuestro autor lo otro plural sino lo dispuesto a ser negado. Al prestar atención a la caracterización forzada que efectúa González de ciertas tradiciones teóricas, y más en concreto de los diferentes autores de la sociología nacional y de las trifulcas históricas y políticas del campo intelectual en un territorio acotado como es la Universidad de Buenos Aires –que paso siguiente argentiniza–, es posible identificar una concepción general más precisa de lo que González entiende por teoría sociológica, sea cual sea su matriz ideológica. La teoría social moderna reúne para González los mismos dos elementos negativos que le reconocieran Foucault y Bourdieu. Se trataría de un esquema racionalista de imposición totalitaria que oprime a los restantes lenguajes, y junto a ello sería un elemento de extrema simplificación que adultera la complejidad de la realidad sociocultural. El modo en que González distribuye y

balancea ambos registros cambia según el texto y la referencia que observemos. Recuperando registros literales, la teoría con pretensiones científicas sería entonces para González: a) una fórmula con estilo aparentemente difusionista, una desesperante vulgata a la que hay que adecuarse (González, 2012: s/p);<sup>12</sup> b) una forma aplanada desde el punto de vista escritural y reflexivo (González, 2000: 50), un armado rústico (González, 2000: 56); c) un dispositivo de desmantelamiento del lenguaje y un mecanismo de aprisionamiento lingüístico (González, 1999: 11); d) un molde apriorístico ideal orientado a la restricción y al control de la inagotable proliferación de imágenes sociales y las propias contingencias que le dan a la sociedad su forma cultural-política (González, 2000: 71); y e) una voluntad de rectitud del pensar, poco densa y espesa (González, 2000: 71), siendo lo denso y lo espeso para el autor rasgos positivos de lo real, y específicamente de lo cultural.

El autor consume de este modo su ataque frontal a los dos elementos comentados, el teórico-formal y el técnico-empírico. Si para González la sociología es vulgar, aplanada escrituralmente, poco reflexiva, poco densa, así como la expresión de una rectitud apriorística, el ensayo filosófico literario, en cambio, es la manifestación del estilo alto ya mencionado. Si la sociología es aprisionadora, restrictiva, controladora y desmanteladora, la literatura, la filosofía y el ensayo, por su parte, son expresiones de liberación, de emancipación y de expresión genuina de lo real. Si para González la sociología en sus dos estilos bajos es dominante en relación con la tradición culturalista del ensayo, esta última es la garante en la resistencia tanto de la liberación como de la representación plena de los territorios culturales y políticos de las sociedades nacionales, territorios que para nuestro autor albergan un tesoro de saberes irreductibles. La pobreza de la sociología parece presentarse a los ojos de González

<sup>12</sup> En el texto se refiere literalmente a la teoría de izquierda, reproduciendo casi exactamente las coordenadas de la virulenta crítica de Bourdieu a los intelectuales orgánicos del Partido Comunista Francés en la década del 70.

como el producto de una gran alienación del sociólogo, que adopta la forma de una refutación apriorística que opera en el vacío de una trama histórico-cultural (González, 2000: 92).

La crítica de González, disparada primero contra Germani y luego contra el marxismo, puede extrapolarse a todas aquellas ciencias sociales con pretensiones científico teóricas que no aceptan la eliminación de un momento de positividad del saber. La sociología como práctica y como tradición intelectual expresa según el sociólogo porteño “la unidad contradictoria de una ciencia que se desdoblaba en un espiritualismo de justicia social y en un profetismo de redentores sociales que pedían diálogos precisos al saber ‘positivo’” (González, 2000: 36).<sup>13</sup> Es observable como González adapta al campo nacional la crítica que efectúa Bourdieu a los intelectuales de la izquierda de partidos. Reproduciendo el argumento del sociólogo francés, nuestro autor considera a estos últimos como agentes embebidos de un compromiso político reificante y reificado, muchas veces orgánico y siempre desmedido, que redundaba en un tipo de intelección empobrecida que combina ignorancia con autoritarismo en una ecuación variable. Ahora bien, la diferencia entre Bourdieu y González en este punto radica en que el primero lleva adelante su crítica en nombre del reconocimiento y la renovación científica de la sociología, mientras que la razón crítica de nuestro autor se inspira en un proyecto consustanciado con su absoluta negación. En este marco, según el parámetro de González, cualquier práctica intelectual que desconozca una negatividad absoluta pasaría a engrosar la fila de los estilos bajos o los saberes vulgares.

Desde una pretendida posición de exterioridad, González busca rechazar el proyecto de las ciencias sociales como un todo cuando acusa a la sociología de deslitteraturizar el pensamiento (González, 2000: 50). Pero el *locus* de tal enunciación se convierte en un no-lugar

<sup>13</sup> Germani se presenta como el precursor de la sociología científica en la República Argentina, siendo la tradición sociológica nacional para este una manifestación precientífica.

por dos motivos: porque González forma parte activa y reproductiva del campo de las ciencias sociales y porque el núcleo identitario de las ciencias sociales se define y se definió históricamente por oposición a la literatura (no así respecto a la filosofía). De más está decir que no se puede llamar la atención sobre un proceso que nunca existió. Si la literatura ingresa en las ciencias sociales lo hace como objeto pero no como un discurso propio y constitutivo del campo. Muy por el contrario, es González quien pretende literaturizar el espacio de la sociología, des-sociologizando el pensamiento en el campo de las ciencias sociales. González lleva a cabo una maniobra de des-sociologización y resociologización continua, siendo el primer movimiento conceptual y el segundo discursivo. Nuestro autor ataca a la sociología y a las ciencias sociales como en todo en nombre de la sociología –desde su posición de sociólogo y científico social titulado– y en ningún caso renuncia a presentarse en primera instancia como sociólogo, siendo el principal denostador de la tradición sociológica.

Ahora bien, González no pretende desconocer a toda la sociología por igual: si a la sociología contemporánea, en particular a la sociología de Germani, la pretende anular con el argumento literario, luego opta por una apropiación literaria de los clásicos de la sociología, rescatándolos parcialmente y en sus propios términos –esto es, adulterándolos– de los supuestos moldes cientificistas que traería consigo la sociología profesionalizada. Tal operación se hace evidente con solo leer el título del libro que González compila sobre la historia de la sociología: *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos y los discrepantes*. Si bien tal catalogación podría resultar de la simpatía de Germani, la consideración de los clásicos como no científicos es una negación brutal de la ilustración moderna y con ello del horizonte de expectativas racionalistas que da nacimiento a la sociología, así como una demostración del completo desinterés de González por fundar un pensamiento a partir de un principio de cientificidad diferente. En este juego de clasificación pareciera que la táctica del sociólogo porteño consiste en

seguir la nomenclatura de Germani, habilitando su idea inaugural de ciencia en el plano superficial de los nombres, para luego, una vez concentrado todo lo científico en el proyecto germaniano, proceder a aislarlo y a debilitarlo para terminar definitivamente con él, acabando de este modo con toda pretensión racionalista y científica de las ciencias sociales. Tal clasificación sería un modo táctico de reescribir un pasado a la vez glorioso y literario para una sociología no sociológica. En cualquier caso, la idea de lo científico que ofrece González es caricaturesca: solo se refiere a ella como una forma de pensamiento rustico o de aprisionamiento que hay que rechazar.

Como ya anticipamos, esta misión parece cobrar la forma de un extraño ajuste de cuentas histórico con la sociología germaniana. Desde un registro fuera de toda proporción, González propone reescribir la historia de la sociología nacional como la historia de una persecución germaniana al ensayo, si bien en algunos pasajes lo presenta en términos generalistas como parte de una historia de la cultura argentina (González, 2000: 11). No deja de llamar la atención que el sociólogo porteño se obsesione con la crítica a la dominación germaniana en la actualidad cuando en el mundo de las ciencias sociales nacionales no hay un solo proyecto potente de sociología histórica sistemática, menos aún con posibilidades ciertas de hegemonía. Sobredimensionando lo propio, González señala peyorativamente que la sociología científica prácticamente se concentró en “desprestigiar los actos y torsiones del ensayo que constituía parte de la historia cultural nacional, en nombre de menesterosas técnicas de medición, inspiradas en una idea acrítica de modernización surgida de realidades políticas que los nuevos científicos suponían dispensadas de autorreflexión” (González, 1999: 9-10). González se muerde la cola desde el momento que lleva a cabo exactamente lo que según él efectúo Germani con afán destructivo: desprestigiar lo diferente.

De igual modo, la denigración de González de la historia de la sociología que ofrece Francisco Delich, esta última atenta al legado de

Medina Echavarría, de Germani, de Marx y de Wright Mills,<sup>14</sup> se inscribe en el comentado rechazo a todo conocimiento metódico para el análisis social. Así, se puede entender perfectamente por qué González-el-sociólogo suele despertar la simpatía y la admiración de aquellos filósofos nacionales que también son propensos a invalidar a las ciencias sociales.<sup>15</sup> Si toda filosofía es un estilo alto, todo el estilo sociológico está por los suelos. En este esquema dual, estratificado, sin vasos comunicantes, todo indica que para González la sociología que se propone dialogar con la filosofía es un estilo superior a aquella que no lo hace (allí el reconocimiento a Bourdieu), pero la filosofía que dialoga constructivamente con las ciencias sociales es de un estilo inferior a aquella que prefiere olvidarse de ellas. De este modo, no creemos que las simpatías del autor porteño por Bourdieu vayan acompañadas de una genuina admiración. En todo caso, suponemos que puede encontrar en el intelectual francés al mejor de los sociólogos contemporáneos, lo cual no sería mucho decir en los términos de González. En tanto estilo bajo, la sociología representa para el autor la filosofía de los no filósofos. Es una invención por defecto, “una vasija de embalse con pretensiones de ciencia nueva en la cual se colocan los temas filosóficos” (González, 2000: 69). Si la literatura, la filosofía y el ensayo son para González la manifestación

<sup>14</sup> González se refiere explícitamente al primer libro de historia de la sociología nacional de Delich (1977), pero sería igualmente extrapolable al segundo y último, publicado en 2013, 36 años después (Delich 2013).

<sup>15</sup> Un ejemplo singular de ello es el filósofo Diego Tatián, quien se propone escribir una historia alternativa de Córdoba rechazando explícitamente el instrumental de las ciencias sociales. En la sinopsis de su último libro, titulado “Contra Córdoba”, Tatián dirá: “Contra Córdoba busca designar una adversidad fundamental que, con prescindencia de explicaciones causales, leyes económicas y procesos materiales con los que las ciencias sociales emprenden la comprensión del mundo, restituye irónicamente una cierta ontología (una ontología de la adversidad) sobre la que se recorta la hipótesis cultural propuesta: todo lo que ha dejado una marca o ha logrado producir un hecho libertario, lo ha realizado contra Córdoba –a pesar de Córdoba, no obstante Córdoba–” (ver Tatián, 2016). Pese a prescindir de las ciencias sociales, Tatián no duda en caracterizar su emprendimiento como una “hipótesis cultural” o una “pequeña teoría” (algo que el libro efectivamente no es, por más folklórica y picarezca que resulte la expresión).



de la imaginación dramática, que sería la única imaginación que intelectualmente vale la pena, en las antípodas se sitúa la sociología como una ciencia estricta y carente de imaginación. Tal oposición marca para González la historia de la sociología nacional. No sabríamos hasta qué punto González asume transitoriamente un sentido común objetivista (negado por su culturalismo) o empirista (negado como estilo bajo) cuando declara que “no hay una ciencia superior a los hechos y que no esté en el interior de la trama compleja e histórica que tienen los hechos” (González, 2007: 10). Pero sea cual sea la fundamentación que sostiene su crítica, González indica desde una posición radicalmente antiteórica y anticientífica, que “no se puede generar una situación instrumentalista, puesto que poseemos ya una verdad científica, solo bastaría aplicarla, solo bastaría encontrar al sujeto que nos es exterior a nosotros mismos, para ofrecerles el bálsamo de una redención que nosotros de antemano conoceríamos” (2007: 10). Con esa referencia tan trivial de un conocer “de antemano”, el intelectual porteño no solo invierte el vector de Bachelard, que promueve un tránsito de lo racional a lo real, sino que se rebela contra cualquier compromiso ético del pensamiento social crítico que no sea el de aquella libertad individual siempre irreductible, que anida en la sociedad compleja de diferentes formas, siempre coaccionada por la dominación en todas sus expresiones y naturalezas, pero preferentemente por la dominación estatal.

En la misma lógica de caricaturización del autor, González no tiene inconvenientes en afirmar que las ciencias sociales no son más que “una forma de frustrar el dato singular, las vidas específicas, el acontecimiento imposible de ser reducido a leyes genéricas” (González, 1999: 49-50). No hace falta remontarse al “selecto y pulcro cruce de lanzas entre Quesada y Cané”, al “perpetuo debate” entre la escisión neokantiana entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, tal como nos sugiere retrospectivamente González, para registrar el grado de adulteración que acompaña sus afirmaciones y la obstinación simplificadora que alimenta sus prejuicios sobre las

ciencias sociales y sobre la reconstrucción de las tensiones centrales de las ideas sociales en la Argentina.

Tal es la prisa de nuestro autor por desembarazarse cómodamente de la teoría sistemática que confunde un principio de sistematicidad con un espíritu de especialización. De este modo, González niega la existencia de lo sistemático-general, que es lo propio de una teoría sociológica. Si bien resulta difícil creer que tal idea se la pueda tomar en serio, el autor no duda en explicitarla: la realidad sistemática edificada por la sociología “debía habilitar luego a las “sociología especiales” regidas por un ideal “interdisciplinario” (González, 2000: 96).<sup>16</sup> Si algo tiene la tradición sistemática de la sociología moderna es un contrato con una teoría general, visión que se pone en marcha a partir de una teoría de la evolución o del cambio social, mayoritariamente materialista histórica (o materialista histórico-geográfica, como prefiere señalar Harvey) y/o sistémica.<sup>17</sup> La puntada final que da González respecto a la equivalencia comentada consistirá en describir, con cierto regocijo, la derrota actual y aparentemente definitiva de la sociología sistemática. Para el autor, la *ratio* sistémica se ha perdido: “un optimismo hecho trizas por un mundo donde todo asemejaba a un único pasaje de ‘sociologías especiales’ autonomizadas como astillas de un antiguo planeta explotado, al que apenas el clima posmodernista ayudaba para desculpabilizar de la ruptura definitiva de los vínculos interdisciplinarios” (González, 2000: 96).

De este modo, González conduce su interpretación más allá de las visiones posmodernas y postestructuralistas, las cuales tienden a igualar en términos de conocimiento el discurso científico con cualquier otro discurso, así como el saber científico con cualquier otro saber. El autor deja entrever, poniendo en acto la noción liberal de crítica ya comentada, que el discurso científico, sea este teorícista

<sup>16</sup> Comillas del autor.

<sup>17</sup> A nuestro entender la teoría social de Luhmann es la manifestación contemporánea más acabada de este último encuadre sistémico.

o empirista, es más bajo que los restantes. Pero a diferencia de otras críticas como la de Bruno Latour (Latour, 2007; 2008), la teoría sería para González un estilo bajo en primera instancia no por sus pretensiones particularistas de dominación general sino porque es un discurso vulgar, poco reflexivo y desprovisto de lucidez. El “tesoro de saberes de una sociedad”, expresión que fascina a González y que repite incontables veces, parece excluir los saberes científicos. Nos preguntamos hasta qué punto la actitud destituyente de González en relación a las ciencias sociales y la sociología podría constituir legítimamente ese “estilo intelectual alto” de la autoconciencia y la imaginación trágica que reclama para sí un reconocimiento superior en la historia de las ideas nacionales. Nos inclinamos más por suponer que la caricaturización que ofrece de la teoría social y de las ciencias sociales, la opción por la parodia y no por el análisis, exhibe la práctica de un sociólogo no demasiado interesado por las ciencias sociales, al mismo tiempo que dispuesto a imponer tal desinterés en nombre de la sociología.

Tenemos la impresión que González, junto con los restantes intelectuales de la cultura que conforman el campo nacional de la sociología y las ciencias sociales, han tenido cierto éxito en este proyecto de demolición. En la actualidad se puede identificar la expansión de un sentido común ensayístico-libertario en algunos circuitos de las ciencias sociales. Si bien tales prácticas no ejercen una posición hegemónica en el campo en general, creemos que algunos de sus supuestos se han difundido y se encuentran presentes en diversos debates metodológicos y epistemológicos locales (y regionales). Es posible que las dificultades a las que nos enfrentamos para la elaboración de teorías sociales en nuestra región se deban en parte a estas premisas que ciertamente desincentivan y desprestigian este tipo de empresas constructivas para la investigación sociológica. En cualquier caso, la marca principal de González es su culturalismo, en una versión en extremo radical. Su autoafirmación culturalista se evidencia cuando elige criticar el reconocimiento que en su momento habría efectuado Germani a la vocación superior de

investigación de la sociología brasileña (referenciado en la figura de Donald Pierson y Costa Pinto) en relación con la argentina, constatándose en esta última cierto predominio culturalista (González, 2000: 56).

A partir de los elementos expuestos hasta aquí se hace posible observar que el culturalismo de González es simultáneamente un historicismo desatento a una temporalidad futura. Posiblemente la caracterización más certera que podría recibir la empresa de González es la de un *deconstructivismo histórico culturalista*. En este caso, el deconstructivismo obedece a la asunción de un principio de negatividad radical, lo histórico retrospectivo se registra a partir de la reducción de la temporalidad a una tensión presente-pasado que se recuesta muy mayoritariamente sobre este segundo polo, y finalmente el culturalismo se expresa a partir del reconocimiento de una relación de equivalencia entre lo discursivo y lo real como un todo. Para el tipo ideal de intelectual que proyecta González el desafío de cambiar las cosas se ciñe a una cuestión de palabras arraigadas en la historia. El autor nos advierte que “lo que conocemos como saber nuestro es quizás un saber que teníamos desde antes, un saber al que le faltan nuevas palabras, es un saber que lo construimos como palabra que quizás están en otro lado” (González, 2007: 10). El autor invita en la misma dirección a sostener el lenguaje no instrumentalizado como forma de defender el mundo, haciendo una historia de las formas de conocimiento científico, ensayístico o político que han caracterizado el debate argentino durante el siglo XX (González, 1999: 11). Antes que la impronta de la genética histórica de Bourdieu, tal como este la presenta en su libro *Sobre el Estado* (Bourdieu, 2015), lo que se observa en González es la impronta de la genealogía foucaultiana. Otro ejemplo del reduccionismo culturalista que trae consigo la historiografía del autor se evidencia en la caracterización que ofrece de la obra de Juan Carlos Portantiero. González omite por completo la existencia en Portantiero de un proyecto científico-social que se desarrolla en la década del 70 ligados a una interpretación leninista, pese a que cita *Los usos de Gramsci*,

libro que incluye textos de este último período (Portantiero, 1999). El sociólogo porteño, en cambio, decide quedarse exclusivamente con el giro posterior de Portantiero hacia un proyecto culturalista, reduccionismo que despliega en los años 80 junto con José María Aricó (Aricó, 1988), al momento de entrar en diálogo con el alfonsinismo. De este modo, González arroja un manto homogeneizador reduciendo el proyecto intelectual como un todo de Portantiero a una función exclusivamente hermenéutica.<sup>18</sup> En una interpretación sorprendente, González considerará la apropiación gramsciana de Portantiero subsumida a la idea de una operación de lectura (González, 2000: 87), omitiendo de este modo el principio político-estratégico que orientaba sus lecturas.

Ahora bien, las limitaciones del culturalismo historicista de González se evidencian con más nitidez cuando reflexiona sobre los desafíos que enfrentan en la actualidad los intelectuales y los sociólogos en relación a la sociedad como un todo. El mundo y la acción política superadora que González imagina como objeto para los intelectuales no sería otra cosa que una razón criticista convertida en experiencia ideal de lenguaje, edificada a partir de la exclusión de los “estilos bajos” ya comentados. Aquí aparece igualmente ese temor bien fundado del liberalismo intelectual, compartido por Sarlo, hacia una acción política de masas que, como en los setenta y luego en ráfagas durante el período alfonsinista, pueda nuevamente “devorar a la razón crítica” (Sarlo, 1985: 5). Para González, se trataría de actualizar desde las ciencias sociales en pleno siglo XXI el mentado rechazo de Sarlo en *Punto de Vista* al “pacto de mimesis” entre cultura y política, pero llevando la deseada “tensión ineliminable” entre una y otra mucho más allá de Sarlo, en nombre de una nueva “sociología” y en defensa de una especificidad autonomizada del quehacer intelectual. Esa especificidad sería para González la práctica discursiva y

<sup>18</sup> Basta revisar Los usos de Gramsci de Portantiero (1999), que recoge artículos de su autoría tanto de los años 70 como de los 80, para registrar, a partir del trastocamiento de sus primeras lecturas de Gramsci, el paso del proyecto científico-social al proyecto culturalista.

libertaria ya comentada del intelectual de la cultura. La gran misión epocal del intelectual será para el autor “la experiencia del lenguaje, que es solitaria y a la vez está en las calles y las grandes movilizaciones”, la cual “tiene que ser una opción que nos encuentre ávidos en ampliar el abanico de lecturas” (González, 2007: 10). González llega a decir literalmente que “no tiene temor en llamar praxis a la trama cultural” (González, 2007: 10), afirmación brutal que trastoca la tradición materialista que inspira tal noción y que rechaza el compromiso de la praxis sociológica con el cambio sociohistórico.

Tal manipulación conceptual nos recuerda los vicios teóricos de Bourdieu, quien tampoco parece tener miedo de llamar “golpe de Estado” al efecto naturalizador del discurso general del Estado, el efecto simbólico del “es así” o “es de este modo” (Bourdieu, 2012: 165). Pensando en mejorar las condiciones de las clases populares, González propone exclusivamente establecer una alianza con textos, con palabras, con *ethos*, entre los lectores, los estudiantes y las nuevas generaciones (González, 2007: 10). Tal sería la fórmula predilecta para una nueva comunión entre la universidad, la Carrera de Sociología y las clases populares de la ciudad de Buenos Aires. Curiosamente, la experiencia analítica e intelectual que podría encarnar tal misión político-social general es un tipo de experiencia ensayística, filosófica y literaria que, en palabras exactas de González, se alimenta de lo más nimio. Se trataría para nuestro autor de “entregarnos a la felicidad renovada de una antropología de la vida cotidiana, de la que surgirían los infinitos motivos de crítica y esperanza que se perciben en la sociabilidad más nimia” (González, 1999: 11).

Finalmente, ¿en qué situación se encuentran las ciencias sociales y la sociología en este nuevo siglo para el sociólogo porteño? Contra todo pronóstico, González dirá que en un momento de liberación. ¿En que se sustenta tal optimismo para nuestro sociólogo? Pues en el estallido de los horizontes de intelección general y colectiva, en la crisis de la teoría social moderna, en la debacle del marxismo, en el declive del intelectual orgánico y en la derrota de cualquier búsqueda de reconstrucción y de cientificidad para las ciencias sociales.

Nada más impactante, por su carga valorativa, que las palabras celebratorias del propio González:

Se puede decir que la pérdida de su otrora ansiada quilla –su cientificidad– le ha permitido a la sociología una liberación de incalculables consecuencias, aún no aprovechada, que produce varios efectos que solo pueden ser recibidos con entusiasmo por todos los que persisten en el refloreamiento de estos añejos saberes (González, 2000: 100).

### **3. A modo de conclusión**

El fin de la sociología anunciado por González sería el principio del fin de la opresión sobre las prácticas ensayísticas del intelectual de la cultura en las ciencias sociales, que a partir de entonces ya podría señorearse en este territorio aniquilado. Nos encontramos, para González, “ante la rica posibilidad que evoca esta tierra devastada, en lo teórico, en lo filosófico, lo poético literario” (González, 2000: 32-33). La razón cínica de González, que se manifiesta con una desnudez llamativa, asesta su golpe de gracia a partir de la ironía y la falsa misericordia que despliega aquel que se siente triunfante: “Ni hay derecho de aprovecharse de esta frustración que anuló a la ‘sociología científica’ por no saberse interrogar en sus propias decisiones lingüísticas o en los hilos evidentes que la vinculan a la filosofía; ni hay porqué suponer que el ensayismo ya transcurrido entre nosotros tenga las respuestas sociales, éticas e incitantes que hoy precisamos”(González, 1999: 10). Derrotado el compromiso racionalista y las utopías transformadoras de la sociología pasada y presente, se trataría para González de darle nuevas fundaciones. Las apreciaciones de González dejan entrever que estarían dadas las condiciones para propiciar un momento instituyente soñado en el cual la sociología, conservando su nombre o no, podría finalmente autoconcebirse tan solo como “un vocablo que habla de un desarreglo y trastocamiento del mundo” (González, 2000: 32). En el marco

de la extraña celebración de González creemos oportuno parafrasear a Sartre y hacerle al sociólogo porteño la siguiente pregunta: ¿Para quién reflexionan los intelectuales de la cultura? Y a continuación, paso seguido, interrogarnos acerca de las implicancias y las consecuencias que este tipo de planteos acarrearán para unas ciencias sociales críticas, para los proyectos sociológicos y para las expectativas de cambio político general en América Latina, siempre necesitadas de la renovación de un compromiso racionalista atento al movimiento de la sociedad mundial.

#### 4. Bibliografía

Aricó, José. (1986). Debemos reinventar América Latina. En: Fernando Calderón (comp.). *Los esfuerzos de Sísifo: conversaciones sobre las ciencias sociales en América Latina*. Costa Rica: EUNA, pp. 47-121.

Arico, José. (1988). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Punto Sur.

Bourdieu, Pierre. (2015). *Sobre el Estado. Cursos del College de France (1989-1992)*. Barcelona: Anagrama.

Castro, Alberto & Warley, Jorge. (1988). El drama de las bellas almas. *El Porteño*. N° 76, pp. 62-63.

Chernilo, Daniel. (2010). *Cosmopolitismo y Nacionalismo. Ensayos sociológicos*. Santiago de Chile: Ediciones UDP.

De Diego, José. (2003). *Campo intelectual y campo literario en la Argentina (1970-1986)*. Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata.

Del Barco, Oscar. (1983). *El otro Marx*. Buenos Aires: Milena Caserola.



- Delich, Francisco. (2013). *Memoria de la Sociología Argentina*. Córdoba: Alción.
- Delich, Francisco. (1977). *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. 25 años de sociología*. Caracas: El Cid.
- Fernández, Luis Diego. (2012). Ensayos sí, *papers* no. *Revista Ñ*. 02/02/2012. URL: [http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/El\\_ojo\\_mocho\\_0\\_635936414.html](http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/El_ojo_mocho_0_635936414.html) 20
- González, Horacio; Gruner, Horacio & Svampa, Maristela. (2012). Los intelectuales, la cultura y el poder. *Revista Topias*. <https://www.topia.com.ar/articulos/intelectuales-cultura-y-poder>.
- González, Horacio. (2007). Sociología Argentina: pasado, presente y futuro. Debate en las VII *Jornadas de Sociología de la UBA*.
- González, Horacio. (2000). Cien años de sociología en Argentina. La leyenda de un nombre. En: Horacio González (comp.), *Historia crítica de la sociología argentina*. Buenos Aires: Colihue, pp. 15-100.
- González, Horacio. (1999). *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Colihue.
- González, Horacio. (1993). Teorías con nombre propio. El pensamiento de la crítica y el lenguaje de los medios. *El ojo mocho*. N°3, pp. 32-40.
- González, Horacio. (1988). De Lugones a Portantiero. *Revista El Porteño*. N° 75.
- Latour, Bruno. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayos de antropología simétrica*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Latour, Bruno. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor red*. Buenos Aires: Manantial.
- Lechner, Norbert. (1988). *Los patios interiores de la democracia*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Medina Echavarría, José. (1943). *La responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Portantiero, Juan Carlos. (1999). *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires: Grijalbo.

- Said, Edward. (1996). *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós.
- Sarlo, Beatriz. (1985). Intelectuales: ¿escisión o mimesis? *Punto de Vista*. N° 25. Buenos Aires. pp. 1-6.
- Tatián, Diego. (2010). Intelectuales y Bicentenario. *Estudios*. No. 23. CEA-UNC. pp. 145-157.
- Tatián, Diego. (2016). *Contra Córdoba, historias mínimas*. Córdoba: Caballo Negro.
- Touraine, Alain. (1989). Los problemas de una sociología propia en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*. Vol. 51. No. 3. pp. 3-22.

## **Marx y las izquierdas frente al futuro regional**

El eterno retorno, los grandes  
desconciertos y la necesidad  
de reinención instrumental



# El nuevo espíritu de la mundialización<sup>1</sup>

## I

Ya no resulta una novedad que los cambios sociales en el mundo se aceleran a un ritmo vertiginoso. Lo que sí resulta algo sorprendente, salvando las distancias, es que el *Foro Marx 200* no se convirtió en una celebración del autor y mucho menos de la historia del marxismo.<sup>2</sup> Contra todo pronóstico, el evento terminó orientándose hacia la necesaria discusión sobre el futuro de la sociedad mundial. En consonancia con dicho impulso, estas notas preliminares no buscan transformarse en un discurso publicitario del libro (Torres, et al., 2020). Simplemente, me interesa recuperar algunos aspectos sustantivos planteados en los diferentes textos para continuar alimentando el debate en la dirección indicada. La reflexión sobre los puntos de vista contenidos en la publicación cobra particular relevancia en tanto no se vislumbra un acuerdo general sobre el modo

<sup>1</sup> Prólogo del libro Torres, Esteban et al. (2020). *Marx 200 años: presente, pasado y futuro*. Buenos Aires: CLACSO.

<sup>2</sup> El Foro Marx 200 se llevó a cabo el 21 de noviembre de 2018 en el Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini de la ciudad de Buenos Aires y fue organizado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en el marco del Primer Foro Mundial de Pensamiento Crítico, la Octava Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales y la Vigésimo sexta Asamblea General de CLACSO.

en que la trayectoria y la obra de Marx podrían colaborar en la conceptualización de los grandes problemas que experimentamos en el mundo en la actualidad, y, por lo tanto, menos aún, como podrían ponerse al servicio de la edificación de alternativas societales.

En mi registro, el punto de partida que marca esta experiencia de discusión multinacional es la constatación de que habitamos un tiempo histórico complicado para aquellos intelectuales comprometidos con la renovación de programas científicos y políticos inspirados en el legado marxiano. Desde hace aproximadamente medio siglo se viene desplegando en el mundo un proceso de ruptura general de los enlaces orgánicos entre los intelectuales y los políticos modernos, y, muy en particular, entre las prácticas teóricas y políticas marxistas. Las primeras quedaron confinadas al sistema académico, obligadas a lidiar con universos reglamentarios distanciados del conjunto de la sociedad, y particularmente hostiles a toda dinámica de colectivización. Las segundas, por su parte, fueron experimentando un proceso de macrodestrucción política. Este último fenómeno se magnificó en América Latina a partir de la persecución desatada por las dictaduras militares, y luego, años más tarde, con la caída del Muro de Berlín y el desmoronamiento del bloque soviético. El retroceso sostenido de los movimientos políticos marxistas terminó por reducirlos a una serie desordenada de expresiones micropolíticas, completamente residuales a la hora de luchar por el poder estatal. De este modo, lo que Perry Anderson denominó “marxismo occidental” a mediados de los setenta (Anderson, 1976), como enunciación sintética del movimiento comentado de reclusión general del marxismo en la academia, no fue más que el comienzo de un proceso de miniaturización política que, con sus idas y vueltas, aún no toca a su fin.

De este modo, tal como están las cosas, con una política marxista al borde de la desaparición y una pléyade de experimentos marxistas en la academia que lucha para sostenerse, cuesta imaginar en un futuro próximo la activación de un movimiento expansivo que consiga desbordar el campo institucional de las ciencias sociales.

No es de extrañar que en esta situación se multiplique en la galaxia marxista un mundo destinado a resistir al interior del sistema académico, atendiendo a los imperativos de competencia de este subuniverso social. Como producto de este *aggiornamento*, estamos observando la proliferación de un tipo de diversidad intelectual altamente productiva, dotada de incentivos individuales para la exploración intelectual y para la expansión de las libertades privadas, a la vez que determinada por una creciente descolectivización e impotencia política. Ya no se trata tan solo de la reconversión general de la política marxista a una política de los marxistas en la academia, tal como señala Anderson, sino que estamos frente a una pluralización casi ilimitada de los registros políticos de los intelectuales marxistas en ese campo.

La realidad que subyace al celebrado florecimiento de los “mil marxismos” (Bensaïd, 2003)<sup>3</sup> en la década del 90, así como a la reconversión del “intelectual legislador” en “intelectual intérprete” (Bauman, 1992),<sup>4</sup> aparenta ser la misma. Allí donde comenzó a proliferar la libertad y la autonomía individual, donde se multiplica la diversidad intelectual y donde la inteligencia marxista logra finalmente liberarse de la dictadura del partido, allí donde toda autoridad tambalea como efecto de la crítica radical a todo lo existente, donde se hace posible para los intelectuales integrados al sistema académico la creación de un nuevo estilo de vida relativamente plácido, ajustado sin inconvenientes a las nuevas estratificaciones de la globalización, allí, precisamente en ese mundo, las palabras ya no cuentan políticamente.

Ahora bien, a partir de este registro situacional no estoy declarando el avance sin retorno de un marxismo autorreferencial, de la privatización irreversible de las apropiaciones de Marx, ni de un

<sup>3</sup> Expresión empleada en un sentido celebratorio por Daniel Bensaïd en algunos de sus libros a partir de mediados de la década del 90.

<sup>4</sup> Se trata del gran movimiento de transformación posmoderna de la función intelectual sugerido por Zygmunt Bauman, convertido por el autor en una expresión esperanzada de renovación intelectual en las izquierdas.

marxismo de los individuos, del Yo, o de uno a la carta. Lo que estoy advirtiendo, en cambio, es la proliferación de un tipo de práctica teórica inspirada en Marx que poco o nada incide en la política real de masas. Sin ir más lejos, este libro es una manifestación paradigmática del avance de las tendencias indicadas. La publicación que están leyendo es la expresión de múltiples actos de creatividad radicadas casi exclusivamente en el sistema académico. La pluralidad de usos y de apropiaciones de Marx, reivindicable desde el punto de vista del ingenio y de la capacidad potencial de ensanchamiento del horizonte de intelección de los lectores, da cuenta de una primacía estructural de las experiencias individuales en detrimento de las colectivas. Hay tantas soluciones marxistas brillantes para la explicación holística y para el cambio social como mentes brillantes existen dedicadas a reflexionar e investigar de modo obstinado sobre el asunto.

Tal como vengo sosteniendo, la proliferación de los virtuosismos individuales por lo general no conduce a un procesamiento colectivo real, que promueva la edificación de nuevas síntesis integradoras a partir de las diferencias teóricas generadas por cada quien. Esta manifestación monádica ayuda a explicar en buena medida porqué el reclamo por no perder de vista el propósito de la transformación social, esgrimido por algunos y algunas en la academia, no logra superar el plano de la enunciación. No se puede esperar la emergencia de un movimiento social de izquierdas vigoroso y triunfante a partir de una gimnasia de producción teórica individual que agota su movimiento de creatividad sin haber experimentado la mediación o bien la afectación de un espacio colectivo de producción política extraacadémico. Es decir, sin haberle siquiera tomado el pulso a los políticos y a la política de masas realmente existente. Para el horizonte de expectativas de la tradición marxista se trata, sin dudas, de una situación poco alentadora. El desacople estructural que proyecta este cuadro es la constatación objetivable de la necesidad de negar o de postergar de forma indefinida la ansiada unificación entre teoría y praxis –dejando de lado aquí la vieja discusión de si



tal articulación se produce de modo simultáneo o diferido—. La subsunción del movimiento mundial de intelectualización marxista, o inspirado en Marx, al sistema universitario realmente existente, por más creativo que resulte, tiende a bloquear en la actualidad tanto a la realización abstracta como concreta de una filosofía de la praxis que para activar un proceso de superación cognoscitiva no puede prescindir de la conexión íntima con una política de masas. La afirmación leninista de que no hay nada más práctico que una buena teoría, expresión a la vez efectista y simplificante que suele emplearse para legitimar desde la izquierda la autonomización de la práctica teórica y de la investigación social profesionalizada, no debería escindirse de la visión de la política que recrea el propio Lenin. Para el líder soviético, la política recién madura cuando se logra movilizar a millones (Lenin, 2015). Incluso si hacemos el ejercicio de trasladar la escala demográfica de la Rusia de principios del siglo XX al universo poblacional actual de América Latina, comprobamos que la ecuación no se altera en términos significativos. De lo que se trata para Lenin es de crear una teoría social de base científica como caja de herramientas para una política de mayorías en continua mutación. Para ambos, Marx y Lenin, la política no es esencialmente un proyecto de vanguardia –tal como supone cierta crítica liberal–, sino un movimiento atento a la evolución de las mayorías sociales en el devenir del juego de apropiación nacional/mundial.

La variedad de usos y de apropiaciones de Marx manifestadas en el Foro, y que luego se trasladó al presente libro, no permite suponer, sin embargo, la existencia de un mundo intelectual barrido por una fragmentación infinita o bien paralizado por la imposibilidad de comunicación entre perspectivas. El parámetro principal de agrupamiento colectivo “en el papel” (Bourdieu, 1987; 2002)<sup>5</sup> que se puede detectar tiene que ver con el grado de compromiso y de involucramiento concreto de cada autor con la política realmente

<sup>5</sup> En alusión a la diferenciación que propone Pierre Bourdieu entre “clases reales” y “clases en el papel”.

existente. Pareciera que el modo en que cada uno resuelve en cada momento su relación personal con la política nacional, el grado de proximidad o de distanciamiento asumido respecto a la actividad política, se traslada a la visión que recrea del propio Marx. En los casos de involucramiento directo o indirecto con la política, puede distinguirse, a su vez, entre aquellos intelectuales comprometidos con la construcción de una política de mayorías y aquellos que no lo están. Es posible observar que el primer grupo, que resulta minoritario en el Foro y en el conjunto del universo marxista, tiende a reconocer en Marx, y eventualmente en la recreación de su marxismo ideal, la persistencia de un movimiento de resolución unificada de las prácticas teóricas y las prácticas políticas. Junto a ello, esta fracción tiende a reconocer la existencia de tres componentes en el proyecto intelectual de Marx que interactúan y se constituyen entre sí: un componente científico, un componente crítico y un componente transformativo. El segundo grupo de autores, por su parte, suele hacer hincapié exclusivamente en la identidad transformativa de Marx, o en su defecto en la interdependencia entre su potencia crítica y el componente transformativo de su visión, minimizando o impugnando su identidad sociocientífica.

Junto con los intelectuales que se involucran de algún modo en la política están aquellos que definitivamente no están dispuestos a hacerlo. Estos últimos, que por cierto son los más numerosos en el campo académico, tienden a concentrarse exclusivamente en el rescate de la práctica teórica de Marx, dando por sentado que el proceso de creación teórica se encuentra en gran medida autonomizado de la práctica política. Desde estas coordenadas, el proyecto intelectual del sociólogo alemán está dotado exclusivamente de un capital teórico-científico, o bien se despliega a partir de un movimiento de fertilización entre una práctica intelectual crítica y una práctica intelectual científica. En ambos casos no solo se externaliza la práctica política de Marx, sino que se excluye la pretensión política transformativa contenida en la propia composición de la teoría social marxiana. Esto es, su política *en* la teoría. Aquellos que optan

por asumir esta posición de doble distanciamiento de la política, tanto de la política actual como de la política de la práctica marxiana, no necesariamente se ponen de acuerdo respecto a qué viene primero, si la crítica o la ciencia social<sup>6</sup>.

Ahora bien, en lo que prácticamente todos los textos coinciden es en señalar la centralidad que adquiere la crítica para el proyecto intelectual de Marx, así como la imposibilidad de prescindir de esta disposición impugnadora a la hora conocer a fondo la realidad social contemporánea. Las críticas efectuadas en nombre de Marx, señaladas como determinantes, se concentran en cinco elementos ideológicos: el posmodernismo, el positivismo, el eurocentrismo, la compartimentación disciplinaria de las ciencias sociales, y, finalmente, como era previsible, en la crítica contemporánea a Marx. Llama la atención que entre los componentes ideológicos a combatir no adquiera ubicuidad la crítica al liberalismo. En líneas generales, como contraposición al posmodernismo, se rescata el compromiso con una explicación causal, un principio de objetividad, un encuadre holístico y con una historia de larga duración. A ello se añade, en algunos textos, el reconocimiento de una política a gran escala, así como el rescate de las sensibilidades marxianas respecto a la ecología planetaria y al mundo biológico-celular. Por su parte, como fuerza de impugnación del positivismo, se enfatizan algunos elementos de la teoría del conocimiento marxiana, siendo los principales la lógica dialéctica, la relación entre fenómeno y esencia, y la relación sujeto-objeto (esta última reconstruida en nuevos términos).

Un aspecto central que atraviesa una fracción considerable de los trabajos contenidos en el libro tiene que ver con la crítica al eurocentrismo. Contra la lectura reduccionista que vienen promocionando las izquierdas posmodernas del Sur global, varios de los

<sup>6</sup> En cualquier caso, la clasificación sugerida no deja de representar una esquematización simplificadora de una realidad ciertamente más compleja, dispuesta a desmentir el ordenamiento esbozado.

trabajos del libro invitan al descubrimiento de un Marx comprometido con la crítica al dispositivo eurocéntrico. Según se argumenta, a partir de la publicación de materiales que permanecían inéditos, se puede observar otro Marx particularmente involucrado en la crítica a la expansión colonial y dotado de una visión plenamente universal del desarrollo de la humanidad. Para recrear una crítica marxiana al eurocentrismo, diversos estudios rescatan principalmente la visión multilineal de la historia marxiana, su particular atención en las relaciones de dependencia en el plano internacional, su disposición a diferenciar entre capitalismo del centro y de la periferia global, su visión indignada de los atropellos coloniales y su atención en los efectos determinantes de la división internacional del trabajo. Otro punto central de la crítica, tal como indicamos, apunta a la consideración de las lógicas disciplinarias como obstáculos epistemológicos. La crítica al conocimiento disciplinario en nombre de Marx se efectúa a partir del rescate de un principio de totalidad, de una teoría de la sociedad, de una labor interdisciplinaria –ya contemporánea–, y de la necesaria promoción de un nuevo horizonte de expectativas posdisciplinarias. Tal como indiqué, el último punto de la crítica, posiblemente el más predecible, tiene que ver con la impugnación de los pilares centrales del sentido común antimarxista que se va consolidando en el campo de las ciencias sociales a partir de la asimilación acrítica de la última “crisis del marxismo”, tal como fue elaborada hacia fines de la década del 70. Algunos de los textos ofrecen argumentos convincentes para impugnar la crítica al supuesto economicismo de Marx, a la adjudicación de una visión determinista y unilineal de la historia, y a su razón explicativa basada en leyes universales.

Así como se observa un acuerdo generalizado respecto del valor de la crítica en el proyecto intelectual de Marx, no sucede lo mismo al momento de considerar su programa científico. Este parece ser un punto particularmente espinoso y poco explicitado. Una fracción de los autores parece estar dispuesto a reconocer la validez actual de una científicidad marxiana, mientras que la otra se muestra

renuente a hacerlo. Entre estos últimos, la impugnación del componente científico de Marx parece sostenerse a partir de la crítica a la proliferación de una ideología marxista de corte científicista, con epicentro en el proyecto de dominación soviético, o bien a partir del reconocimiento de una revolución paradigmática contemporánea –en los términos de Kuhn (1962)–, a partir de la cual el programa interpretativo de la hermenéutica habría logrado superar con sus sofisticados pluralismos la necesidad de un método científico para las ciencias sociales. Finalmente, entre quienes reconocen en la perspectiva de Marx una ciencia superior, se puede distinguir entre los que consideran que el método y los descubrimientos científicos ya los hizo Marx en su momento y, por lo tanto, de lo que se trata es de reproducirlos, y aquellos que entienden que la readaptación de una teoría ajena, como podría ser la de Marx, no puede ser la expresión mejor lograda de una práctica teórica motorizada por un espíritu científico. Para estos últimos, el rescate de Marx como científico social exige asumir un compromiso permanente con la puesta en marcha de un proceso de “destrucción creativa” en relación con el autor, y no simplemente incitar a la renovación de lecturas e interpretaciones. Para quienes apuestan por la construcción autónoma de nuevas teorías, no se trataría en primera instancia de volver a Marx, ni siquiera de actualizarlo, sino de elaborar nuevas perspectivas a partir del procesamiento de algunos componentes de su dispositivo. Bajo esta última visión, se trataría de crear teorías sociales explicativas que logren capturar las novedades que traen consigo las grandes transformaciones que estamos experimentando en la sociedad mundial. Para ello resultaría necesario activar un proceso de *inversión teórica* respecto a las visiones globalistas producidas en otras latitudes. La creación de un conjunto de operaciones de inversión resultaría imprescindible para el reconocimiento de las especificidades estructurales que presentan los procesos sociales desde cada localización histórica en el concierto mundial.

## II

Una de las cuestiones más auspiciosas que a mi entender arrojó la experiencia del *Foro Marx 200*, y que se traslada a la presente publicación, tiene que ver con la intuición de que se está generando y expandiendo a un ritmo relativamente acelerado un nuevo espíritu mundialista en las izquierdas intelectuales del mundo. Ello se observa con cierta nitidez a partir del modo en que buena parte de los autores se ocupó del problema del eurocentrismo. No creo que se trate de un dato menor, sobre todo si tomamos en cuenta dos hechos.

El primero es que el marxismo realmente existente, en su condición de empresa moderna, es portador de un historial de aventuras civilizatorias, de sofisticados colonialismos de izquierda, que cobraron vida en las culturas urbanas de América Latina. El marxismo europeo, en sus versiones dogmáticas, no estuvo dispuesto a detenerse en el momento en el que su propagación por el continente comenzó a ahogar la emergencia de un pensamiento autonomista latinoamericano, inspirado en el mismo proyecto intelectual de Marx. Uno de los motivos que explica la imposibilidad recurrente de América Latina para superar su condición periférica, y con ello sostener un proceso de emancipación social, es que no logró progresar en la construcción de sus propios proyectos intelectuales. Lo que históricamente se demandó desde el Sur global a los colegas europeos fue una actitud de sensibilidad y una disposición al aprendizaje respecto a las perspectivas universalistas producidas desde la región. Esta pretensión de creación autónoma estuvo en la base del programa científico y político de José Carlos Mariátegui a principios del siglo XX,<sup>7</sup> en los trabajos más periodísticos de Julio Antonio Mella, así como en las vicisitudes de la aventura editorial

<sup>7</sup> La pretensión autonomista de Mariátegui se constata en toda su obra. Quizás una de las referencias más popularizadas se asocia a la idea de que la experiencia del socialismo latinoamericano no podía ser “calco ni copia, sino creación heroica” (Mariátegui, 1928).

que protagonizó desde la década del 60 el grupo *Pasado y Presente*, liderado por José María Aricó. Esta última se convirtió en una de las experiencias más avanzadas de creación de un marxismo autóctono –en oposición a los marxismos globalizadores–, que se propuso conectar en nuevos términos las lecturas de Marx y de los autores marxistas con la evolución de los procesos de cambio social regional<sup>8</sup>.

En resumidas cuentas, es principalmente por su afán de imposición intelectual y política, que las izquierdas del Sur global no guardan buenos recuerdos del marxismo céntrico dominante que se proyectó sobre el continente –con eficacia dispar– hasta la década del 70. El segundo hecho, más actual y acotado, es que el *Foro Marx 200* se conformó como un encuentro multinacional con una porción considerable de participantes del Norte global, la mayoría de ellos consagrados en el mundo desde hace décadas.<sup>9</sup> De este modo, esta instancia de revisión de los encuadres eurocéntricos prosperó con la participación protagónica de aquellos actores que en primera instancia han pensado el movimiento mundial desde sus propias coordenadas nacionales, materialmente constituidas en el hemisferio norte.

Es probable que la crítica al eurocentrismo o al norcentrismo se esté convirtiendo en una disposición hegemónica con posibilidades de estabilización duradera al interior de la galaxia de las ciencias sociales y humanas. El avance mundial de este núcleo crítico invita a suponer que el proceso de globalización en curso, crecientemente acelerado, no solo está interconectando diferentes impulsos intelectuales producidos desde múltiples puntos y latitudes del

<sup>8</sup> En tal sentido, no es accidental que la cuestión agraria, la cuestión colonial y el problema del imperialismo terminaron siendo los grandes tópicos que organizaron la política de traducción de los *Cuadernos de Pasado y Presente*, la conocida revista de renovación teórica marxista liderada por Aricó, publicada entre 1963 y 1973.

<sup>9</sup> Las pretensiones de dominación de los marxismos globalizadores, en los términos comentados, no deben hacernos perder de vista que Europa fue y sigue siendo la principal usina de producción de teorías sociales de inspiración marxista en el sistema mundial.

globo, sino que está logrando producir efectos de comunicación novedosos al interior de este pueblo académico politizado, pero mayormente desafiado de la política mundial. La emergencia de esta nueva inclinación mundialista podría ser la constatación de la existencia de un flujo de resistencia y de militancia parcialmente desactivado a partir del proceso de aglutinamiento mundial de las izquierdas en un sistema académico global basado en el éxito individual. En términos proporcionales, como todos sabemos, hay más izquierdas en la academia que fuera de ella. Ello ayudaría a explicar por qué mientras la sociedad europea tiende a abroquelarse en la actualidad, rechazando de modo creciente a la inmigración y a toda expresión de otredad nacional, una fracción mayoritaria de las ciencias sociales en el viejo continente se dispone a promover un nuevo diálogo multinacional más atento a las manifestaciones periféricas.

Aun constatadas las credenciales internacionalistas de varios de los colegas presentes en la publicación, es difícil imaginar que esta nueva sensibilidad percibida para con el Sur global no esté marcada por el avance actual de las derechas racistas en Europa. Pese al optimismo que despierta esta voluntad céntrica de promocionar un nuevo foro global de las izquierdas, aún está por verse si finalmente ha llegado el momento en que las puertas del Norte se puedan abrir para las perspectivas teóricas producidas “en” América Latina y “para” la región, del mismo modo y en la misma proporción en que en nuestro continente seguimos receptando con entusiasmo, desde hace siglos, todas aquellas ideas producidas en los países centrales. La realización social de una justicia mundial, más justa y más mundialista, exige una distribución más equitativa del capital académico y simbólico en el campo de las ciencias sociales. Pero dicha demanda no puede prosperar sino se generan condiciones sostenibles para el desarrollo en la región de una ciencia social a la vez plural y unificada, que logre orientar la producción de conocimientos a partir de un horizonte de expectativas posperiférico. No habrá futuro para las izquierdas como fuerza verdaderamente mundial si



no se logra establecer un nuevo contrato de iguales orientado a superar las relaciones de dependencia intelectual que aún persisten entre los centros y las periferias del planeta.

Es posible que las nuevas contradicciones de la globalización económica neoliberal estén generando condiciones para la expansión acelerada de una globalización intelectual con pretensiones emancipatorias más allá de las respectivas apetencias nacionales. Sin embargo, y junto a ello, aún no aparecen suficientes indicios que permitan suponer que ese ímpetu universalista podría conducir a la modificación de la tendencia a la vez reproductiva e individualizante de los proyectos intelectuales de izquierdas en América Latina. En términos generales, pareciera que somos cada vez menos eurocéntricos, pero estamos cada vez más atomizados y menos dispuestos a la creación teórica. Este núcleo de descolectivización y de bloqueo teórico-científico es la principal amenaza que enfrenta la izquierda académica en la actualidad. Si se confirma la realización del movimiento global comentado, y si se generan condiciones para trastocar el rumbo de este último proceso, entonces podríamos ilusionarnos con la posibilidad de producir nuevas potencias en el pueblo mundial de las izquierdas, para así poder avanzar en la construcción de un futuro mejor para el conjunto de la sociedad mundial. En lo inmediato, guardamos la esperanza de que el presente libro, que nace de la celebración de un gran foro multinacional, logre aportar un grano de arena para acelerar la constitución de ese nuevo espíritu de la mundialización que los tiempos reclaman con toda urgencia.

## Bibliografía

- Anderson, Perry. (1976). *Considerations on Western Marxism* [publicado luego en español en 1979 por la editorial Siglo XXI].
- Bauman, Zygmunt. (1992). *Legislators and Interpreters: On Modernity, Post-Modernity and Intellectuals*. London: Polity, 2013.
- Bensaïd, Daniel. (1995). *Marx l'intempestif. Grandeurs et miseres d'une aventure critique*. Paris: Librairie Arthème Fayard.
- Bourdieu, Pierre. (1987). What makes a social class?: on the theoretical and practical existence of groups. *Berkley Journal of Sociology*, 32: 1-17.
- Bourdieu, Pierre. (2002). Condición de clase y posición de clase. *Revista Colombiana de Sociología*, Vol. VII, n° 1, pp. 119-141.
- Kuhn, Thomas (1962). *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press [En español: *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE, 1971].
- Lenin, Vladimir Illich (1902). *¿Qué hacer?* Madrid: Akal, 2015.
- Mariátegui, José Carlos (1928). Aniversario y Balance. *Amauta*, n° 17, septiembre. En: *Ideología y Política*. Lima: Biblioteca Amauta, 1971.
- Torres, Esteban et al. (2020). *Marx 200 años: presente, pasado y futuro*. Buenos Aires: CLACSO.

# Marx, el eurocentrismo y el cambio estructural en América Latina<sup>1</sup>

## I

Una de las contribuciones más importantes del libro *Marx 200 años: presente, pasado y futuro* se asocia con los modos de aproximación al problema del eurocentrismo y, en particular, con los intentos de recreación de un Marx no eurocéntrico, que, por esa dotación, estaría en condiciones óptimas de tomarle el pulso al devenir histórico de América Latina y de otras localizaciones periféricas. Ahora bien, el hecho que lleguemos a la conclusión de que Marx no es eurocéntrico, ya sea relejendo *El Manifiesto*, *La llamada acumulación originaria* o los *Cuadernos de Londres*, sin dudas refuerza la posibilidad de avanzar en una apropiación latinoamericana más sustantiva del trabajo del sociólogo alemán. Pero no se trata de una condición suficiente. Comparto la idea de que Marx ofrece una visión europea del mundo, no una visión eurocéntrica. Ahora bien, el punto es que no se le puede pedir a Marx, ni a ningún otro gran autor, por más

<sup>1</sup> Ponencia presentada en el Ciclo “Diálogos sobre el futuro”, CLACSO. 1° de septiembre de 2020. Diálogo entre Álvaro García Linera, Atilio Borón, Esteban Torres y Elvira Concheiro Borquez [En el marco de la presentación del libro *Marx 200 años: presente, pasado y futuro*. Buenos Aires: CLACSO, 2020].

internacionalista que resulte su interés emancipatorio, que piense por nosotros y nosotras, ni que se haga cargo de la situación en la cual nosotros y nosotras necesitamos reconocer cuales son, desde la singularidad de nuestra localización histórica, los problemas más urgentes y fundamentales.

Marx ofrece una teoría europea de la expansión, la reproducción y la superación del capitalismo, no una teoría latinoamericana del cambio social mundial. Como saben, el dispositivo teórico de Marx no fue creado *desde* América Latina, ni en primera instancia *para* la región. Esto lo tuvieron en claro José María Aricó, Mariátegui, Scalabrini Ortiz, Jorge Abelardo Ramos, Zabaleta Mercado y otros grandes marxistas heterodoxos de nuestro continente. Lo que aquí entra en juego, centralmente, es la espinosa cuestión de la apropiación teórica. Es decir, cuanto pone Marx –o cualquier autor– cuanto tenemos que poner de él en nuestras perspectivas del cambio social, y luego cuántas ideas propias debemos crear cada uno de nosotros y de nosotras para que la dinámica de nuestra realidad histórica finalmente se pueda explicar y para que la teoría pueda obtener rendimientos macropolíticos y macroeconómicos.

Con esto no estoy diciendo que las herramientas y los dispositivos teóricos que necesitamos construir desde la izquierda y el progresismo puedan prescindir de Marx. De ninguna manera. Pero sí, desde mi visión, toda apropiación teórica encuentra su límite en el punto en que no se puede deslocalizar por completo al productor de teoría. No se puede deslocalizar a Marx. Esto tampoco significa asumir el extremo opuesto: un contextualismo. Esto es, asumir que el contexto de producción originario de los autores determina la totalidad de los elementos de sus teorías de base científica. Pero sí significa que la autonomía que pueden adquirir los descubrimientos científicos en las ciencias sociales generales nunca se descontextualiza por completo en sus aspectos nucleares. Tal registro se podría resumir en el siguiente axioma: hay un punto de localización histórica en el plano más abstracto de la teoría. De este modo, Marx tampoco ofrece una teoría mundial de la sociedad mundial. Así como una sociedad mundial no

es producto de una sola localización, una teoría de la sociedad mundial tampoco lo puede ser. Una sociedad mundial podría asemejarse a un entramado de orden superior, que diferencia, integra y relaciona de modo asimétrico el conjunto de las esferas nacionales, regionales y globales. Podríamos suponer que cada punto de localización social en el mundo es una condensación singular, directa e indirecta, de estas tres esferas sociales en interacción. Definitivamente la sociedad global de Alemania o del Reino Unido no es la misma que las de Argentina, Bolivia, México o China. Pero todas ellas, a partir de las interacciones que mantienen entre sí, conforman la sociedad mundial. Tampoco existe algo parecido a un capitalismo globalizado. Lo que proliferan son diferentes dinámicas de sujeción entre capitalismo céntricos y periféricos en la sociedad mundial. Este último punto ofrece un ejemplo claro de una inadecuación de la visión marxiana del capitalismo para explicar los procesos de cambio social en América Latina. Los conceptos de “capitalismo”, “modo de producción capitalista” o “formación social capitalista”, cuando se emplean en su máxima abstracción como una totalidad en singular, se convierten en portadores de una perspectiva crítica no mundialista y homogeneizante que termina resultando funcional a las naciones poderosas. Entre otras cuestiones, tales categorías no permiten reconocer que la desigualdad objetivamente más determinante de la historia moderna de la periferia mundial es *la desigualdad entre capitalismo*. Parfraseando la gran cita del momento, diría que desde hace más de un siglo *es más fácil imaginar el fin del capitalismo que el fin de la dependencia estructural de América Latina*.

En mi registro, el factor principal que explica la pobreza diferencial de nuestros países es el boicot interno y externo a nuestras experiencias de industrialización nacional. Antes que combatir al comunismo o al socialismo en América Latina, las élites mundiales, con una clara visión de las cosas, se ocuparon en primera instancia de combatir los programas de independencia económica y de soberanía política de los variados “populismos”. Aquello que Álvaro llamó hace unos años la “autodeterminación económica del Estado”.

Junto a ello, uno de los motivos que explica la imposibilidad recurrente de América Latina para superar su condición periférica, y con ello sostener un proceso de emancipación social, es que no logró progresar en la creación, la expansión y el sostenimiento de sus propios proyectos intelectuales universalistas. Durante el siglo XX, las veces que estos impulsos autonomistas lograron prosperar a nivel regional, terminaron siendo barridos desde arriba. La inestabilidad social y las fragilidades intelectuales y científicas experimentadas en América Latina a lo largo de la historia no son rasgos estructurales determinados por nuestra especificidad cultural, idiosincrática o racial. Estos problemas nunca se generaron a partir de un proceso de autodeterminación regional, como sugieren las teorías de la modernización, incluida la de Gino Germani. En cualquier caso, en mi opinión, uno de los desafíos que hoy tenemos por delante en las ciencias sociales críticas, incluida la marxista, es promover el desarrollo de nuevas teorías de la sociedad mundial, desde y para América Latina, a partir de la cual se puedan generar categorías que permitan explicar, entre otras cuestiones, cómo están funcionando en términos objetivos los gobiernos nacionales y populares en la región y en el conjunto de la periferia mundial.

En síntesis, no se le puede exigir a Marx ni a nadie que suplante nuestra tarea de creación teórica sustantiva. Cuando eso sucedió en la historia, cuando primaron las formas reproductivas sobre las fuerzas creativas, cuando se impusieron las dinámicas de recepción sobre las de producción, cuando las adaptaciones acríticas y perezosas ahogaron las apropiaciones críticas y sacrificadas, cuando todo eso sucedió, se generaron nítidas *situaciones de alienación* y, con ello, se fueron ensanchando las distancias que todos conocemos entre los grandes autores y las corrientes que estos precipitaron. La enorme distancia entre Marx, el marxismo céntrico y el marxismo periférico, la distancia entre Lenin, el marxismo-leninismo nórdico y el marxismo-leninismo regional. Y estos abismos generados, que muchas veces no supimos identificar y menos superar desde América Latina, se pagaron muy caros en la historia política y social de nuestra región.

En casi todos los casos con derrotas políticas resonantes, dramáticas, duraderas, con afectaciones generacionales que llegan hasta hoy, y desde ya también, con centenares de vidas humanas.

## II

En cualquier caso, me parece importante insistir en este último punto. El problema central no es el aprisionamiento mental de un marxismo reproductivo y, en general, de las ciencias sociales críticas en América Latina. Esto es, un extravío abstracto sin consecuencias sociales. El problema central es que luego, cuando las herramientas teóricas no son las adecuadas, estas no funcionan ni política ni económicamente. No funcionan para una política de mayorías ni funcionan para la economía del campo popular nacional y regional. A mi entender este es el punto clave para un marxismo vivo, con genuina pretensión transformadora. No perder de vista la tesis 11, ni el componente científico que subyace a su enunciación. Pero claro, se trata de un aspecto en gran medida desactivado en la actualidad por la propia evolución autárquica del campo de las ciencias sociales y por la proliferación de lo que Álvaro y otros colegas denominamos el “marxismo de salón”. A lo largo de la historia, en los contados momentos y países de América Latina en los cuales las ideas marxistas prosperaron a gran escala, estas fueron sometidas a un proceso de creación teórica autonomista, de “destrucción creativa” en relación con Marx. Y creo que las pocas victorias políticas nacionales colectadas por el marxismo como movimiento en nuestra región no se pueden explicar sin atender a la potencia teórica creativa e irreverente de sus líderes y agrupaciones de referencia. Entre los casos más luminosos sin dudas cabe mencionar la Cuba de Fidel Castro, el Chile de Salvador Allende y la Bolivia de Álvaro y de Evo Morales. En todos estos casos, la puesta en marcha de una práctica teórica y política autonomista implicó desechar buena parte de los postulados marxianos. Ese parece ser el destino en América Latina de los

marxismos que llegan a gobernar y, más aún, que consiguen sostenerse en el tiempo y avanzar con programas de cambio estructural. Entre varios otros postulados que se dejaron de lado cabe mencionar la premisa marxiana abstracta de la futura autodestrucción estatal y el programa igualmente abstracto de demolición total del sistema capitalista nacional. Los gobiernos populares indicados, de inspiración marxista, terminaron optando, más allá de sus respectivos discursos políticos, por la promoción de una agenda de independencia económica nacional orientada a combatir en primera instancia la extranjerización de la economía y la concentración en manos privadas de las riquezas nacionales. Y más aún: si tales experiencias políticas lograron conquistar y sostener un apoyo masivo de los estratos bajos y medios de las sociedades latinoamericanas fue justamente porque apostaron mayoritariamente por un programa de cambio estructural *anticapitalista extranjero y no anticapitalista sistémico*. En cualquier caso, aún queda pendiente como tarea lograr poner “cabeza abajo” o “patas para arriba” los esquemas causales nucleares del dispositivo marxiano, que tienden a supeditar el problema histórico de la desigualdad entre clases de países en el concierto mundial a la desigualdad entre clases sociales al interior de cada formación nacional. De este modo, sin prescindir de Marx, es necesario desechar el nacionalismo metodológico inherente a la visión marxiana moderna del sistema mundial.

Tal como lo veo, la renovación paradigmática que exigen hoy las ciencias sociales pasa por la recreación de un “espíritu” a la vez mundialista y autonomista, que permita recomponer tanto el núcleo científico como el núcleo político de las ciencias sociales. Esta renovación se ajustaría a los desafíos que conllevan el estado actual de las relaciones de desigualdad global y de los procesos de cambio social en América Latina y el mundo. El nuevo espíritu señalado debería comenzar a alimentar las prácticas de reconstrucción metodológica, de creación teórica y de investigación social como un todo. También permitiría actualizar una geopolítica del conocimiento,



traccionada por un horizonte de expectativas a la vez posperiférico y extra-académico.

Tal como señalo al final del prólogo de este libro<sup>2</sup> que hoy presentamos, guardo la esperanza de que la presente publicación, que nace de la celebración de un gran foro multinacional, logre aportar un grano de arena para acelerar la constitución de este nuevo espíritu que los tiempos reclaman con toda urgencia. Y una última cuestión fundamental: es imprescindible que la renovación paradigmática de las ciencias sociales de izquierdas asuma como imperativo existencial la necesidad de generar condiciones institucionales para incidir efectivamente en los procesos de cambio social. De ninguna manera se puede esperar la emergencia de un movimiento social y político de izquierdas vigoroso y triunfante a partir de una gimnasia de producción teórica individual que agota su movimiento de creatividad sin haber experimentado el contacto con un espacio de producción política colectiva y extra-académica. Es decir, sin haberle siquiera tomado el pulso a los políticos, a las grandes batallas de apropiación y a la política de masas realmente existente.

<sup>2</sup> En referencia al libro Torres, Esteban; et al. (2020). *Marx 200 años: presente, pasado y futuro*. Buenos Aires: CLACSO.



## Hacia una inversión autonomista de la teoría marxista del imperialismo<sup>1</sup>

Con el firme propósito de desatar un proceso de emancipación intelectual en América Latina, el grupo liderado por Aricó organizó su política de traducción principalmente en torno a tres asuntos públicos: la cuestión agraria, la cuestión colonial y la cuestión imperialista. La decisión de introducir a los lectores de izquierdas en las visiones marxistas de Rosa Luxemburgo y de Nicolai Bujarin parecen sustentarse en el apego a un principio elemental: no hay posibilidad de comprender los procesos de cambio socio-estructural en Córdoba, en Argentina y en América Latina sin contar con una teoría del imperialismo. Las obras de Luxemburgo y de Bujarin resultaron pioneras en la consideración del imperialismo como un macro-fenómeno estructurante tanto de las formaciones nacionales europeas como del andamiaje económico y político global del siglo XX. A su vez, ambas perspectivas influyeron en la visión del imperialismo proyectada por Lenin. La teoría de este último se propagó desde la III Internacional hacia la periferia, ingresando de un

<sup>1</sup> Publicado en: García, Diego; Caro, Rubén. *Homenaje a los Cuadernos de Pasado y Presente*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba [en prensa]. Escrito en alusión al Cuaderno de Pasado y Presente N°51, titulado “El imperialismo y la acumulación de capital”, que reúne textos de Rosa Luxemburgo y Nicolai Bujarin.

modo acrítico en los programas de cambio social de los movimientos marxistas en el continente, con particular efervescencia a partir del triunfo de la Revolución cubana.

Para Luxemburgo, al igual que para Bujarin y para Lenin, el problema del imperialismo no se activa en primera instancia a partir de la preocupación por la situación social de los países latinoamericanos. Este punto de observación internacional prolifera más bien como una reacción creativa a cuestiones políticas próximas e inmediatas, relacionadas con las luchas nacionales que estaban librando en el Norte global. La urgencia que movilizaba a tales autores se conectaba con la necesidad de descifrar y de combatir el efecto político interno del programa de expansión de sus estados nacionales sobre la periferia global. Tal prioridad cobró particular relevancia para Luxemburgo, quien apuntó su artillería teórica contra el modo en que el programa imperialista de la socialdemocracia erosionaba las bases para avanzar con una política marxista de democracia directa en la propia Alemania. Si bien para Luxemburgo el imperialismo era un fenómeno universal que demandaba una respuesta universal, esa doble universalidad, teórica y política, se procesó a partir de un juego de apropiación circunscripto al tablero europeo. Algo similar ocurrió con las restantes teorías marxistas del imperialismo producidas en las primeras décadas del siglo XX. De este modo, el espíritu universalista que acompañó la formulación clásica del problema del imperialismo en el marxismo se define en relación a una constelación de intereses nacionales con pretensiones expansivas antes que a un bloque ampliado de intereses mundiales. Tal distanciamiento vital e intelectual respecto de América Latina se corroboró en cierto modo a partir de la seguidilla de fracasos políticos alimentados por los marcos estratégicos contenidos en las teorías marxistas del imperialismo que proliferaron en la región a lo largo del siglo XX. Al poco andar se hizo evidente la incapacidad de germinación social del *pack* de ideas asimiladas por los partidos políticos marxistas en la mayoría de los países del continente. En los contados momentos y países de América Latina

en los cuales las ideas marxistas prosperaron a gran escala, estas fueron sometidas a un proceso creativo de inversión estructural. No accidentalmente las escasas victorias políticas colectadas por esta corriente fueron precipitadas o bien acompañadas de visiones teóricas menos eurocéntricas. Entre ellas cabe mencionar el Perú de Mariátegui y Haya de la Torre, la Cuba de Fidel Castro, el Chile de Salvador Allende y la actual Bolivia de García Linera. En todos estos casos, la puesta en marcha de una práctica teórica y política de inversión se observa, por ejemplo, al momento de desechar el programa marxista de autodestrucción estatal y de demolición del sistema capitalista. Los gobiernos populares indicados, de inspiración marxista, optaron más allá de sus discursos por la promoción de una agenda de independencia económica nacional orientada a combatir el capitalismo foráneo concentrado. Lo cierto es que tales experiencias políticas lograron un apoyo masivo de las capas bajas y medias de las sociedades latinoamericanas porque apostaron por un programa de cambio estructural anticapitalista extranjero y no anticapitalista sistémico. Si Luxemburgo, Bujarin y Lenin concibieron el imperialismo como la fase más avanzada del capitalismo, para Haya de la Torre, para Raúl Scalabrini Ortiz y para Abelardo Ramos, el imperialismo devino por el contrario en el primer momento instituyente de América Latina como subcontinente de la sociedad mundial. La estrecha cooperación que se establece entre estos últimos autores y los movimientos tildados de nacionalistas en América Latina no se puede explicar sin atender a la experiencia incipiente de inversión teórica de los primeros. A partir de la sustracción del componente eurocéntrico del marxismo estos intelectuales descubrieron que aquellos movimientos nacionales y populares que avanzaron en la región empujados por la crisis europea y por el proceso de descolonización global resultaron ser en la práctica más universales que los movimientos marxistas en el Sur, los cuales no dudaban de autoproclamarse internacionalistas mientras eran en su mayoría comandados desde los centros marxistas del Norte. Las experiencias nacional-populares, entre ellas el

peronismo, fueron por lo general portadoras más universales que las iniciativas marxistas desde el momento que sus búsquedas de inserción autónoma en el concierto mundial se proyectaron como una identidad de resistencia a partir de demandas concretas de justicia universal y de igualdad entre naciones. Tales movimientos de independización y de integración desde abajo contrastan con el proyecto de integración desde arriba protagonizado en la teoría y en la práctica por el marxismo europeo.

La cuestión más significativa en esta historia es que la apropiación efectuada por el grupo Pasado y Presente de la cuestión imperialista se redujo a una instancia preliminar de traducción de los autores europeos. Tal experiencia colectiva, pese a su virtuosismo, no logró desatar un proceso de construcción teórica autónoma orientado a superar las ecuaciones estructurales nucleares del marxismo norcéntrico. De este modo, el grupo de Aricó no logró repensar el problema del imperialismo desde América Latina, atendiendo a los propios movimientos de masas que pugnaban desde abajo por incidir en el juego de apropiación nacional y mundial. Lo que Pasado y Presente no logró hacer fue reconstruir el problema del imperialismo desde la preocupación por la expansión material y cultural de los países de América Latina en el marco del juego de poder en cuestión. Para poder dimensionar el lugar que ocupa la mejor política de traducción heterodoxa en un proyecto intelectual moderno no hay que perder de vista lo siguiente: no corresponde que le exijamos a Luxemburgo, a Bujarin o a Lenin que resuelvan nuestros propios problemas continentales antes que los suyos propios, o bien que lo hagan en desmedro de los problemas públicos definidos por sus propias comunidades nacionales. Además, reconocer que el marxismo fue una solución nacional con un ropaje universalista no implica miserabilizar su proyecto intelectual sino aceptar el modo en que efectivamente funcionan aquellas ideas que se proponen generar efectos políticos y direccionar los procesos de cambio social. Pedirle al marxismo europeo que se ocupe en primera instancia de nosotros, argentinos y latinoamericanos, es una

barbaridad o bien un acto de inocencia peligrosa. Si para nosotros, intelectuales de la periferia, el Norte global se presenta como un mundo relativamente próximo y en cierta medida deseable, para los intelectuales de izquierdas de los Centros el mosaico latinoamericano tiende a manifestarse como una realidad lejana, desconocida, no del todo deseable y muchas veces exótica. Tal registro opera como un sentido común persistente, moldeando las sensibilidades mundiales que genuinamente guardan sus proyectos sociológicos y políticos de integración desde arriba. De este modo, lo que el grupo Pasado y Presente y el proyecto editorial de los Cuadernos dejaron inconclusos es el procesamiento del problema del imperialismo a partir de una nueva teoría del cambio social mundial atenta a la especificidad de América Latina y comprometida con la superación de los grandes problemas nacionales y regionales. Dicho en otros términos, al grupo de Aricó le faltó transitar desde el proceso de traducción al proceso de inversión. Parafraseando a Marx, quedó pendiente poner “cabeza abajo” o “patas para arriba” los esquemas causales de los dispositivos norcéntricos, desechando con ello el nacionalismo metodológico que les es inherente. El sometimiento de la teoría social europea a una operación de inversión exige reconsiderar la visión monoambivalente de la modernidad que trae consigo el marxismo céntrico. La unidimensionalidad de estas visiones, encerradas en una ecuación nacional céntrica, ayuda a entender por qué esta vigorosa corriente militante concentró casi exclusivamente sus energías en la superación de las desigualdades económicas al interior de los sistemas nacionales crecientemente industrializados.

La misión que tenemos por delante, en cambio, es la de construir teorías más universales desde América Latina, asumiendo un mundialismo metodológico que tome en consideración desde un registro de unificación y de paridad tanto a las desigualdades nacionales como a las desigualdades entre naciones y bloques regionales. Se trata de recrear una visión de la sociedad mundial a partir de un principio de doble ambivalencia, que se tome en serio la necesidad

de reducir las desigualdades estructurales entre los centros y las periferias. Será tarea de las nuevas generaciones en América Latina reiniciar aquel proceso de creatividad sociológica autonomista que Aricó dejó inconcluso. Este nuevo proyecto intelectual solo podrá movilizar las energías de transformación social de los pueblos latinoamericanos en el presente si logra actualizar un horizonte de expectativas posperiférico y posneoliberal.



# Los tres motores de la teoría social de Marx<sup>1</sup>

## 1. Introducción

Como en ningún otro momento en la historia, la recuperación y la actualización del proyecto moderno de Marx se convierte en una condición *sine qua non* para la renovación de la izquierda y el progresismo a nivel mundial. Tal exigencia de renovación se produce en un momento de retracción y de desconcierto generalizado frente a la expansión inédita de los programas neoliberales en el mundo entero. En el trabajo demostraré como la apuesta que subyace a este par de afirmaciones difiere radicalmente del típico y recurrente llamado marxista a retornar a Marx, un llamado que desde hace décadas las ciencias sociales no atienden.

El proyecto moderno de Marx queda perfectamente comprendido en la noción de identidad marxiana. Lo que entiendo por

<sup>1</sup> Publicado en Torres, Esteban et al. (2020). *Marx 200 años: presente, pasado y futuro*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 165-186. Una versión en inglés de este texto fue publicada en la revista inglesa *Critique*. [The Three Engines in Marx's Social Theory: Towards a Renewal of the Left. *Critique*. Vol 46. Issue 4, 2018. pp. 529-540].

identidad marxiana es un componente dinámico que se define a partir de la propia forma que adquiere la práctica de Marx como un todo. La práctica marxiana, a su vez, es una práctica general que contempla y enlaza una práctica teórica y una práctica política. Pese al volumen inconmensurable de discusiones que acumula el marxismo a lo largo de más de un siglo, llama la atención que la interrogación respecto al modo en que ambas prácticas se combinan haya sido poco explorada.

Tal como la entiendo, la práctica teórica marxiana se compone de tres núcleos o motores irreductibles entre sí y relacionados de modo inmanente: un motor racional-científico, un motor crítico y un motor transformativo. Esta distinción parte de considerar y de expandir la ecuación metodológica general que el propio Marx sugiere en el prólogo del Tomo I de *El Capital*. Allí el sociólogo señala que la dialéctica es a la vez “racional, crítica y revolucionaria” (Marx, 2011: 12). Apoyándome en el conjunto de su obra sostendré que la identidad marxiana es una identidad dialéctica, del mismo modo que es la propia dialéctica la que define su principio de identidad. Ahora bien, he podido constatar que tal identidad es dialéctica en un doble registro: en el movimiento desatado entre la práctica teórica y la práctica política, y luego al interior de la propia práctica teórica. La dialéctica al interior de la teoría opera en primera instancia ligando los tres núcleos mencionados: el racional-científico, el crítico y el transformativo. Esta interpenetración permite registrar, entre otras cuestiones, la forma y la dimensión que adquiere la política al interior de la teoría, siendo tal registro, como luego veremos, comandado por el núcleo racional-científico. El doble movimiento mencionado se conforma a su vez en una cadena de mediaciones que involucra al conjunto del entramado socio-histórico en el cual se inscribe la trayectoria vital del sociólogo. El proyecto moderno de Marx, tal como lo entiendo a partir de su recomposición identitaria, se podría concebir como una  *fuerza sociocientífica orientada a la transformación social*. Cada una de las pequeñas y grandes soluciones dialécticas aportadas por el autor se convierte en un contrapunto y en

una pista sustantiva para explicar el extravío y el fracaso de la Última Izquierda, al menos en América Latina.

## 2. La motorización triádica de la práctica teórica

Si bien en las últimas dos décadas se registran esfuerzos por develar el proceso de teorización social de Marx, en general se tiende a ofrecer una apreciación reduccionista respecto al modo en que funcionan e interactúan lo teórico-científico, lo crítico y lo transformativo en su práctica teórica. Hay autores que se limitan a reconocer la existencia de un único motor en la teoría de Marx,<sup>2</sup> otros que aluden a un esquema de dos motores<sup>3</sup> y luego hay algunos pocos autores que lo-

<sup>2</sup> Un caso destacado de *reduccionismo unimotor* lo ofrece Slavoj Žižek. El intelectual esloveno reconoce que tanto el marxismo como el psicoanálisis “no solo son dos teorías acerca de la lucha, sino que son teorías luchadoras, comprometidas en una lucha” (Žižek, 2008: 11). De este modo, rescata exclusivamente la concreción teórica de una de las tres formas que componen el motor transformativo de la práctica marxiana: la forma-activación (ver punto 4 del texto). Otra visión unimotor es la de Ignacio Lewcovicz. Para el historiador argentino el proyecto marxiano no integra una analítica de la sociedad y una estrategia de subjetivación, o bien una teoría de la historia y una teoría de la revolución, sino uno u otro de dichos elementos (Lewcovicz, 2000: 1). Otro caso de apropiación unimotor del legado marxiano lo ofrece Jaques Bidet. Al sostener que el marxismo no es una religión sino una ciencia social moderna (Bidet, 2005: 8), el intelectual francés rescatará preferentemente el motor científico de la teoría marxiana.

<sup>3</sup> Se pueden observar *apropiaciones bimotoras* de la práctica teórica marxiana en autores marxistas como Terry Eagleton, Alain Badiou y Michael Burawoy, entre otros. Eagleton dirá que “el marxismo es mucho más que un método crítico, es una práctica política” (Eagleton, en Ríos y Díaz, 2013: 39). En su idea de “método crítico” queda contenido en motor científico y el motor crítico. El motor ausente en la visión del intelectual inglés es el motor transformativo, que alude a los componentes político y proyectivo de la teoría (Eagleton, 2011). La conceptualización que ofrece Badiou del legado marxiano también recae en una visión bimotor, pero su definición es más compleja y cambiante. En 2007, el filósofo francés dirá que la práctica teórica marxiana es un “conocimiento organizado de los medios políticos requeridos para deshacer la sociedad existente y desplegar una figura por fin igualitaria y racional de la organización colectiva, cuyo nombre es ‘comunismo’” (Badiou, 2007: 14). Tal afirmación excluye el motor crítico a la vez que minimiza el motor científico. Respecto a esta última operación, Badiou no advierte al lector que tal conocimiento orientado políticamente se regula a partir de una teoría sociológica con

gran identificar los tres motores del movimiento teórico marxiano. Ahora bien, entre estos últimos, el registro tiende a ser parcial y en gran medida desatento respecto a las formas de relacionamiento y de retroalimentación que hacen posible la combustión que enciende el dispositivo moderno de Marx.<sup>4</sup>

---

pretensiones científicas. Estas falencias las subsana parcialmente años después. En 2012 el autor reconoce la existencia de tres Marx distintos. El Marx científico, relacionado con la crítica de la economía política; el Marx filósofo, propulsor del materialismo dialéctico; y finalmente el Marx militante político, que indica lo que hay que hacer para poder concretar la Idea Comunista. En esta clasificación Badiou opta por diferenciar entre ciencia y dialéctica, elementos que por su nivel de interdependencia quedan contenidos en el motor científico marxiano. La solución ideada por el filósofo francés en este punto se aproxima a su esquema anterior. En ambas Badiou termina anulando la especificidad y la autonomía del motor crítico a partir de subsumirlo a la lógica de producción de conocimiento metódico. Junto a ello, una vez presentados sus tres Marx, Badiou elige uno de ellos: “el Marx que a mí más me interesa, incluso reconociendo el mérito inmenso de todos los Marx, es el Marx que intenta ligar la idea comunista en su pureza ideológica y filosófica a las circunstancias concretas” (Badiou, en Febbro, 2012). De este modo, junto con la quita de especificidad del componente de la crítica, Badiou fracciona el proyecto intelectual de Marx al romper la lógica de articulación que enlaza tales elementos. El problema crítico es que Badiou presenta tal operación divisionista bajo un discurso de continuidad y no de ruptura con el legado marxiano. De este modo, es posible observar que tanto la conceptualización de Eagleton como la de Badiou registran una supeditación del componente teórico-científico al componente político. En el caso de Burawoy es a la inversa: el elemento que prima es el científico. El sociólogo norteamericano dirá que “el marxismo es una tradición analíticamente poderosa de la teoría social, de vital importancia para comprender científicamente los dilemas y posibilidades de cambio y de reproducción social en la sociedad contemporánea” (Burawoy y Olin Wright, 2000: 4; ver similar en Burawoy, 2003). De este modo, en la visión de los tres autores comentados se reconoce la primacía de uno de los motores sobre el restante. Luego hay autores que no fijan primacía alguna. Esta última posición suele ir acompañada de la ausencia de reflexión respecto a la relación existente entre los motores intervinientes. Lo que se genera es un discurso de cohabitación no relacionada entre dos motores. La conceptualización que ofrece Marcello Musto es un buen ejemplo de esta última modalidad. El politólogo italiano dirá que los Marx indispensables son dos: el de la crítica al modo de producción capitalista y el teórico del socialismo (Musto, 2012: 14). Además de descomponer el proyecto de Marx, vemos como Musto quita de su definición la especificidad científica de la práctica marxiana.

<sup>4</sup> Uno de los intelectuales que detectan la *conformación trimotora* de la teoría social de Marx es Erik Olin Wright. El sociólogo norteamericano está dispuesto a reconocer que la tradición marxista se compone de tres elementos: “La crítica del capitalismo, el análisis de clase y una visión normativa más allá del capitalismo” (Olin

Entre otros aspectos, la dinámica trimotor del pensamiento de Marx demuestra la existencia de una *relación de inmanencia entre razón científica, ética crítica y voluntad transformadora*. Se trataría de tres elementos que hay que dotar de contenidos y constructos teóricos concretos para cada momento histórico. Al definir su perspectiva como una “revolución permanente” (Marx, 1960: 221) Marx está aludiendo a un dinamismo racionalista de carácter científico, crítico y político no reducible a una teoría política específica. El reconocimiento de la motorización triádica permite indicar que es el modo de resolución contextual de dicha combinatoria el que define para

---

Wright, en Gayo y Cerda, 2012: 125). Ahora bien, la caracterización de Olin Wright desatiende al motor transformativo y en menor medida al motor crítico. El autor no toma en consideración que la “visión normativa más allá del capitalismo” es el resultante de un momento determinado de combustión del motor transformativo y que dicho motor integra una política de masas orientada por un principio estratégico. La idea de un “más allá del capitalismo” no se puede hipostasiar como un horizonte de expectativas predeterminado, ni tampoco se puede suponer que el horizonte de expectativas de Marx respecto a tal movimiento de superación podría asemejarse al que se presenta en la actualidad para una sociología moderna de izquierdas. Una visión trimotor también se hace presente en las definiciones del politólogo de la NYU Bertell Ollman. El autor define el marxismo como “una combinación inusual, posiblemente única, entre ciencia, crítica, visión y receta para la revolución” (Ollman, 2003: 115). Para Ollman tales elementos están usualmente tan entrelazados y son tan interdependientes que resulta muy difícil separarlos. Ahora bien, aquí el autor cae en un error bastante usual entre los intelectuales marxistas: no distingue los diferentes niveles de abstracción que componen el motor transformativo marxiano. Tal indistinción lo lleva a confundir la forma-progresión del motor transformativo respecto a su concreción sociohistórica específica en una teoría de la revolución (sobre este tema ver el punto 4 del texto). Ahora bien, una de las conceptualizaciones mejor logradas del proyecto trimotor marxiano es la que ofrece el ya fallecido filósofo español Adolfo Sánchez Vázquez, exiliado en México. Sánchez Vázquez sostendrá que la empresa marxiana es un “proyecto de transformación del mundo realmente existente, a partir de su crítica y de su interpretación o conocimiento” (Sánchez Vázquez, 2004: 4). En cualquier caso, tal afirmación merecería corregirse en dos aspectos: no hay equivalencia entre interpretación y conocimiento en la práctica teórica de Marx, ni la crítica precede al conocimiento científico. Finalmente, una combinación virtuosa y aplicada de los tres motores marxianos se puede observar en el concepto de *Capitalist Landnahme* que desarrolla Klaus Dörre. El sociólogo alemán parte del registro original de un movimiento socio-histórico de expropiación capitalista y a partir de ello despliega diferentes programáticas de acción concreta (ver Dörre, 2015; 2016).

el autor el horizonte de expectativas y los contenidos del *programa político* para la transformación social. ¿Esto qué significa en términos más concretos? Pues que en el dispositivo teórico marxiano no opera en primera instancia una esencia anticapitalista ni poscapitalista. La emanación poscapitalista, en las formas prototípicas del comunismo o del socialismo, es producto de una resolución específica de la ecuación científico-crítica-transformadora para una situación socio-histórica concreta. Una de las desorientaciones centrales de la Última Izquierda y de una fracción considerable del marxismo contemporáneo se produce por la imposibilidad de entender las relaciones que Marx establece entre los motores señalados. Las confusiones de este sector intelectual también crecen por el desconocimiento de la dinámica que conecta los planos abstractos y concretos de la práctica teórica del sociólogo alemán.

### **3. El motor científico: la innovación permanente**

Al igual que sucede con el conjunto de la teoría social clásica, el elemento número uno de la práctica teórica de Marx es su núcleo científico. La ciencia moderna es la fuerza de propulsión dominante del pensamiento marxiano. Tal constatación nos permite despejar un cúmulo de prejuicios abonados y acumulados por la Última Izquierda. Desde principios de la década del 80 el marxismo y el posmarxismo contemporáneo, al menos en América Latina, se ocuparon de desactivar el motor científico marxiano, alimentando con ello un escepticismo y un irracionalismo que desde entonces no ha hecho más que crecer. El método marxiano es un método de conocimiento clásico en tanto se orienta a la dilucidación científica y a la pretensión de control científico-técnico del movimiento socio-histórico. Se trata de un proyecto laborioso y creativo que guarda un interés colectivista por incidir en la prefiguración del destino de las sociedades. Dicho método no equivale en primera instancia a una interpretación económica de la Historia, como sugiere Schumpeter (2008: 67), sino a

un conjunto de principios en constante revisión a partir de los cuales el sociólogo alemán edifica y proyecta una *teoría de la forma y del movimiento de las cosas, de los sujetos y de las ideas*. Contra aquel prejuicio extendido que concibe la ciencia marxiana como garante de un auspicioso futuro poscapitalista, el motor científico marxiano solo garantiza un compromiso con una pretensión explicativa y posteriormente transformativa de los procesos sociohistóricos. Tal racionalismo integral de ningún modo suprime el reconocimiento del carácter contingente de los procesos socio-históricos.

A diferencia del proyecto frankfurtiano, el núcleo racional marxiano fija una relación de inmanencia entre crítica y ciencia instrumental habilitando un *momento positivo* para la aprehensión del mundo. Marx dirá al respecto, en uno de sus fragmentos más ilustrativos, que “allí donde termina la especulación en la vida real, comienza también la ciencia real y positiva, la exposición de la acción práctica y del proceso práctico de desarrollo de los hombres” (Marx & Engels, 1969:130). El cualquier caso, siendo fiel al proyecto científico del sociólogo alemán, lo correcto sería señalar que si la realidad social cambia, cada uno de los motores de la práctica teórica marxiana necesita ser revisado y reajustado. Dicho reajuste lo exige el motor científico y se define en el marco de la relación que cada uno de los motores establece con los demás para cada momento. Desactivar la lógica de actualización continua del motor científico lleva irremediablemente a profundizar la obsolescencia y el error.

Marx estaba completamente persuadido de que sin ciencia no hay futuro mejor y de que no hay desarrollo del motor científico de la práctica teórica sin el apego a un *imperativo de innovación permanente* que desacredita toda forma política predeterminada. Un supuesto que se deduce con facilidad del principio de actualización comentado es que no hay horizontes utópicos estables ni imperecederos. Marx estaría dispuesto a sostener que en la medida que existan expectativas reales de movilización social de masas y de realización práctica de sociedades superiores, se hace necesario procesar metódicamente las novedades estructurantes del mundo social y ajustar los ideales

propios en función de los ideales del conjunto de la sociedad. La vigilancia sociológica o científico-social de la proyección ético-política es un rasgo constitutivo de la práctica teórica marxiana. Aludiendo al nexo clásico entre política y economía, el sociólogo alemán dirá que “la observación empírica tiene necesariamente que poner de relieve en cada caso concreto, empíricamente y sin ninguna clase de falsificación, la trabazón existente entre la organización social y política y la producción” (Marx & Engels, 1969: 90). El motor de la ciencia para Marx no es el interés político, menos aún el político-partidario, sino un tipo de voluntad de saber que podríamos llamar desinteresada, en tanto no está determinada por apetencias políticas y en tanto desborda todo particularismo. En las palabras siempre astutas del sociólogo alemán, se trataría de “entender la ciencia como conocimiento sin más interés que el pensamiento desinteresado” (Marx, 2011: 10). Más adelante veremos como la explicación científica es la base de la prognosis social y como el poder de anticipación que anida en la razón prospectiva es el punto de partida para una estrategia exitosa de cambio político.

#### **4. El motor crítico: la crítica y lo crítico I - II**

El motor crítico de Marx remite en primera instancia a la dimensión moral de su práctica teórica, conformada a partir de una ética igualitaria. De este modo, en su núcleo íntimo, es en primera instancia una crítica a la desigualdad social y no una crítica al capitalismo. Cuando el sociólogo alemán indica que la tónica de la crítica es la denuncia, y asimismo que la crítica es una forma de indignación o de respuesta al avergonzamiento (Marx, 1976: 53), está aludiendo en un sentido restringido al núcleo moral de su crítica. La equivalencia que se puede establecer entre crítica marxiana y crítica del capitalismo no es abstracta sino concreta. Tal equivalencia se produce a partir de reconocer desde un horizonte de visibilidad determinado que el capitalismo no solo es genéricamente un productor de desigualdad



social, sino que lo es *en concreto* a partir de un registro comparativo con las demás formas de organización socioeconómicas existentes o con probabilidades ciertas de existir en el corto/mediano plazo.

Ahora bien, si el núcleo crítico del pensamiento marxiano se asocia a una fuerza moral sujeta a una parametrización igualitaria, no hay que perder de vista que este se va conformando en el movimiento triádico de su práctica teórica general. La noción de crítica de Marx, tal como la entiendo, es una fuerza racionalista que atraviesa como una flecha los tres motores comentados definiendo tres engranajes que en su realidad operativa son dinamizados por el motor científico: me refiero a *lo crítico I* (racional-científico), *la crítica* (igualdad/desigualdad) y *lo crítico II* (transformativo). El motor crítico como un todo es el que indica de forma más sensible cómo se procesa la relación entre la objetividad y la toma de partido, y por lo tanto el que expresa si hay algún tipo de primacía del engranaje científico o del engranaje político en la construcción de la crítica. En la crítica marxiana se puede observar, como en ningún otro elemento, las huellas de la pugna entre los dos engranajes mencionados (lo crítico I y II). Si el motor de la crítica, tal como señalé, remite a un rechazo moral más o menos indignado respecto a una situación de desigualdad estructural, los dos momentos de lo crítico (I y II) se asocian a dos parámetros de relevancia. *Lo crítico I* es el engranaje que apunta al reconocimiento de los aspectos claves que hay que *conocer* para poder ofrecer una explicación sintético-general y plausible de los procesos socio-históricos en curso. Si la crítica de la Última Izquierda ha devenido inocua e intrascendente es porque en primera instancia dejó de atender a lo crítico I de la práctica teórica de Marx.

Por su parte, *lo crítico II* se refiere a los aspectos claves que hay que *conocer* sobre el adversario y a los movimientos claves que hay que hacer para vencer al primero y para transformar la realidad social anteriormente explicada y parcialmente negada. Los tres momentos señalados (la crítica, lo crítico I y lo crítico II) forman el concepto general de crítica del sociólogo alemán y es a partir de tal forma compuesta e inestable que se debería interpretar la afirmación de

que la teoría social de Marx es una teoría crítica. Si el engranaje fundante de la crítica es moral, la crítica concreta como un todo, que se desenvuelve como una crítica sociológica, es una fuerza de base científica y con orientación transformativa. El movimiento de la crítica se eleva a partir de un espiral de vigilancia permanente de cada uno de los engranajes respecto a los demás. La crítica sería en cierto modo, como señala Walter Benjamín, una cuestión de “justa distancia” (Benjamin, 1955: 76), si por ello entendemos una pretensión de combinación equilibrada en el procesamiento de una serie de elementos contradictorios. Es el engranaje científico de la crítica y no su engranaje moral el que define el sentido de la radicalidad de la crítica. Esto es comúnmente malinterpretado en el pensamiento crítico contemporáneo, proclive a reducir la crítica marxiana al engranaje de “la crítica”. El hecho de que la crítica marxiana tenga un engranaje político (lo crítico II), esto es, que tenga pretensiones de transformación social, pone a Marx en el aprieto de tener que concebir la crítica sin perder de vista la necesidad de derrotar al adversario en el juego social de apropiación en el que se encuentra inmerso. La actuación de este componente político de la crítica se evidencia cuando el autor señala que “la crítica tiene por objetivo a un ‘enemigo’ al que busca aniquilar” (Marx, 2004: 53). El engranaje político vuelve a relucir cuando Marx reconoce que la crítica “no cierra su camino en ella misma, sino que se extiende hacia los problemas para cuya solución no existe más que un medio: la práctica” (Marx, 1976: 61). Ahora bien, como vengo señalando, ello de ningún modo significa que tal engranaje político determina la forma y el movimiento general de la crítica. Por el contrario, tal imbricación nos alerta de que no hay una escisión *en la teoría*, al interior del concepto de crítica, entre descubrimiento científico, ética igualitaria y política transformadora de masas. Una fracción considerable del pensamiento social de izquierdas a nivel global, incluyendo la Última Izquierda, generó una retracción tectónica del concepto marxiano de crítica, al punto de desentenderse por completo de los engranajes científico y político de la noción (lo crítico I y lo crítico II). De tal modo, la crítica se redujo

a una crítica moral de toda dominación, cargada de irracionalidad, escepticismo e indignación reactiva.

## **5. El motor transformativo: forma-activación, forma-progresión y forma-superación**

La transformación social para Marx conlleva una pretensión de tras-tocamiento estructural de las relaciones de apropiación existentes en un espacio-y-tiempo determinado. Dicha alteración se orienta a la creación de una nueva forma de organización social para ese mismo arreglo espacio-temporal que permita la expansión de un proceso material de igualación social. La pretensión de cambio socioestructural de Marx integra una solución provisoria a tres problemas que se enlazan de modo inmanente en un mismo proceso social: la cuestión de cómo activar la ruptura del orden social existente, la cuestión de cómo progresar hacia la construcción de uno nuevo, y finalmente la cuestión de qué nuevo orden social sería deseable y posible de edificarse. El primer problema atañe a lo que denomino *forma-activación*, el segundo a la *forma-progresión* y el tercero a la *forma-superación*. Se trata de tres formas abstractas y metahistóricas que conforman el motor transformativo de la práctica teórica de Marx. Cada una de estas formas se concretiza a partir de una teoría socio-histórica específica, en un proceso intelectual de regeneración dialéctica entre lo abstracto y lo concreto. La incapacidad de diferenciar ambos niveles del motor transformativo explica muchos de los grandes errores interpretativos cometidos por la Última Izquierda.

Aquí simplemente presentaré cada una de dichas formas. La *forma-activación* es un registro *relacional* de las voluntades, las capacidades y las posibilidades efectivas de avanzar sobre las posiciones y los proyectos de aquellos actores que se pretende desplazar o minimizar. La forma-activación marxiana se concentra en el esclarecimiento de la modalidad de acción y de interacción social que se pone en juego y que se debería poner en juego en un escenario más

auspicioso. En términos esquemáticos, la teoría de la lucha de clases es la teoría socio-histórica correspondiente a la forma-activación del motor transformativo marxiano.

La *forma-progresión*, por su parte, es un registro *procesual* de las posibilidades efectivas y combinadas de destrucción estructural de lo existente y de creación de nuevas estructuras sociales. Si la forma-activación se pregunta por el modo de ganar una batalla, la forma-progresión se pregunta por las formas de ganar una guerra a partir de una sucesión de batallas. Si la forma-activación alude a una modalidad de acción y de interacción, la forma-progresión atiende a una modalidad de cambio. Si el tiempo dominante de la forma-activación es el futuro-inmediato, la forma-progresión se resuelve entre el tiempo inmediato, el tiempo próximo y el tiempo remoto, con epicentro en el *tiempo próximo*. La teoría socio-histórica que acompaña a la forma-progresión marxiana es la teoría de la revolución. Para Marx se trata de la conceptualización de una modalidad de cambio específica y no la expresión de todo modo de cambio socio-estructural posible. Si la forma-progresión sigue siendo totalmente válida en la actualidad, la teoría de la revolución como vía de cambio socio-estructural ha caído en una completa obsolescencia. El error teórico central de la Última Izquierda en este punto vuelve a tener que ver con la incapacidad de distinguir entre ambos planos de abstracción. Desde principios de la década del 80, en el marco de la última declaración de crisis del marxismo, se argumentó que la invalidez de la teoría de la revolución condenaba a la obsolescencia al motor transformativo de Marx. La reconstrucción de la práctica teórica del sociólogo alemán en los términos del presente trabajo permite evidenciar las deficiencias de dicha interpretación. Sería más plausible señalar que para Marx la interacción entre el motor científico y el motor transformativo es la que construye y actualiza el marco sociológico y el modo de cambio posible para la acción política de masas. De este modo, contra la Última Izquierda, diré que la puesta en marcha de la dinámica trimotor de la práctica teórica marxiana

se encargaría por sí misma de descartar hoy la teoría marxiana de la revolución.

Finalmente, la *forma-superación* es una construcción ideal regulada por la forma-activación y la forma-progresión, siendo a la vez reguladora de estas últimas. De esta manera, si la forma-activación y la forma-progresión obedecen para Marx a principios tácticos y estratégicos respectivamente, la forma-superación es una modalidad de ordenamiento ideal que actúa como horizonte de expectativas último del motor transformativo. Ya señalé que para Marx la forma-activación se concreta en la lucha de clases y la forma-progresión a partir de una teoría de la revolución. Falta entonces agregar que la forma-superación se concretiza a partir de un ideal societal socialista o comunista. Para Marx, el tiempo dominante de la forma-superación no es el futuro inmediato (forma-activación) ni el futuro próximo (forma-progresión) sino un tiempo futuro que se define en la tensión entre el tiempo próximo y el tiempo “remoto” o de largo plazo, sin un epicentro predeterminado.

Las diferentes temporalidades futuras que se eslabonan al interior del motor transformativo de Marx se entrelazan a su vez con la temporalidad social general del motor científico de su práctica teórica. Si los futuros inmediato, próximo y remoto pueden ser conceptualizados en términos realistas por el sociólogo alemán es porque se inscriben en una temporalidad total que integra el pasado, el presente y el futuro. De este modo, es constatable como el motor transformativo de Marx no puede funcionar prescindiendo del principio procesual del motor científico. De lo que se trata para el autor –en esto acierta García Linera– es de *tornear* el proceso socio-evolutivo de la humanidad desde un arreglo espacio-temporal determinado (García Linera, 2017). La irrupción y las posibilidades de creación de lo nuevo en la historia se conciben en todos los casos para Marx como una emergencia *en* y *desde* la realidad social existente. Esto básicamente significa que no hay forma de transformar la sociedad sin atender al modo en que se despliegan en un registro diacrónico las lógicas de reproducción o de continuidad social. El movimiento

dialéctico entre los tres motores de Marx permite observar que el ideal societal no se decreta a partir de un golpe de autodeterminación, sino que se nutre y se limita a partir del *output* que arrojan el motor científico y el motor crítico.

Observado desde el núcleo transformativo, la operación conjunta de estos tres motores se expresa paradigmáticamente en la conocida apelación de Marx a un “movimiento *real*, que *anula y supera* al estado de cosas actual”<sup>5</sup> (Marx & Engels, 1969: 37). En esta referencia “lo real” representa el momento de apropiación racional-científica, la anulación es un modo de expresión de la crítica y la superación es la lógica rectora del motor transformativo. Es muy importante tomarse en serio esta noción de superación o de trascendencia de lo dado ya que es el concepto más exacto que ofrece el sociólogo alemán para dar cuenta de la forma procesual a partir de la cual se activa el motor transformativo. Volviendo al paso de lo abstracto a lo concreto se observa que la lucha de clases, la programática revolucionaria y el horizonte de expectativas comunista/socialista constituyen los componentes político-concretos centrales de la teoría social de Marx, y, en tanto componentes concretos, están indefectiblemente sujetos a cierto grado de obsolescencia. En este punto, lo relevante de la diferenciación entre un plano abstracto de las formas y un plano concreto de las teorías específicas es que permite observar en qué medida y de qué modo es afectado el dispositivo sociológico de Marx en su movimiento teórico de destrucción y de creación permanente de elementos.

## 6. A modo de conclusión

Si bien no hay concepto fuera de su sociedad y todo concepto está potencialmente sujeto a cambios, las tres formas mencionadas que componen el plano abstracto y metahistórico del motor

<sup>5</sup> Las cursivas son mías.

transformativo de Marx continúan siendo completamente válidas y pertinentes en la actualidad para actualizar un proyecto intelectual de izquierdas de base moderno. No se puede decir lo mismo de las tres teorías específicas que conforman el momento concreto del motor transformativo. Me refiero a la teoría de la lucha de clases, a la teoría de la revolución política proletaria y a la teoría de los modos de producción socialista y/o comunista. Este no es el espacio para indicar al detalle que está muerto y que está vivo de cada uno de estos últimos constructos. Para el caso basta con señalar que todos ellos revisten en la actualidad niveles significativos de inadecuación.

A modo de síntesis, creo que no hay que perder de vista que el vector de la teoría de Marx, como toda teoría clásica, va de lo racional-científico a lo político o de lo racional-científico a lo transformativo. La forma-activación, la forma-progresión y la forma-superación se definen para nuestro autor a partir de la supeditación al núcleo racional-científico de su teoría, así como a partir de la comunicación con su núcleo crítico. La idea marxiana de transformación social está viva en tanto es concebida como un proceso de trastocamiento y de transición estructural que se proyecta, se desprende y se imagina a partir de un principio socio-evolutivo o de una teoría del movimiento de lo real. La sujeción del motor transformativo al motor científico es el antídoto que ofrece la teoría social de Marx contra el utopismo y contra todo intento de reproducir las soluciones prácticas ofrecidas por el autor para cambiar el mundo hace más de un siglo.

## 7. Bibliografía

Badiou, Alain. (2007). *Le Reveil de l'Histoire*. Paris: Éditions Lignes [En español: *El despertar de la Historia*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2012]

- Benjamin, Walter. (1955). *Dirección única*. Madrid: Alfaguara, 2005.
- Bidet, Jacques. (2005). What is Marxism today? Lecture at Fudan University, Shanghai.
- Burawoy, Michael & Olin Wright, Erik. (2000), Sociological Marxism. In: Turner, Jonathan (2001). *Handbook of sociological theory*. New York, Springer.
- Burawoy, Michael. (2003). For a Sociological Marxism: The Complementary Convergence of Antonio Gramsci and Karl Polanyi. *Politics & Society*, Vol. 31, No. 2, June, 193-261.
- Dörre, Klaus. (2015). Social Capitalism and Crisis: From the Internal to the External Landnahme. In: Dörre, Klaus; Lessenich, Stephan & Rosa, Hartmut (eds.) (2015). *Sociology - Capitalism - Critique*. London/New York: Verso, pp. 247-277.
- Dörre, Klaus. (2016). The Limits of Landnahme: Capitalism will not die by itself, but it can be overcome. En: Dellheim, Judith & Wolf, Frieder Otto (eds.). *Europe - What's left? Working on the strategies*. Brüssel: Rosa Luxemburg Stiftung Büro Brüssel, pp. 60-77.
- Eagleton, Terry. (2011). *Why Marx Was Right*. New Haven: Yale University Press, 2011. [En español: *Por qué Marx tenía razón*. Barcelona: Península, 2011].
- Febbro, Eduardo. (2012), Entrevista con Alain Badiou. Todo lo que necesitas es amor. *Página/12*, 4 de mayo.
- García Linera, Álvaro. (2017). *¿Qué es una revolución? De la revolución de 1917 a la revolución de nuestro tiempo*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- Gayo, Modesto & Cerda, Andrea. (2012). Entrevista a Erik Olin Wright. *Revista de Sociología*, N° 27, 2012, pp. 123-137.
- Lewkowicz, Ignacio. (2000). Marxismo: Legado y Herencia. *Revista Gradocero*, Año 01, N° 01, Rosario, noviembre.



Marx, Karl & Engels, Friedrich. (1969). *Die deutsche Ideologie*. Berlin/DDR: Dietz Verlag, 1969. [En español: *La ideología alemana*. Buenos Aires: Pueblos Unidos, 1985].

Marx, Karl. (1976). *Zur Kritik der Hegelschen Rechts-Philosophie*. Berlin: Dietz Verlag [En español: *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2004].

Marx, Karl. (2011). *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Buch 1*. Stuttgart: Alfred Kröner Verlag [En español: *El Capital. Crítica de la economía política, Tomo 1. El proceso de producción del capital*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002].

Marx, Karl. (1960). *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850*. Berlin/DDR: Dietz Verlag. [En español: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Buenos Aires: Luxemburg, 2005].

Musto, Marcello. (2012). Introduction. En: Musto, Marcello (ed.) (2012), *Marx for today*. USA-Canada: Routledge.

Ollman, Bertell. (2003). *Dance of the Dialectic: Steps in Marx's Method*. USA: University of Illinois Press.

Ríos, Alejandra & Díaz, Ariane. (2013). El Marxismo es mucho más que un método crítico. Entrevista con Terry Eagleton. *Ideas de Izquierda*, N° 5, noviembre, pp. 37-39.

Sánchez Vázquez, Adolfo. (2004). ¿Se puede ser marxista hoy? Discurso de Investidura, Doctorado Honoris Causa, Universidad de La Habana, Cuba, 16 de septiembre.

Schumpeter, Joseph. (2008). *Capitalism, Socialism, and Democracy*. Third Edition. New York: Harper Perrenial [En español: *Capitalismo, socialismo y democracia. Tomo I*. Barcelona: Folio, 1996].

Žižek, Slavoj. (2008). *In Defense of Lost Causes*. London: Verso [En español: *En defensa de causas perdidas*. Madrid: Akal].



# La unidad entre teoría y praxis

## Nuevas consideraciones<sup>1</sup>

### **1. La unidad entre teoría y praxis: hacia la superación del espejismo praxeológico**

La relación entre práctica teórica y práctica política en la izquierda, a veces injustamente reducido a un vínculo entre ciencia y política, tiene su expresión paradigmática y más sugestiva en el postulado de “unidad entre teoría y praxis”. La unidad entre teoría y praxis es una fórmula de origen marxiana, alimentada incisivamente por el marxismo moderno, que se desarrolló principalmente como un modo de interpelación política a la práctica de los intelectuales y los científicos sociales. Ahora bien, lo que se observa a lo largo del siglo XX es la apropiación de tal fórmula por parte del marxismo político y de otros sectores de izquierda para atacar de plano a todos aquellos intelectuales y/o científico-sociales, incluso de extracción marxista, que no se entregaron a la práctica política directa. La izquierda política militante de ayer y de hoy suele olvidar que, en su versión marxiana, la unidad en cuestión se concibe como unificación entre una

<sup>1</sup> Publicado en: Córdoba, Liliana; La Serna, Carlos & Cristini, Romina (comp.). *I Congreso Nacional de Ciencias Sociales: las ciencias sociales a 100 años de la Reforma Universitaria. Tomo I: Estado y Sociedad*. Córdoba: UNC-FCS. 2019, pp. 1360-1365.

*teoría general* y una praxis política. El desconocimiento del carácter general de la teoría involucrada en dicha fórmula lleva comúnmente al error de pensar que la teoría, y en particular la teoría marxista, se hace a partir de la práctica política o se precipita a partir de ella. Al imaginar que la teoría emerge de la práctica política militante o que la teoría es teoría de la práctica política, se sustrae la referencia a la gama limitada de temporalidades y espacialidades que conforma las condiciones materiales que hicieron posible la teorización social sistemática más virtuosa en la izquierda y en el progresismo.

Este reduccionismo praxeológico se fue instalando en el sentido común de la izquierda a partir de la acumulación de lecturas desatentas al contexto en el cual Marx desplegó su crítica al idealismo alemán y al materialismo contemplativo. Posiblemente el texto peor interpretado por la izquierda moderna y contemporánea haya sido *Tesis sobre Feuerbach* (Marx, 1845). Apelando a la Tesis 11, se interpretó la posición de Marx como un llamado a la acción política de los intelectuales, pero prescindiendo del proyecto de edificación científico-social de Marx y de la necesidad de crear en primera instancia a la acción política como un objeto teórico sistemático, tal como lo hace el sociólogo alemán.

La fórmula de unidad general entre teoría y praxis no es primeramente para Marx la unidad entre teoría política y praxis ni entre teoría política y praxis política sino entre teoría general y praxis política o entre teoría social y praxis política. La teoría política marxiana es una formulación parcial que se procesa al interior de una teoría sociológica moderna. La ilusión acerca de la existencia en la copiosa obra de Marx de un determinismo político-teórico y político-práctico de su teoría general, y muy especialmente de una praxis política virtuosa productora de teoría, es una de las fantasías más duraderas y más nocivas que conservó el marxismo como tradición a lo largo de toda su historia. Diría incluso que tal proyección fantasiosa no solo capturó al movimiento marxista a lo largo y ancho del mundo sino incluso a toda aquella izquierda intelectual compelida a actuar desde sus espacios de experiencias

para cambiar el mundo. Contra toda visión idealizada de dicha síntesis se ha podido evidenciar que la relación entre la práctica teórica y la práctica política en la tradición marxista y desarrollista, aún en los momentos de mayor inscripción orgánica en los movimientos políticos, adoptó formas acentuadas de diferenciación y de autonomía. Ello generó en la práctica dinámicas conflictivas y dilemáticas de división del trabajo y/o de especialización orientadas por un principio jerárquico. Posiblemente quien mejor evidenció el carácter ilusorio de la síntesis entre teoría y praxis es el último Althusser. A principios de los 80, en tiempos de amarga exclusión política, el filósofo francés afirmó que desde los tiempos de Marx y de Engels la política marxista va por un lado y la teoría por el otro, y que la política siempre fue asunto del partido y la teoría de los teóricos (Althusser, 1982: 12). Algo similar señala Francisco Delich desde otra experiencia orgánica pero no marxista cuando narra las peripecias de su relación con su partido político, la Unión Cívica Radical, en la ciudad de Córdoba, República Argentina. El sociólogo cordobés solía hacer mención al activo interés del político-profesional por agudizar las diferencias entre el científico y el político al interior del partido como un modo desacreditar la figura del intelectual (Delich, en Torres, 2016). Creo también que el registro de tales dinámicas de diferenciación es lo que inspira a José Nun a manifestar su descrédito respecto al vínculo directo entre el político y el especialista (Nun, 2011: 1).

## **2. La filosofía de la praxis: ¿sin pretensión científica?**

Una de las versiones más avanzadas del irracionalismo que abrazó la fórmula unificadora en cuestión, y que fue extendiéndose en la militancia política y académica marxista, fue la que eligió concebir el marxismo, siguiendo el conocido término de Gramsci, como una “filosofía de la praxis”. Tal identificación se consumó en la Última Izquierda a partir de una adulteración mayúscula de la perspectiva del

teórico turinés. La gran operación antigramsciana consistió en la extracción de la base científica de su noción de praxis (Gramsci, 1970). El llamado a recomponer la izquierda intelectual a partir de una filosofía de la praxis sirvió en la práctica para apuntalar un puñado de apropiaciones voluntaristas y subjetivistas, no accidentalmente propiciadas por aproximaciones a la vez politicistas y culturalistas a la realidad social. A partir de tales apropiaciones se pretendió poner la teoría social marxiana y gramsciana al servicio de proyectos políticos y académicos liberales, autonomistas o movimentistas antiestatales. Es probable que Juan Carlos Portantiero sea el autor que mejor insistió en esta traducción culturalista de la “filosofía de la praxis” gramsciana. En el caso del sociólogo argentino, tal operación teórica se apoyó en la recuperación de una noción completamente marginal en Gramsci como es la de “catarsis”. Portantiero dirá, interpretando al sociólogo turinés, que la fijación del momento catártico deviene en el punto de partida de toda la filosofía de la praxis. El autor sostiene que el proceso catártico coincide con la cadena de síntesis que resulta del desarrollo dialéctico, y que el paso del “momento económico” al “momento ético-político”, que se equipara al paso de lo “objetivo” a lo “subjetivo”, es el punto de partida de toda la filosofía de la praxis. En una interpretación verdaderamente forzada, el sociólogo argentino llega a señalar que la sociología del tiempo de Gramsci busca centralmente fundar una teoría no determinista de la acción (Portantiero, 1997: 6). En su traducción culturalista, lo que Portantiero tematiza como el paso del momento económico al momento ético-político debe entenderse más bien como la exclusión de la dimensión económica y la adopción de un politicismo subjetivista que no solo habilita la primacía del principio de contingencia o de libertad sobre el de necesidad, sino que prácticamente desactiva este último. Hay que tener en cuenta que es el principio holístico o de totalidad social marxiano el que desactiva en primera instancia la versión culturalista comentada de la filosofía de la praxis, y es la filosofía de la praxis así entendida la que carga con uno de los componentes ideológicos más reactivos y obsoletos del marxismo.

Un caso aún más llamativo que el ofrecido por el giro culturalista de la izquierda argentina, que representa paradigmáticamente Portantiero, lo aporta la posición libertaria que asumen algunos economistas marxistas en la actualidad. El caso de Michael Lebowitz es pertinente para ilustrar esta extraña visión de las cosas. A simple vista es difícil de entender cómo un economista que asesoró en materia estratégica y de política económica al gobierno del expresidente Hugo Chávez en Venezuela esté dispuesto a emprender una cruzada contra lo que denomina el “marxismo de vanguardia” en nombre de la restitución de un marxismo entendido como filosofía de la praxis y de la libertad (Lebowitz, 2012: 188). Lo cierto es que la negación discursiva de la vanguardia desde una clara función de vanguardia técnico-económica como la que asume Lebowitz es de las tantas trayectorias y operaciones discursivas que se pueden observar a partir del “Consenso de Moscú”.<sup>2</sup> La idea de vanguardia, sin la cual se desvanece toda pretensión científica y toda posibilidad de construcción de teoría social general, fue una de las nociones más duramente sometidas a los excesos de la violencia interpretativa que acompañó dicho consenso. Entiendo que es a partir de la caída del bloque socialista que se fue popularizando cierta equivalencia entre vanguardia y autoritarismo político, y en algunos casos más extremos e irracionales, entre vanguardia y represión política. En cierto punto, fueron las nuevas reglas discursivas del campo político de la izquierda regional y global las que principalmente desactivaron las posibilidades de una genuina reconstrucción teórico-científica de la izquierda. En la década del 40 Schumpeter llega a reconocer que lo que hacía posible que Marx tuviera una clara percepción de lo que son las masas es que había logrado “mirar por encima de sus cabezas hacia metas sociales que estaban mucho más allá de lo que ellos pensaban o querían” (Schumpeter, 1942: 31). A partir de la década del

<sup>2</sup> Por “Consenso de Moscú” entiendo, en contraposición al Consenso de Washington, la construcción de un nuevo sentido común ampliamente generalizado en la izquierda contemporánea a partir de la década del 80 en relación a la crisis terminal del pensamiento marxiano.

80 una afirmación por el estilo resultaría políticamente inaceptable para la Izquierda, si bien en la práctica la sociología de izquierdas en sus mejores expresiones siguió adelante con su proyecto de renovación jacobina. Lo cierto es que tal idea de “observación por encima” no es más que el necesario momento de distanciamiento que demanda toda sociología de base moderna, punto de elevación que resulta constitutivo de la mencionada relación entre “teoría social y praxis”.

En cualquier caso, la enseñanza que ha dejado la observación atenta del devenir histórico del vínculo entre la práctica teórica y la práctica política en la propia trayectoria de Marx, así como en las modalidades más virtuosas de organicidad intelectual en América Latina, es que dicha unidad es identificable pero no atendiendo a un registro de simultaneidad. En un sentido exacto, no hay emergencia teórica de la práctica política como tampoco hay creación política general a partir de la práctica teórica. Lo que sí se observa en aquellos intelectuales orgánicos que producen teoría es la eventual encarnación en un mismo sujeto de un modo de acoplamiento diferido de ambas instancias, la científico-social y la política, que se termina desarrollando de forma aditiva, una detrás de la otra, en una trayectoria determinada. En este caso habría un tiempo y un espacio para la producción teórica, y luego otro tiempo-espacio para la propia práctica política. Al afirmar arriba que la práctica marxiana es una práctica general que *contempla* y *enlaza* una práctica teórica y una práctica política, precisamente estoy indicando la existencia de una relación efectiva e inescindible entre ambas instancias, pero no una concreción simultánea de ambas prácticas. Si bien aquí no entraré en detalles, ejemplos nítidos del carácter secuencial y no simultáneo que adopta la unidad entre teoría y praxis se pueden observar en las trayectorias de Álvaro García Linera, de Raúl Prebisch y de Domingo Cavallo. Poniendo entre paréntesis sus respectivas ideologías, en los tres autores se observa que sus trabajos de producción teórica se desarrollan a partir de una experiencia de distanciamiento, por lo general en momentos de interrupción forzada de sus actividades políticas y de gestión.



Ahora bien, como es evidente, la praxis política no es en todas sus formas una práctica extrateórica. Al analizar la teoría social marxiana observamos que hay política también *en* la teoría, esto es, hay una teoría política. De este modo, la política o lo político en la práctica de Marx adopta la doble forma de lo político en lo teórico y lo político como práctica material. Aquí el punto central es que si bien la identidad marxiana, al igual que sucede con el proyecto de los grandes marxistas del siglo XX, se constituye en un movimiento dialéctico, la política como un todo se concibe y se construye racionalmente y de modo metódico, y por lo tanto se define a partir de *lo político en lo teórico-científico*. Tomándome una discreta licencia antidualéctica y no materialista, me atrevería a decir que en Marx hay primacía de lo político en la teoría sobre la práctica política directa. Y es precisamente la centralidad de lo político en lo teórico, tal como demostraré en próximos trabajos, la que torna decisiva la atención en el núcleo científico de la empresa teórica marxista. Asimismo, el llamado a una recomposición científica se convierte en el factor precipitante de la apertura del marxismo al conjunto de la teoría social moderna de izquierdas.

### 3. Bibliografía

Althusser, Louis. (1982). *Para un materialismo aleatorio*. Madrid: Arena Libros, 2002.

Gramsci, Antonio. (1970). *Introducción a la filosofía de la praxis*. Barcelona: Península.

Lebowitz, Michael. (2012). *The Contradictions of Real Socialism. The Conductor and the Conducted*. New York: Monthly review Press.

Marx, Karl. (1845). *Tesis sobre Feuerbach*. URL: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/45-feuer.htm>

Nun, José. (2011). “La función intelectual”, *Página/12*, martes 23 de agosto.

Schumpeter, Joseph. (1942). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Tomo I. Barcelona: Folio, 1996.

Torres, Esteban. (2016). *Conversaciones con Francisco Delich* (Inédito).

Portantiero, Juan Carlos. (1997), *Gramsci y la crisis cultural del 900: en busca de la comunidad*. Ponencia presentada en el *Convegno Internazionale di Studi “Gramsci e il Novecento”*, Cagliari, Italia, 15 al 18 de abril.

# **Apuntes para la práctica sociológica**



## La teoría social como caja de herramientas y dispositivo de poder<sup>1</sup>

A partir de la segunda década de este nuevo siglo, ya anoticiados e intelectualmente afectados por la sucesión de eventos desastrosos a partir de la crisis económica global de 2008, por primera vez estamos en condiciones de avanzar en la elaboración de una fórmula teórica de nuevo cuño. Intuyo con cierto optimismo que transitamos un momento inaugural, ya que recién por estos tiempos estamos logrando superar con éxito el giro lingüístico y la incisiva crítica postestructuralista que hegemonizaron las posiciones rebeldes en las ciencias sociales regionales y globales a partir de la caída en desgracia de la izquierda a principios de la década del 80 y una vez que la vociferada crisis del marxismo se convirtió en un sentido común compacto, escéptico y a todas luces persistente. Los avances de las discusiones contemporáneas, el proceso de reconfiguración académica de las ciencias sociales, así como el nuevo escenario de expansión neoliberal en la región, invitan a repensar conjuntamente lo que entendemos por una teoría social y nuestro compromiso como intelectuales. A tal efecto, propongo definir la teoría social simultáneamente como

<sup>1</sup> Fragmento publicado en el artículo Torres, Esteban & Mascareño, Aldo (2019). 14 visiones sobre la teoría social en América Latina. *Utopía y Praxis Latinamericana*. Año 24, N° 85; pp. 261-274.

una caja de herramientas y un dispositivo de poder. Aquí no podré más que presentar muy sintéticamente el núcleo de esta nueva definición.

Sostengo que en tanto caja de herramientas la teoría social se nos ofrece como un aparato abstracto de intelección orientado por una lógica de esclarecimiento e interesado en la búsqueda de una nueva verdad. En esta función, la práctica teórico-social guarda expectativas de descubrimiento de lo real-concreto, que se consuman o no en el proceso de investigación social como un todo. Es la faceta de la positividad científica y del reclamo para sí de un principio de objetividad más o menos explícito y asumido como tal. Llamaré también a este componente instrumentalista el *engranaje comteano* de la teoría, componente en el cual prima el elemento racional-metódico. Se trata de la función de máximo distanciamiento de la práctica teórica. En tanto caja de herramienta para la investigación social, la teoría social se rige por un parámetro verdadero/falso.

Ahora bien, en tanto dispositivo de poder, la teoría social adopta la forma de un aparato de interpelación orientado por una lógica de persuasión e interesado en la búsqueda de un efecto determinado. En este punto, la práctica teórico-social guarda expectativas de conducción intelectual y eventualmente moral, no reducibles a una práctica política ni a la búsqueda de dominación como un fin en sí mismo. Este es el momento de la politicidad de la teoría y del reclamo para sí de un principio de subjetividad colectiva. En tanto dispositivo de poder, la práctica teórica se orienta en relación a terceros teóricos por un parámetro de concesión/no concesión. Estamos frente a lo que llamo el *engranaje público* de la teoría, en el cual suele primar la interpelación emocional del lector. Este es un punto de observación central para entender qué es una teoría.

Al proponer que la teoría social se podría repensar como una caja de herramientas y un dispositivo de poder presupongo que entre ambos atributos se fija una relación de inmanencia y luego que son irreductibles uno al otro. Si en cambio se define la teoría exclusivamente a partir de uno de dichos elementos, se cae en los reduccionismos del

pasado. La historia dominante de las ciencias sociales se puede leer como la historia de la sucesión de dos maniqueísmos, siendo el segundo una reacción no necesaria al primero. La modernidad se propala a partir de un maniqueísmo cientificista que impuso una idea de teoría exclusivamente como caja de herramientas, técnicamente dotada para develar los secretos del mundo desde una posición neutral. Esta visión, que esconde los intereses de apropiación de los teóricos sociales, podría ser vista como el núcleo del racionalismo otrora dominante. Desde la década del 80 se extiende un segundo maniqueísmo, más preocupante que el primero. Me refiero a un maniqueísmo liberal que impuso la idea de que toda teoría moderna es exclusivamente un dispositivo de poder al servicio de los intereses de dominación de los teóricos sociales y sus organizaciones de referencia. Esta visión antimoderna, que niega las posibilidades de esclarecimiento sociológico y político de la teoría, es el núcleo del irracionalismo dominante en la actualidad en América Latina. Esta es *grosso modo* la visión que promueven Foucault, Bourdieu y Latour, y que sus seguidores introducen con un entusiasmo muchas veces inocente en nuestra academia.

Desde un compromiso de izquierdas, el primer desafío que tenemos por delante en América Latina consiste en recuperar y poner a punto el motor científico-moderno de la teoría con toda su pretensión de verdad y de previsión, a la vez que construir un tipo de poder que simultáneamente ensanche nuestros horizontes de conocimiento social y de imaginación política.





## ¿Cómo escribir lo social?<sup>1</sup>

En las corrientes sociológicas, la escritura de lo social es un código supeditado a un código general que es la teoría social. Responder a la pregunta por cómo se escribe lo social implica responder en primera instancia a la pregunta por la relación entre escritura y teoría. Sostengo que cada práctica teórica tiene su “código escritural”. Dicho código se define en primera instancia por su función, en un sentido semejante a la definición de escritura ofrecida por Roland Barthes. Así, la escritura de lo social sería una escritura instrumental en tanto está al servicio de la teoría social entendida en una doble dimensión: como dispositivo de poder y como caja de herramientas. Como dispositivo de poder la teoría se orienta a la búsqueda de efectos de teoría, y se estructura a partir de una lógica de persuasión. Aquí la escritura debe preocuparse por intentar persuadir y lograr efectos de lectura deseados. En tanto caja de herramientas la teoría se orienta al conocimiento de lo social y se estructura a partir de una lógica de esclarecimiento. Aquí la función de la escritura es cognoscitiva en dos planos: el de las lógicas de conocimiento y el del horizonte de conocimiento. En relación al primer plano distingo una escritura narrativa y otra analítica.

<sup>1</sup> Fragmento publicado en *Cuadernos de Teoría Social*, N° 2, 2015, Universidad Diego portales, Chile, p. 63.

Ocuparse de esta última conduce a una pregunta central: ¿Cómo se escribe científicamente lo social? Una respuesta provisoria a este interrogante sería que la escritura científico-social tiende a concebir la estética, la sobreadjetivación y los excesos metafóricos, expresivos y literarios como obstáculos epistemológicos.

# Lo político, lo histórico y lo científico

## Desafíos de reconexión para las ciencias sociales en el siglo XXI<sup>1</sup>

La politización y la historización constituyen dos vectores centrales de la producción y la reproducción de conocimientos en las ciencias sociales desde su institucionalización a principios del siglo XX. Si la politización se asocia primeramente con un modo de compromiso y de involucramiento con el devenir de los asuntos públicos y generales de una sociedad dada, la historización se vincula con un modo de procesamiento de las diferentes temporalidades intervinientes en la conformación de los problemas que las ciencias sociales se han propuesto tratar en cada momento. A su vez, la politización y la historización, juntas y por separado, interactúan en cada investigación con una idea de ciencia conectada a un conjunto de intereses más o menos explicitados, que orientan el trabajo del investigador.

Aquí propondré dos hipótesis para aproximarme a cada uno de los vectores señalados, así como a la relación entre ellos. A saber:

- I) La *repolitización* de las prácticas de investigación social en los campos académicos nacional y regional de la última década y

<sup>1</sup> Fragmento integrado en la ponencia colectiva Torres, Esteban; Belvedere, Carlos; et al. (2018). "La politización y la historización en las ciencias sociales hoy: apuntes para una discusión". Presentada en el *I Congreso Nacional de Ciencias Sociales*, Facultad de Ciencias Sociales, UNC. Ciudad de Córdoba, Argentina, 4-6/04/2018.

media, promovido por un giro a la izquierda del espectro político, no ha ido acompañada de una “recientificación” de tales prácticas, desactivando de este modo el motor central del pensamiento político progresista comprometido con el cambio socio-histórico, que es su núcleo racionalista.

- II) El reclamo de una teoría social general y de una pretensión científica para la investigación social se ha interpretado mayoritariamente y de modo erróneo a partir de la década del 80 como el resabio de una cultura autoritaria de la izquierda moderna ya completamente obsoleta, o bien –en un registro bien distinto– como el producto de la despolitización y la deshistorización de una investigación social con sensibilidades tecnocráticas.

Me detendré en el primer supuesto, dejando el segundo para una próxima reflexión. Sostendré en concreto que el abandono de la pretensión de cientificidad para procesar el elemento histórico y el político de la investigación social se asocia centralmente en América Latina con la crisis del marxismo desatada a partir de principios de la década del 80. Dicha crisis, aún activa y persistente, vista desde hoy debería concebirse como una crisis de identidad. Tal perturbación se desata y luego se agudiza a partir de dos procesos interconectados que mayoritariamente se expresan de modo secuencial. El primero de ellos, de carácter general, es la descomposición material de la práctica marxista a partir de la creciente separación/autonomización entre la práctica teórica y la práctica política. A partir de la descomposición material entre ambas prácticas, la práctica teórica quedó supeditada a las reglamentaciones y las dinámicas específicas del campo institucional de las ciencias sociales. El segundo proceso involucrado, más específico, se asocia con la ruptura intelectual de la comunicación entre los motores que componen la práctica teórica marxiana y moderna en general. Me refiero al núcleo racional-científico, al núcleo crítico y al núcleo transformativo. A diferencia del

primero, este segundo proceso es reversible bajo condición de una refundación sustantiva.

En cualquier caso, al recuperar el motor científico de la investigación social moderna la historia podría ingresar nuevamente a partir de un principio específico que continuamente desborda la formalización teórica. Me refiero al *principio procesual*. La politización, por su parte, a partir de una reconquista racionalista, no sería un elemento científico en sentido estricto, pero fijaría una doble relación de inmanencia y de irreductibilidad con este último. En un nuevo esquema racionalista, lo político en sentido restringido y abstracto se convierte en un elemento no-científico, pero concebido en sentido ampliado y concreto está sujeto de modo inmanente a la regulación de la pretensión de científicidad de la teoría y de la investigación social. Y esto último no es precisamente un capricho, menos aún para una perspectiva progresista o de izquierdas. La recuperación de la científicidad permite activar la temporalidad social políticamente más relevante: el tiempo futuro. No hay tiempo social futuro en las ciencias sociales sin la reactivación de un núcleo científico y proyectivo que intente apropiarse de una historicidad total (pasado-presente-futuro), del mismo modo que no hay posibilidad de construir un mundo mejor sin pensar metódicamente en el futuro que nos esperaría si no actuamos sobre él. Fernand Braudel solía insistir en una idea hoy olvidada: es el futuro el que nos permite comprender el presente (Braudel, 1958). Lo cierto es que a partir de la expansión de la modernidad no hay cambios socio-históricos sustantivos direccionados por el ser humano sin la concreción de golpes de estados científico-aplicados.

La saludable exigencia de distanciamiento postulada por Weber y Norbert Elías –entre otros– no debe hacernos perder de vista que el mundo posiblemente no sería el mismo si nos proponemos modificarlo a partir de nuestra acción individual. El primer correctivo serio al materialismo ingenuo lo ofreció Marx al reconocer en la tesis III sobre Feuerbach que somos a la vez productos y productores de las circunstancias, sin con ello sobredimensionar el poder de creación social de la acción individual (Marx, 1845). No podemos

perder de vista que los intelectuales progresistas que se vuelcan a la acción pública tiene en la actualidad en América Latina una incidencia muy menor en el movimiento general de las cosas y de las ideas. Tal impotencia se explica primeramente porque dichos intelectuales no tienen voluntades, capacidades y/o posibilidades de liderazgo social efectivo. Ello también explicaría porqué García Linera es un caso excepcional.

El distanciamiento científico se transforma en una ideología despolitizante y conservadora cuando se lo concibe como la expresión de un tiempo y un espacio posible de ser eternizado para-sí y para el resto de la comunidad académica. Esto es lo que merece ser denominado cientificismo. Al no estar dispuesto a actuar intelectual y/o físicamente sobre el mundo social extra-académico, el cientifista no puede ni le interesa imaginar hacia qué dirección podrían sus propias prácticas de poder eventualmente modificar la realidad social circundante. Tal como lo observo, el distanciamiento en las formas más virtuosas de teorización social moderna fue aquel que conectó reflexivamente con un principio de politización. Creo que este es el caso de Weber, quien nunca dejó de ser un animal político. Para el sociólogo alemán no hay ciencia sin política fuera de la teoría y al interior de ella (Weber, 1959). La potencia aún vigente del postulado de distanciamiento weberiano no se entiende sin la fuerza que ejerció su compromiso y su visión política. Quizás porque era un animal político terminó siendo un gran científico-social preocupado por el reduccionismo que acarrea la sobrepolitización. Tal conexión permite concebir el distanciamiento teórico-científico como un momento necesario para la investigación social y no como un tiempo-espacio pretendidamente eterno y paralizante que hace de cuenta que el producto-ciencia y los científicos sociales están desprovistos de todo potencial de incidencia sociopolítica. Lo cierto es que no hay una sola habitación en el mundo para los intelectuales urbanos fuera de la afectación de los entramados de poder. Es la fuerza contenida de su inactividad extra-académica la que alimenta la idea de que por una simple pirueta de la razón pueden dejar de existir como

actores sociales. El cientificismo se olvida que la acción observadora, en su modalidad eternizada y no dialéctica, es un modo realmente apasionado de avivar las lógicas reproductivas del mundo. No hace falta recurrir a Marx, a Hannah Arendt o a Weber para una crítica a la razón contemplativa: el primero en formularla seriamente fue Auguste Comte.

Ahora bien, el opuesto ideológico del cientificismo en las ciencias sociales es la sobrepolitización. Esta es la incómoda ideología que aliena en la actualidad a una fracción considerable de la izquierda académica y no académica regional. No va por buen camino quien está dispuesto a creer que no es necesario el momento indeterminable de la abstracción y de la explicación social de la ciencia para intentar controlar técnicamente este mundo desquiciado que pretendemos modificar y direccionar hacia algún lugar mejor. Aquel que se asome al mundo empleando tales anteojeras no será precisamente quien pueda colaborar intelectualmente en la futura propulsión de una acción política de masas con chances ciertas de transformación socio-estructural positiva.

## Bibliografía

Braudel, Fernand. (1958). La larga duración. En *Las ambiciones de la Historia*. Barcelona: Crítica, 2002, pp. 147-177.

Marx, Karl. (1845). *Tesis sobre Feuerbach*. URL: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/45-feuer.htm>

Weber, Max. (1959). *El político y el científico*. Madrid: Alianza, 1967.





# Repensar el imperialismo

## Un desafío para las ciencias sociales<sup>1</sup>

### I

La intensificación de la agresión de Estados Unidos sobre Venezuela en este primer cuatrimestre de 2019, con la consiguiente amenaza de invasión militar directa, está propiciando la reinstalación del imperialismo como problema legítimo en América Latina. La caracterización mediática y académica dominante del drama venezolano como un “efecto de imperialismo” rompe con una pesada estigmatización acumulada a lo largo de cuatro décadas en la región. La invisibilización del fenómeno se inicia con la irrupción de las dictaduras militares en el Cono Sur y se refuerza a partir del reacomodo político e identitario de los intelectuales de izquierdas de allí en adelante. La negación del efecto de apropiación imperial se acentúa durante la década del 80 con el avance de la agenda democrática en las ciencias sociales regionales, de la mano de las auspiciosas gestiones de CLACSO. Los intelectuales que promocionaron la recuperación de la democracia en América Latina, virtuosos en muchos aspectos, terminaron desactivando la pregunta por el imperialismo. De esta manera, el desarrollo del tópico quedó en propiedad de un marxismo políticamente disminuido y científicamente detenido.

<sup>1</sup> Publicado en *Página/12*, República Argentina, el 18 de abril de 2019.

A partir de la década del 90 se profundiza la descomposición de los proyectos intelectuales modernos en las ciencias sociales latinoamericanas y con ello se refuerza el bloqueo mental respecto a la cuestión imperialista. En ese mismo período se torna hegemónico un nuevo sentido común privatista y escéptico que bajo un discurso pseudocientífico de necesarias experticias e hiperespecializaciones logró procesar con éxito los nuevos ingredientes neoliberales de la cultura política nacional, así como las fantasías posmodernas de una cultura de consumo generalizada. En cualquier caso, todo indica que la actual injerencia externa en Venezuela se constituye en el acontecimiento que termina de sepultar los argumentos que aún persistían para intentar convencer a las juventudes de las universidades argentinas de que el mundo académico estaba condenado al procesamiento de los pequeños asuntos y de los fragmentos de sociedad de una época posmoderna irreversible. De este modo, el retorno del imperialismo como problema para América Latina y para las ciencias sociales se constituye en la segunda reconfirmación brutal –la primera fue la crisis económica global de 2008– de la existencia del continente como un espacio y un tiempo modernos.

## II

El problema del imperialismo, como toda preocupación nuclear y no perecedera de las ciencias sociales, exige una permanente reformulación. Tal demanda de creatividad teórica no puede prescindir de un retorno permanente al repositorio de las teorías clásicas del imperialismo. La idea de iniciar una revisión crítica de las grandes teorías heredadas para repensar la relación y el proceso imperialista podría fundamentarse hoy a partir de cuatro postulados arraigados en la historia nacional y regional:

- 1) No hay posibilidad de comprender ni de explicar los procesos de cambio socio-históricos en Argentina y América Latina sin contar con una teoría del imperialismo.
- 2) No hay posibilidad de actualizar el marco identitario de la izquierda sin recrear una historia nacional y regional que reconozca como núcleos de indagación central: a) los regímenes de visibilidad constituidos en torno a la cuestión imperialista; b) el cúmulo de posiciones y discusiones en torno al problema, y muy especialmente en relación a los lazos existentes y deseables entre el sistema imperialista, el sistema capitalista y las expectativas de cambio socio-estructural; c) el modo en que los puntos a y b se inscriben en las transformaciones sociales del presente.
- 3) No hay posibilidad de reconstruir una teoría del imperialismo para las ciencias sociales regionales y para la acción política nacional sin delimitar un campo de indagación teórica lo suficientemente amplio como para contemplar y a la vez trascender la tradición marxista y los sistemas teóricos de los autores del Norte global.
- 4) No hay posibilidad de repensar el sistema imperialista sin definir las relaciones y las contradicciones que este establece con otros tres sistemas de apropiación de la sociedad moderna: el sistema capitalista, el sistema patriarcal y el sistema de la naturaleza.

### III

Si el proyecto intelectual del mítico grupo Pasado y Presente, liderado por José María Aricó, representa el antecedente nacional más avanzado de realización de los dos primeros postulados mencionados, el tercero y el cuarto se terminan de instalar en el país como

imperativos ineludibles a partir de una serie de eventos recientes. A saber:

- 1) el registro de la oxidación del motor científico de la teoría marxista a partir de su incapacidad para ofrecer en una misma fórmula una explicación de la expansión neoliberal y una salida superadora, a la vez política y económica, para los países de la región;
- 2) la recuperación de la crítica moderna al eurocentrismo en América Latina, contra el negacionismo de la crítica posmoderna y decolonial;
- 3) la revalorización de las perspectivas teóricas desarrolladas por los movimientos nacionales y populares del Sur global desde principios y mediados del siglo XX (por el peronismo de izquierdas en la Argentina), tendientes al establecimiento de una diferenciación sustantiva entre la cuestión imperialista y la cuestión capitalista; y finalmente,
- 4) la extraordinaria expansión del movimiento feminista en el siglo XXI y su notable capacidad para profundizar la crítica al sistema de apropiación patriarcal.

Repensar el imperialismo para propiciar un cambio social progresista en la Argentina actual es una tarea urgente para las ciencias sociales, para los partidos políticos y para los movimientos sociales.

# Epílogo

## Hacia una revolución de la sociología en América Latina El nuevo paradigma mundialista<sup>1</sup>

### **1. Crisis mundial y cambio político en América Latina: el nuevo escenario para la transformación de la sociología**

Uno de los axiomas que permanece vivo en los estudios sociológicos del cambio social es aquel que indica que son los grandes acontecimientos y procesos históricos los que determinan las líneas rectoras de producción intelectual de un período determinado –y por lo tanto también del campo de la sociología– y no a la inversa. Aquí parto del supuesto que la crisis financiera global de 2008, la ola de integración

<sup>1</sup> Una versión modificada de los dos primeros apartados del texto saldrá publicado con el título “El COVID-19, la sociedad mundial y la crisis de la sociología en América Latina” en: Boria, Adriana & Servetto, Alicia (Eds.). *Ética y responsabilidad en la crisis*. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados [en prensa]. Por su parte, una versión en extremo sintética del apartado propositivo del texto, aparecerá bajo el título “The World Paradigm: a proposal for Sociology”, en *Global Dialogue*, 11 (1), 2021, International Sociological Association [en prensa].

desde abajo en América Latina del periodo 2003-2015<sup>2</sup> y la presente crisis mundial del Covid-19 se fueron entrelazando para desatar, en simultáneo, un proceso de recentralización del estado y un registro inédito de mundialización de los problemas y los procesos sociales. Ambos componentes están presionando “desde afuera” sobre el campo crecientemente autonomizado de la producción sociológica y científico-social en la región.

La crisis de 2008 permitió incrementar la conciencia de cada sociólogo/a respecto a i) la pertenencia ampliada al hemisferio occidental de la sociedad mundial, ii) la gravitación de los problemas macro-económicos, y respecto a iii) la centralidad del estado para la superación de las crisis. Junto a ello, alimentó iv) el interés abstracto por el futuro mundial del neoliberalismo y luego del capitalismo como sistema de organización económica. Por su parte, la ola de integración ascendente en América Latina i) permitió tomar conciencia de la pertenencia a un bloque regional, ii) consiguió activar nuevos impulsos de politización general asociados al creciente protagonismo estatal en las diferentes esferas nacionales y, finalmente, iii) logró potenciar y reconducir el interés por el futuro y la superación regional del neoliberalismo a un plano más concreto, más próximo y más urgente. Finalmente, la crisis mundial del Covid-19 está permitiendo i) reconocer y agudizar el sentido de pertenencia a la sociedad mundial como un todo –más allá de occidente–; ii) reconocer la centralidad del estado más allá de un plano económico, y finalmente está consiguiendo iii) reforzar la inquietud por el futuro del neoliberalismo y del capitalismo, esta vez tanto en América Latina como en el conjunto de la sociedad mundial.

Esta serie de cambios incipientes producidos en las disposiciones sociológicas regionales, difíciles de dimensionar en su potencia y en sus consecuencias, se puede ordenar a partir de reconocer dos

<sup>2</sup> Para una explicación sociológica de la progresión de las diferentes olas de integración de la historia regional desde la colonización española, incluida la de 2003-2015, ver Torres, 2020c.

tipos de crisis que están actuando en simultáneo: una *crisis avanzada* del neoliberalismo, que también impacta y se realiza en el campo de la sociología y de las ciencias sociales regionales como un todo, y una *crisis incipiente* de la idea de sociedad que recrean la sociología y el conjunto de las ciencias sociales. El efecto de ambas crisis en los paradigmas sociológicos es bien diferente. Si la crisis del neoliberalismo impacta negativamente en el paradigma posmoderno antimoderno y de un modo positivo en el paradigma moderno, la crisis de la idea de sociedad impacta negativamente en ambos paradigmas, pero afectando de un modo más determinante al paradigma moderno. Veamos cómo se realiza este fenómeno con más detalle y qué conclusiones podemos extraer de ello.

Si bien las relaciones de determinación no son directas ni evidentes, creo posible sostener que la expresión académica central de la crisis del neoliberalismo en la sociedad mundial es la incipiente crisis del posmodernismo antimoderno, tanto de izquierdas como de derechas. El proceso que está determinando la crisis conjunta del neoliberalismo y del paradigma posmoderno antimoderno es el re-centramiento relativo –y no necesariamente persistente– del estado en la sociedad mundial, y en particular en América Latina. En este caso no se trata del reconocimiento de una primacía estatal en relación al mercado capitalista, tal como se presentó en los países centrales en la década del 60, sino de la identificación del estado como campo y/o como actor necesario e irremplazable para la reproducción sistémica de la economía mundial y para el sostenimiento material del conjunto de las sociedades históricas. Estas funciones estatales históricas se reconfirmaron de una forma impactante durante la crisis mundial de 2008, luego durante la ola latinoamericana 2003-2015 y finalmente a partir de la actual crisis del Covid-19. Es sobre la negación radical de este hecho estatal que se edifica el paradigma posmoderno antimoderno a fines de la década del 60 en Europa y a principios de la década del 80 en América Latina, particularmente en el Cono Sur. A partir de este conjunto de registros resulta sencillo concluir que la salida a la crisis actual del neoliberalismo

conlleva una reconsideración positiva del paradigma moderno de la sociología, que se estructura a partir del reconocimiento de las funciones estatales mencionadas.

En la actualidad es posible observar una cierta correspondencia entre la certeza en el mundo de la política progresista regional respecto de la necesidad de plantear en lo inmediato un programa posneoliberal centrado en el estado y la certeza en la sociología y en las ciencias sociales comprometidas con el cambio socio-histórico respecto de la necesidad de recuperar elementos de un proyecto intelectual moderno, igualmente centrado en el estado. Dicho en otros términos, una parte de la solución de conocimiento a esta crisis específica la podría ofrecer determinada sociología moderna.

Si la crisis del neoliberalismo se observa en las tres situaciones históricas comentadas, la incipiente crisis de la idea de sociedad es un emergente novedoso de las perturbaciones mundiales producidas por la expansión del Covid-19. En cualquier caso, la crisis de la idea de sociedad no se puede explicar sin los dos sucesos previos de expansión de los encuadres sociológicos. Me refiero, tal como indiqué, a la recuperación de los registros de pertenencia material a la sociedad occidental (crisis del 2008) y de pertenencia material a América Latina (ola de integración 2003-2015).<sup>3</sup> Si el proceso de mundialización material viene avanzando sin pausas en nuestro continente desde la colonización española, no ocurre lo mismo con los procesos de mundialización mental e intelectual. Es la proliferación mundial del Covid-19 el gran acontecimiento coyuntural que está expandiendo, como en ningún otro momento de la historia de la humanidad, un proceso acelerado –y prácticamente en tiempo real– de mundialización mental en el conjunto de la sociedad mundial. Cuando aquí me refiero a la sociedad mundial estoy haciendo referencia a

<sup>3</sup> Se podría decir también que la crisis financiera del 2008 y el momento regional 2003-2015 fueron instancias de la mundialización mental, pero me parece que en el marco de dichos procesos históricos la sociología estaba completamente circunscrita al bloque occidental de la sociedad mundial, tal como lo está ahora en sus formas dominantes.



una formación social que integra tanto al occidente como al oriente mundial, al mundo urbano y al mundo rural, y que está migrando su polo principal de poder hacia oriente, con epicentro en China. La creciente mundialización mental e intelectual, que es una instancia previa de la posible mundialización racional de la sociología, está dejando en evidencia, por primera vez, el agotamiento simultáneo de los paradigmas moderno y posmoderno.<sup>4</sup> Ambos parten de la premisa, convertida en sentido común, de que el marco de observación de referencia para las ciencias sociales es la sociedad nacional. No se trata de cualquier idea de sociedad nacional sino de una visión autorreferencial y restrictiva que –con sus variantes ideológicas– se viene expandiendo desde el Norte global desde la primera revolución industrial. En sus versiones más refinadas, esta idea de sociedad nacional se revistió de un universalismo penetrante y reflexivo que facilitó su asimilación masiva por parte de los pueblos universitarios de los países periféricos para la valorización de sus propias sociedades históricas. Tal premisa minimalista continúa inspirando la construcción de los objetos de investigación social sobre las diferentes realidades nacionales, regionales y globales occidentales, así como las visiones globalistas y/o universalistas que algunas perspectivas occidentales promocionan. En la raíz de los programas intelectuales modernos y posmodernos antimodernos anidan diferentes tipos de nacionalismos metodológicos, epistémicos y teóricos.

La mundialización intelectual que produce la crisis del Covid-19 se compone de al menos tres registros claves: i) una idea preliminar de sociedad mundial, unificada, que integra diferentes esferas nacionales, regionales y globales; ii) un registro de la existencia de desigualdades entre naciones y regiones; y iii) una intuición o una corroboración de que la sociedad mundial no es solo moderna o “en

<sup>4</sup> Cuando me refiero aquí al agotamiento de los paradigmas moderno y posmoderno, me refiero a la generalización de la percepción de que estos marcos de pensamiento no funcionan para explicar los procesos de cambio social. Pero lo cierto es que algunas de las grandes limitaciones de estas constelaciones intelectuales, sobre todo las del paradigma moderno, nunca pudieron ser superadas.

vías de modernización”. Lo primero quedó en evidencia a partir de las diversas reacciones socio-sanitarias y económicas de los estados en relación a su sociedad territorial intranacional, a la región más amplia que los contiene y a partir del modo en que cada formación estatal se proyectó más allá de su esfera regional. El segundo se comprobó a partir del número de contagios y de muertes causados por el Covid-19, con Estados Unidos como gran excepción. Y el tercer registro quedó completamente evidenciado a partir de la discusión sobre el modelo estatal y social chino. Dada la potencia creciente del gigante asiático en la sociedad mundial y su política global de macro-protección sanitaria (Torres, 2020b), las visiones occidentalistas no lograron imponer sus interpretaciones en la esfera pública occidental. Además, es posible constatar que estamos experimentando un proceso de mundialización mental e intelectual en la medida en que dichos registros ampliados se produjeron desde todas y cada una de las localizaciones de la sociedad mundial. La realidad indica que buena parte de las sociedades históricas y las ciencias sociales de cada localización tomó mayor conciencia de estos tres registros. En cualquier caso, aún es demasiado pronto para aseverar que se está produciendo la instalación definitiva de la mundialización como sentido común intelectual. Más acertado es suponer que esta coyuntura mundial está generando condiciones más propicias para lograr evidenciar la inadecuación de las ideas de sociedad producidas y luego exportadas desde y para los países occidentales dominantes. De este modo, de la creciente incomodidad con la vieja idea europea o eurocéntrica de sociedad nacional están surgiendo los impulsos para iniciar la edificación de una visión de la sociedad mundial más atenta a la diversidad planetaria y a las especificidades históricas y estructurales de nuestras naciones. La crisis mundial del Covid-19 nos pone frente a la oportunidad de avanzar, entre otras cuestiones, en la creación de nuevas teorías de la sociedad mundial y del cambio social mundial para la sociología.

La conclusión que puedo extraer hasta aquí es que la crisis mundial del Covid-19, ligada a los demás componentes socio-históricos

señalados, está generando, en simultáneo, las mejores condiciones de las últimas cuatro décadas para recuperar determinados proyectos intelectuales modernos, y luego para precipitar una revolución paradigmática en la sociología que permita superarlos. Ahora bien, para poder llevar a cabo un cambio paradigmático no alcanza con recrear un nuevo espíritu científico y crítico planetario. Es necesario ligar tales componentes a una transformación política de la sociología, lo cual plantea serias complicaciones en la actualidad. Da la impresión que se viene acentuando la inquietud por comprender los procesos de cambio estructural en la región y por recuperar la pregunta sobre el futuro de América Latina y del conjunto de la sociedad mundial, pero no necesariamente por intervenir en dichos procesos. La mayor mundialización de las perspectivas sociológicas es una condición necesaria pero insuficiente para poder hacer de la sociología un factor potencialmente incidente en los procesos de cambio social. Hasta el momento, el nuevo sentido común mundialista sirve mayoritariamente de base para las viejas operaciones de apropiación privada al interior de un capitalismo académico globalizado que continúa avanzando de forma acelerada. Es probable que estemos superando el punto de máxima descolectivización de los objetos de investigación de la sociología regional, pero no así de sus proyectos intelectuales, de la dinámica propia del campo sociológico y de su relación con el mundo extra-académico. En cualquier caso, lo primero que necesitamos identificar son los límites inherentes a esa fracción virtuosa de la sociología moderna sobre la cual debemos apoyarnos para avanzar hacia una superación paradigmática.

## **2. La sociología moderna y sus límites en América Latina**

La recuperación de los encuadres modernos es una condición necesaria pero no suficiente para la renovación de la sociología en América Latina. Lo que las diferentes corrientes modernas nos traen de vuelta es una identidad, un proyecto científico y una preocupación

política por el cambio estructural y por el desarrollo material de las sociedades. El reconocimiento de la necesidad social de las formas estatales es una consecuencia de asumir tal compromiso. En cualquier caso, en mi lectura, no es cualquier legado moderno el que debemos recuperar para la sociología hoy. Creo que debemos concentrarnos en el rescate de la corriente autonomista en su punto de máxima realización en América Latina, entre las décadas del 60 y 70.<sup>5</sup> Me refiero a la experiencia más avanzada de autonomización y de mundialización de la sociología del cambio social y del desarrollo en la historia de nuestra región. En tal período se destacan principalmente las obras de Fernando Henrique Cardoso, de Enzo Falleto y de Raúl Prebisch (Cardoso y Falleto, 1973; Prebisch, 1981). Ahora bien, si esta corriente de la sociología moderna sienta las bases para un compromiso creativo con el cambio estructural de las sociedades regionales, no termina de ofrecer las herramientas para la resolución exitosa de dicho propósito.

Las salidas sociológicas imaginadas para el período actual de “modernidad impugnada” no puede ni debe ser el retorno a la “modernidad compacta” del período anterior.<sup>6</sup> Los límites presentes en los proyectos intelectuales modernos autonomistas no son todos productos de las presentes búsquedas de actualización. Algunos de ellos responden a viejas deficiencias, que ayudan a explicar por qué estas perspectivas no terminaron de funcionar en su momento de mayor vigor. En primer lugar, me detendré en lo que considero son limitaciones del pasado, que se proyectan al presente, para luego referirme a las obsolescencias más recientes que identifico en este viejo proyecto, producto de los cambios sociales que vienen trastocando el mundo desde entonces.

<sup>5</sup> Para una caracterización detallada de la “corriente autonomista”, ver en este libro el texto “La gran transformación de la sociología en América Latina, 1950-2020”, pp. 29.

<sup>6</sup> Para una referencia general a los períodos sucesivos de la sociología regional, ver el mismo texto señalado arriba.

Visto desde hoy, el núcleo del problema irresuelto de la sociología autonomista hasta la década del 70 gira precisamente en torno a la imposibilidad de expandir lo suficiente su autonomía y su visión mundialista. Por esos años, no solamente el proceso económico de sustitución de importaciones tuvo serios inconvenientes para progresar. Algo similar sucedió con la sociología, que no logró avanzar lo suficiente en el proceso de sustitución de visiones y de teorías modernas europeas y eurocéntricas. La corriente sociológica autonomista encontró su límite en la década del 70 a partir de su incapacidad o de la imposibilidad para avanzar en una crítica y una posterior superación del universalismo moderno. Logró progresos, como ninguna otra, en la formulación del problema de la dependencia intelectual respecto a los centros globales, ligado a un diagnóstico más amplio de dependencia histórico-estructural de América Latina. Pero estos avances se quedaron cortos en la medida en que no lograron desactivar el dispositivo de dominación europeo o eurocéntrico que anidaba en ese proyecto. De esta manera, la sociología latinoamericana autonomista no logró recrearse lo suficiente como para poder desactivar el código civilizatorio europeo y las ideas de sociedad que contenía el paradigma moderno. La desactivación del dispositivo de poder moderno de la sociología hubiera demandado –y continúa demandando– en primer lugar una crítica y una vía de superación del nacionalismo epistémico, metodológico y teórico que nutre la raíz de las visiones universalistas de la teoría social moderna. Al señalar que allí opera un componente nacionalista estoy asumiendo que el paradigma moderno es pseudo-universalista, en tanto no se orientó a crear una teoría de la sociedad mundial y del cambio social mundial, y menos aún una *visión mundial de la sociedad mundial*. De este modo, en su momento de máxima potencia creativa, los sociológicos autonomistas no lograron fracturar y trascender una experiencia de enajenación teórica. Sus libertades creadoras encontraron un límite en la sujeción más o menos voluntaria a los centros de producción intelectual de los países líderes. De esta manera, no se trata tan solo de una limitación autodeterminada sino también de

una experiencia intelectual y sociológica que no se puede escindir de los estrechos vínculos que la mayoría de los sociólogos autonomistas alimentaban con los centros de irradiación sociológica dominantes de los países centrales.<sup>7</sup>

A las deficiencias históricas mencionadas de las corrientes modernas autonomistas se añaden nuevas inadecuaciones, todas ellas sustantivas, que se van generando y profundizando a partir de las tendencias sociales que avanzan en la sociedad mundial. Me referiré a dos de ellas: i) la inadecuación morfológica de la teoría social moderna, un aspecto completamente central del que prácticamente no se habla, y luego ii) la descomposición política de la sociología moderna de izquierdas en todas sus variedades y expresiones (también la autonomista). En cuanto a la primera, es constatable que resulta cada vez más inviable plantearse la edificación de sistemas teóricos semejantes a aquellos que fabricó la sociología moderna desde fines del siglo XIX en Europa hasta la década del 70 en América Latina. La *forma-teoría moderna* es una creación intelectual emergente de un grado de dinamismo social y de restricción informativa y documental que desapareció del conjunto de las ciudades del sistema mundial hace décadas. Lo que hoy curiosamente se sigue presentando en América Latina como expresiones potentes de “teoría sociológica” son cristalizaciones abstractas, admirables desde un punto de vista arquitectónico, pero producidas en tiempos y espacios completamente extinguidos. De este modo, cuando la ciencia social moderna, en todo su espectro ideológico, pretendió reaccionar en la década del

<sup>7</sup> El accionar de las últimas dictaduras militares del Cono Sur directamente extirparon los impulsos de autonomización y de mundialización que la sociología autonomista venía acumulando a gran velocidad desde la década del 50. A partir de la década del 80 la crítica a la modernidad continuó avanzando en otros términos, motorizada por intereses exclusivamente intra-académicos, de la mano de las corrientes posmodernas antimodernas. Ahora bien, la crítica a la modernidad del posmodernismo antimoderno se realizó mayoritariamente desde un programa de hipermodernidad reduccionista, en la medida en que actualizó y reforzó los nacionalismos ya mencionados de las visiones norcéntricas. Tal reforzamiento se produjo a partir de promover una nueva exotización de lo no-moderno, que tiende a actualizar las históricas visiones racistas y supremacistas propaladas desde el Norte global.

80 a la creciente aceleración de los procesos de cambio social y a la mayor interdependencia social mundial lo hizo a partir de esas viejas fórmulas de construcción teórica de las sociedades del pasado, más estáticas y menos atentas al proceso de unificación mundial en curso. El resultado previsible de este desacople espacio-temporal ha sido la imposibilidad de construir nuevas teorías en las ciencias sociales ajustadas al código sistemático moderno. La reacción a la obsolescencia morfológica de la sociología histórica sistemática ha tomado dos caminos: el de la reproducción de viejas teorías modernas y el del completo abandono de la teoría social. Esta doble salida se puede observar, por ejemplo, a partir del modo en que se viene reaccionando desde la izquierda académica a la teoría social de Marx: o reproducción acrítica, con las disposiciones perezosas y celebratorias que le son inherentes, o visiones antimarxianas encendidas, con la densa irracionalidad que ello conlleva para una sociología comprometida con la explicación de los procesos de cambio socio-históricos.

En resumidas cuentas, las temporalidades y las espacialidades intrínsecas a los grandes sistemas teóricos desde hace tiempo no existen más “fuera” de dichos dispositivos. Frente a esta evidencia la sociología latinoamericana está optando por abandonar la creación teórica, y, sobre todo, la creación teórica autonomista. Esta carencia se traslada en buena medida al campo de la sociología mundial occidental. Con la excepción de la obra contemporánea de Manuel Castells, no se observan prácticas de innovación metodológica y morfológica orientadas a la actualización de las teorías sociológicas del cambio social. Ya no es una novedad que la puesta en marcha de dichas operaciones resulta una condición *sine qua non* para intentar hacer frente a la creciente aceleración social, a la mundialización de las fuentes de información, y al crecimiento exponencial del volumen de documentación producido, publicado y distribuido en y entre los cinco continentes.<sup>8</sup> De esta manera, los actuales procesos de

<sup>8</sup> Tampoco resulta accidental que las visiones del cambio social del autor catalán sean fuertemente resistidas en el mundo entero por los guardianes de los cánones

cambio estructural en la sociedad mundial se quedaron sin nuevas teorías del cambio social en condiciones de explicar estas dinámicas, de adelantarse a ellas, y eventualmente de conducir las en alguna dirección. La pretensión de sortear el callejón sin salida del código constructivo de teoría social moderna demanda necesariamente una revolución científica e instrumental, que logre instalar un nuevo código de construcción posmoderno atento a la apropiación creativa de algunos avances de la revolución tecno-informacional. Me ocuparé de avanzar sobre este punto en el próximo apartado.

La segunda inadecuación contemporánea, tal como mencioné, se asocia al avance de la impotencia política de la sociología moderna. Para un proyecto intelectual progresista, coherente y firme en sus convicciones, no hay nada más preocupante que esta constatación. La política moderna de la sociología, en su forma académica dominante, está completamente aniquilada. Se autodestruyó porque subordinó sus impulsos de transformación social al objetivo de cada investigador/a de ganar la competencia individual en el campo sociológico, con las reglas sistémicas actuales, que son las del capitalismo académico mundializado. Como saben, las reglas de funcionamiento del campo sociológico y las lógicas de acumulación de poder al interior del capitalismo académico están crecientemente autonomizadas de la sociedad y de la política de masas. De este modo, la pretensión transformadora de la sociología moderna de izquierdas se realiza como un pequeño movimiento al interior de un subuniverso crecientemente autonomizado. No se trata del avance de una despolitización sino del desenvolvimiento de una micropolitización intraacadémica. El movimiento que actualmente deja en

---

sistemáticos de la sociología moderna, quienes no se ocupan de producir nuevas herramientas. Para responder a las acusaciones de que su sociología es antiteórica, Manuel Castells suele afirmar, recurriendo a una chicana, que él no se ocupa de la "teoría social" sino de la investigación sociológica. Pero lo cierto es que sí hay una teoría sociológica en la obra contemporánea de Castells. Tal como lo veo, se trata de una nueva *forma teórica pos-tradicional*. Fue precisamente el desarrollo de tal innovación morfológica la que le permitió al autor construir una explicación general sobre los procesos de cambio social global en plena década del 90 del siglo pasado.



evidencia el vacío político de la sociología moderna de izquierdas es sin dudas el feminismo. Esta corriente mundial vigorosa, expansiva, proyectada desde abajo, obtiene nítidos rendimientos políticos extraacadémicos en la actualidad sin recurrir al aparato científico, crítico y político moderno.<sup>9</sup>

Es constatable que la sociología moderna despliega una política en la propia investigación, una política en el campo de las ciencias sociales, pero no una sociología para la política extraacadémica del cambio social. Y es esta última dimensión la que verdaderamente cuenta para cambiar las estructuras de las sociedades históricas. Esa desconexión material respecto a las luchas de poder político es lo que explica que en la sociología moderna de izquierdas desde hace tiempo solo se recrea una política fatalmente idealista, de propensión ultraliberal e individualista. Actualmente, en América Latina y el mundo, dicha sociología es una empresa sin proyecto estatal realista. Su acción práctica se reduce a la conformación de agrupamientos académicos heterogéneos, a los cuales les adjudica un máximo de politicidad. Esta sociología de izquierdas apenas llega a ser en la actualidad una caja de herramientas y un dispositivo de poder para la toma de conciencia académica y para el alimento cultural de algunos núcleos minoritarios de los estratos medios urbanos. Allá lejos quedó para esta corriente intelectual el propósito originario del desarrollo material justo o igualitario de las sociedades. Para poder cumplir con dicha meta necesitaría comenzar por asumir otro principio de politicidad. Antes que aproximarse a los nuevos actores políticos, esta sociología crítica, moderna y de izquierdas tiende a desilusionarse y a distanciarse de los juegos concretos de apropiación que se despliegan en las esferas nacionales, regionales y globales. Posiblemente esta desafección general sea el único modo de legitimar la decisión de consumir la totalidad de sus energías en un juego de poder académico que poco tiene que ver con el destino de las

<sup>9</sup> Para un desarrollo de este punto ver el texto “Las sociologías críticas, el movimiento feminista y el reconocimiento de la sociedad mundial”, p. 165.

mayorías sociales y demasiado con la búsqueda de un éxito individual que muy pocos/as llegan a reconocer.

Una de las conclusiones centrales que podemos sacar de este punto es que la revolución paradigmática de la sociología no solo demanda otro espíritu científico sino también otro espíritu político. Una mundialización autonomista de la sociología, que ubique en el centro de sus preocupaciones el esclarecimiento científico de los procesos de cambio social mundial, no conduce por sí mismo a cerrar la brecha entre la sociología y la política del cambio social. El nuevo compromiso político de la sociología debe contemplar una propuesta de reconexión directa o indirecta con las luchas políticas nacionales, con la política de los grandes movimientos sociales, con las políticas estatales, e incluso con las políticas empresariales. Pero esa política ya no puede ser una política moderna, en el sentido conocido, porque tanto el universo de la sociología como el mundo de la política han cambiado drásticamente en América Latina. Venimos asistiendo a un fenómeno preocupante: las trayectorias de ambos campos, el académico y el político, se están bifurcando, autonomizando y distanciando uno del otro a gran velocidad. Tal como insinuaba, la primera se encuentra subsumida de modo acrítico a un nuevo capitalismo académico centrado en la exaltación del individuo y la segunda se conforma con algo más de autonomía en relación a un sistema inter-capital, crecientemente mundializado y financierizado, con epicentro en las corporaciones privadas gigantescas de la sociedad mundial. Esta situación nos pone frente a la necesidad de propiciar una revolución política de la vieja sociología moderna del cambio social. Esta subversión mayúscula debe comenzar por imaginar un conjunto de nuevas reglas de funcionamiento realistas dentro y eventualmente más allá del capitalismo académico. Tampoco hay que perder de vista que así como la sociología no está funcionando para la política del cambio social, la enorme mayoría de los movimientos políticos y de los proyectos estatales de la sociedad mundial no está funcionando para la transformación positiva de las sociedades.

Los motivos expuestos hasta aquí, en este apartado, me permiten sostener que el legado de la sociología moderna autonomista en América Latina es, simultáneamente, una base necesaria, un proyecto insuficiente, y un retorno imposible para la nueva sociología comprometida con el futuro de las sociedades. Lo que necesitamos es transitar hacia un nuevo paradigma sociológico, con y más allá del dispositivo moderno, situado a la altura de los grandes desafíos del presente histórico.

### 3. El nuevo paradigma mundialista

La sociología regional necesita recuperar su núcleo moderno y al mismo tiempo trascenderlo en la dirección de un nuevo *paradigma mundialista* (PM), posmoderno y de propensión científica, que permita desplazar al paradigma posmoderno antimoderno (PPA)<sup>10</sup> y superar el escenario de descomposición general que está haciendo naufragar a esta galaxia intelectual en América Latina. Dicho escenario se asienta principalmente sobre un doble movimiento de *desconexión material* entre la práctica sociológica y la práctica política extra-académica, y de *desconexión intelectual* entre los componentes científico, crítico y transformativo de la práctica sociológica. A diferencia de la década del 90, el déficit central de la sociología en América en la actualidad no es la despolitización de la investigación o de la teoría social. Hoy la limitación principal se asocia con su desactivación científica, alimentada por un compromiso micropolítico, intraacadémico y autárquico. Desde mi perspectiva se trata de una concepción política espuria, en tanto se desentiende de la búsqueda

<sup>10</sup> Contra el imaginario posmoderno prevaleciente en la actualidad, que le adjudica un exceso de ambición al paradigma moderno, creo que la principal limitación de la voluntad moderna latinoamericana es exactamente lo contrario: su falta de ambición intelectual y de pretensión universalista. Este conformismo, como veremos más adelante, se concreta principalmente a partir de la ausencia de un espíritu mundialista plenamente desarrollado.

de rendimientos macro-políticos y macro-económicos a nivel nacional, regional y global.

El paradigma mundialista propone recrear una concepción de la sociología entendida como una *fuerza socio-científica localizada y multilocalizada, orientada a la transformación de la sociedad mundial*. Esta definición interioriza en nuevos términos los clásicos imperativos de producción de efectos societales de las vertientes emancipatorias de la sociología moderna. Para ello, el PM demanda un nuevo proyecto científico posmoderno, un nuevo modelo de reconexión entre el núcleo científico, el núcleo crítico y al núcleo transformativo de la teoría y la investigación sociológica, así como un nuevo dispositivo de mediación entre la práctica sociológica y la práctica política. El PM se basa en una identidad dialéctica realizada en un doble registro: en el movimiento interno de la propia práctica sociológica y en el movimiento desatado entre la práctica sociológica y la práctica política. En el nuevo PM, al igual que en el racionalismo clásico, el vector de la sociología va de lo racional-científico a lo político o de lo racional-científico a lo transformativo. De este modo, podríamos suponer, como lo hizo el primer Fals Borda, que si la sociología no llega a ser lo suficientemente científica, la acción política transformativa no puede ser lo suficientemente efectiva (Fals Borda, 1970). Ahora bien, como mostraré más adelante, desde el PM dicha suficiencia científica setentista supone la asunción de otras coordenadas diferentes. En cualquier caso, el nuevo PM invita a suponer que no se puede prescindir de la sociología y de la teoría social para una política de cambio social. En sentido estricto, la práctica política no puede crear por sí misma las ideas y las herramientas teóricas que necesita para alimentar sus proyectos de desarrollo y sus programas de cambio social.

La superación de la modernidad en la sociología en una dirección mundialista también implica reconocer que la teoría social debería ser otra cosa que lo que teníamos en mente. Esta no se ajusta exclusivamente a una concepción moderna ni a una visión posmoderna antimoderna. Se trata más bien de una combinación de ambas, con

primacía de la primera. La modernidad se propala principalmente a partir de un maniqueísmo cientificista que impuso una idea de teoría concebida exclusivamente como caja de herramientas, técnicamente dotada para develar los secretos del mundo desde una posición neutral. Esta visión, que esconde los intereses de apropiación de los/as sociólogos/as, podría ser entendida como el núcleo del racionalismo otrora dominante. Desde la década del 80 se extiende por América Latina un segundo maniqueísmo, más preocupante que el primero. Me refiero a un maniqueísmo liberal que impuso la idea de que toda teoría moderna es exclusivamente un dispositivo de poder al servicio de los intereses de dominación de los/as sociólogos/as y sus organizaciones de referencia. Esta visión posmoderna antimoderna, que niega las posibilidades de esclarecimiento social y político de la teoría y de la investigación sociológica, es el núcleo del irracionalismo dominante en la actualidad en la región<sup>11</sup>.

Luego de largas décadas de escepticismo, de privatización de las expectativas y de desorientación general, ha llegado el momento de iniciar la transición hacia un nuevo paradigma sociológico, más integral y ambicioso, inspirado en un *nuevo espíritu mundialista* comprometido con el cambio estructural de América Latina y con una pretensión de incidencia real en el futuro de la sociedad mundial. Este paradigma demanda la recreación de un nuevo dispositivo científico, un nuevo dispositivo crítico y un nuevo dispositivo político. A continuación presentaré de modo sintético los elementos y las características centrales de estos nuevos componentes.

### **3.1. El dispositivo científico: principios e instrumentos**

El dispositivo científico del paradigma mundialista se despliega a partir de la dialéctica entre un *principio de mundialización*, un *principio de localización* y un *principio de historización*. Este movimiento

<sup>11</sup> Para una ampliación del análisis de este punto, consultar en este libro el texto “La teoría social como caja de herramientas y dispositivo de poder”, pp. 407.

tríadico, de propensión materialista, sienta las bases para la emergencia de nuevas teorías de la sociedad mundial, así como de nuevas teorías del cambio social mundial. Se trata de tres principios generales que definen el marco general a partir del cual se resuelve una nueva idea de ciencia centrada en la explicación social. En tal sentido, el movimiento concatenado e indivisible de estos tres principios no representa la totalidad del dispositivo científico sino el marco a partir del cual sus diferentes elementos se pueden ir creando y re-procesando. Si la articulación de los principios de mundialización y de localización permite delimitar en primera instancia una idea abstracta y sincrónica de sociedad mundial, el principio de historización hace lo propio con una idea de cambio social mundial centrada en las primeras. La aplicación del primero y el segundo principio implica una verdadera revolución científica en la sociología y en las ciencias sociales. El principio de historización como tal es menos novedoso, en la medida en que se asemeja a una resolución clásica y luego einsteniana de la temporalidad total, pero al reprocesarse al interior del movimiento dialéctico mencionado se convierte en una pieza igualmente disruptiva. Las teorías de la sociedad mundial y del cambio social mundial, en la medida en que se resuelvan al interior de dicho movimiento dialéctico, podrían aspirar a desarrollar una *teoría general de la forma y del movimiento de las sociedades, de los individuos y de las ideas*.

Junto al movimiento dialéctico mencionado, el nuevo dispositivo científico se estructura sobre algunas premisas sustantivas, entre las cuales se destaca el compromiso con una nueva racionalidad instrumental. Ésta última contempla la utilización estratégica de las tecnologías de la información y la comunicación (TICs). A partir de aquí me ocuparé de introducir cada uno de los principios que componen la dialéctica del PM, para luego añadir algunas notas sobre la cuestión instrumental.

### 3.1.1. *El principio de mundialización*

El principio de mundialización parte de suponer que el sustrato primero de la sociedad es mundial y no nacional. No se trata de una premisa metahistórica sino de una abstracción sujeta a un registro históricamente situado. Dicho supuesto contiene una premisa revolucionaria en la medida que invierte la ecuación espacial nuclear de los paradigmas moderno y posmoderno antimoderno. Para el principio mundialista, las sociedades nacionales –retraducidas como esferas nacionales– son en primera instancia el *fenómeno* y la *esencia* de una sociedad mundial. De igual modo, América Latina, en tanto esfera regional, sería en primera instancia la concreción fenoménica y esencial de una sociedad mundial, a la vez singular y periférica. El hecho de reconocer que el sustrato primero de la sociedad es mundial implica reconocer que la materialidad de las ciencias sociales también lo es. Esta constatación abre un punto de observación subversivo y determinante. A partir de este registro ampliado es posible apreciar cómo desde la década del 60 la sociología latinoamericana dejó de ser “lo Otro” de la sociología, o su simple reproducción alienada, para convertirse en una corriente activa de la sociología mundial.

El principio mundialista permite esbozar una idea de sociedad mundial concebida como una unidad superior que se realiza a partir de la interacción entre tres planos sistémicos: i) el de la relación entre esferas nacionales, regionales y globales –concebidas como esferas inseparables e irreductibles–; ii) el de la relación centro/periferia; iii) el de la relación entre lo moderno y lo no-moderno. Me detendré muy brevemente en cada uno de estos planos.

Una sociedad mundial es un entramado de orden superior que diferencia, integra y relaciona de modo asimétrico el conjunto de las esferas sociales nacionales, regionales y globales. La esfera de referencia en primera instancia de la sociedad mundial es la sociedad nacional, la cual bajo ninguna condición y circunstancia se desliga de las dos restantes esferas señaladas. Ahora bien, la esfera nacional como esfera primera e irreductible es la unidad menor de la forma

multiesfera pero de ningún modo es una entidad homogénea. Cada esfera nacional está igualmente compuesta por diferentes impulsos y subesferas, al punto que los antagonismos inmediatos que determinan la conducta de los actores sociales pueden concentrarse en el interior de la esfera nacional. Este podría ser el caso, por ejemplo, de la fuerza de determinación social que encierra el problema histórico del federalismo en la República Argentina, en relación al cual se dirimen desde hace más de dos siglos las batallas de apropiación entre la Capital Federal, la Provincia de Buenos Aires y los restantes bloques de poder provinciales.

La sociedad mundial, en tanto síntesis unitaria de la interacción entre esferas nacionales, regionales y globales, se va conformando a partir de relaciones de diferenciación centro/periferia. En la actualidad se trata del principio de asimetría relacional más determinante de la sociedad mundial. El peso que adquiere esta ecuación de desigualdad estructural se puede constatar en el desenvolvimiento de la relación entre las diferentes esferas mencionadas, así como en el movimiento interno de cada una de ellas. En cualquier caso, las relaciones centro/periferia de mayor gravitación son las que atañen al vínculo estructural entre esferas nacionales y entre esferas regionales. En su primera formulación, la relación centro/periferia fue desarrollada por la corriente autonomista en América Latina a partir de la década del 60. Para dicha corriente este registro de desigualdad estructural se circunscribía principalmente a la relación entre bloques regionales en la sociedad mundial (Cardoso & Faletto, 1973; Prebisch, 1982). En cualquier caso, la relación centro/periferia, tal como fue teorizada por los principales referentes de dicha corriente, no ha sido superada científicamente hasta hoy. Su relegamiento a partir de la década del 80 es producto de un efecto de destrucción política y no de una superación científica. Desde que tal ecuación desapareció del mapa de la sociología regional nadie ha logrado demostrar que la dinámica desigual y combinada que sugiere no opera de un modo determinante en la conformación de los procesos de cambio social regional y mundial. Es por ello que, en este segundo plano, el PM se ocupa de recuperar y



de renovar de modo sustantivo la relación centro/periferia desarrollada por la corriente autonomista de la sociología y de la economía en América Latina hasta principios de la década del 80.

La sociedad mundial es un entramado de esferas sociales, que se constituyen a partir de relaciones centro/periferia, y que va conformando un mundo a la vez moderno y no-moderno. La modernidad como fuerza societal, que nace y se expande desde Europa, y que europeiza buena parte del planeta, en su momento de mayor poderío no llega a penetrar tres cuartas partes del hemisferio occidental del mundo. Contra el paradigma moderno, no se puede suponer que el devenir y el porvenir de las diferentes esferas de la sociedad mundial estén determinados por un flujo expansivo prácticamente ilimitado de lo moderno sobre lo no-moderno y de los centros sobre la periferia, ya sea a partir del despliegue de trayectorias evolutivas lineales o no lineales. Desde los primeros tiempos de penetración global de la modernidad europea hasta hoy se puede comprobar que la sociedad mundial es moderna pero no solo moderna, que América Latina es a la vez moderna y no-moderna y que el inmenso mundo oriental, que hoy se proyecta sobre occidente con epicentro en China, es antes no-moderno que moderno, pero también esto último en alguna medida. Incluso el centro de la Europa actual es crecientemente no-moderno, producto del incremento de la inmigración extrarregional. Lo cierto es que ninguna de las tres esferas sociales en la actualidad es exclusivamente moderna, sea cual sea la localización involucrada en primera instancia. Las esferas globales precipitadas desde los países dominantes, en las cuales los códigos modernos se imponen en mayor medida, tampoco son exclusivamente modernas. Y no lo son desde el momento que cada sociedad global se abre y se define como campo desde una localización específica, circunscrita a una esfera nacional.

De este modo, la sociología, y en particular la sociología progresista, tampoco puede ser solo moderna. Y menos aún lo puede ser la sociología de la periferia mundial, que logro afirmarse como una corriente auténtica a partir de negar el marco civilizatorio centrado en los antiguos y nuevos parámetros expansivos noratlánticos. Y cuando

aquí me refiero a la necesidad de superar los parámetros modernos no dejo de reconocer que esa propalación nórdica, más allá de la pesada división céntrica del trabajo intelectual que promueve, fue igualmente portadora de un proyecto de emancipación humana imaginada para el conjunto de la sociedad mundial. Sin los ejercicios individuales y los experimentos colectivos de apropiación del patrón moderno hubiera sido imposible el despliegue de las corrientes autonomistas en América Latina y en el conjunto de la periferia mundial. Como ven, la relación con el paradigma moderno no es sencilla de resolver.

El desarrollo de un principio de mundialización, en los términos esbozados aquí, trae aparejado una serie de consecuencias teóricas de profundo calado, que sacuden en su raíz al paradigma moderno. Desde el PM, por ejemplo, no existiría algo parecido a un capitalismo globalizado: lo que proliferan más bien son diferentes dinámicas de sujeción multiesferas entre capitalismo céntricos y periféricos en la sociedad mundial.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Los conceptos de “capitalismo”, “modo de producción capitalista” o “formación social capitalista”, como totalidad en singular, son portadores de una perspectiva no mundialista y homogeneizante que resulta funcional a las naciones poderosas. Estas categorías no permiten dar cuenta, por ejemplo, de cómo la realización de una matriz económica nacional como la alemana, industrial hacia adentro y hacia afuera, está relacionada con la reproducción histórica de una matriz económica nacional como la argentina, semi-industrial hacia adentro y agropecuaria hacia afuera. Tampoco permiten reconocer que la desigualdad objetivamente más determinante de la historia moderna de la periferia mundial es la desigualdad entre capitalismo (ver Torres, 2020a). El factor principal que explica la pobreza diferencial de nuestros países es el boicot interno y externo a nuestras experiencias de industrialización nacional. Antes que combatir al comunismo o al socialismo en América Latina, las élites mundiales, con una clara visión de las cosas, se han ocupado en primera instancia de combatir los programas de independencia económica y de soberanía política de los variados “populismos”. De este modo, en nuestra opinión, uno de los desafíos que tiene por delante el PM es generar categorías para entender cómo funcionan en términos objetivos los nacionalismos populares en la periferia. Si hoy en Europa la derecha radical responde a su globalización neoliberal con nacionalismo, en América Latina la fuerza política que responde con nacionalismo es el progresismo. Y ello ocurre por el simple motivo de que si en los centros mundiales el nacionalismo es un movimiento que propicia la exclusión, en la periferia es un movimiento productor de inclusión y de bienestar económico. Si el nacionalismo del centro se asienta sobre un principio de desigualdad (“somos superiores”), el nacionalismo popular de la periferia se basa en

### 3.1.2. *El principio de localización*

Este principio exige reconocer que la localización es el *punto de referencia* de la sociedad mundial. Para el PM, la sociedad mundial es una formación social desigual, simultáneamente localizada y multilocalizada. Cada punto de localización en la sociedad mundial es una condensación singular, directa e indirecta, de la interacción asimétrica entre las tres esferas mencionadas. Contra la idea masificada de objetividad de la ciencia social moderna, de inclinación aplanadora y homogeneizante, el PM parte del supuesto que tanto el punto más abstracto de la teoría sociológica como el registro más acabado y convincente del “ahí afuera” de la física social, siempre se abren al mundo desde una localización determinada y determinante de la sociedad mundial. El reconocimiento de este principio no anula la probabilidad de descubrir regularidades universales, pero sí reduce al mínimo la probabilidad de que las relaciones y los procesos estructurales puedan asumir modalidades idénticas en diferentes localizaciones. Creo que este presupuesto está presente en estado larvado en la corriente autonomista de la sociología regional, con la diferencia de que para esta última la localización siempre era moderna, crecientemente moderna o bien tenía a la modernidad nórdica, ya reprocesada, como su horizonte de realización. Y tal premisa moderna, aun moldeada por las apropiaciones autonomistas, es una negación parcial del principio de localización del PM. Si la corriente autonomista era proclive a reconocer que el planeta social se desenvolvía a partir de una doble ambivalencia de la modernidad (apropiaciones pública/privada; centro/periferia),

---

un reclamo de igualdad radical en el concierto mundial (“no somos inferiores”). Si en sus extremos céntricos el nacionalismo se manifiesta como una cultura excluyente, en sus extremidades periféricas adopta una forma y un sentido diametralmente opuesto. Y esta diferenciación, lejos de resultar azarosa, se produce por el simple hecho de que los procesos políticos y culturales de los centros y las periferias de la sociedad mundial están conectados en términos causales, a partir de una determinación recíproca profundamente asimétrica. Desde hace más de un siglo es más fácil imaginar el fin de los capitalismoes que el fin de la dependencia estructural de América Latina.

rompiendo así con buena parte de los preceptos del universalismo europeo, el PM tiende a reconocer, en un registro más ampliado, la progresión de una *doble ambivalencia de la sociedad mundial*, estructurada a partir de esos mismos dualismos, pero no restringida a las zonas sociales modernas o a los territorios tradicionales “en vías de modernización”. Ni las posiciones céntricas de la sociedad mundial, ni las periféricas, son necesariamente localizaciones modernas o en vías de transformarse en ellas.

A diferencia de la mayoría de las visiones globalistas de la sociología contemporánea, que promueven algún tipo de dualismo local/global, el principio de mundialización del PM ofrece una visión integrada que reconoce a la localización como el *punto de referencia* de la sociedad mundial. Una localización no se relaciona en primera instancia con la llamada “globalización” sino más bien con un plexo de otras localizaciones que conforman de modo variable la sociedad global de la localización de referencia. De este modo, la globalización como forma no sería toda aquella parte de la sociedad y de la economía mundial que no es local, sino la esfera más extendida que se abre desde una localización determinada. Estas premisas constitutivas del PM nos permiten observar, por ejemplo, que la sociedad global de Alemania definitivamente no es la misma que las de Argentina, México, Estados Unidos o China. Más acertado es suponer que todas ellas, a partir de las interacciones que mantienen entre sí, crean una multilocalización concreta que conforma la sociedad mundial. La sociedad mundial se realiza en todos los casos *desde* una localización determinada y determinante, del mismo modo que cada localización reconoce a la sociedad mundial como su sustrato material primero. La dialéctica entre el principio de localización y el de mundialización permite expandir el movimiento de identificación, reconocimiento y conocimiento de cada esfera de la sociedad mundial, así como de las imbricaciones diferenciales existentes entre lo nacional, lo regional y lo global, en las entrañas de una sociedad mundial sin posibilidad material de sustraerse de sus localizaciones.

El principio de localización permite diferenciar dos momentos de mundialización para la nueva sociología: el primero es el de una *teoría localizada* de la sociedad mundial y el segundo el de una *visión mundial* o *multilocalizada* de esa misma formación social. Observado desde el PM, se trataría de dos momentos consecutivos. El momento primero, localizado, se encuentra en proceso de realización, mientras que el segundo es en la actualidad el horizonte de expectativas de progresión del primero. Aquí entiendo por “teoría” un modelo sistemático y por “visión” una recreación intelectual más o menos unificada, y más o menos delimitada. Al distinguir los dos momentos propongo diferenciar entre ambas, teoría y visión, por el simple hecho de que resultan bastante remotas las posibilidades de construir en un futuro próximo una *teoría mundial* de la sociedad mundial. Veamos a que me refiero con cada uno de dichos momentos.

La primera premisa relacionada con el momento inicial que señalé es que todo individuo y todo conocimiento social están localizados, ya sea en un punto o en una sucesión de puntos, lo cual implica que toda teoría de la sociedad mundial también lo está. Como es evidente, no se trata del reconocimiento de cualquier localización sino de una localización que se resuelve en una dialéctica con el principio de mundialización comentado y con el principio de historización, que desarrollaré más adelante. El hecho de reconocer que la localización es una entidad activa no conlleva asumir un contextualismo, esto es, un determinismo de las ubicaciones en relación con la identidad, el contenido y la forma que adquiere una visión sociológica. Pero sí implica asumir que la localización ejerce una incidencia irreductible en la sociología y, con ello, que es imposible la deslocalización de toda sociología y teoría social. De este modo, por ejemplo, es imposible deslocalizar a Marx y a su teoría del cambio social. A la hora de pensar como apropiarse de su obra hay que partir del hecho de que el dispositivo teórico de Marx no fue creado desde un país de América Latina ni en primera instancia para dicho país y su esfera regional. Tal evidencia anula la posibilidad de reproducir los

mecanismos de explicación del cambio social siguiendo las secuencias espacio-temporales sugeridas por el sociólogo alemán. Dejando parcialmente de lado la discusión sobre el eurocentrismo, la teoría de la sociedad mundial de Marx es objetivamente una teoría europea –alemana e inglesa– de la sociedad global, del mismo modo que la teoría de Raul Prebisch es una teoría argentino-latinoamericana del capitalismo periférico. La incidencia de la localización, al igual que la incidencia de la subjetividad del/a sociólogo/a, es un hecho completamente irrefutable, a la vez que una condición para la acción social y política. De este modo, el PM nos permite constatar que las especulaciones universalistas –aún las más científicas– siempre están *en algún grado* localizadas, y que necesariamente *deben* serlo para poder ofrecer una explicación de los procesos de cambio social lo suficientemente veraz como para aspirar a modificarlos.

La segunda premisa que acompaña este principio es que no se puede exigir, y menos aún aceptar, que una sociología mundialista, por más internacionalista que resulte su interés emancipatorio, suplante a las demás y se haga cargo intelectualmente de la situación en la cual los actores situados en otras localizaciones necesitan reconocer cuales son, desde la singularidad de sus inscripciones materiales específicas, los problemas más urgentes y fundamentales que necesitan resolver. El principio de localización habilita un doble juego de pertenencia, que se resume en la fórmula “desde/para”. Es habitual leer trabajos de conceptualización en las ciencias sociales, en particular en el universo más politizado, que se auto-definen como perspectivas “desde y para” América Latina. Pero por lo general estas coordenadas se asumen como premisas militantes de sentido común, desprovistas de una definición respecto a cómo opera la localización en relación con las perspectivas teóricas que se producen. En los términos del PM el “desde” remite a una pertenencia material y objetiva; es un rastro más o menos diacrónico de geolocalización. El “para”, en cambio, se asocia a un propósito que motoriza al/a la cientista social. Se trata de una disposición que puede o no estar sincronizada con el “desde”. Si respecto al principio

de localización el compromiso científico del PM se concentra en el reconocimiento del “desde”, su opción ideológica y su compromiso político se trasladan al “para”. Es a partir de reconocer esta doble pertenencia que encierra el principio de localización que se hace posible esclarecer las vías para actualizar una teoría autonomista de la sociedad mundial y del cambio social mundial.<sup>13</sup>

El principio de localización de la PM distingue también entre una localización mundialista y una localización restrictiva. Como es de suponer, la primera es aquella que se rige por un principio de mundialización, mientras que la localización restringida adopta un principio nacionalista en los planos epistémico, metodológico y teórico. En la sociología moderna el principio nacionalista opera a partir de la autodeterminación de lo propio-nacional y de su posterior exportación en nombre de un determinado esclarecimiento o parametrización universal. El paradigma moderno de la sociología, salvando algunas raras excepciones, se realiza a partir de una localización restringida. Entiendo esta inscripción restringida como una opción fallida en el plano científico, aunque muchas veces efectiva como discurso de poder.

En cuanto a la *visión mundial de la sociedad mundial*, la premisa de partida podría ser la siguiente: del mismo modo que una sociedad mundial no es producto de una sola localización, una visión acabada de la sociedad mundial y del cambio social mundial tampoco lo puede ser. Aquella visión de la sociedad mundial que necesitamos construir demanda el conocimiento emergente del plexo total de las localizaciones intervinientes, balanceando el punto de vista propio sobre dicha totalidad diferenciada con el punto de vista de cada localización ajena. El despliegue de dicha práctica ampliada exigiría la activación del clásico ejercicio antropológico de intentar “ponerse en el lugar del/a Otro/a”. Desde este supuesto preliminar, lo

<sup>13</sup> Es a partir del desarrollo de nuevas teorías de la sociedad mundial, desde y para América Latina, que se pueden generar categorías para intentar explicar, entre otras cuestiones, cómo están funcionando en términos objetivos los gobiernos nacionales y populares en la región y en el conjunto de la periferia del globo.

mundial no se terminaría de conquistar a partir de reunir todos los conocimientos existentes, sino a partir de la creación de un escenario novedoso de diálogo planetario, capaz de producir nuevas síntesis que contemple las visiones mundiales que se deberían producir y proyectar desde cada punto de localización histórica. De esta manera, el modo de arribar a una visión mundial de la sociedad mundial es a partir de un esquema de *intercambiabilidad de puntos de vista*. No se trata de un constructivismo plano, horizontalizador en sus puntos de partida, pero si igualitarista en sus puntos de llegada. Se trata de un momento constructivista que opera en relación con el principio de mundialización señalado, y que por lo tanto reconoce, entre otros aspectos, las fuerzas de determinación operantes en las relaciones entre los centros y las periferias mundiales. Este constructivismo es antirelativista en la medida en que se configura a partir de una nueva premisa materialista a la vez mundial y localizada. De este modo, lo que pone en marcha la dialéctica de la mundialización y la localización es la necesidad de conquistar una visión multilocalizada de la sociedad mundial.

La segunda premisa de esta visión mundial de la sociedad mundial se apoya en una constatación histórica: aquellas teorías sociológicas mundialistas precipitadas desde las localizaciones periféricas que lograron asumir una forma “desde/para” avanzada, lo hicieron ofreciendo perspectivas mundiales más acabadas que las versiones producidas en las localizaciones céntricas. Y ello sucedió porque históricamente, producto de las formas de circulación global, ha sido mayor el interés y el conocimiento efectivo de Europa por parte de los/as intelectuales latinoamericanos, que los saberes acerca de América Latina atesorados por los/as sociólogos/as europeos/as. En cualquier caso, desde la pretensión de expandir una esfera nacional, es mayor la necesidad de conocimiento de la realidad de los centros por parte de la periferia, que a la inversa. Históricamente los proyectos expansivos de los centros mundiales se han nutrido de prejuicios respecto a nuestro continente, sin con ello perder fuerzas de imposición. Si desde América Latina, desde cada



uno de sus países, la sociología necesitó ser mundial para poder ser nacional, desde los polos de producción sociológica dominantes, las sociologías, aun las más globalistas, eligieron ser nacionales y no mundiales para avanzar con la operación ideológica de expandir lo propio como si fuese mundial. Tal como ocurrió con la mayoría de la sociología moderna, aquellas optaron por revestir de universalismo la promoción de la localización restrictiva para así poder alimentar la utopía colonialista o imperialista de la modernización norcéntrica del mundo.

### *3.1.3. El principio de historización*

Desde el PM, la dialéctica de la mundialización y de la localización recién se puede activar a partir de la integración de un tercer principio: el de la historización. Este principio indica en primera instancia que la mundialización social es un entramado de procesos históricos localizados y multilocalizados. Toda sociedad mundial es histórica, del mismo modo que toda localización lo es. Junto a ello, toda sociedad mundial es multihistórica, desde el momento que es multilocalizada. La multilocalización exige necesariamente un registro de multihistorización, el cual no equivale a una visión multilineal de la historia, tal como la que García Linera le adjudica a Marx (García Linera, 2020). Esta última da cuenta de la representación, desde una única localización, de varios cursos evolutivos en la sociedad mundial, asumiendo además que cada curso evolutivo singular es de carácter lineal. Tal como señalé, la multihistorización del PM no se ajusta a una única localización y no necesariamente adquiere la forma de una agregación de cursos evolutivos lineales. Visto desde este paradigma, cada localización también puede expresar dinámicas de progresión no lineales. Junto a ello, en continuidad con las visiones clásicas y con la propuesta braudeliana, el principio de historización integra una temporalidad total, en la cual se engarza en una flecha multisequencial los tiempos presentes, pasados y futuros, a la vez que los tiempos sociales, subjetivos y biológico-naturales.

De este modo, el principio de historización es un momento de la dialéctica mencionada de tres componentes, que permitiría avanzar en la explicación del cambio social, y con ello ampliar las posibilidades de incidir sobre dicho proceso. Al igual que sucede con todas las nociones de temporalidad total ligadas a un dispositivo político con pretensión de transformación estructural, el principio de historización del PM se centra en primera instancia en la tensión presente-futuro. Tanto Braudel como Marx solían insistir en dos ideas hoy relegadas: es el futuro el que nos permite comprender el presente y luego es la crítica del presente la que abre la posibilidad de conocer el pasado (Braudel, 1958; Marx, 1859). Si el nuevo dispositivo científico del PM apunta a la revalorización del tiempo futuro es precisamente porque se trata del tiempo políticamente más relevante. De este modo, no habrá oportunidades para recrear un tiempo social futuro en la sociología sin la reactivación de un núcleo científico y proyectivo que intente apropiarse de una historicidad total (pasado-presente-futuro), del mismo modo que resulta imposible activar el dispositivo político del PM sin el registro de las ecuaciones de fuerzas sociales que se hacen presentes desde cada localización histórica, construyendo y habilitando el movimiento general del juego de apropiación en las diferentes esferas sociales.

El principio de historización, al constituirse a partir de la interacción con los principios de mundialización y de localización, invalida la posibilidad de recrear las dos variedades de historización moderna dominantes: las “historias nacionales” y las llamadas “historias globales”. Ambas tradiciones se encuentran configuradas por un nacionalismo epistémico y metodológico, y luego ambas definen su objeto y sus conceptos estructurales a partir de un principio de autodeterminación nacional. La diferencia central radica en que para las historias nacionales el nacionalismo adquiere una forma autárquica, mientras que en las historias globales adquiere explícitamente o por defecto una forma colonialista. El principio de historización del PM parte de la premisa de que toda historia nacional es simultáneamente una historia de la sociedad mundial, y a la vez que

toda historia mundial es una historia localizada y multilocalizada, recreada de una forma única en cada punto de la sociedad mundial. El principio de localización es una vacuna contra la deshistorización de las sociedades y de la sociología, principalmente de los enclaves periféricos. Por su parte, el principio de mundialización ofrece, entre otras ventajas analíticas, las herramientas para poder explicar los diferenciales de deshistorización existentes entre las esferas nacionales periféricas y céntricas de la sociedad mundial. A mayor localización periférica de las esferas nacionales y de la sociología en la sociedad mundial, mayores son sus manifestaciones de deshistorización. Y esta pérdida recurrente de conexión con el tiempo total, y en particular con el tiempo pasado, se produce porque los discursos históricos y restrictivos de los Centros logran penetrar y barrer los registros de historización de las periferias mundiales. De este modo, como podemos corroborar, la dialéctica de la mundialización, la localización y la historización tiene por primera tarea agrandar nuestra razón y no achicarla.

#### *3.1.4. Una nueva razón instrumental*

El dispositivo científico del PM se apoya en una serie de compromisos, algunos de los cuales resultan llamativos dada las resoluciones dominantes en el campo mundial de la sociología. Quizás el principal tiene que ver con la necesidad de recuperar y renovar una racionalidad instrumental para la sociología de izquierdas. Se trata de restituir en nuevos términos la unidad perdida entre la razón instrumental y la razón emancipatoria, cuya fractura se inicia de modo intempestivo en Europa y en Estados Unidos en la década del 60 a partir del proyecto de recomposición radical posfascista de la Escuela de Frankfurt y en especial de Jürgen Habermas (Habermas, 1968). En América Latina, la expansión de las visiones anti-instrumentales en el progresismo sociológico crece de forma exponencial a partir del período de impugnación de la modernidad que se abre en la década

del 80. Desde la “gran transformación de la sociología”<sup>14</sup> hasta hoy, la intelectualidad de izquierdas y la racionalidad instrumental vienen profundizando su proceso de divorcio. La reunificación de esta lógica de medios y fines es completamente imprescindible para rearmar a la sociología en términos científicos, recreando con ello nuevas técnicas y nuevas tecnologías para el conocimiento de la sociedad mundial. El PM entiende a la sociología como una fuerza socio-científica basada en nuevas técnicas y nuevas tecnologías. Aquí no se trata de actualizar un principio de racionalización weberiano ni tampoco de quedar atrapados, como un eslabón residual, de la cadena de difusión de innovaciones precipitada desde los centros mundiales. Se trata más bien de incrementar el interés y eventualmente de integrar todas aquellas técnicas y tecnologías que permitan potenciar una propuesta sociológica de explicación, control y direccionamiento de los procesos de cambio social mundial. Sin una revolución técnica y tecnológica en el modo de hacer sociología, y en particular en la forma de construir nuevas teorías de la sociedad mundial y del cambio social mundial, no habrá posibilidades de poner esta disciplina a la vanguardia de los movimientos de transformación estructural.

En el plano de las técnicas, la sociología necesita generar nuevas herramientas para lidiar de modo proactivo con al menos dos macroprocesos: la expansión del nuevo ecosistema de comunicación social y la mundialización creciente de la información y la documentación. Respecto al primero, la sociología necesita contar con una estrategia y una técnica para procesar con éxito la creciente aceleración y multiplicación de los intercambios en las redes sociales. En cuanto al segundo, debe desarrollar herramientas y capacidades para poder reducir la complejidad y evitar la sobre-saturación de información. En el océano casi ilimitado de la información planetaria, resulta urgente crear técnicas y habilidades para discernir mejor y más rápido

<sup>14</sup> Para un desarrollo avanzado de esta referencia consultar la Introducción del presente libro p. 13, así como el texto “La gran transformación de la sociología en América Latina, 1950-2020”, p. 29 de esta misma publicación.

entre *lo imprescindible, lo importante, lo accesorio y lo descartable*. La solución no puede consistir en la edificación de un nuevo proteccionismo metodológico sino en la apertura selectiva y controlada al reservorio mundial de la información y el conocimiento.

En el plano de las tecnologías, el PM parte de suponer que estamos frente a un nuevo ecosistema tecnológico que ofrece oportunidades inéditas para cumplir con uno de los grandes anhelos de la sociología clásica: el del descubrimiento de constantes universales del comportamiento humano.<sup>15</sup> Lejos de recrear una nueva ilusión universalista moderna, la apropiación crítica de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC's) nos pone frente a la posibilidad de crear un gran dispositivo científico de recolección, producción y gestión de información mundial. De hecho, podríamos decir que la revolución de las TICs es la base técnica que hace posible, por primera vez en la historia de la humanidad, la creación de verdaderas teorías de la sociedad mundial y del cambio social mundial. No podemos seguir escondiendo la cabeza bajo tierra. El único modo de librar la batalla por el futuro es compitiendo por el control y el direccionamiento mundial de la información y de la comunicación. Ello exige, entre otros aspectos, enfrentar con ingenio al aparato de manipulación del llamado "capitalismo de plataforma" (Srniczek, 2018). A modo de ejemplo, no puede haber una sociología mundial desentendida del uso y la apropiación del *Big Data*. Desde el PM, la renuncia a integrar los avances de las TICs en la investigación sociológica resulta un acto completamente irracional y autodestructivo. Tan irracional como solicitarle a un movimiento político de izquierdas, en cualquier esfera nacional del sistema mundial, que renuncie al empleo de las redes sociales para la construcción de poder político. Solo a partir de crear un nuevo proyecto científico, técnico y tecnológico para la sociología se hace posible recuperar su potencia prospectiva y con ello asumir

<sup>15</sup> Esta idea fue insinuada de un modo similar por Manuel Castells en 2017, en la conferencia que ofreció en la Universidad Nacional de Córdoba, con motivos de la recepción del Doctorado Honoris Causa (Castells, 2017).

en nuevos términos el desafío de intentar escudriñar y moldear el futuro de la sociedad mundial.

### **3.2. El dispositivo crítico: la crítica y lo crítico I y II**

El dispositivo crítico del paradigma mundialista es una fuerza racionalista que atraviesa como una flecha los tres dispositivos que componen este nuevo paradigma, definiendo *tres engranajes* que en su realidad operativa son dinamizados por el dispositivo científico. Denomino a estos engranajes *lo crítico I* (científico), *la crítica* (justicia/injusticia social) y *lo crítico II* (político). El dispositivo crítico como un todo es el que indica de forma más sensible cómo se procesa la relación entre la objetividad y la toma de partido, y por lo tanto el que indica si hay algún tipo de primacía del engranaje científico o del engranaje político en la construcción de la crítica. En la idea de crítica del PM se puede observar, como en ningún otro elemento, las huellas de la pugna entre los dos engranajes mencionados (lo crítico I y II). Si el motor de la crítica remite a una asunción normativa y a un rechazo moral más o menos indignado respecto a una situación de injusticia social mundial, los dos momentos de lo crítico (I y II) se asocian a dos parámetros de relevancia.

*Lo crítico I* es el engranaje que apunta al reconocimiento de los aspectos claves que hay que *conocer* para poder ofrecer una explicación plausible de los procesos de cambio social mundial. Si la crítica de la mayoría de las izquierdas en las ciencias sociales ha devenido inocua e intrascendente es porque en primera instancia dejó de atender a lo crítico I de la práctica teórica y sociológica.

*La crítica*, por su parte, asume un colectivismo de nuevo cuño centrado en un parámetro de justicia social, proyectado desde una determinada localización de la sociedad mundial. En un plano intelectual, *la crítica* del PM pone en cuestión los núcleos ideológicos centrales de los paradigmas posmoderno antimoderno y moderno. En primer lugar, despliega una *crítica al liberalismo*. *La crítica* postula una primacía de lo colectivo sobre lo individual, sin desconocer el peso de los

individuos, de los derechos individuales, así como las múltiples búsquedas de autonomía individual. En América latina, en la sociología de izquierdas, el liberalismo tiene su epicentro en lo que denomino “corrientes negacionistas”.<sup>16</sup> En segundo lugar, el PM invita a revisar las nociones de justicia y de igualdad del paradigma moderno, centradas en su mayoría en una ecuación intranacional. A diferencia de este último, el PM se orienta por un parámetro de justicia mundial que contempla, desde una apreciación conjuntista y sin jerarquizaciones predeterminadas, las injusticias entre individuos, estratos de clases, países y regiones. En cualquier caso, contra las visiones modernas norcéntricas, la visión posmoderna del PM invita a tomarse en serio la necesidad de reducir las crecientes desigualdades estructurales entre los centros y las periferias de la sociedad mundial.

Finalmente, *lo crítico II* se refiere a los aspectos claves que hay que *conocer* sobre el adversario, así como a los movimientos claves que hay que *ejecutar* para poder vencer al primero y para intervenir exitosamente en los procesos sociales ya explicados y parcialmente impugnados por *la crítica*. Los tres momentos señalados (la crítica, lo crítico I y lo crítico II) forman el concepto general de crítica del PM y es a partir de tal forma compuesta e inestable que se debería interpretar la afirmación de que este paradigma contempla una teoría crítica. Si el engranaje fundante de la crítica es moral, la crítica concreta como un todo, que se desenvuelve como una crítica sociológica, es una fuerza a la vez localizada y multilocalizada de base científica y con orientación política transformadora. El movimiento de la crítica del PM se eleva a partir de un espiral de vigilancia permanente de cada uno de los engranajes respecto a los demás. El hecho de que la crítica del PM tenga un engranaje político (lo crítico II), esto es, que tenga pretensiones efectivas de transformación social, exige concebir la crítica sin perder de vista la necesidad de derrotar al adversario

<sup>16</sup> Para una caracterización de esta corriente, ver en este libro el texto “La gran transformación de la sociología en América Latina, 1950-2020”, p.29

en el juego social de apropiación en el que cada actor se encuentra inmerso.

### **3.3. El dispositivo político: instancias del cambio social**

El dispositivo político del paradigma mundialista se activa a partir de una voluntad de transformación de la sociedad mundial –en dirección a la realización de una mayor justicia social– y luego se concreta a partir de políticas localizadas y multilocalizadas de cambio social mundial. En concordancia con el dispositivo crítico, este engranaje es portador de un *nuevo colectivismo* que no prescinde de una política del individuo pero que la reprocesa al interior de una idea de comunidad y de sociedad. Uno de los supuestos que asume el PM es que no se debe escindir el estudio de los procesos de cambio social de las pretensiones de incidir directa o indirectamente en el direccionamiento de tales procesos. Una mayor mundialización de la sociología no conduce por sí misma al desarrollo de una ciencia socialmente comprometida. Y mucho menos aún a la recreación de una sociología potencialmente transformadora. Resulta imprescindible problematizar la noción de compromiso político de la sociología realmente existente para entender por qué desde hace décadas no está produciendo efectos políticos extraacadémicos. No se puede esperar la generación de efectos macrosociales a partir de una gimnasia de producción sociológica individual que agota su movimiento de creatividad sin haber experimentado la mediación o bien la afectación de un espacio colectivo de producción política extra-académico.

La política del cambio social, basada en la voluntad de transformación indicada, involucra tres instancias eventualmente entrelazadas: i) la política en la teoría y en la investigación sociológica; ii) la política en el campo sociológico mundial; y iii) la sociología para la política del cambio social mundial. La primera instancia recién puede alcanzar un grado de desarrollo avanzado una vez fijado o imaginado el modo de aproximación a la tercera. Por su parte, la segunda instancia exige, entre otros aspectos, la configuración de nuevos



perfiles sociológicos, orientados a la intervención política directa o indirecta. Finalmente, en oposición al posmodernismo antimoderno, el PM es una apuesta por la reconexión de la sociología con la política nacional, regional y global. No se trataría del enlace o del despliegue de cualquier acción colectiva en esas esferas sino de aquella asociada a una política de mayorías, que permita desatar o conducir un proceso de cambio social. En cualquier caso, el dispositivo político del PM trasciende toda pretensión moderna de transformación estructural de las sociedades nacionales, para concentrarse en la transformación de la sociedad mundial. Este marco ampliado de incidencia se pone en juego a partir de una política mundial localizada, centrada en la esfera nacional, pero conectada de modo inmanente con la esfera regional y global de referencia.

La pretensión de cambio en las tres instancias mencionadas (investigativa, académica y societal) demanda, para cada una de ellas, una solución provisoria a tres interrogantes que se interpenetran y que remiten a un mismo proceso social: i) ¿Cómo activar el proceso de cambio?; ii) ¿Cómo progresar hacia la construcción de nuevos órdenes?, y finalmente; iii) ¿Qué nuevos órdenes serían deseables y posibles de edificar? Aquí me refiero a cambios y órdenes en las tres instancias señaladas. El primer interrogante atañe a lo que denomino *forma-activación*, el segundo a la *forma-progresión* y el tercero a la *forma-superación*. A título ilustrativo, hare referencia a ciertas asunciones significativas relacionadas con cada una de estas tres formas.

La forma-activación, en el plano teórico, exige en primer lugar la integración de un *principio de realidad* que se constituye en el mejor antídoto contra el radicalismo de una crítica como fin en sí mismo y contra un idealismo o un utopismo maximalista que no puede explicar cómo se podría hacer en concreto para transitar hacia una sociedad mejor para todas/os. En el campo académico, la forma-activación demanda el tránsito gradual hacia la reinstalación de un proceso de *atención y valorización colectiva* que permita construir *puntos de referencia comunes* para una política del cambio social. Esta dinámica de intercambio colectiva trae consigo discusiones, desacuerdos

y divisiones, pero siempre asociadas a una voluntad común y a una pretensión de incidencia política compartida. Finalmente, en relación con el campo político, la forma-activación apunta a crear nuevos espacios de experiencia a partir de determinada reconexión de lo académico y de lo extra-académico. Para ello se hace necesario producir nuevas y variadas mediaciones con el campo político nacional, regional y global. De este modo, el dispositivo político del PM habilita el establecimiento de relaciones variables y no únicas con el campo político. Esto es, la promoción de un pluralismo en las formas de politización material de la sociología en relación con el campo político. Entre otros aspectos, ello demanda algún tipo de vinculación novedosa con la política de los movimientos y de los partidos nacionales. En esta instancia se trata de salir de un espacio académico de confort, del mismo modo que lo hicieron las corrientes sociológicas hasta la década del 70 –al menos en América Latina– y que lo hace actualmente el conjunto del pensamiento crítico feminista. Ahora bien, las nuevas articulaciones a desarrollar entre la sociología y los actores políticos deben tomar en cuenta la necesidad de garantizar, de algún modo, un momento de distanciamiento teórico-científico. Se trata de concebir el distanciamiento como un momento necesario para la investigación sociológica y no como un tiempo-espacio pretendidamente eterno que hace de cuenta que el producto-ciencia y los científicos-sociales están desprovistos de todo potencial de incidencia sociopolítica.

En relación a la forma-progresión, en el plano intelectual, el dispositivo político del PM propone orientar la producción teórica a partir de reconocer y de procesar la tensión entre cuatro horizontes de expectativas que se instalan en temporalidades futuras distintas: el posneoliberal, el pospatriarcal, el posperiférico y el poscapitalista. El primero y el segundo se inscriben en el futuro inmediato, el tercero en el futuro mediato y el cuarto recién se asoma de una forma más indefinida en el futuro remoto. El primero es creado por el bloque occidental de la sociología progresista desde la década del 90, el segundo por el movimiento feminista a partir de la década del 60,

el tercero por el paradigma moderno latinoamericano en la misma década del 60, y el cuarto por el paradigma moderno europeo y eurocéntrico desde fines del siglo XIX. Se trata de los cuatro horizontes de futuro que el PM propone considerar para poder avanzar en la construcción de una nueva sociología mundial y de un nuevo orden social mundial.

Finalmente, respecto a la forma-superación, el paradigma mundialista por el momento no está en condiciones de ofrecer modelos societales orientadores. Esta indefinición está marcada por el grado de clausura histórico-estructural que exhibe la sociedad mundial en la actualidad y por la inadecuación de los viejos modelos de sociedad futura del paradigma moderno. Las especulaciones heredadas respecto a una futura sociedad comunista o socialista constituyen ejercicios imaginarios extemporáneos, incapacitados para movilizar científicamente a una sociología mundial.

#### **4. Conclusión**

En el inicio de este trabajo sostuve que el entrelazamiento de la crisis general del neoliberalismo y la crisis específica de la idea de sociedad está acelerando la caducidad del paradigma moderno y del paradigma posmoderno antimoderno de la sociología regional y mundial. El correlato lógico que trae consigo dicha constatación es la necesidad de activar un cambio de paradigma, que permita reconvertir a la sociología en una fuerza actualizada y expansiva, comprometida con la explicación y la incidencia en los procesos de cambio social. Como ya mencioné, desde hace décadas que los procesos de cambio social en la América Latina se quedaron sin nuevas teorías del cambio social que pudiesen explicar estas dinámicas y eventualmente adelantarse a ellas y conducirlos en alguna dirección.

La primera condición para poder desatar un verdadero cambio de paradigma, que no naufrague en la esterilidad archiconocida de las fantasías rupturistas individuales, es la recuperación en nuevos

términos del legado de la corriente autonomista del paradigma moderno de la sociología regional. Tal como argumenté en el trabajo, esta corriente nos trae de vuelta una identidad, un proyecto científico y una preocupación política por el cambio estructural y por el desarrollo material autónomo de las sociedades. Ahora bien, por los motivos ya expuestos, el legado de la sociología moderna autonomista en América Latina es una base necesaria pero al mismo tiempo insuficiente y limitada en un doble registro. En primer lugar, resultó limitada en su manifestación originaria, dada su llamativa incapacidad para reducir en mayor medida la dependencia intelectual respecto a los núcleos intelectuales modernos de los países centrales. Y luego, en segundo lugar, el proyecto autonomista exhibe marcadas inadecuaciones respecto a las condiciones de producción sociológica en el presente histórico. En el primer caso, la limitación se asocia a una identidad y una forma de dependencia no superada, y, en el segundo, a una aguda obsolescencia en relación a las dinámicas actuales de progresión de la sociedad mundial y del sistema institucional de la sociología. Si la primera limitación no llega a explicar los motivos del naufragio de la corriente autonomista en la década del 70, la segunda limitación sí explica en buena medida por qué dicho programa no se pudo actualizar hasta el día de hoy y por qué se hace necesario ir más allá del viejo movimiento autonomista. Tal como lo veo, necesitamos transitar hacia un nuevo paradigma sociológico posmoderno, acorde a los nuevos desafíos históricos, con y más allá del dispositivo moderno autonomista.

Esta nueva galaxia intelectual, a la cual denominé *paradigma mundialista*, se autoafirma a partir de un primer propósito: el de la restitución y renovación del motor científico de la sociología regional. Tal prioridad permite entender por qué la presentación del dispositivo científico del PM ocupó un mayor espacio. La dialéctica de la mundialización, la localización y la historización, así como el nuevo compromiso instrumental esbozado, constituyen el marco de referencia a partir del cual deberían inspirarse las nuevas prácticas de reconstrucción metodológica, de creación teórica y de investigación

sociológica como un todo. Ahora bien, como vimos, el espíritu mundialista del PM no es exclusivamente portador de un nuevo dispositivo científico y crítico planetario. Tal como indiqué en el trabajo, la recentificación mundialista de las perspectivas sociológicas es una condición necesaria pero de ningún modo suficiente para hacer de la sociología una fuerza con capacidad de incidencia en los procesos de cambio social. Es por ello que el PM asume como reto central la recolocación de la política del cambio social en el núcleo del movimiento latinoamericano de la sociología mundial. Es imprescindible cerrar la brecha entre la sociología y la política del cambio social. Tal como indiqué en el trabajo, este nuevo espíritu político de la sociología debe contemplar una propuesta de reconexión directa o indirecta con las luchas políticas nacionales, con la política de los grandes movimientos sociales, con las políticas estatales y con las políticas empresariales. Pero esa nueva política, como vimos, ya no puede ser una política moderna, en el sentido conocido, porque tanto el universo de la sociología como el mundo de la política han cambiado.

Como sugería en el trabajo, esta revolución paradigmática mundialista debe comenzar por imaginar nuevos marcos de producción y nuevos principios de funcionamiento realistas, dentro y más allá del capitalismo académico mundializado, que es el sistema compacto, vigoroso y en expansión al interior del cual todas las corrientes de la sociología mundial vienen intentando actualizar sus proyectos intelectuales y sus horizontes de expectativas. De este modo, lejos de cualquier pecado idealista, el paradigma mundialista es una nueva constelación sociológica con los pies hundidos en el barro del presente histórico, que busca abrirse paso como un nuevo impulso científico, crítico y político desde las entrañas mismas del capitalismo académico realmente existente. Creo que finalmente ha llegado la hora de propagar este *nuevo espíritu mundialista* por cada rincón de la sociología regional, y con ello recobrar las expectativas de descubrimiento científico y de cambio estructural de América Latina y del conjunto de la sociedad mundial.

## 5. Bibliografía

Braudel, Fernand. (1958). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.

Cardoso, Fernando & Faletto, Enzo. (1973). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1977.

Castells, Manuel. (2017). *Movimientos sociales en red y cambio político: una perspectiva global*. Conferencia en el acto de entrega del Doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Fals Borda, Orlando. (1970). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. México: Nuestro Tiempo.

Habermas, Jürgen (1968). *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus. 1989.

García Linera, Álvaro. (2020). Marx y la visión multilineal de la historia. En: Torres, Esteban, et al. (2020). *Marx 200 años. Presente, pasado y futuro*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 61-78.

Marx, Karl. (1859). *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI, 2008.

Prebisch, Raúl. (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México: FCE.

Srnicek, Nick. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires: Caja Negra.

Torres, Esteban. (2020a). El sistema inter-capital: hacia una mundialización ampliada de la economía capitalista. *Encuentros. Revista de Ciencias Sociales*, Colombia, Vol. 18-03, enero-junio, pp. 12-23.

Torres, Esteban. (2020b). El nuevo Estado protector y la legitimidad de excepción: una aproximación mundial. *Astrolabio. Nueva Época*, Argentina, Núm. 25, Julio - Diciembre, pp. 65-97.

Torres, Esteban. (2020c). Hacia una nueva teoría del cambio social en América Latina: esquemas y elementos preliminares. En: Torres, Esteban (ed.). *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 23-56.

## Sobre el autor

Esteban Torres nació en la Ciudad de Córdoba el 23 de marzo de 1976 y por motivos políticos debió exiliarse con su familia en Estocolmo, Suecia, en 1977. De allí regresó a la República Argentina en el año 1986. Desde entonces ha viajado y permanecido fuera de América Latina en diferentes momentos. Actualmente se desempeña como Investigador del CONICET y Director del Programa “Cambio Social Mundial” en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Asimismo, ejerce como profesor a cargo de la Cátedra “Teorías y procesos de cambio social” de la Facultad de Ciencias Sociales (FCS) de la UNC, y de la Cátedra “Sociología” de la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la misma universidad.

Desde 2016 es coordinador del Grupo de trabajo de CLACSO “Teoría social y realidad latinoamericana”, con sede local en la FCS. En los últimos años, ha sido profesor visitante en los departamentos de sociología de varias universidades, entre ellas la New York University (EE.UU), la University of Cambridge (Reino Unido), la University of Wisconsin/Madison (EE.UU) y la Friedrich Schiller Universität Jena (Alemania).

Torres es autor de una multiplicidad de libros, artículos científicos, capítulos de libros, artículos de prensa, entre otros textos. Sus últimos dos libros publicados por CLACSO son *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana* (ed., 2020) y *Marx 200: presente, pasado y futuro* (ed., 2020).

Este libro de Esteban Torres es un esfuerzo por hacer las preguntas necesarias que empujen a la sociología a sacudirse de una decadente complicidad con las cosas tal como son, y recuperar, una vez más, su papel crítico, universalizante y comprometido con lo que potencialmente el mundo puede ser.

Del Prólogo de Álvaro García Linera.

Una de las ideas centrales que alimenta el conjunto de los textos que componen este libro es que la sociología en América Latina se encuentra inmersa en una crisis profunda y persistente de mediana duración, desatada a principios de la década de 1980. La “gran transformación de la sociología” es el doloroso registro de una devastación general y generacional, de una magnitud inédita y de una duración inusitadamente extensa. Serán los/as lectores/as de esta obra quienes decidirán hasta qué punto logro convencerlos/as de que la sociología realmente existente, salvo excepciones, está “fuera” de la historia, perdida y sin rumbo, y que otra sociología es necesaria. A su vez, con este libro pretendo demostrarles que los grandes cambios sociales precipitados a partir del siglo XXI están ampliando las posibilidades para llevar adelante una verdadera revolución de la sociología. Más aún: el presente libro ofrece el esquema preliminar de un nuevo paradigma en gestación, que denomino “paradigma mundialista”, el cual brindaría herramientas para conocer el mundo en mejores términos y poder librar la batalla por el futuro de los países latinoamericanos y del conjunto de la sociedad mundial.

De la Introducción.



 **CLACSO**